

CIUDAD

Clifford D. Simak

Minotauro
Primera edición: marzo de 1988
Clifford D. Simak, 1953
Ediciones Minotauro, 1957, 1984
ISBN: 84-450-7072-X
Depósito legal: B. 209-1988

En memoria de Scootie, Que fue Nathaniel

ÉSTAS SON LAS HISTORIAS que cuentan los perros, cuando las llamas arden vivamente y el viento sopla del norte. Entonces la familia se agrupa junto al hogar, y los cachorros escuchan en silencio, y cuando el cuento ha acabado hacen muchas preguntas.

- ¡Qué es un hombre!
- ¿Qué es una ciudad?
- ¡Qué es una guerra!

No hay respuesta exacta para esas preguntas. Hay suposiciones y teorías y conjeturas, pero no hay respuestas.

En esos grupos familiares más de un narrador ha tenido que explicar que sólo se trata de un cuento, que no existen cosas tales como una ciudad o un hombre, que en los cuentos, que no pretenden más que entretener, no hay que buscar una verdad.

Explicaciones semejantes, que pueden servir para los cachorros, no son explicaciones. Aun en unos cuentos tan simples hay que buscar la verdad.

La leyenda, que consta de ocho cuentos, ha sido narrada durante siglos y siglos. Hasta donde puede saberse, no tuvo un comienzo definido, y el más minucioso de los estudios no podría explicar su desarrollo. Es indudable que en el curso de muchas narraciones la leyenda ha ido estilizándose, pero no hay modo de estudiar el proceso de esa estilización.

Que es antigua, y, como sostienen algunos escritores, quizás en parte de origen no perruno, se deduce de las abundantes incongruencias que salpican los cuentos; palabras y frases (y peor que todo, ideas) que no tienen actualmente ningún significado, y que quizá no lo han tenido nunca. A través de repetidas narraciones, estas palabras y frases han sido al fin aceptadas y, por el sentido del contexto, se les ha asignado un cierto valor arbitrario. Pero no es posible saber si estos valores se aproximan o no al sentido original

Esta edición no intentará inmiscuirse en las discusiones técnicas sobre la existencia o no existencia del hombre, o el problema de la ciudad, o las varias teorías acerca de la guerra, o las otras muchas cuestiones que asaltan a quien busca en la leyenda un fundamento histórico u objetivo.

El propósito de esta edición es sólo el de dar el texto actual de la leyenda, completo e inexpurgado. Las notas que preceden a los capítulos señalan los puntos más importantes y discutibles, pero no pretenden sacar conclusiones. Aquellos que deseen una mayor comprensión de los cuentos, o de las diversas consideraciones que han inspirado, pueden recurrir a otros libros, escritos por perros más competentes que el presente editor.

El reciente hallazgo de varios fragmentos de lo que fue sin duda una obra bastante extensa, ha sido considerado argumento definitivo en pro de la atribución de al menos parte de la leyenda al mitológico (y discutido) hombre, y no a los perros. Pero hasta que pueda probarse que el hombre existió realmente, la opinión de que él fue el autor de estos fragmentos es de muy escaso valor.

Particularmente significativo, o perturbador (todo depende del punto de vista), es el hecho de que el título aparente de los fragmentos sea igual al de una de las historias que aquí presentamos. La palabra en sí, como es natural, no tiene ningún sentido.

La primera pregunta, por supuesto, es la de si alguna vez ha existido una criatura llamada hombre. Por el momento, ante la ausencia de pruebas positivas, lo más razonable es opinar que no; que el hombre, tal como se lo presenta en la leyenda, es obra de la imaginación folklórica. El hombre debe de haber aparecido en los primitivos días de la cultura perruna como un ser imaginario, un dios racial, invocado por los perros en los momentos de apuro, y al que recurrían cuando necesitaban ayuda.

Sin embargo, a pesar de estas medidas conclusiones, hay aún algunos que ven en el hombre un antiguo dios, un viajero procedente de alguna tierra mística o de otra dimensión, que vino a este mundo, se quedó entre nosotros, y nos ayudó y volvió al fin a su lugar de origen.

Hay aún otros que creen que el hombre y el perro pueden haberse desarrollado juntos, ayudándose mutuamente, completándose en el desenvolvimiento de una cultura, y que en un punto perdido en el tiempo tomaron distintos caminos.

El elemento más inquietante de estos cuentos (y los elementos inquietantes son muy numerosos) es la reverencia con que se trata a los hombres. Es difícil para el lector común aceptar esa reverencia como algo simplemente imaginario. Va más allá de esa adoración superficial que se rinde al dios de la tribu; uno nota, casi instintivamente, que esa reverencia debe hundir sus raíces en alguna creencia olvidada o rito prehistórico.

Hay por ahora pocas esperanzas, naturalmente, de que algunos de estos temas de controversia puedan ser solucionados.

Aquí están, pues, los cuentos, para que ustedes los lean a su gusto: sólo por placer o en busca de algún significado histórico u oculto. Nuestro mejor consejo al lector común: no

los tomen muy en serio, pues la confusión más completa, si no la locura, acecha a lo largo del camino.

Notas al primer cuento

ES INDUDABLE que, de todos los cuentos, el primero es el que ofrece más dificultades para el lector casual. No sólo es irritante su vocabulario; hasta su lógica y sus ideas parecen, en una primera lectura, totalmente extrañas. Quizás se deba a que en esta narración y en la siguiente no aparece ningún perro; ni siquiera se lo menciona. Desde el párrafo inicial el lector se ve forzado a aceptar una situación que le es ajena, cuya solución depende de unos personajes igualmente ajenos. Lo mismo habría que decir del cuento, pues, una vez concluida su lectura, el resto de la leyenda parece, por comparación, asunto cotidiano.

El concepto de ciudad envuelve la totalidad del cuento. Aunque no se entiende muy bien qué puede ser una ciudad o cómo pudo existir, se la concibe generalmente como un área de poca extensión donde cierto número de residentes encontraban albergue y medios de subsistencia. Las causas de la aparición de las ciudades están explicadas superficialmente en el texto, pero Bounce, que dedicó toda una vida al estudio de estas narraciones, sostiene que sólo se trata de una ingeniosa improvisación para apoyar un concepto imposible. La mayoría de los que han estudiado los cuentos opinan como Bounce que las razones dadas en la misma narración no están de acuerdo con la lógica, y algunos, Rover entre ellos, han sospechado que quizás se trata de una antigua sátira, hoy ya sin significado.

La mayor parte de las autoridades en economía y sociología juzgan que una organización tal como una ciudad es algo imposible, no sólo desde el punto de vista económico, sino también del sociológico y psicológico. Ninguna criatura de sistema nervioso bastante perfecto como para desarrollar una civilización, señalan, podría sobrevivir dentro de tan restringidos límites. El intento, afirman estas autoridades, conduciría a una neurosis general que en poco tiempo destruiría la misma civilización que había creado la ciudad.

Rover cree que en el primer cuento nos encontramos ante un mito en estado casi puro, y que, por lo tanto, ninguna situación ni afirmación pueden ser aceptadas como reales. En la totalidad del cuento privaría un simbolismo cuya clave se ignora. Asombra, sin embargo, que siendo el cuento de carácter esencialmente mítico, y nada más, los conceptos —piedras fundamentales del mito— no envuelvan toda la narración. Para el lector común poco hay aquí de contenido mítico. La historia es la más angular del grupo (ese montón de huesos pelados), sin ninguno de esos toques de finísimo sentimiento y elevados ideales que hay en el resto de la leyenda.

El lenguaje del cuento es particularmente desconcertante. Expresiones tales como la clásica “maldita sea” han preocupado a los entendidos en semántica durante muchos siglos, y aún hoy se sabe tan poco acerca del significado de ciertas palabras y frases como al iniciarse el estudio de la leyenda.

La terminología que concierne al hombre se ha aclarado, sin embargo, bastante. El plural de esta raza mítica es hombres; racialmente se los designa como seres humanos; las hembras son mujeres o esposas (dos términos entre los que algún día hubo quizá un fino

matiz de diferenciación, pero que hoy deben ser entendidos como sinónimos); los cachorros son niños. Un cachorro macho es un niño. Un cachorro hembra, una niña.

Además del concepto de ciudad, hay otro que el lector no podrá conciliar con sus costumbres y que viola las mismas leyes del pensamiento: se trata de las ideas de guerra y asesinato. El asesinato es un proceso, casi siempre de carácter violento, en el que un ser vivo destruye a otro ser vivo. La guerra, parece, es un asesinato en masa ejecutado en una escala inconcebible.

Rover, en el estudio que dedicó a la leyenda, asegura que los cuentos son más antiguos de lo que generalmente se piensa, ya que conceptos como guerra y asesinato no pudieron nacer en una cultura como la nuestra y deben de haberse originado en una era de salvajismo de la que no existe documento alguno.

Tige, que tiene la opinión -casi única- de que los cuentos están basados en la historia real, y que los hombres existían en la época en que apareció el perro, cree que la primera narración describe el colapso de la cultura humana. Afirma además que este cuento, tal como ha llegado hasta nosotros, es sólo un fragmento de una obra mayor, una narración épica gigantesca que debía igualar o superar en tamaño a la totalidad de la leyenda. No parece posible, escribe, que un suceso tan importante como el derrumbamiento de una poderosa civilización mecánica haya sido condensado por los contemporáneos en un relato tan breve. Lo que aquí tenemos, dice Tige, es sólo uno de los muchos cuentos que narraban el suceso, y uno, quizá, de los menos importantes.

Ciudad

GRAMP STEVENS estaba sentado en la silla de jardín, observando cómo trabajaba la segadora de césped, sintiendo cómo la suave y tibia luz del sol le calentaba los huesos. La segadora llegó al extremo del jardín, cloqueó para sí misma como una gallina satisfecha, dio media vuelta y se puso otra vez en camino. El saco que contenía las briznas aumentaba de tamaño.

De pronto la segadora se detuvo y ronroneó excitada. En uno de los costados se abrió un panel y surgió un brazo mecánico parecido a una grúa. Unos dedos de acero tantearon la hierba, alzaron en triunfo un pedrusco, lo dejaron caer en un recipiente, y desaparecieron otra vez en el interior de la máquina. La segadora gorgoteó, resopló, y se lanzó a su trabajo.

Gramp refunfuñó y miró la segadora con desconfianza.

—Uno de estos días —dijo para sí mismo— esa segadora, maldita sea, va a perder un bocado y tendrá un ataque de nervios.

Se recostó en la silla y contempló el cielo bañado por el sol. Un helicóptero volaba allá lejos. En algún lugar del interior de la casa se encendió una radio y lanzó una oleada ensordecedora de música. Gramp se estremeció y se hundió en la silla.

El joven Charlie estaba preparándose para iniciar una sesión de tortura. Maldita sea.

La segadora pasó cloqueando y Gramp le echó una mirada maliciosa.

—Automática —dijo con los ojos en el cielo—. Todas las malditas cosas son automáticas ahora. Basta con llevar la máquina a un rincón, murmurarle algo al oído y se pone a trabajar.

La voz de su hija llegó a él desde la ventana, lo bastante alta como para elevarse por encima de la música.

—¡Papá!

Gramp se movió, incómodo.

—Sí, Betty.

—Papá, a ver si te mueves cuando la segadora se te acerca. No trates de sacarla de las casillas. Al fin y al cabo, es sólo una máquina. La última vez te quedaste ahí y dejaste que la segadora diera vueltas a tu alrededor.

Gramp no respondió, y cabeceó un poco con la esperanza de que su hija creyera que estaba dormido y le dejara en paz.

—¡Papá! —chilló Betty—. ¿Me has oído?

Gramp comprendió que todo era inútil.

—Claro que te he oído —le contestó—. Ya iba a moverme.

Se incorporó con lentitud, apoyándose pesadamente en su bastón. Quería que Betty se arrepintiera por haber tratado de ese modo a un hombre tan débil y viejo. Tenía que tener cuidado. Si Betty llegaba a saber que no necesitaba del bastón, le buscaría toda clase de ocupaciones, y si, por otra parte, exageraba demasiado, llamaría otra vez a aquel doctor idiota.

Refunfuñando, Gramp movió la silla hacia la parte ya segada del jardín. La máquina pasó a su lado y emitió una risita malévola.

—Uno de estos días —le dijo Gramp—te haré saltar de un golpe uno o dos engranajes.

La segadora se burló ruidosamente y prosiguió su camino.

De la calle cubierta de hierbas llegó un ruido de metales, una tos entrecortada.

Gramp, que iba a sentarse, se enderezó y escuchó.

El sonido se hizo más claro. Era el estruendo de un motor de explosión, el golpeteo de unas partes metálicas sueltas.

—¡Un coche! —aulló Gramp—. ¡Un coche, por todos los diablos!

Echó a correr hacia la verja hasta que recordó de pronto que era un hombre débil y suavizó el paso.

—Tiene que ser ese loco de Ole Johnson —se dijo—. Es el único que conserva un coche. Demasiado terco para abandonar.

Era Ole.

Gramp llegó a la verja cuando el herrumbrado y gastado automóvil doblaba a saltos la esquina y entraba en la calle ya fuera de uso balanceándose y traqueteando. El vapor se escapaba silbando del radiador recalentado, y una nube de humo azul surgía del tubo de escape. El silenciador faltaba desde hacía cinco años o más.

Ole, sentado muy derecho ante el volante, arrugaba los ojos tratando de evitar los lugares más estropeados, aunque a causa de las hierbas y malezas que habían invadido la calle era difícil verlos.

Gramp agitó el bastón.

—Hola, Ole —dijo.

Ole hizo alto recurriendo a los frenos de emergencia. El coche jadeó, se estremeció, tosió y murió con un horrible suspiro.

—¿Qué combustible estás usando? —preguntó Gramp.

—Un poco de todo —dijo Ole—. Petróleo, aceite de tractor que encontré en un barril, alcohol.

Gramp contempló la máquina moribunda con auténtica admiración.

—En otro tiempo —dijo—era posible correr a ciento cincuenta kilómetros por hora.

—Todavía es posible —dijo Ole—. Sólo hace falta encontrar el combustible y los repuestos necesarios. Hace tres o cuatro años aún había bastante gasolina, pero desde hace un tiempo falta del todo. Han dejado de fabricarla, me parece. La gasolina es inútil, me dijeron, cuando se puede disponer de energía atómica.

—Claro —dijo Gramp—. Sospecho que tienen razón, pero uno no puede oler la energía atómica. No hay nada más agradable que el olor de la gasolina. Esos helicópteros y demás aparatos han suprimido el romanticismo de los viajes.

Lanzó una mirada a los pequeños barriles y cestos apilados en el asiento de atrás.

—¿Llevas verduras? —preguntó.

—Sí —dijo Ole—. Espigas de maíz y patatas tempranas, y algunos cestos de tomates. Pensé que quizá podría venderlos.

Gramp sacudió la cabeza.

—No podrás, Ole. No te los comprarán. La gente cree que esas nuevas cosas hidropónicas son lo único comestible. Higiénicas, dicen, y con más aroma.

—No doy un rábano por todos los cultivos de esos tanques —declaró Ole, agresivamente— No sé por qué, pero no me saben bien. Como le digo a Martha, los alimentos tienen que nacer del suelo para que tengan algún carácter.

Se inclinó hacia la llave del encendido.

—No sé si vale la pena llevar esto a la ciudad —dijo—. Hay que ver cómo están los caminos. O mejor cómo no están. Hace veinte años la carretera estatal era una franja de buen cemento, y la parcheaban y nivelaban todos los inviernos. Gastaban cualquier suma de dinero para tenerla abierta. Y ahora, como si no existiese. El cemento está lleno de rajaduras y en algunos lugares ha desaparecido. Las zarzas crecen en la misma carretera. Esta mañana he tenido que salir del coche y apartar un árbol que había caído en el camino.

—Muy cierto —convino Gramp.

El automóvil volvió de pronto a la vida, tosiendo y atragantándose, envuelto en una nube de humo denso y azul. Con un salto se puso en marcha y se alejó dando tumbos.

Gramp regresó pesadamente a la silla y descubrió que chorreaba humedad. La segadora automática, luego de haber terminado con el césped, había abierto la manguera y estaba regando el jardín.

Lanzando maldiciones, Gramp se dirigió a los fondos de la casa y se sentó en el banco del porche. El lugar no le gustaba, pero era el único en que estaba a salvo de la maquinaria del jardín.

Ante todo, la vista desde el banco lo deprimía bastante, pues consistía en calles y calles con casas abandonadas, y prados cubiertos todos de malezas.

Había una ventaja, sin embargo. En aquel banco podía fingir cierta sordera, y no prestar atención a aquella música torturante.

Una voz llamó desde el jardín.

—¡Bill, Bill! ¿Dónde estás?

Gramp volvió la cabeza.

—Aquí, Mark. Detrás de la casa. Escapando de esa maldita segadora.

Mark Bailey apareció cojeando en el patio, con un cigarrillo que trataba de quemarle las pobladas patillas.

—Un poco temprano para empezar a jugar, ¿no te parece? —preguntó Gramp.

—Hoy no habrá juego —dijo Mark.

Se sentó en el banco, con dificultad, junto a Gramp.

—Nos vamos —dijo.

Gramp dio media vuelta y lo miró.

—¿Os vais?

—Sí. Nos mudamos. Lucinda se decidió al fin y habló con Herb. Sospecho que no lo dejó en paz un minuto. Dijo que todos estaban mudándose a regiones más agradables, y que no sabía por qué no hacíamos lo mismo.

Gramp tragó saliva.

—¿Adónde vais?

—No lo sé muy bien —dijo Mark—. No he estado allí. A algún lugar del Norte. Alguno de los lagos. Conseguimos cuatro hectáreas de tierra. Lucinda quería cincuenta, pero Herb se mostró firme y dijo que cuatro bastaban. Al fin y al cabo, un solar en la ciudad nos ha bastado hasta ahora.

—Betty está asediando a Johnny, también —dijo Gramp—, pero él no le hace caso. Dice que no pueden hacerlo. Dice que no estaría bien que él, secretario de la Cámara de Comercio, abandonase la ciudad.

—La gente está loca —declaró Mark—. Loca de remate.

—Muy cierto —convino Gramp—. Locos por el campo, así están. Mira —señaló con un ademán las casas abandonadas.—Aún recuerdo los años en que florecían aquí los hogares. Buenos vecinos, eso eran. Las mujeres corrían de puerta en puerta intercambiando recetas. Y los hombres salían a cortar el césped y muy pronto todas las segadoras descansaban ociosamente, y los hombres formaban grupos y conversaban. Gente amable, Mark. Pero mira ahora.

Mark se agitó, incómodo.

—Tengo que volver, Bill. He venido sólo a decirte que nos íbamos. Lucinda me pidió que hiciese las maletas. Se enojará si se entera de que me he escapado.

Gramp se incorporó tiesamente y extendió una mano.

—¿Te veré otra vez? ¿Vendrás a echar una última partida?

Mark sacudió la cabeza.

—Temo que no, Bill.

Se dieron la mano, azorados.

—Creo que voy a echar de menos las partidas.

—Yo también —dijo Gramp—. No me quedará nadie una vez que te hayas ido.

—Adiós, Bill —dijo Mark.

—Adiós —dijo Gramp.

Miró cómo su amigo se iba cojeando y sintió que la soledad extendía una garra fría y lo tocaba con dedos helados. Una soledad terrible. La soledad de sentirse viejo... y fuera de época. Era algo cruel, admitió Gramp. Estar fuera de época. Pertenecía a otros tiempos. Había sobrevivido, durado demasiado.

Con los ojos húmedos, tomó el bastón apoyado en el banco, y se dirigió lentamente hacia el portón que daba a las calles desiertas.

Los años habían pasado con excesiva rapidez. Años que habían traído el avión familiar y el helicóptero, y que habían dejado que el automóvil se herrumbrase en cualquier lugar, y que los caminos se estropearan. Años que habían suprimido virtualmente el cultivo del suelo y que habían desarrollado la hidroponía. Años que habían abaratado las tierras, que habían hecho desaparecer la granja como unidad económica, y que habían lanzado la gente de la ciudad al campo, donde, por un precio menor al de un solar urbano, cualquiera podía ser dueño de varias hectáreas. Años que habían revolucionado la construcción de las casas, de modo que las familias se mudaron simplemente de las viejas a las nuevas. Éstas podían comprarse, hechas a la medida, por un precio muy inferior al de las construcciones de preguerra, y podían acomodarse, con un pequeño gasto adicional, a nuevas necesidades, o simplemente para satisfacer un capricho pasajero.

Gramp resopló. Casas que pueden transformarse todos los años, así como se mueven los muebles. ¿Qué clase de vida era ésa?

Se arrastró a lo largo del sendero polvoriento que pocos años antes había sido una ajetreada calle, bordeada de residencias. Una calle de fantasmas ahora, pensó. De fantasmillas furtivos que murmuraban en la noche. Fantasmas de niños sumidos en sus juegos, fantasmas de volcados triciclos y caídas bicicletas. Fantasmas de saludos lanzados a gritos. Fantasmas de hogares llameantes y chimeneas que humeaban en una noche de invierno.

Unas pequeñas nubes de polvo se movieron alrededor de los pies de Gramp y le blanquearon las botamangas.

Al otro lado de la calle se alzaba la casa del viejo Adams. Adams se sentía muy orgulloso de esa casa, recordó Gramp. Fachada de piedras grises y ventanas de color. Ahora la piedra, cubierta de moho, era verde, y las ventanas rotas miraban lívidamente de soslayo. Las malezas cubrían el jardín y ocultaban los escalones de la entrada. Un olmo había metido sus ramas debajo del techo. Gramp recordaba aún el día en que Adams había plantado ese olmo.

Durante un momento se detuvo en la calle cubierta de hierbas, con los pies hundidos en el polvo, las manos apoyadas en el bastón, los ojos cerrados.

A través de la niebla de los años escuchó los gritos infantiles, los ladridos del perro de Conrad, allá abajo, en la calle. Y allí estaba Adams, con el torso desnudo, moviendo la pala, abriendo el agujero. Y el olmo con las raíces envueltas en arpillera tumbado en el jardín.

Mayo de 1946. Hacía cuarenta y cuatro años. Poco antes Adams y él habían vuelto de la guerra.

En la calle polvorienta se oyeron unas pisadas y Gramp, sorprendido, alzó los ojos.

A su lado estaba un hombre joven. Un hombre de unos treinta años. Quizá un poco menos.

—Buenos días —dijo Gramp.

—Espero —dijo el hombre joven—no haberle asustado.

—¿Me vio —preguntó Gramp— con los ojos cerrados, como un tonto?

El joven asintió con un movimiento de cabeza.

—Estaba recordando —dijo Gramp.

—¿Vive por aquí cerca?

—Calle abajo. La última casa en esta zona de la ciudad.

—Quizá pueda ayudarme entonces.

—Haré lo posible —dijo Gramp.

El joven tartamudeó.

—Bueno, verá usted, es algo así. Soy una especie de... bueno, podría decirse un peregrino un tanto sentimental.

—Entiendo —dijo Gramp—. Yo también lo soy.

—Me llamo Adams —dijo el joven—. Mi abuelo vivía por aquí. Me pregunto...

—Ahí enfrente —dijo Gramp.

Los dos se quedaron mirando la casa.

—Era muy bonita hace un tiempo —dijo Gramp—. Su abuelo plantó ese árbol poco después de regresar de la guerra. Estuve con él durante toda la guerra y volvimos juntos. Fue un día que...

—Es una lástima —dijo el joven Adams—. Una lástima...

Pero Gramp no escuchaba, aparentemente.

—¿Y su abuelo? —preguntó—. No sé nada de él, desde hace tiempo.

—Murió —dijo el joven Adams—. Hace ya bastantes años.

—Se había interesado por la energía atómica —dijo Gramp.

—Eso es —dijo Adams orgullosamente—. Se empleó tan pronto como fue utilizada en las industrias. Poco después del Convenio de Moscú.

—En cuanto decidieron —declaró Gramp— que no podían hacer la guerra.

—Eso es—dijo Adams.

—Es difícil hacer la guerra cuando no hay objetivos.

—¿Se refiere a las ciudades? —dijo Adams.

—Exactamente —dijo Gramp—, y hay algo gracioso. Muéstrole a la gente todas las bombas atómicas que quiera y no se asustarán. Ofrézcales en cambio tierra barata y aviones familiares y saldrán disparados como malditos conejos.

John J. Webster estaba subiendo por la ancha escalinata del ayuntamiento cuando el espantapájaros móvil, con un rifle bajo el brazo, salió a su encuentro y lo detuvo.

—Hola, señor Webster—dijo el espantapájaros.

Webster abrió los ojos y al fin arrugó la cara, recordando.

—Pero si es Levi—dijo—. ¿Cómo van las cosas, Levi?

Levi Lewis sonrió, mostrando una dentadura irregular.

—Ni mal ni bien. Las huertas prosperan y los conejitos van a tener buena comida.

—¿No estará metido en ese asunto infernal de las casas?—preguntó Webster.

—No, señor —declaró Levi—. Los colonos no nos metemos en nada malo. Respetamos la ley. Tememos a Dios. Hemos ocupado el campo sólo porque no encontramos otros medios de vida. Y no daña a nadie que vivamos en lugares abandonados. La policía nos

acusa de los robos y otras cosas que ocurren, pues saben que estamos indefensos. Han hecho de nosotros su chivo expiatorio.

—Me alegra oír eso —dijo Webster—. El jefe quiere quemar las casas.

—Si trata de hacerlo —dijo Levi— se encontrará con algo inesperado. Nos han quitado las granjas con esos cultivos en tanques, pero no nos quitarán nada más.—Escupió en los escalones.—¿No llevará un poco de dinero encima? —preguntó—. No tengo cartuchos y con la aparición de los conejos...

Webster hundió los dedos en un bolsillo del chaleco y sacó medio dólar.

Levi sonrió mostrando los dientes.

—Es usted muy amable, señor Webster. Le llevaré un par de ardillas en el oteño.

El colono se tocó el sombrero con dos dedos y bajó los escalones. El sol brillaba en el cañón del rifle. Webster siguió ascendiendo.

Cuando entró en la sala ya había comenzado la sesión.

Jim Maxwell, jefe de policía, estaba de pie junto a la mesa, y el alcalde Paul Carter preguntaba en ese momento:

—¿No cree que es un poco apresurado, Jim, llevar a cabo una acción semejante contra las casas?

—No, no lo creo —declaró el jefe de policía—. Excepto un par de docenas, ninguna está ocupada por sus legítimos dueños o por lo menos sus primitivos ocupantes. Y a causa de los impuestos casi todas pertenecen a la ciudad. Son sólo una molestia y una amenaza. No tienen ningún valor. Ni siquiera como material. ¿La madera? Ya no usamos madera. Los plásticos son mejores. ¿La piedra? Usamos acero en vez de piedra.

“Y mientras tanto sirven de refugio a gente indeseable y fuera de la ley. Esos barrios llenos de vegetación ocultan a toda clase de criminales. Un hombre comete un crimen, y corre en seguida a las casas; allí está a salvo. Puedo buscarlo con un millar de policías; el hombre conseguirá eludirlos.

“No vale la pena demolerlas. El fuego es el método más rápido y barato. Hemos tomado toda clase de precauciones.

—¿Y el punto de vista legal? —preguntó el alcalde.

—Lo hemos estudiado. Un hombre tiene derecho a destruir sus bienes siempre que no dañe los ajenos. La misma ley, supongo, puede aplicarse al ayuntamiento.

El concejal Thomas Griffin se puso de pie.

—Han hecho daño a muchos —declaró—. Han quemado viejos hogares. La gente es todavía un poco sentimental.

—Si sienten cariño por esas casas —dijo bruscamente el jefe—, ¿por qué no pagan los impuestos y las cuidan? ¿Por qué corren al campo abandonando las casas? Pregúntele a Webster. Él dirá qué consiguió tratando de interesar a la gente en sus viejos hogares.

—Se refiere a esa farsa de la Semana del Viejo Hogar —dijo Griffin—. Fracasó. Claro que fracasó. Webster insistió tanto que a la gente le dio náuseas. Dada la mentalidad de la Cámara de Comercio, era el resultado previsto.

El concejal Forrest King habló malhumorado:

—No tiene por qué acusar a la Cámara de Comercio, Griffin. El hecho de que sus negocios hayan fracasado no es motivo para...

Griffin ignoró la interrupción.

—No se puede presionar a la gente, caballeros. Esa época ha terminado. Las grandes campañas de propaganda ya no sirven.

“Ha pasado la época en que era posible celebrar cualquier cosa: el día del maíz, o el día del dólar, y adornar el lugar con banderas y reunir a una multitud para que gastasen allí su dinero. Sólo ustedes parecen ignorarlo.

“Aquellas maniobras tenían en cuenta la psicología de las masas y la lealtad cívica. No es posible recurrir a la lealtad cívica cuando las ciudades se mueren. En cuanto a la psicología de las masas, ya no hay masas. Todos los hombres, o casi todos, viven en la soledad del campo.

—Caballeros —rogó el alcalde—, caballeros, estamos fuera de la cuestión.

King despertó de pronto a la vida y golpeó la mesa.

—No, continuemos. Webster está con nosotros. Quizá pueda darnos su opinión.

Webster se movió, incómodo.

—No creo —murmuró— que tenga más que decir.

—Olvide el asunto —dijo Griffin.

Pero King siguió de pie, con el rostro enrojecido, la boca temblándole de rabia.

—¡Webster! —gritó.

Webster sacudió la cabeza.

—Ha venido diciendo que se le había ocurrido una gran idea —gritó entonces King—. Tiene que exponer el resultado ante el Consejo. Levántese, hombre, y hable.

Webster se incorporó lentamente, con una sonrisa triste.

—Quizá es usted demasiado cabeza dura —le dijo a King— para comprender por qué me he disgustado.

King lanzó un sordo gemido, y luego estalló.

—¡Cabeza dura! Y me dice eso a mí. Hemos trabajado juntos. Ha contado conmigo. Nunca me ha dicho eso antes... nunca...

—Nunca le he dicho eso antes —repitió Webster con suavidad—. Naturalmente que no. Quería conservar mi puesto.

—Bueno, pues no ha podido conservarlo —rugió King—. A partir de este instante está despedido.

—Cierre la boca —dijo Webster.

King lo miró fijamente, estupefacto, como si le hubiesen dado una bofetada.

—Y siéntese —dijo Webster, y su voz atravesó la habitación como un cuchillo afilado.

King sintió que se le aflojaban las rodillas y se sentó bruscamente. Había un silencio quebradizo.

—Tengo algo que decir —añadió Webster—. Algo que debió decirse mucho antes. Algo que quiero que todos oigan. Que sea yo quien tenga que decirlo es lo único que me asusta. Y sin embargo, quizá, por haber trabajado en beneficio de la ciudad durante casi quince años, es lógico que sea yo quien lo diga.

“El concejal Griffin ha dicho que la ciudad se está muriendo, y no puedo discutirlo. Pero Griffin ha cometido un error: se ha quedado corto. La ciudad... esta ciudad, todas las ciudades... ya están muertas.

“La ciudad es un anacronismo. Se ha sobrevivido a sí misma. La hidroponía y el helicóptero precipitaron su caída. En un principio la ciudad era el lugar en que se agrupaban los miembros de una tribu para protegerse mutuamente. En años posteriores se rodeó de una muralla para aumentar la protección. Luego la muralla desapareció, pero la ciudad siguió viviendo a causa de las ventajas que ofrecía al tráfico y al comercio. Y llegó a nuestros días porque la gente se veía obligada a vivir cerca de sus lugares de trabajo, y los trabajos estaban en la ciudad.

“Pero todo eso ha cambiado. Con el avión familiar cien kilómetros de hoy son menos que cinco de 1930. Los hombres pueden volar centenares de kilómetros hasta los lugares de trabajo, y volver al hogar al concluir la jornada. Ya no necesitan vivir apretados en una ciudad.

“El coche inició esos cambios y el avión familiar los ha concluido. Algo se presentía ya en la primera mitad del siglo: la gente se alejaba de la ciudad y sus impuestos, y se instalaba en los suburbios y en las mansiones de las afueras. La falta de transportes adecuados y la falta de dinero ataban a muchos a la ciudad. Pero ahora que los cultivos en tanques han devaluado la tierra, un hombre puede comprar varias hectáreas de campo por menos de lo que valía un solar en la ciudad hace cuarenta años. Y con aviones atómicos el transporte ya no es un problema.

Webster hizo una pausa y el silencio flotó en la habitación. El alcalde parecía sorprendido. King movía los labios, en silencio. Griffin sonreía.

—¿Qué nos queda entonces? —preguntó Webster—. Les diré qué nos queda. Calles y calles, manzanas y manzanas de casas vacías, casas que la gente ha abandonado. ¿Por qué habrían de quedarse? ¿Qué les podía ofrecer la ciudad? Nada de lo que había dado a la generación anterior, pues el progreso acabó con las necesidades y beneficios de la vida urbana. La gente, cuando dejó las casas, tuvo que olvidar algunas consideraciones económicas, por supuesto. Pero el hecho de que pudieran comprar otra casa dos veces mejor por un precio dos veces menor, el hecho de que pudieran vivir como deseaban, de que pudieran desarrollar el patrimonio familiar de acuerdo con la tradición establecida por la pudiente generación anterior... todas estas cosas los impulsaron a abandonar las casas.

“¿Y qué nos queda ahora? Unas manzanas de edificios comerciales. Unas pocas hectáreas dedicadas a la industria. Nuestro gobierno municipal pretende hacerse cargo de un millón de personas ausentes. El presupuesto es tan grande que hasta las casas de comercio están mudándose para huir de los impuestos. Las multas recaen sobre propiedades sin valor. Sólo eso nos queda.

“Si creen que la Cámara de Comercio, la propaganda o un plan atolondrado pueden darnos la solución, están locos. Sólo hay una respuesta, y ésta es muy simple. Las ciudades, como institución humana, han muerto. Pueden luchar por su vida unos pocos años más, pero eso es todo.

—Señor Webster... —dijo el alcalde.

Pero Webster no había concluido.

—En cuanto a lo que ha ocurrido hoy —dijo—, durante un tiempo pude haber jugado a las muñecas con ustedes. Pude haber pretendido que los asuntos de la ciudad eran de interés público. Pude haber seguido engañándome, y engañándolos a ustedes. Pero hay, caballeros, algo que se llama dignidad humana.

El helado silencio se quebró con un susurro de papeles y la tos apagada de algún oyente turbado.

—La ciudad fracasó —continuó Webster—, y es mejor así. En vez de estar sentados aquí llorando su cadáver es mejor que nos pongamos de pie y agradezcamos que haya fracasado.

“Pues si esta ciudad no se hubiese sobrevivido a sí misma, como todas las otras ciudades, si no se la hubiese abandonado, habría sido destruida. Habría habido una guerra, caballeros, una guerra atómica. ¿Han olvidado aquellos años entre 1950 y 1970? ¿Han olvidado cómo permanecían despiertos de noche mientras esperaban la llegada de la bomba, sabiendo que nunca podrían volver a esperar, si la bomba llegaba?”

“Pero las ciudades fueron abandonadas y la industria se dispersó, y no hubo objetivos de guerra, y no hubo guerra.”

“Algunos de ustedes caballeros, muchos de ustedes, están vivos porque la gente se marchó de las ciudades.”

“Dejemos, pues, que descansen en paz. Alegrémonos de que estén muertas. No ha ocurrido nada mejor en toda la historia de los hombres.”

John J. Webster dio media vuelta y abandonó la habitación.

Afuera, en los anchos escalones de piedra, se detuvo, y miró fijamente el cielo sin nubes, observó las palomas que volaban entre las agujas y torrecillas del edificio municipal.

Se sacudió mentalmente, como un perro que sale del agua.

Había sido un tonto, por supuesto. Ahora tendría que buscar trabajo, y le costaría encontrar uno. Estaba ya un poco viejo para eso.

Pero, a pesar de todo, una melodía le vino espontáneamente a los labios. Se alejó rápidamente emitiendo un silencioso silbido.

No más hipocresías. No más noches de insomnio, de preguntarse qué hacer... sabiendo que la ciudad había muerto, sabiendo que todos sus afanes eran inútiles, sintiéndose un tonto que aceptaba un salario que no merecía. Sintiendo la curiosa y airada frustración de un hombre que sabe que su trabajo es improductivo.

Se encaminó hacia el aeródromo, en busca de su helicóptero.

Ahora, se dijo, podrían quizá mudarse al campo, tal como lo deseaba Betty. Quizá podría pasarse las tardes paseando por tierras de su propiedad. Un lugar con un arroyo. Sí, tenía que haber un arroyo con truchas.

Anotó mentalmente que debía visitar el atillo y revisar su equipo de pesca.

Martha Johnson estaba esperando en la puerta de la granja. El viejo coche bajó refunfuñando por el sendero.

Ole descendió, enfurecido, ojeroso.

—¿Has vendido algo? —preguntó Martha.

Ole sacudió la cabeza.

—Es inútil. No compran productos de granja. Se ríen de mí. Me muestran espigas de maíz dos veces más grandes que las mías. Me muestran melones que casi no tienen corteza. Y de mejor sabor, dicen.

Dio un puntapié a un terrón, que estalló en polvo.

—No hay nada que hacer —declaró—. Esos cultivos en tanques nos han arruinado.

—Será mejor, entonces, que vendamos la granja —sugirió Martha.

Ole calló.

—Podrías conseguir trabajo en una granja de tanques —dijo la mujer—. Eso hizo Harry. Y dice que le gusta.

Ole negó con un movimiento de cabeza.

—O quizá como jardinero —continuó Martha—. Podrías ser un excelente jardinero. Los millonarios se han mudado a mansiones tan grandes que necesitan jardineros para cuidar las flores y otras cosas. Mejor que ensuciarse con máquinas.

Ole volvió a sacudir la cabeza.

—No puedo ocuparme de flores —declaró—. No después de haber cultivado maíz durante más de veinte años.

—Quizá —dijo Martha—podamos tener uno de esos aviones. Y agua corriente en la casa. Y un cuarto de baño en lugar de la vieja bañera en la cocina.

—No puedo manejar un avión —objetó Ole.

—Sí que puedes —dijo Martha—. Son fáciles de manejar. Cómo, si cuando los chicos de Anderson no llegaban a la mesa, ya volaban en uno. Uno de ellos estuvo haciendo locuras y se cayó, es cierto, pero...

—Tengo que pensarlo —dijo Ole desesperadamente—. Tengo que pensarlo.

Se fue bamboleándose, saltó una cerca y se metió en los campos. Martha, de pie junto al coche, miró cómo se alejaba. Una única lágrima le rodó por la polvorienta mejilla.

—El señor Taylor le está esperando—dijo la muchacha.

John J. Webster tartamudeó.

—Pero yo nunca he estado aquí. Él no podía saber que yo vendría.

—El señor Taylor —insistió la muchacha—le está esperando.

La muchacha señaló la puerta con un movimiento de cabeza. En la puerta se leía:

OFICINA DE ADAPTACION HUMANA

—Pero he venido aquí en busca de trabajo —protestó Webster—. No he venido a que me adapten ni nada parecido. Éste es el Comité de Desplazados, ¿no es cierto?

—Así es —declaró la muchacha—. ¿Quiere ver al señor Taylor?

—Si usted insiste —dijo Webster.

La muchacha dio un golpe seco a una palanca y habló por el aparato de comunicaciones internas.

—El señor Webster ha llegado, señor.

—Hágale pasar—dijo una voz.

Con el sombrero en la mano, Webster cruzó la puerta.

El hombre que estaba detrás del escritorio tenía el pelo canoso, pero un rostro joven. Señaló una silla.

—Ha estado tratando de conseguir empleo —dijo.

—Sí—dijo Webster—, pero...

—Siéntese, por favor —dijo Taylor—. Si está pensando en ese letrero de la puerta, olvídalo. No trataremos de adaptarlo a nada.

—No he podido encontrar trabajo —dijo Webster—. He buscado durante semanas y nadie ha querido emplearme. Así que al fin he venido aquí.

—¿No quería venir?

—No. Francamente, no. Una oficina para desplazados. Tiene... bueno, tiene unas implicaciones que no me gustan.

Taylor sonrió.

—La terminología no es muy acertada. Le recuerda a usted las oficinas de empleos de otros tiempos. Aquellas a las que iban los desesperados por encontrar trabajo. El gobierno quería que esos hombres no se convirtiesen en una carga pública.

—Estoy bastante desesperado —confesó Webster—. El orgullo me impedía venir, pero en verdad no había otra cosa que hacer. Pues verá usted, me convertí en un traidor.

—Quiere decir —afirmó Taylor—que dijo usted la verdad. Aunque le costó el empleo. El mundo de los negocios, y no sólo aquí, no está preparado para esas cosas. El hombre de empresa cree todavía en el mito de la ciudad, el mito del arte de vender. Muy pronto comprenderá que las ciudades no son indispensables, que la buena mercancía y la honestidad le pueden dar mayores ganancias que el arte de vender del pasado.

“Pero me he preguntado, Webster, por qué razones hizo usted eso.

—Me sentía enfermo —dijo Webster—. Enfermo de ver cómo los hombres iban de un lado a otro con los ojos cerrados. Enfermo de ver cómo mantenían viva una tradición de la que había que desprenderse. Enfermo ante el bobo entusiasmo de King por los valores cívicos cuando todo motivo de entusiasmo había desaparecido hacía tiempo.

Taylor hizo un gesto afirmativo.

—Webster, ¿cree usted que es posible adaptar a los seres humanos?

Webster miró al hombre fijamente.

—Hablo en serio —le dijo Taylor—. El Comité Mundial ha estado haciendo eso durante años, silenciosamente, sin molestar a nadie. Hasta hay gente que no sabe que ha sido adaptada.

“Los cambios ocurridos desde la creación del Comité Mundial, luego de la desaparición de las Naciones Unidas, provocaron trastornos. El advenimiento de la energía atómica industrial privó de sus empleos a centenares de miles de hombres. Hubo que reeducarlos y orientarlos hacia otras labores: las fábricas atómicas u otros sitios. Los cultivos hidropónicos barrieron a los granjeros de sus tierras. Éste fue, quizá, nuestro problema más grave, pues esos hombres no sabían hacer otra cosa más que cultivar cereales y cuidar ganado. Y la mayor parte de ellos no deseaba hacer otra cosa. Se sentían amargamente resentidos por haberseles obligado a abandonar un sistema de vida que habían heredado de sus padres. Siendo individualistas por naturaleza, representaron para nosotros un verdadero problema psicológico.

—Muchos —declaró Webster—no saben todavía qué hacer. Un centenar o más se ha refugiado en las casas, y come lo que encuentra. Cazan conejos o ardillas, pescan un poco, cultivan legumbres o recogen frutas silvestres. De cuando en cuando, cometen pequeños robos o mendigan en la parte alta de la ciudad.

—¿Conoce usted a esa gente? —preguntó Taylor.

—A algunos —dijo Webster—. Hay uno que a veces me trae conejos o ardillas. Cree pagar así el dinero que le doy como limosna.

—Se oponen a que se los adapte, ¿no es cierto?

—Violentamente —dijo Webster.

—¿Conoce a un granjero llamado Ole Johnson? ¿Que no quiere abandonar su granja, aún sin reconstruir?

Webster asintió.

—¿Qué pasaría si tratase usted de adaptarlo a otra cosa?

—Me ha echado de su granja —dijo Webster.

—Hombres como Ole y los que ocupan las casas —dijo Taylor— son hoy nuestro problema más importante. La mayoría de las otras personas está ya bastante bien adaptada, bastante bien instalada en las condiciones actuales. Algunos lamentan aún la pérdida del pasado, pero sólo por costumbre. No es posible devolverles sus antiguos sistemas de vida.

“Años atrás, al aparecer la industria atómica, el Comité Mundial tuvo que afrontar una grave decisión. ¿Había que retardar los cambios provocados por el progreso para que la gente tuviese tiempo de adaptarse a la nueva situación, o había que acelerarlos y ayudar a la gente a que se adaptase? Se decidió, acertada o erróneamente, que el progreso era lo principal, cualquiera que fuese su efecto sobre los seres humanos. La decisión, como quedó demostrado más tarde, había sido la correcta.

“Por supuesto, esta readaptación no podía ser siempre asunto público. En algunos casos, como los grandes grupos de trabajadores que habían perdido su empleo, eso era posible, pero en otros, como nuestro amigo Ole, no. Hay que ayudar a estas gentes a que se encuentren a sí mismas en un mundo nuevo, pero no deben saber que se les está ayudando. Si lo supiesen perderían su confianza y dignidad, y la dignidad humana es la piedra fundamental de la civilización.

—Conozco, por supuesto, las readaptaciones que se hicieron en la industria —dijo Webster—, pero ignoraba que hubiese casos individuales.

—No podemos darlos a conocer —dijo Taylor—. Se trata prácticamente de un asunto secreto.

—Pero, ¿por qué me dice todo esto ahora?

—Porque deseamos que se una a nosotros. Que nos ayude a adaptar a Ole para empezar. Y ver luego qué se puede hacer con los ocupantes de las casas.

—No sé... —dijo Webster.

—Hemos estado esperándole —dijo Taylor—. Sabíamos que terminaría por venir. Cualquier posibilidad de que usted encuentre trabajo ha sido anulada por King. Han sido advertidos todos los grupos cívicos y todas las Cámaras de Comercio de este mundo actual.

—Quizá no pueda elegir —dijo Webster.

—No tiene por qué tomárselo así —dijo Taylor—. Piénselo un tiempo y vuelva. Aunque no acepte este trabajo le encontraremos otro... a pesar de King.

Fuera de la oficina, Webster se encontró con una figura de espantapájaros que estaba esperándolo. Era Levi Lewis, sin su habitual sonrisa desdentada, armado de un rifle.

—Los muchachos me dijeron que había entrado aquí —explicó—. Así que me he quedado esperándolo.

—¿Cuál es la dificultad? —preguntó Webster, pues el rostro de Levi hablaba elocuentemente de dificultades.

—La policía —dijo Levi. Escupió con asco.

—La policía —repitió Webster, y sintió que se le encogía el corazón. Sabía muy bien qué podía pasar.

—Sí —dijo Levi—. Están preparándose para quemarnos.

—Así que el Consejo dio al fin su aprobación —dijo Webster.

—Vengo de los cuarteles de la policía —declaró Levi—. Les dije que habría una carnicería en las calles. Aposté a los muchachos con órdenes de que no disparen si no están seguros de dar en el blanco.

—No puede hacer eso, Levi —dijo Webster con un tono cortante.

—¡No puedo! —replicó Levi—. Ya lo he hecho. Nos echaron de las granjas, nos obligaron a vender. Y no volverán a echarnos. Nos quedaremos aquí o moriremos aquí. Y quemarán las casas sólo cuando no quede nadie para impedirlo.

Se sacudió los pantalones y volvió a escupir.

—Y no somos los únicos que pensamos así —declaró—. Gramp está con nosotros.

—¡Gramp!

—Sí, Gramp. El viejo que vive con usted. Va a ser nuestro comandante general. Dice que recuerda unos trucos de guerra que la policía ignora. Ha enviado a algunos de los muchachos al Museo para que saquen un cañón. Dice que allí mismo se pueden obtener municiones. Dice que nos preparemos y anunciaremos luego que si la policía se mueve la haremos saltar en pedazos.

—Oiga, Levi, ¿haría algo por mí?

—Naturalmente, señor Webster.

—¿Quiere entrar y preguntar por el señor Taylor? Insista en verlo. Dígale que he aceptado el empleo.

—Lo haré; pero, ¿adónde va ahora?

—Al ayuntamiento.

—¿No quiere que vaya con usted?

—No —declaró Webster—. Es mejor que vaya solo. Y, Levi...

—Sí.

—Dígale a Gramp que tenga preparados sus cañones. Que no dispare sino en caso de necesidad. Pero que si lo hace, que dé en el blanco.

—El alcalde está ocupado —dijo el secretario, Raymond Brown.

—Eso es lo que dice usted —replicó Webster dirigiéndose hacia la puerta.

—No puede entrar, Webster —aulló Brown.

El secretario saltó de la silla y corrió alrededor del escritorio tratando de alcanzar a Webster. Webster blandió el brazo como un arma, alcanzó a Brown en el pecho y lo hizo retroceder hasta el escritorio. El escritorio se deslizó sobre el piso, y Brown agitó los brazos, perdió el equilibrio y cayó.

Webster abrió de par en par la puerta de la oficina del alcalde.

El alcalde sacó rápidamente los pies de encima del escritorio.

—Le advertí a Brown... —dijo.

Webster movió la cabeza afirmativamente.

—Y Brown me advirtió a mí. ¿Qué le pasa, Carter? ¿Tiene miedo de que King descubra que he estado aquí? ¿Miedo de que lo corrompan algunas ideas?

—¿Qué quiere? —exclamó Carter.

—Entiendo que la policía va a quemar las casas.

—Es cierto —declaró el alcalde—. Son una amenaza para la comunidad.

—¿Qué comunidad?

—Mire, Webster...

—Usted sabe bien que no hay ninguna comunidad. Sólo viven aquí unos pocos sucios políticos. Para reelegirlo a usted y ganar más dinero. De ese modo, todo lo que tienen que hacer es votarse unos a otros. La gente que trabaja en las tiendas y almacenes, y aun aquellos que hacen trabajos menores en las fábricas, no viven en la ciudad. Los

hombres de negocios la han dejado también hace tiempo. Hacen aquí sus negocios, pero no son residentes.

—Pero esto es todavía una ciudad —declaró el alcalde.

—No he venido a discutir con usted —dijo Webster—. He venido a demostrarle que se equivoca usted al quemar esas casas. Aunque usted no se dé cuenta, las casas son hogares para mucha gente. Son hombres que han venido a la ciudad en busca de amparo, que han encontrado refugio entre nosotros. En cierta medida somos responsables de ellos.

—No, no somos responsables —gruñó el alcalde—. Lo que les pasa, sea lo que sea, es culpa de la mala suerte. Nadie los llamó aquí. No los necesitamos. No benefician de ningún modo a la comunidad. Me dirá usted que es gente desplazada. Bueno, ¿y eso qué nos importa? Me dirá usted que no pueden encontrar empleo. Y yo le responderé que no lo encuentran porque no lo buscan de veras. Hay trabajo que hacer, siempre hay trabajo que hacer. Se los ha envenenado con toda esa charla de un nuevo mundo, y creen que otro se encargará de buscarles el sitio que les conviene y el trabajo que les conviene.

—Me parece usted un individualista desvergonzado —dijo Webster.

—Lo dice como si creyese que es algo gracioso —ladró el alcalde.

—Creo que es algo gracioso —dijo Webster—. Gracioso y trágico. Hoy cualquiera puede darse cuenta.

—El mundo andaría mejor con un poco de individualismo desvergonzado —comentó el alcalde—. Fíjese en los hombres que han escalado posiciones...

—¿Como usted? —preguntó Webster.

—Sí, como yo, por ejemplo —convino Carter—. He trabajado duramente. He aprovechado las oportunidades. Tengo visión de las cosas. He...

—Quiere decir que ha besado las botas indicadas y ha pisoteado a los que había que pisotear —dijo Webster—. Es usted un brillante ejemplo de la gente que el mundo de hoy no necesita. Huele usted a moho. Tiene ideas totalmente anticuadas. Es usted el último de los secretarios de la Cámara de Comercio. Sólo que usted no lo sabe todavía. Yo me hice a un lado. Aunque me costó bastante, me hice a un lado, pues tenía que salvar el respeto que me debo a mí mismo. La clase de política que usted practica, ha muerto. Ha muerto porque ya no basta recurrir a un potente altavoz para convencer a las masas. Hoy no es posible aplicar ninguna táctica psicológica a las masas. No hay psicología de masas cuando a la gente deja de importarle algo que ya no existe: un sistema político que se ha derrumbado bajo su propio peso.

—¡Fuera de aquí! —gritó Carter—. Fuera de aquí antes que llame a la policía y lo echen a la calle.

—Olvida usted —dijo Webster—que he venido a hablar de las casas.

—No le servirá de nada —gruñó Carter—. Puede quedarse y hablar hasta el día del juicio final. Esas casas serán quemadas. Está decidido.

—¿Le gustaría ver este edificio convertido en un montón de escombros? —preguntó Webster.

—La comparación —dijo Carter— es grotesca.

—No estoy comparando —dijo Webster.

—No está... —El alcalde miró a Webster con fijeza—. ¿Qué está diciendo entonces?

—Sólo esto —dijo Webster—. En el mismo instante en que la primera antorcha toque las casas, la primera bomba caerá en este edificio. Y la segunda caerá en el Parlamento. Ante todo, los blancos más importantes.

Carter se quedó sin aliento. Luego una oleada de ira le subió a la cara.

—Es inútil, Webster —exclamó—. No puede engañarme. Un cuento como ése...

—No se trata de un cuento —declaró Webster—. Esos hombres tienen un cañón. Lo han sacado del Museo. Y saben manejarlo. No lo necesitarán realmente. Sería como disparar a quemarropa.

Carter se inclinó hacia el aparato de radio, pero Webster lo detuvo con un ademán.

—Piénselo un minuto, Carter, antes de perder la cabeza. Está usted en un atolladero. Siga adelante con su plan y se encontrará en medio de una batalla. Las casas arderán quizá, pero otros edificios caerán con ellas. Los hombres de negocios reclamarán su cabeza.

La mano de Carter se apartó de la radio.

A lo lejos se oyó el seco estampido de un rifle.

—Será mejor que los detenga —advirtió Webster.

Carter, indeciso, retorció la cara.

Se oyó otro tiro, y otro, y otro.

—Pronto —dijo Webster— será tarde. Tan tarde, que todo será inútil.

Una apagada explosión sacudió los vidrios de las ventanas. Carter saltó de la silla.

Webster se sintió de pronto helado y débil. Pero trató de no mostrar su alteración.

Carter estaba mirando fijamente por la ventana, como un hombre de piedra.

—Temo —dijo Webster— que ya sea demasiado tarde.

La radio del escritorio zumbaba insistentemente. Una luz roja se encendía y apagaba.

Carter extendió una mano temblorosa y encendió el aparato.

—Carter —decía una voz—. Carter. Carter.

Webster reconoció la voz profunda del jefe de policía, Jim Maxwell.

—¿Qué pasa? —preguntó Carter.

—Tenían un cañón —le dijo Maxwell—. Estalló cuando trataron de dispararlo. El proyectil no estaba en buenas condiciones, supongo.

—¿Un cañón? —preguntó Carter—. ¿Sólo uno?

—No vi otros.

—Oí disparos de rifle —dijo Carter.

—Sí, disparaban contra nosotros. Hirieron a un par de muchachos. Pero retrocedieron. Se ocultaron en los matorrales. Ya no disparan.

—Muy bien —dijo Carter—. Adelante y empiecen a quemar.

Webster se acercó al alcalde.

—Pregúntele, pregúntele...

Pero Carter movió el interruptor y la radio calló.

—¿Qué quería preguntar?

—Nada —dijo Webster—. Nada que importe.

No podía decirle a Carter que Gramp era el único que sabía manejar el cañón. No podía decirle que cuando el cañón había estallado Gramp estaba allí.

Tenía que irse, llegar al cañón tan pronto como fuera posible.

—Fue un cuento excelente, Webster —decía Carter—. Un buen cuento, pero ya no sirve.

El alcalde se volvió hacia la ventana que daba a las casas.

—No más disparos —comentó—. Abandonaron pronto.

—Tendrá suerte—dijo Webster—si algún policía regresa con vida. Esos hombres armados están ahora en los matorrales y pueden acertarle a una ardilla a cien metros de distancia.

Se oyeron unas pisadas en el corredor. Dos personas venían corriendo.

El alcalde dejó de mirar por la ventana y Webster dio media vuelta.

—¡Gramp! —gritó.

—Hola, Johnny —dijo Gramp, deteniéndose.

El que venía detrás de Gramp era un hombre joven, y traía algo en la mano: un fajo de papeles que agitaba ante él.

—¿Qué quieren? —preguntó el alcalde.

—Muchas cosas —dijo Gramp.

Esperó unos instantes, recuperando el aliento, y dijo entrecortadamente:

—Le presento a mi amigo, Henry Adams.

—¿Adams? —preguntó el alcalde.

—Sí —dijo Gramp—. Su abuelo vivía en esta ciudad. En la calle Veintisiete.

—Oh —dijo el alcalde como si alguien lo hubiese golpeado con un ladrillo—. Se refiere a F. J. Adams.

—Ha acertado —dijo Gramp—. Estuvimos juntos en la guerra. Solía pasarse las noches hablándome de su hijo.

Carter saludó a Henry Adams con un movimiento de cabeza.

—Como alcalde de la ciudad —dijo, tratando de recobrar la calma—, le doy la bienvenida a...

—No es una bienvenida lo más adecuado —dijo Adams—. Tengo entendido que están quemando mis propiedades.

—¡Sus propiedades! —El alcalde se atragantó y clavó los ojos, incrédulo, en el fajo de papeles que Adams tenía en la mano.

—Sí, sus propiedades —chilló Gramp—. Acaba de comprarlas. Venimos de la oficina de impuestos. Hemos pagado todo lo que según sus ladrones legales debían las casas.

—Pero, pero... —El alcalde buscaba las palabras, tratando de recuperar el aliento—. No todas las propiedades. Sólo la del viejo Adams.

—Todas, todas sin excepción —dijo Gramp triunfalmente.

—Y ahora —dijo Adams al alcalde—, si tuviese la bondad de pedirles a sus hombres que no quemem mis propiedades...

Carter se inclinó sobre el escritorio y tanteó la radio con manos repentinamente torpes.

—Maxwell —gritó—. Maxwell. Maxwell.

—¿Qué quiere?—aulló Maxwell como respuesta.

—No quemem más —chilló Carter—. Apaguen esas llamas. Llamen a los bomberos. Hagan cualquier cosa. Pero apaguen todo.

—Pero caramba —dijo Maxwell—. Creí que se había decidido otra cosa.

—Haga lo que le digo —gritó el alcalde—. Apague todo.

—Muy bien —dijo Maxwell—. Muy bien. No se altere. Pero a los muchachos no les gustará. Dispararon contra ellos y ahora usted cambia de parecer.

Carter alzó la cabeza de la radio.

—Permítame asegurarle, señor Adams —dijo—, que todo esto es un gran error.

—Lo es —dijo Adams—. Un gran error, de veras. El mayor de los errores.

Durante un instante los dos hombres se miraron a los ojos.

—Mañana —dijo Adams—pediré a las Cortes que anulen los títulos. Como propietario de los terrenos principales, creo que puedo hacerlo.

El alcalde tragó saliva, y al fin logró emitir algunas palabras.

—¿Sobre qué base? —preguntó.

—Sobre la base —dijo Adams— de que son inútiles. No creo que se necesite mucho para probar mis derechos.

—Pero... pero... eso significa...

—Sí —dijo Gramp—, ya sabe lo que significa. Significa que le han dado a usted en las narices.

—Un parque —dijo Gramp moviendo un brazo sobre aquellos terrenos cubiertos de plantas salvajes donde en otro tiempo se habían agrupado las residencias—. Un parque para que la gente pueda recordar cómo vivían sus antepasados.

Los tres hombres se habían detenido en la colina del Agua, bajo la torre herrumbrada y brillante, que clavaba los vigorosos pies de acero en un mar de hierbas de un metro de altura.

—No un parque exactamente—explicó Adams—. Algo así como un monumento. Un monumento para conmemorar una era de la vida comunal que dentro de cien años habrá sido olvidada. La conservación de un cierto número de edificios que se erigieron para cumplir determinada función y de acuerdo con los gustos de sus ocupantes. Ninguna atadura a conceptos arquitectónicos, sino un esfuerzo por una vida mejor. Dentro de cien años los hombres se pasearán por esas casas con el mismo respeto y reverencia con que entran hoy en un museo. Les parecerá algo que se remonta a la vida primitiva, un escalón hacia una vida mejor y plena de significado. Los artistas ocuparán su tiempo en trasladar estas viejas casas a sus lienzos. Los autores de novelas históricas vendrán aquí a respirar autenticidad.

—Pero usted dijo que quería restaurar estas casas, devolver a prados y jardines el aspecto que tenían antes —dijo Webster—. Esto representa una fortuna. Y luego, otra fortuna para conservarlo.

—Tengo demasiado dinero —dijo Adams—. Demasiado dinero. No olvide que mi abuelo y mi padre entraron desde un principio en la industria atómica.

—No conocí un jugador de dados como su abuelo —dijo Gramp—. Acostumbraba limpiarme los bolsillos los días de cobro.

—En aquellos tiempos —dijo Adams— cuando un hombre tenía demasiado dinero podía dedicarse a otras cosas. Actos de caridad, por ejemplo. O pagar investigaciones médicas, y cosas parecidas. Pero hoy no existe la caridad organizada. El mundo de los negocios no es tan grande como para permitirlo. Y cuando el Comité Mundial comenzó a funcionar, hubo bastante dinero para todas las investigaciones, médicas y de otras clases, que cualquiera pudiese desear.

“Yo no había planeado esto cuando vine a ver la vieja casa de mi abuelo. Sólo quería verla, eso era todo. Me había hablado tanto de ella. Del árbol que había plantado delante de la casa. Y del jardín de rosas.

“Y la vi. Y me pareció un fantasma burlón. Era algo que había quedado atrás. Algo que había significado mucho para alguien y que había quedado atrás. Estaba mirándola junto con Gramp cuando se me ocurrió que no podría hacer nada mejor que preservar para la posteridad una muestra de la vida de nuestros padres.

A lo lejos se alzó una fina columna de humo azul.

Webster la señaló con la mano.

—¿Y qué ocurrirá con esa gente?

—Si quieren —dijo Adams—, se quedarán. Habrá de sobra para ellos. Y siempre tendrán donde vivir.

“Hay algo que me preocupa. No puedo quedarme. Necesito que alguien se encargue de todo. Será un trabajo para toda la vida.

Adams miró a Webster.

—Acepta, Johnny —dijo Gramp.

Webster sacudió la cabeza.

—Betty está ansiosa por instalarse en el campo.

—No tiene por qué vivir aquí —dijo Adams—. Puede venir en avión todos los días.

Alguien los saludó desde el pie de la loma.

—Es Ole —exclamó Gramp.

Agitó el bastón en el aire.

—Hola, Ole. Sube.

Los hombres esperaron en silencio que Ole subiera cojeando por la pendiente.

—Quiero hablar con usted, Johnny —dijo Ole—. Tengo una idea. Se me ocurrió cuando desperté de madrugada.

—Adelante —dijo Webster.
Ole miró de reojo a Adams.

—No tenga miedo —dijo Webster—. Es Henry Adams. Quizá usted recuerde a su abuelo, el viejo F. J. Adams.

—Lo recuerdo —dijo Ole—. Estaba chiflado por la energía atómica. ¿Cómo le fue?

—Tuvo suerte —dijo Adams.

—Me alegra oírlo —dijo Ole—. Me parece que yo estaba equivocado. Le decía que nunca llegaría a nada. Que era un soñador.

—¿Qué idea era ésa? —preguntó Webster.

—¿Ha oído hablar de esos ranchos de recreo? —dijo Ole.

Webster hizo un signo afirmativo.

—Lugares —dijo Ole— donde la gente se imagina que son cow-boys. Les gusta porque no saben cuanto trabajo hay en esos lugares y...

—Oiga —dijo Webster—. No pretenderá convertir su granja en un rancho de recreo, ¿no?

—No —dijo Ole—. No un rancho de recreo. Una granja de recreo, quizá. La gente no sabe mucho de eso, ya que apenas hay granjas. Y leerán qué hermosa era la escarcha en las calabazas, y...

Webster miró fijamente a Ole.

—Irán, Ole, irán —declaró—. Se morirán por pasar sus vacaciones en una granja verdadera.

De unos matorrales al lado de la loma surgió algo brillante que rechinaba y gorgoteaba y chillaba, lanzando hierbas a diestra y siniestra, y agitando un brazo parecido a una grúa.

—¿Qué demonios...? —preguntó Adams.

—¡Es esa segadora de césped, maldita sea! —gritó Gramp—. Siempre dije que un día perdería un tornillo y se volvería completamente loca.

Notas al segundo cuento

AUNQUE TODAVIA casi enteramente extraño, en el segundo cuento resuena una nota más familiar que en el primero. Aquí el lector tiene la impresión de que la historia puede haber nacido en un campamento perruno, situación inverosímil con respecto al cuento anterior.

Se expresan aquí algunos de los conceptos éticos y morales que los perros han llegado a valorar. Aquí, también, hay un conflicto que un perro puede entender, aunque ese conflicto revele el deterioro moral y mental de su protagonista.

Por primera vez, también, aparece un personaje familiar: el robot. En el robot Jenkins, tal como lo presenta este cuento, nos encontramos con un individuo que durante miles de años ha sido favorito de los cachorros. Jenkins, según Tige, es el verdadero héroe de la leyenda. Ve en él la prolongación de la influencia del hombre luego de su desaparición. Un dispositivo mecánico mediante el cual el pensamiento humano continúa guiando a los perros.

Tenemos todavía nuestros robots, valiosas y amables creaciones que existen para un único propósito: proporcionarnos manos. No obstante, con el correr de los siglos el robot se ha convertido en algo tan íntimamente unido al perro que éste ya no mira a su robot como algo aparte.

La insistencia de Tige en afirmar que el robot es una invención del hombre, una herencia que hemos recibido de la raza humana, ha sido atacada duramente por la mayoría de los estudiosos de la leyenda.

La idea de que el robot fue construido y entregado a los perros como una ayuda para desenvolver su cultura, afirma Bounce, debe ser sumariamente rechazada en virtud de su

mismo romanticismo. Se trata, sin duda, sostiene Bounce, de un recurso narrativo, y no se lo puede admitir sino como tal.

No hay modo de saber cómo los perros fabricaron los primeros robots. Aquellos pocos sabios que han dedicado algún tiempo a estudiar el desarrollo de estas máquinas señalan que su funcionamiento altamente especializado indica indudablemente que han sido inventadas por los perros. El hecho de que el trabajo de los robots sea tan especializado significa sin duda que han sido ideados y desarrollados por una raza para la cual ese trabajo resulta singularmente conveniente. Sólo el perro, afirman estos sabios, pudo haber construido una herramienta tan compleja y útil a la vez.

Decir que hoy los perros no pueden fabricar un robot, es caer en una petición de principio. Ningún perro puede hoy fabricar un robot porque no tiene necesidad de hacerlo, ya que los robots se fabrican a sí mismos. Evidentemente, cuando fue necesario, el perro fabricó el robot, y al mismo tiempo le dio un impulso reproductor que lo llevó a construir otras máquinas semejantes, solucionando así el problema de un modo típicamente perruno.

En este cuento, además, aparece una idea que persiste a lo largo de todo el ciclo, y que durante mucho tiempo ha confundido a los estudiosos y a la mayoría de los lectores. Según esta idea es posible salir físicamente de este mundo, cruzar el espacio, y llegar a otras tierras. Aunque la idea ha sido considerada ante todo producto de la fantasía —la que por supuesto siempre desempeña un papel importante en todas las leyendas—, se le han dedicado muchas horas de estudio. En casi todos los casos se ha confirmado que tal cosa es imposible. Una creencia semejante significaría que las estrellas que vemos durante la noche son mundos enormes situados a gran distancia del nuestro. Todos saben en cambio que son sólo luces que cuelgan en el cielo, y que en su mayoría están muy cerca de nosotros.

Bounce da lo que debe de ser la mejor explicación acerca del origen de esta idea de otros mundos. Se trata, afirma, de una deformación, introducida por un antiguo narrador, de los mundos poblados por duendes cuya existencia conocen los perros desde la más remota antigüedad.

Encierro

LA LLOVIZNA CAÍA de los cielos plomizos como a través de un tamiz, como humo que flotase entre los árboles desnudos. Borraba las siluetas de los edificios y ocultaba el horizonte. Relucía en las pieles metálicas de los robots silenciosos y plateaba las espaldas de los tres seres humanos atentos al hombre de vestiduras negras que leía de un libro.

La figura sepulcral, cubierta de musgo, que se alzaba sobre la puerta de la cripta parecía querer ascender, como si todos los cristales de su cuerpo anhelaran algo invisible. Y así estaba, ascendiendo, desde el remoto día en que unos hombres la habían esculpido en granito para adornar la tumba familiar con un simbolismo amado por John J. Webster en los últimos años de su vida.

—Y quienquiera que viva y crea en Mí...

Jerome A. Webster sintió que los dedos de su hijo le apretaban el brazo, oyó los apagados sollozos de su madre, vio las rígidas filas de robots, inclinadas

respetuosamente las cabezas ante el amo a quien habían servido. El amo que volvía al hogar... al primero y último de los hogares.

Jerome A. Webster se preguntó confusamente si los robots comprenderían... si comprenderían la vida y la muerte... si comprenderían qué significaba que Nelson F. Webster yaciera allí en el ataúd, que un hombre con un libro entonase ante él unas palabras.

Nelson F. Webster, el cuarto de los Webster que había ocupado estos campos, había vivido y muerto allí, y ahora se encaminaba hacia el descanso final preparado por el primero de ellos para el resto de la familia: esa larga línea de fantasmales descendientes que vivirían aquí y amarían las cosas y las costumbres establecidas por el primer John J. Webster.

Jerome A. Webster sintió que se le apretaban las mandíbulas, que le temblaba ligeramente el cuerpo. Durante un instante un fuego le quemó los ojos, y se le borró la visión del ataúd, y las palabras que estaba pronunciando el hombre de negro se confundieron con el viento que murmuraba entre los pinos, erguidos como centinelas del cadáver. Dentro de la mente comenzaron a agitarse los recuerdos: recuerdos de un hombre de pelo gris que se paseaba por lomas y campos, que olía la brisa de la mañana temprana, que de pie ante la encendida chimenea sostenía una copa de brandy en la mano.

Orgullo; el orgullo de la tierra y la vida, y la humildad y la grandeza que una vida de paz alimenta en el interior del hombre. La satisfacción del ocio casual y la seguridad de la meta. La independencia que da la seguridad, la paz de los alrededores familiares, la libertad de los campos abiertos.

Thomas Webster estaba dándole unos golpecitos en el codo.

—Papá —murmuraba—. Papá.

El servicio religioso había terminado. El hombre de vestiduras negras había cerrado el libro. Seis robots se adelantaron y levantaron el ataúd.

Los tres hombres siguieron lentamente el ataúd al interior de la cripta, y esperaron en silencio a que los robots lo introdujeran en el nicho, cerraran la puerta y fijaran la placa en que se leía:

NELSON F. WEBSTER
2034-2117

Eso era todo. Sólo el nombre y las fechas. Y eso, pensó Jerome A. Webster, era suficiente. No se necesitaba nada más. Los otros sólo tenían eso. Los otros: todos los que habían representado a la familia. William Stevens ante todo: 1920-1999. Lo llamaban, recordó Webster, Gramp Stevens. La mujer del primer John J. Webster (que también estaba aquí: 1951-2020) había sido su hija. Y después de él su hijo: Charles F. Webster: 1980-2060. Y su hijo, John II, 2004-2086. Webster podía recordar a John J. II: un abuelo

que dormía junto al fuego, con la pipa entre los labios, tratando constantemente de quemarse las patillas.

Los ojos de Webster pasaron a otra placa. Mary Webster, la madre del chico que estaba aquí, a su lado. Y ya no un chico. Olvidaba siempre que Thomas tenía veinte años y que dentro de una semana o dos saldría para Marte; como él mismo en otro tiempo.

Todos juntos aquí, pensó. Los Webster y sus mujeres y sus hijos. Aquí, juntos en la muerte como lo habían estado en la vida, amparados por el orgullo y la seguridad del bronce y el mármol, y allá los pinos, y allí la figura simbólica sobre la puerta enmohecida por el tiempo.

Los robots esperaban, de pie, silenciosos, ya cumplida su tarea.

Su madre lo miró.

—Eres la cabeza de la familia ahora, hijo mío —dijo.

Webster extendió un brazo y apretó a la mujer contra su costado. Cabeza de la familia. De lo que quedaba de ella. Nada más que tres. Y su hijo embarcaría muy pronto para Marte. Pero volvería. Volvería casado, quizá, y la familia seguiría. No terminaría con estos tres. Gran parte del caserón no permanecería cerrada como ahora. En otra época un mismo techo había amparado a doce unidades familiares. Esa época, se dijo Webster, volvería otra vez.

Las tres figuras humanas dieron media vuelta, y dejando la cripta se encaminaron hacia la casa que se alzaba como una enorme sombra gris entre la niebla.

El fuego brillaba en la chimenea y el libro descansaba en el escritorio. Jerome A. Webster alzó el volumen y volvió a leer el título:

—Psicología marciana. Referida especialmente a las funciones mentales. Por el doctor Jerome A. Webster.

Compacta y densa: la obra de toda una vida. Obra única casi en su género. Basada en los datos reunidos durante aquellos cinco años de plaga en Marte, años en los que había trabajado día y noche con sus colegas de la comisión médica del Comité Mundial, enviada en misión de socorro al planeta vecino.

Se oyó un golpe en la puerta.

—Adelante —dijo Webster. La puerta se abrió y un robot se deslizó en el cuarto.

—Su whisky, señor.

—Gracias, Jenkins —dijo Webster.

—El sacerdote, señor —dijo Jenkins—, se ha retirado.

—Oh, sí. Imagino que lo habrás atendido.

—Sí, señor. Le di su dinero y le ofrecí una bebida. Rechazó la bebida.

—Fue un error —le dijo Webster—. Los sacerdotes no beben.

—Lo siento, señor. No lo sabía. Me pidió que le dijera a usted que pasara por la iglesia de vez en cuando.

—¿Eh?

—Le dije, señor, que usted no iba a ninguna parte.

—Eso ha estado muy bien, Jenkins —dijo Webster—. Nosotros no salimos.

Jenkins se encaminó hacia la puerta, se detuvo antes de llegar, y se volvió.

—Si me lo permite, señor, el servicio religioso en la cripta fue emocionante. Su padre era un hombre muy fino, el más fino que he conocido. Los robots comentaban que la ceremonia era muy adecuada. Digna, señor. A su padre le hubiese gustado mucho.

—Le hubiese gustado más —observó Webster— oírte decir eso, Jenkins.

—Gracias, señor —dijo Jenkins, y salió del cuarto.

Webster se quedó a solas con el whisky y el libro y el fuego, y sintió que la paz de la habitación se cerraba sobre él. Sintió que allí estaba su refugio.

Éste era su hogar. Había sido el hogar de los Webster desde el día en que el primer John J. había venido aquí y había construido las primeras habitaciones de la casa. John J. había elegido este lugar porque había en él un arroyo con truchas, o por lo menos así decía él. Pero había algo más. Tuvo que haber algo más, se dijo Webster.

O quizás, en un comienzo, el porqué había sido realmente aquel arroyo con truchas. El arroyo con truchas, y los árboles, y los prados, y los acantilados envueltos todas las mañanas por la neblina del río. Quizá el resto había crecido gradualmente a lo largo de los años, años de asociación familiar hasta que el mismo suelo llegó a empaparse con algo que se parecía a una tradición, aunque no era exactamente eso. Algo que transformó los árboles, las rocas y las tierras en árboles, rocas y tierras de los Webster. Todo estaba relacionado ahora con los Webster.

John J., el primer John J., había venido aquí luego del derrumbe de las ciudades, cuando los hombres olvidaron, de una vez por todas, las casas amontonadas del siglo veinte, y se liberaron de aquel instinto que los llevaba a apretarse en una cueva o en un espacio libre contra un enemigo o temor común. El hombre había sido sometido por las condiciones sociales y económicas de otro tiempo. Una nueva seguridad y una nueva suficiencia habían hecho posible esa ruptura.

Y aquí estaba el resultado final. Una existencia tranquila. La paz que sólo puede nacer de las cosas buenas. La clase de existencia que los hombres anhelaron durante años y años. Una vida solariega, sobre la base de viejas casas familiares y pacíficas hectáreas, con energía atómica para proporcionar caballos de fuerza y robots en lugar de sirvientes.

Webster sonrió a la chimenea y sus leños rojos. Esto era un anacronismo, pero un anacronismo conveniente, algo que el hombre había conservado desde la época de las cavernas. Inútil, pues la calefacción atómica era más eficaz... aunque menos hermosa. No era posible contemplar ociosamente los átomos y soñar y construir castillos en el aire.

La misma cripta donde habían enterrado a su padre aquella tarde era también algo familiar. Estaba en armonía con el resto. El sombrío orgullo y la vida tranquila, y la paz. En otros tiempos los muertos se enterraban juntos, un desconocido al lado de otro desconocido...

Nunca salía.

Eso le había dicho Jenkins al sacerdote.

Y era cierto. ¿Pues para qué necesitaba salir de su casa? Todo estaba aquí. Bastaba hacer girar una perilla para hablar cara a cara con quien uno quisiese, para ir —si no corporalmente, al menos con los sentidos— a donde uno desease. A un teatro, un concierto, cualquier biblioteca del mundo. Y si se quería realizar un negocio, no era necesario abandonar la silla.

Webster bebió el whisky y se inclinó hacia la máquina instalada junto al escritorio.

Movió los mandos de memoria sin recurrir al libro. Sabía adónde iba.

Tocó una llave con el dedo y la habitación se desvaneció, o pareció desvanecerse. Quedó la silla en que estaba sentado, parte del escritorio, parte de la máquina y nada más.

La silla estaba ahora en la falda de una colina de hierbas doradas y árboles nudosos y retorcidos por el viento, a orillas de un lago que anidaba entre estribaciones purpúreas. Estas estribaciones, rayadas por el verde oscuro de unos pinos distantes, ascendían en empinados escalones hasta unos picos azulados y cubiertos de nieve que alzaban a la distancia sus bordes de sierra.

El viento hablaba rudamente entre los árboles encogidos, y sus ráfagas repentinas rasgaban las hierbas. Los últimos rayos del sol encendían los picos distantes.

Soledad y grandeza, las grandes extensiones de tierras calcinadas, el lago escondido, las sombras afiladas de la lejanía.

Webster se acomodó en la silla, mirando los picos con los ojos entrecerrados.

Una voz dijo, casi por encima de su hombro:

—¿Puedo entrar?

Una voz suave y sibilante, casi inhumana. Pero una voz que Webster conocía.

Webster hizo un signo afirmativo.

—Naturalmente, Juwain.

Volvió un poco la cabeza y vio el elaborado pedestal, y sobre él, en cuclillas, la figura velluda y de dulce aspecto del marciano. Bajo el pedestal se vislumbraba confusamente un extraño mobiliario.

El marciano señaló con una mano velluda la cadena de montañas.

—A usted le gusta esto —dijo—. Lo entiende. Y yo entiendo que a usted le guste. Pero veo ahí más terror que belleza.

Webster extendió un brazo, pero el marciano lo detuvo.

—Déjelo —le pidió—. Yo no hubiese venido en esta época si no pensase que quizá un viejo amigo...

—Es usted muy amable —dijo Webster—. Me alegra que haya venido.

—Su padre —dijo Juwain— era un gran hombre. Recuerdo cómo me hablaba usted de él, en aquellos años que pasó usted en Marte. Dijo usted que volvería alguna vez. ¿Por qué no volvió?

—Este... —dijo Webster—. Nunca...

—No me lo diga —rogó el marciano—. Ya lo sé.

—Mi hijo —dijo Webster— saldrá para Marte dentro de poco. Quisiera que se comunicase con usted.

—Será un verdadero placer —dijo Juwain—. Estaré esperándolo —se movió incómodo en el pedestal—. Quizá continúe la tradición.

—No —dijo Webster—. Está estudiando ingeniería. La cirugía no le interesa.

—Tiene derecho —observó el marciano— a vivir su propia vida. Y sin embargo...

—Sí —continuó Webster—. Pero ya está decidido. Quizá sea un gran ingeniero. Estructura del espacio. Naves para viajar a las estrellas.

—Quizá —sugirió Juwain— su familia ya ha hecho bastante por la medicina. Usted y su padre...

—Y el padre de mi padre —dijo Webster.

—Su libro —declaró Juwain— ha dejado a Marte en deuda con usted. Quizá se preste ahora más atención a la especialización marciana. Mi pueblo no da buenos doctores. No tiene bastante preparación. Es curioso observar de qué modos distintos trabajan las mentes de las dos razas. Es curioso que en Marte no se haya pensado nunca en la medicina. Sí, literalmente, nunca se pensó en ella. En lugar de esa ciencia se hizo un culto del fatalismo. En cambio vosotros, ya en la prehistoria, cuando los hombres vivían todavía en las cavernas...

—Hay muchas cosas —dijo Webster— que ustedes pensaron y nosotros no. Cosas que ahora nos asombra haber dejado a un lado. Capacidades que ustedes desarrollaron y de las que nosotros carecemos. La especialidad de ustedes, por ejemplo, la filosofía. Tan distinta de la terrestre. Una ciencia. En cambio entre nosotros no fue más que un delirio ordenado. Ustedes desarrollaron una filosofía lógica, práctica, útil, una verdadera herramienta.

Juwain comenzó a hablar, titubeó, y al fin dijo:

—Creo haber llegado a algo, algo que puede ser nuevo y sorprendente. Algo que puede ser realmente útil, tanto para ustedes como para nosotros. He trabajado en esto durante años, a partir de ciertas ideas que concebí cuando llegaron los primeros terrestres. No dije nada porque no podía estar seguro.

—Y ahora —dijo Webster— está seguro.

—No, no del todo —dijo Juwain—. Pero casi.

El hombre y el marciano callaron, observando el lago y las montañas. Vino un pájaro, y se posó en un árbol retorcido, y cantó. Unas nubes oscuras se apilaron detrás de los montes, y los picos cubiertos de nieve se alzaron como piedras esculpidas. El sol se hundió en un lago escarlata y poco después pareció convertirse en una brasa débil.

Se oyó el golpe de una puerta y Webster se movió en la silla, vuelto repentinamente a la realidad y al estudio.

Juwain ya no estaba. El viejo filósofo había consentido en pasar una hora de contemplación en compañía del terrestre y luego se había desvanecido.

Volvió a oírse aquel golpe.

Webster se inclinó hacia adelante, movió una llavecita y las montañas desaparecieron. La habitación volvió a ser una habitación. La luz crepuscular se filtraba por los altos ventanales y el fuego de la chimenea era un resplandor rosado.

—Adelante —dijo Webster.

Jenkins abrió la puerta.

—La cena está lista, señor —dijo.

—Gracias, Jenkins —dijo Webster. Se incorporó con lentitud.

—Su lugar, señor —dijo Jenkins—, está ahora en la cabecera de la mesa.

—Ah, sí —dijo Webster—. Gracias, Jenkins. Muchas gracias por habérmelo recordado.

Webster, de pie en la ancha rampa del aeródromo, observaba aquella forma en el cielo, cada vez más pequeña, que lanzaba una llamita vacilante bajo la luz invernal.

Durante varios minutos, cuando la forma ya había desaparecido, se quedó allí, aferrado a la barandilla, con los ojos fijos en el cielo.

Se le movieron los labios y dijeron: —Adiós, hijo— pero no se oyó nada.

Lentamente, volvió a tener conciencia del mundo de alrededor. Vio la gente que se movía por la rampa, el campo de aterrizaje que parecía extenderse interminablemente hasta el lejano horizonte salpicado aquí y allá por unas cosas con joroba: naves del espacio. Unos rápidos tractores trabajaban cerca de un hangar, quitando los últimos restos de la nevada de la noche anterior.

Webster se estremeció y pensó que era raro, pues el sol del mediodía calentaba bastante. Volvió a estremecerse.

Se apartó lentamente de la barandilla y se encaminó hacia el edificio de la administración. Y durante un instante sintió un temor desgarrador y repentino, un temor irracional ante aquella masa de cemento que formaba la rampa. Un temor que lo sacudió mentalmente mientras dirigía sus pasos hacia la puerta.

Un hombre se acercaba a él, balanceando el portafolios que llevaba en una mano, y Webster, observándolo de reojo, deseó fervientemente que el hombre no le hablase.

El hombre no le habló. Pasó a su lado lanzándole apenas una mirada y Webster se sintió aliviado.

Si estuviera de vuelta en casa, se dijo Webster, habría terminado de almorzar y estaría preparándose para la siesta. En la chimenea ardería el fuego y el resplandor de las llamas se reflejaría en los morillos. Jenkins le traería una copa de licor y le diría una o dos palabras sin importancia.

Apresuró el paso, ansioso por alejarse de la superficie desnuda y fría de la rampa.

Curioso lo que había sentido con Thomas. Era natural, por supuesto, que no le gustase ver cómo se iba. Pero era enteramente antinatural que en esos últimos minutos hubiese sentido aquel horror. Horror del viaje por el espacio, horror de las tierras extrañas de Marte... Aunque Marte era apenas extraño ahora. Durante más de un siglo los terrestres

lo habían conocido, habían luchado en él, habían vivido en él, y algunos habían llegado a amarlo.

Sólo la fuerza de la voluntad había impedido, en aquellos últimos segundos anteriores a la partida de la nave, que corriese por el campo gritándole a Thomas que volviese, gritándole que no se fuera.

Y eso, por supuesto, era algo que no estaba bien. Hubiese sido un exhibicionismo desagradable y humillante... algo impropio de un Webster.

Al fin y al cabo, se dijo, un viaje a Marte no era una gran aventura. Lo había sido un día, pero ya no. Él mismo, en su juventud, había hecho un viaje a Marte y se había quedado allí cinco años. Desde entonces había pasado (al pensarlo se le cortó el aliento) más de un cuarto de siglo.

Cuando el portero robot le abrió la puerta, la charla y los murmullos que venían del vestíbulo le golpearon la cara. Y por aquella charla corría una vena de algo que era casi terror. Durante un instante Webster se detuvo, luego entró en el vestíbulo. La puerta se cerró suavemente a sus espaldas.

Caminó junto a la pared para mantenerse alejado de la gente, y buscó una silla en un rincón. Se sentó echándose hacia atrás, tratando de que el cuerpo se le hundiese en los almohadones, observando la desmenuzada humanidad que bullía en la habitación.

Gente chillona, gente apresurada, gente con rostros extraños y hostiles. Extraños, todos eran extraños. No conocía una sola cara. Gente que iba a alguna parte. Que se dirigía a los planetas. Ansiosa por alejarse. Preocupada por los últimos preparativos. Que corría de aquí para allá.

Una cara familiar surgió de la multitud. Webster se abalanzó hacia ella.

—¡Jenkins! —gritó, y en seguida lamentó haber gritado, aunque nadie, aparentemente, se había dado cuenta.

El robot se acercó y se detuvo ante él.

—Dile a Raymond —ordenó Webster— que debo volver en seguida. Dile que traiga inmediatamente el helicóptero.

—Lo siento, señor —dijo Jenkins—, pero tendremos que esperar. Los mecánicos encontraron una falla en la cámara atómica. Están instalando una nueva. Llevará algún tiempo.

—Pero eso —dijo Webster impacientemente— podría esperar a otra ocasión.

—Los mecánicos dicen que no, señor —afirmó Jenkins—. Tiene que ser ahora. La carga de energía...

—Sí, sí —dijo Webster—, comprendo —jugueteó con el sombrero—. Acabo de recordar —añadió— que tengo algo que hacer. Algo urgente. Debo volver a casa. No puedo esperar.

Se sentó en el borde de la silla con los ojos clavados en la multitud.

Caras... caras...

—Quizá podría usted televisar —sugirió Jenkins—. Uno de los robots se encargaría de ese trabajo. Hay una casilla...

—Espera, Jenkins —dijo Webster. Titubeó un momento—. No tengo nada que hacer en casa. Nada de veras. Pero tengo que volver. No puedo quedarme aquí. Si lo hiciera, me volvería loco. Me asusté allí en la rampa. Aquí me siento turbado y confuso. Tengo una sensación de... una sensación rara y terrible. Jenkins, yo...

—Entiendo, señor —dijo Jenkins—. Su padre sufría de lo mismo.

Webster abrió la boca.

—¿Mi padre?

—Sí, señor. Por eso no iba a ninguna parte. Tenía aproximadamente sus años, señor, cuando se dio cuenta. Trató de hacer un viaje a Europa y no pudo. Llegó a mitad de camino y se volvió. Tenía un nombre para eso.

Webster guardó un silencio agobiante.

—Un nombre —dijo al fin—. Claro que hay un nombre. Mi padre sufría de lo mismo. ¿Y mi abuelo? ¿Sufría también de lo mismo?

—No lo sé, señor —dijo Jenkins—. Me crearon cuando su abuelo era ya un anciano. Pero no iba a ninguna parte tampoco.

—Me entiendes entonces —dijo Webster—. Sabes qué es. Siento como si fuese a enfermar físicamente. Trata de conseguir un helicóptero, cualquier cosa, para volver a casa.

—Sí, señor —dijo Jenkins.

Jenkins comenzó a alejarse y Webster volvió a llamarlo.

—Jenkins, ¿está enterado algún otro? Algún otro que...

—No, señor —dijo Jenkins—. Su padre nunca hablaba de eso y me parece que deseaba que yo tampoco lo hiciera.

—Gracias, Jenkins —dijo Webster.

Webster volvió a hundirse en la silla, sintiéndose desolado y fuera de lugar. Solo en un vestíbulo ruidoso que hervía de vida. Una soledad que lo desgarraba dejándolo desnudo y débil.

Nostalgia. Nostalgia vergonzosa y total, se dijo a sí mismo. Algo que, se supone, sienten los muchachos cuando se alejan por vez primera del hogar, cuando salen por vez primera a enfrentarse con el mundo.

Había una palabra caprichosa para esto: agorafobia, el temor mórbido a encontrarse en espacios abiertos. De acuerdo con sus raíces griegas, significaba literalmente el temor a la plaza pública.

Si cruzaba la sala hasta la casilla de televisión podría hablar con su madre o alguno de los robots, o, mejor aún, sentarse y mirar el lugar hasta que Jenkins viniese a buscarlo.

Comenzó a incorporarse y en seguida volvió a hundirse en el asiento. No servía. Hablar con alguien, o mirar el lugar, no era estar allí. No podía oler los pinos en el aire del invierno, u oír cómo la nieve familiar crujía bajo sus pasos, o extender un brazo y tocar uno de aquellos robles que crecían junto al sendero. No podía sentir el calor del fuego, ni aquella seguridad de estar íntimamente unido, hasta formar un solo ser, a la tierra y a todas sus cosas.

Y sin embargo, quizá ayudaría. No mucho, posiblemente, pero algo. Comenzó a levantarse otra vez del asiento. Se sintió helado. En los pocos pasos que llevaban a la casilla había horror, un horror terrible e insoportable. Si daba esos pasos, tendría que correr. Correr para huir de esos ojos atentos, esos ruidos poco familiares, la agobiante cercanía de las caras desconocidas.

Se sentó, bruscamente.

La voz chillona de una mujer atravesó el vestíbulo y Webster se encogió como retirándose. Se sentía muy mal. Se sentía enfermo. Ojalá Jenkins se diese prisa.

El primer aliento de la primavera entró por la ventana llenando el estudio con la promesa de las nieves fundidas, de las hojas y flores futuras, de las aves acuáticas que irían hacia el norte rayando el azul, de las truchas que acecharían en las aguas esperando las moscas.

Webster alzó los ojos de sus papeles, aspiró profundamente la brisa, sintió en las mejillas su caricia fresca. Extendió la mano hacia el vaso de brandy, descubrió que estaba vacío, y la retiró.

Volvió a inclinarse sobre los papeles, recogió un lápiz y tachó una palabra.

Leyó, críticamente, los últimos párrafos:

“El hecho de que doscientos cincuenta hombres fuesen invitados a mi casa, casi siempre por razones bastante importantes, y sólo tres pudieran venir, no prueba necesariamente

que todos sean víctimas de la agorafobia. Algunos tuvieron quizás otros motivos para no aceptar esa invitación. Y sin embargo, es indudable que luego de la quiebra de las ciudades hay entre los hombres cada vez menos voluntad de dejar los sitios conocidos, y una necesidad creciente de no alejarse de los escenarios y propiedades asociados con la satisfacción y la alegría de vivir.

“Es difícil saber qué puede resultar de todo esto, ya que dichas condiciones no se aplican sino a una pequeña parte de la población. En las familias más numerosas, la presión económica ha obligado a algunos de los hijos a tentar fortuna en otra parte del globo o en los otros planetas. Muchos buscan deliberadamente la aventura y la oportunidad en el espacio, y otros han elegido profesiones u oficios que hacen imposible una existencia sedentaria.”

Dio vuelta la hoja y comenzó a leer los últimos párrafos.

Era un buen artículo, lo sabía, pero no podía publicarse. No por ahora, al menos. Quizá después de su muerte. Nadie, hasta donde él podía saberlo, había advertido con tanta claridad esa tendencia, nadie había notado que los hombres dejaban raramente sus casas.

¿Por qué, al fin y al cabo, tenían que dejarlas?

“Pueden reconocerse algunos peligros en...”

El televisor emitió un zumbido y Webster alargó el brazo e hizo girar una llave.

La habitación se desvaneció, y se encontró cara a cara con un hombre que estaba sentado detrás de un escritorio, casi como si estuviese sentado al otro lado del escritorio de Webster. Un hombre canoso, de mirada triste y gafas gruesas.

Durante un momento, Webster lo miró fijamente, tratando de recordar.

—Podría ser...—murmuró, y el hombre sonrió gravemente.

—He cambiado —dijo—. Usted también. Me llamo Clayborne. ¿Recuerda? La comisión médica marciana...

—¡Clayborne! He pensado a menudo en usted. Se quedó en Marte.

Clayborne movió afirmativamente la cabeza.

—He leído su libro, doctor. Una verdadera contribución. La obra que yo hubiese querido escribir, pero nunca encontré tiempo. Por otra parte, no hubiese igualado su trabajo. Especialmente en lo que se refiere al cerebro.

—El cerebro marciano —dijo Webster—. Siempre me intrigó. Ciertas peculiaridades. Temo a veces haber pasado demasiado tiempo, cinco años, tomando notas. Había otro trabajo que hacer.

—Lo hizo usted —dijo Clayborne—. Por eso le llamo ahora. Tengo un paciente. Una operación del cerebro. Sólo usted podría hacerla.

Webster abrió la boca. Le temblaban las manos.

—¿Lo traerá usted aquí?

Clayborne sacudió la cabeza.

—No se lo puede mover. Lo conoce usted, me parece. Juwain, el filósofo.

—¡Juwain! —dijo Webster—. Uno de mis mejores amigos. Hablé con él hace un par de días.

—El ataque fue repentino —dijo Clayborne—. Ha estado preguntando por usted.

Webster calló y sintió frío. Era un frío que venía hacia él desde algún lugar secreto. Un frío que lo hacía transpirar y le retorció las manos.

—Si sale usted en seguida —dijo Clayborne— puede llegar a tiempo. Ya he hablado con el Comité Mundial para que pongan inmediatamente una nave a su disposición. Es necesario darse prisa.

—Pero yo... —dijo Webster—, pero yo... no puedo ir.

—¡No puede venir!

—No, no puedo —dijo Webster—. No creo, por otra parte, que yo sea indispensable. Seguramente usted...

—No —dijo Clayborne—. Usted, sólo usted. Ningún otro tiene los conocimientos necesarios. La vida de Juwain está en sus manos. Si viene, Juwain vivirá. Si no viene, morirá.

—No puedo salir al espacio —dijo Webster.

—Cualquiera puede salir al espacio —dijo Clayborne—. No es como antes. Las condiciones del viaje pueden cambiarse a voluntad.

—Pero usted no entiende —protestó Webster—. Usted...

—No, no entiendo —dijo Clayborne—. De verdad, no lo entiendo. Que alguien pueda rehusar a salvarle la vida a un amigo...

Los dos hombres se miraron fijamente un largo rato, sin hablar.

—Bien, le diré al Comité que envíen la nave directamente a su casa —dijo Clayborne por último—. Espero que para ese entonces ya se haya decidido usted.

Clayborne se desvaneció y la pared apareció de nuevo; la pared y los libros, la chimenea y los cuadros, los muebles tan queridos, la promesa de la primavera que entraba por la ventana.

Webster se quedó helado en la silla, con los ojos clavados en la pared.

Juwain, su cara velluda y arrugada, el murmullo sibilante, su amistad y comprensión. Juwain, que había tomado entre sus manos la materia de los sueños y la había moldeado hasta convertirla en lógica, en reglas de vida y conducta. Juwain, que había dado a la filosofía el carácter de un instrumento, una ciencia, un escalón hacia una vida mejor.

Webster hundió la cabeza entre las manos y luchó con la agonía que crecía dentro de él.

Clayborne no había comprendido. No se podía esperar otra cosa, ya que nada sabía. Y aun estando enterado, ¿podría comprender? Ni siquiera él, Webster, hubiera podido entenderlo sin descubrirlo en sí mismo. El terrible temor de apartarse de la chimenea, la tierra, la casa, las propiedades, los pequeños simbolismos que había construido con los años. Y esa construcción no era solamente suya, sino también de los otros Webster. Comenzando con el primer John J. Webster. Hombres y mujeres que hacían de la vida un culto, que habían convertido las costumbres en tradición.

Él, Jerome A. Webster, había ido a Marte cuando era joven, y no había sentido o sospechado el anhelo de prisión que le corría por las venas. Pero treinta años de vida tranquila en este retiro que los Webster llamaban hogar habían desarrollado ese anhelo sin que él se diese cuenta. No había tenido, en verdad, oportunidad para darse cuenta.

Era claro ahora cómo se había desarrollado; claro como el agua. Hábitos y normas mentales y la asociación de la felicidad a ciertas cosas... cosas que no tenían valor en sí mismas, pero a las que una familia había asignado un valor concreto y definido durante cinco generaciones.

No era sorprendente que otros lugares parecieran extraños, no era sorprendente que en otros horizontes hubiese un matiz de horror.

Y sin embargo nada podía hacerse. Nada, a no ser que se arrancaran todos los árboles, y se quemara la casa, y se alterara el curso de los arroyos. Y ni aun así se lograría algo, ni aun así...

El televisor ronroneó, y Webster alzó la cabeza de las manos, se inclinó hacia adelante y movió la llave con el pulgar.

El cuarto se convirtió en un resplandor blanco, pero no hubo ninguna imagen. Una voz dijo:

—Llamada secreta. Llamada secreta.

Webster abrió un panel de la máquina, hizo girar un par de llaves y se oyó un zumbido. La energía se alzó hasta formar una pantalla y bloquear el cuarto.

—Secreto asegurado —dijo.

El resplandor blanco se desvaneció y un hombre apareció ante él, sentado al otro lado del escritorio. Un hombre que había visto muchas veces en la pantalla de televisión, en su diario.

Henderson, presidente del Comité Mundial.

—He recibido una llamada de Clayborne —dijo Henderson.

Webster asintió en silencio.

—Me dijo que usted se negaba a ir a Marte.

—No me he negado —dijo Webster—. Cuando Clayborne cortó la comunicación, el asunto estaba en pie. Le dije que me era imposible ir, pero Clayborne no me hizo caso, pareció que no entendía.

—Webster, debe ir —dijo Henderson—. Nadie conoce como usted el cerebro marciano. Si fuese una operación sencilla, sería diferente.

—Puede ser cierto —admitió Webster—, pero...

—No se trata sólo de salvar una vida —dijo Henderson—. Aunque sea la vida de alguien tan importante como Juwain. Hay algo más. Juwain es amigo suyo. Quizá le habló de su último descubrimiento.

—Sí —dijo Webster—. Sí, me habló. Un nuevo concepto de la filosofía.

—Un concepto —declaró Henderson— del que no podemos privarnos. Un concepto que transformará el sistema solar; la humanidad dará un salto de cien mil años en el plazo de dos generaciones. Una nueva vía que conducirá a una nueva meta que no habíamos sospechado, que ni siquiera había existido. Una verdad totalmente nueva. Una verdad que nadie vio hasta ahora.

Las manos de Webster apretaron con fuerza el borde del escritorio.

—Si Juwain muere —dijo Henderson—, ese concepto morirá con él. Puede perderse para siempre.

—Trataré de hacerlo —dijo Webster—. Trataré de hacerlo.

La mirada de Henderson se endureció.

—¿Eso es todo lo que puede decirme?

—Eso es todo —dijo Webster.

—¡Pero, hombre! ¡Tiene que haber un motivo, una explicación!

—Ninguna que quiera dar—dijo Webster.

Y deliberadamente se inclinó hacia adelante y movió el conmutador.

Webster, sentado ante su escritorio, se miraba fijamente las manos. Manos hábiles, manos sabias. Manos que, si iba a Marte, podían salvar una vida. Manos que podían dar a todo el sistema planetario, a la humanidad, a los marcianos, una idea, una nueva idea que los haría avanzar cien mil años en dos generaciones.

Pero manos encadenadas por una fobia que se había alimentado a sí misma en esta vida de paz. Decadencia... una extrañamente hermosa, y mortal, decadencia.

El hombre había abandonado las atestadas ciudades, los lugares abarrotados, doscientos años atrás. Había terminado con los antiguos enemigos y los viejos miedos que habían hecho que él y sus semejantes se apretasen alrededor del fuego del campamento. Había dejado atrás los fantasmas que lo habían seguido desde la época de las cavernas.

Y sin embargo... Y sin embargo...

Éste era otro lugar atestado. No un lugar atestado para el cuerpo, sino para la mente. Una hoguera psicológica que aún retenía al hombre en su círculo de luz.

Tenía que dejar esa hoguera. Así como los hombres se habían alejado de las ciudades, hacía doscientos años, así él, Webster, tenía que alejarse de esa hoguera. Y no debía mirar hacia atrás.

Tenía que ir a Marte... o al menos partir para Marte. No había discusión posible. Tenía que ir.

Si sobreviviría al viaje, si podría hacer esa operación, no lo sabía. Se preguntó, vagamente, si la agorafobia podría ser fatal. En sus formas más exageradas, suponía que sí.

Extendió una mano para tocar el timbre, y luego titubeó. No le pediría a Jenkins que preparase las maletas. Las prepararía él mismo. Tenía que ocuparse en algo hasta que llegase la nave.

Del estante alto del guardarropa sacó una maleta y vio que tenía una capa de polvo. Sopló sobre ella, pero el polvo no se movió. Estaba allí desde hacía demasiados años.

Mientras hacía las maletas, el cuarto discutía con él, le hablaba en ese lenguaje mudo que las cosas inanimadas, pero familiares, suelen emplear con el hombre.

—No puedes irte —decía el cuarto—. No puedes irte y dejarme.

Y Webster replicaba, en parte rogando, en parte explicando:

—Tengo que irme. ¿No entiendes? Es un amigo, un viejo amigo. Volveré. Hechas ya las maletas, Webster volvió al estudio y se dejó caer en una silla.

Tenía que irse, y sin embargo, no podía irse. Pero cuando llegase la hora, sabía que saldría de la casa y se encaminaría a la nave.

Trató de acuñar en su mente este pensamiento, trató de fijarlo en una norma rígida, trató de olvidarlo todo excepto la idea de su viaje.

Las cosas del cuarto se le metieron en la mente, como si conspiraran, también ellas, para que se quedase. Cosas que Webster veía casi por primera vez. Cosas viejas, recordadas, que de pronto eran nuevas. El cronómetro donde se leían, simultáneamente, las horas marcianas y las terrestres, los días del mes, las fases de la luna. El retrato de su mujer muerta, sobre el escritorio. El trofeo que había ganado en la escuela preparatoria. El billete enmarcado de su viaje a Marte, que le había costado diez dólares.

Clavó los ojos en esas cosas, involuntariamente al principio, luego con toda conciencia. Las miró una a una, como componentes singulares de una habitación que hasta entonces había considerado como un todo, sin darse cuenta de que había en ella tantos objetos.

Caía el crepúsculo, un crepúsculo de los primeros días de la primavera, un crepúsculo perfumado por los sauces.

La nave llegaría de un momento a otro. Se sorprendió con el oído atento, aunque sabía que no oiría nada. Las naves impulsadas por motores atómicos eran totalmente silenciosas, salvo cuando ganaban velocidad. Al aterrizar y al elevarse flotaban como flores de cardo.

La nave llegaría en seguida. Tenía que llegar en seguida, o nunca iría a Marte. Si esperaba mucho más, su resolución se desharía como un montículo de polvo bajo la lluvia. Su resolución no podría resistir mucho tiempo las súplicas del cuarto, el resplandor del fuego, las voces de la tierra donde habían vivido y muerto cinco generaciones de Webster.

Cerró los ojos y luchó contra los temblores que le recorrían el cuerpo. No podía permitir que le dominaran. Debía mantenerse firme. Cuando llegara la nave tenía que ser capaz de incorporarse y caminar hasta el patio.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Webster.

Era Jenkins. El fuego de la chimenea se reflejaba en su luciente superficie metálica.

—¿Ha llamado, señor? —preguntó Jenkins.

Webster meneó la cabeza.

—Temí que lo hubiese hecho —explicó Jenkins— y le sorprendiera mi tardanza. Ha ocurrido algo extraordinario, señor. Dos hombres vinieron en una nave y dijeron que querían llevarlo a Marte.

—Sí. ¿Por qué no me llamaste? —dijo Webster. Trató de ponerse de pie.

—No me pareció conveniente molestarlo, señor —dijo Jenkins—. Era tan raro. Al fin los convencí de que usted no podía querer ir a Marte.

Webster se enfureció, sintiendo que un terror helado le apretaba el pecho. Agarrándose con ambas manos del borde del escritorio, se dejó caer en la silla, y sintió que las paredes del cuarto se cerraban a su alrededor como una trampa que nunca volvería a abrirse.

PARA LOS MILES de lectores que gustan del tercer cuento, éste se distingue, principalmente, porque en él aparecen los perros por vez primera. Para el estudioso, es mucho más. Es, ante todo, una historia de culpabilidad y frustración. En ella prosigue el derrumbamiento de la raza humana, y el hombre es asaltado por un sentimiento de culpa y la inestabilidad que resulta de las mutaciones.

El cuento intenta racionalizar las mutaciones, e incluso explicar al perro como alteración de un tronco primitivo. Ninguna raza, dice el cuento, puede progresar sin mutaciones; pero nada se dice de la necesidad de ciertos factores estáticos que aseguren la estabilidad social. Y a lo largo de la leyenda se advierte claramente que la estabilidad no era valor muy apreciado por la raza humana.

Tige, que ha buscado apoyo en la leyenda misma a su teoría de que los cuentos son de origen humano, no cree que ningún narrador perruno pudiese haber enunciado la idea de la mutación, concepto que se opone casi totalmente a las creencias caninas. Un punto de vista semejante, asegura, tiene que haber surgido de una mente de otra especie.

Bounce, sin embargo, señala que en toda la leyenda puntos de vista que se oponen diametralmente a la lógica canina aparecen a veces bajo una luz favorable. Esto, afirma, no es más que un recurso común a todo buen narrador: una distorsión de los valores para obtener cierto efecto dramático.

El hombre aparece aquí, obviamente, como un personaje consciente de sus propios errores. En este cuento, el ser humano, Grant, habla del “engranaje de la lógica”, y da a entender que hay algo equivocado en la lógica humana. Le dice a Nathaniel que la raza humana está siempre preocupada por algo. Alimenta al mismo tiempo la esperanza casi infantil de que la teoría de Juwain podría haber salvado a los hombres.

Y Grant, al fin de la historia, viendo que la tendencia a la destrucción es inherente a su raza, pone el destino de la humanidad a cargo de Nathaniel.

De todos los personajes que aparecen en la leyenda, Nathaniel es, seguramente, el único que tiene fundamento histórico. En muchos otros relatos del pasado racial se menciona a menudo este nombre. Aunque es casi imposible que Nathaniel haya cumplido todas las hazañas que se le atribuyen, hay que creer sin embargo en su existencia, y que fue, en vida, una figura de importancia. Las razones de esa importancia, como es natural, se han perdido en los abismos de la historia.

La familia humana de los Webster, que fue presentada en el primero de los cuentos, mantiene una posición prominente en toda la leyenda. Ésta puede ser otra prueba en favor de la teoría de Tige, pero es posible también que la familia Webster no sea más que un recurso narrativo para unir entre sí diversas historias que de otro modo parecerían demasiado independientes.

La implicación de que los perros son resultado de la intervención del hombre, resultará, quizá, algo chocante. Rover, que nunca vio en la leyenda sino un puro mito, piensa que el episodio intenta explicar los orígenes de la raza. Para suplir la falta de conocimiento, esta historia describe una intervención casi divina. Es un modo fácil y, para la mente primitiva, plausible y satisfactorio, de explicar algo desconocido.

Censo

RICHARD GRANT descansaba a orillas del arroyo que descendía por la falda de la colina y se alejaba con sus aguas brillantes bordeando el retorcido sendero, cuando la ardilla pasó corriendo y subió rápidamente al nogal. Detrás de la ardilla, levantando un ciclón de hojas otoñales, apareció el perrito.

Cuando el perro vio a Grant, se detuvo, movió la cola y lo observó con ojos divertidos.

Grant insinuó una sonrisa.

—Hola, cómo estás —dijo.

—Hola —dijo el perro.

Grant se incorporó, casi de un salto, y abrió la boca. El perro se rió, y la lengua le asomó por entre los dientes como un trapo brillante y rojo.

Grant señaló el nogal con el pulgar.

—Tu ardilla está ahí arriba.

—Gracias —dijo el perro—, puedo olerla.

Sorprendido otra vez, Grant miró rápidamente alrededor sospechando una broma. Ventriloquía, quizá. Pero no se veía a nadie. En el bosque estaban sólo él y el perro, y el arroyo que gorgoteaba, y la ardilla en el árbol.

El perro se acercó.

—Me llamo Nathaniel —dijo.

Eran palabras, no había duda. Casi como en el lenguaje humano; pero pronunciadas cuidadosamente, como por alguien que está aprendiendo a hablar. Había además un acento curioso, una cierta excentricidad en la entonación.

—Vivo en la colina —dijo Nathaniel—, con los Webster.

El perro se sentó y golpeó el suelo con la cola, limpiándolo de hojas amarillas. Parecía extremadamente feliz.

Grant de pronto hizo restallar los dedos.

—¡Bruce Webster! Podía habérmelo imaginado. Me alegra conocerte, Nathaniel.

—¿Quién eres tú? —preguntó Nathaniel.

—¿Yo? Soy Richard Grant, censista.

—¿Qué es un cen... censis...?

—Un censista es alguien que cuenta gente —explicó Grant—. Estoy haciendo un censo.

—Hay muchas palabras —dijo Nathaniel— que no sé decir.

Se incorporó, se acercó al arroyo, y bebió ruidosamente. Luego se tendió junto al hombre.

—¿Quieres cazar la ardilla? —preguntó.

—¿Y tú lo quieres?

—Claro —dijo Nathaniel.

Pero la ardilla ya no estaba. Juntos dieron vueltas alrededor del árbol, examinando sus ramas casi desnudas. Ninguna cola peluda surgía de detrás del tronco, ningún ojo similar a un abalorio los estaba mirando. La ardilla había aprovechado la charla para desaparecer.

Nathaniel parecía abatido, pero se dominó.

—¿Por qué no pasas la noche con nosotros? —preguntó—. Luego, a la mañana, podemos salir de caza. Pasaríamos el día afuera.

Grant rió entre dientes.

—No quisiera molestarlos. Estoy acostumbrado a dormir al aire libre.

—A Bruce le encantaría recibirte —insistió Nathaniel—. Y al abuelo no le importaría. Además, no se da cuenta de lo que pasa.

—¿Quién es el abuelo?

—Se llama Thomas —dijo Nathaniel—, pero todos le decimos abuelo. Es el padre de Bruce. Está viejísimo. Se pasa el día sentado, pensando en algo que ocurrió hace mucho tiempo.

Grant movió afirmativamente la cabeza.

—Conozco el asunto, Nathaniel. Juwain.

—Sí, eso es —convino Nathaniel—. ¿Qué significa?

Grant sacudió la cabeza.

—Me gustaría poder decírtelo, Nathaniel. Me gustaría saberlo.

Se echó el equipaje al hombro, se agachó y rascó al perro detrás de la oreja. Nathaniel hizo una mueca de placer.

—Gracias —dijo, y comenzó a andar por el sendero.

Grant lo siguió.

Thomas Webster se sentó en la silla de ruedas, en el prado, y miró por encima de las colinas de la tarde.

Cumpliré ochenta y seis mañana, estaba pensando. Ochenta y seis. Son muchos años para un hombre. Demasiados quizá. Sobre todo porque ya no puedo caminar y apenas veo.

Elsie me preparará una torta estúpida, con velitas, y los robots me harán un regalo, y esos perros de Bruce vendrán a desearme felicidades meneando la cola. Y atenderé algunas llamadas de la televisión, aunque espero que no muchas. Y me golpearé el pecho y diré que llegaré a los cien, y todos se reirán tapándose la boca con la mano, y dirán: “oíd al viejo loco”.

Ochenta y seis años, y sólo hubo dos cosas que me importó hacer. Una de ellas la hice, y la otra no.

Un cuervo pasó graznando sobre un cerro distante y se perdió en el valle sombrío. De muy lejos, río abajo, llegaban las voces de unos patos.

Pronto aparecerían las estrellas. Aparecían temprano en esta época del año. Le gustaba mirarlas. ¡Las estrellas! Golpeó los brazos de la silla con un fiero orgullo. Las estrellas, Señor, eran su alimento. ¿Una obsesión? Quizá. Pero por lo menos algo que podía borrar aquel estigma del pasado, un escudo para amparar a la familia contra los chismosos de la historia. Y Bruce estaba ayudando, también. Sus perros...

Detrás de él, en el césped, se oyeron unas pisadas.

—Su whisky, señor —dijo Jenkins.

Thomas Webster clavó los ojos en el robot y tomó el vaso de la bandeja.

—Gracias, Jenkins —dijo. Hizo girar el vaso entre los dedos—. ¿Desde cuándo, Jenkins, preparas bebidas para la familia?

—Ya lo hice con su padre, señor —dijo Jenkins—. Y con el padre de su padre.

—¿Alguna novedad? —preguntó el anciano.

Jenkins sacudió la cabeza.

—Ninguna.

Thomas Webster bebió un sorbo de whisky.

—Eso significa entonces que han salido del sistema solar. Ya no los oyen en Plutón. Están a medio camino, o más aún, de Alfa Centauri. Si yo llegase a vivir lo suficiente...

—Vivirá, señor —dijo Jenkins—. Lo siento en los huesos.

—Tú —declaró el anciano— no tienes huesos.

Bebió el whisky, a sorbos, lentamente, probándolo con una lengua experta. Demasiado aguado otra vez. Pero no diría nada. Era inútil protestar ante Jenkins. ¡Ese doctor! Le recomendó a Jenkins que aguara la bebida un poco más. Privar a un hombre de una bebida correcta en sus últimos años...

—¿Qué es eso que viene por allá? —preguntó Webster señalando el sendero de la colina.

Jenkins volvió la cabeza.

—Parece, señor —dijo—, que Nathaniel trae a alguien.

Los perros habían entrado en tropel a desearle las buenas noches, y ahora se iban.

Bruce Webster los miró irse, sonriendo.

—Buena pandilla —comentó, y se volvió hacia Grant—. Imagino que Nathaniel le habrá dado un buen susto esta tarde.

Grant levantó el vaso de brandy, mirando a través de él.

—Exactamente —dijo—. Pero fue un instante. En seguida recordé haber leído algo acerca de sus trabajos. No es mi especialidad, es cierto, pero su labor ha sido popularizada, en un lenguaje más o menos técnico.

—¿Su especialidad? —dijo Webster—. Yo creía...

Grant se rió.

—Comprendo qué quiere decir. Un censista. Un enumerador. Todo eso, se lo garantizo.

Webster parecía un poco incómodo.

—Espero, señor Grant, que no haya...

—De ningún modo —dijo Grant—. Estoy acostumbrado. Todos creen que pido nombres y fechas, y luego me voy y hago lo mismo con otro grupo de hombres. Así eran antes los censos, naturalmente. Contar cabezas, nada más. Cuestión de estadísticas. Al fin y al cabo, el último censo se realizó hace tres siglos. Pero éstos son otros tiempos.

—Me interesa —dijo Webster—. Esa referencia suya a contar cabezas tiene un aire casi siniestro.

—No es nada siniestro —dijo Grant—. Es lógico. Una evaluación de la población humana. Ya no se trata del número, sino de lo que realmente son, de lo que piensan y hacen.

Webster se hundió lentamente en su silla acercando los pies a la chimenea.

—No me diga, señor Grant, que va usted a psicoanalizarme.

Grant vació el vaso de brandy y lo puso en la mesa.

—No necesito hacerlo —dijo—. El Comité Mundial sabe todo lo necesario acerca de gentes como usted. Pero hay otros. Los vagabundos de los cerros, los llaman aquí. En el norte son los salvajes de los pinares. Más al sur son otra cosa. Una población oculta, casi una población olvidada. Son los que se escondieron en los bosques. Los que se escabulleron cuando el Comité Mundial aflojó las riendas del gobierno.

Webster lanzó un gruñido.

—Había que aflojar esas riendas —declaró—. Lo prueba la historia. Aun antes que apareciese el Comité Mundial los gobiernos soportaban la carga de diversos anacronismos. Hace trescientos años los gobiernos municipales tenían tan pocas razones de ser como hoy las tendrían los gobiernos nacionales.

—Tiene usted razón —dijo Grant—. Y sin embargo, cuando aflojó las riendas, el gobierno ya no pudo dirigir la vida ciudadana. El hombre que quería vivir sin que el gobierno lo vigilase (perder sus beneficios y huir de sus obligaciones) descubrió que la empresa era sencilla. El Comité Mundial no se inmutó. Tenía otras cosas de que ocuparse. Y las había en abundancia. Los granjeros, por ejemplo, cuyas vidas habían perdido todo sentido con el advenimiento de la hidroponía. A muchos de ellos les resultó difícil sumarse a la vida industrial. ¿Qué hicieron entonces? Escaparon. Volvieron a la vida primitiva. Cultivaban unas pocas cosas, cazaban, ponían trampas, recogían leña, robaban un poco de cuando en cuando. Privados de medios de subsistencia, volvieron a la tierra, volvieron atrás, y la tierra cuidó de ellos.

—Eso ocurrió hace trescientos años —dijo Webster—. El Comité Mundial no encontraba entonces motivo de preocupación. Hacía lo que podía, naturalmente, pero, como usted dice, no se inmutaba si unos pocos se le escapaban de las manos. ¿Por qué ahora tanto interés?

—Sólo, supongo —dijo Grant—, porque llegó el momento de hacerlo.

Miró a Webster atentamente, estudiándole. La cara de Webster, cómodamente sentado ante el fuego, era muy expresiva. Las sombras de las llamas la dibujaban en planos, dándole un aspecto casi sobrenatural.

Grant buscó en el bolsillo, encontró la pipa, y la llenó de tabaco.

—Hay algo más —dijo.

—¿Eh? —preguntó Webster.

—Hay algo más a propósito de ese censo. Tendrían que realizarlo de todos modos, pues un cuadro de la población terrestre es siempre conveniente y necesario. Pero eso no es todo.

—Los mutantes —dijo Webster.

Grant movió afirmativamente la cabeza.

—Eso es. No sospechaba que alguien pudiese saberlo.

—Yo trabajo con mutantes —dijo Webster—. He dedicado toda mi vida al estudio de las mutaciones.

—La cultura ha tomado giros inesperados —dijo Grant—. Sin precedentes. Formas literarias con huellas indiscutibles de una personalidad enteramente nueva. Formas musicales que han roto con los modos de expresión tradicionales. Artes que nunca se habían visto anteriormente. Y la mayor parte anónimas, ocultas bajo seudónimos.

Webster se rió.

—Cosas como ésas, naturalmente, son un completo misterio para el Comité Mundial.

—No tanto como otras cosas —explicó Grant—. El Comité no se ocupa principalmente de arte y literatura, sino de fenómenos menos evidentes. Si se produce un renacimiento de la vida pastoril, éste llega a conocimiento del Comité, como es natural, a través de nuevas formas artísticas y literarias. Pero un renacimiento semejante no concierne solamente al arte y la literatura.

Webster se hundió un poco más en la silla y apoyó la barbilla en las manos.

—Creo —dijo— que veo adónde va.

Se quedaron en silencio un rato, un silencio interrumpido solamente por el chisporroteo del fuego, y por el murmullo fantasmal del viento del otoño entre los árboles del jardín.

—Hubo una posibilidad en otro tiempo —dijo Webster casi como si se hablara a sí mismo—. Una posibilidad de nuevos puntos de vista. La posibilidad de destruir las telarañas que nos nublan la mente desde hace cuatro mil años. Un hombre impidió esa posibilidad.

Grant se movió, incómodo, y luego se sentó rígidamente, temeroso de que Webster hubiese advertido su movimiento.

—Ese hombre —dijo Webster— fue mi abuelo.

Grant sabía que tenía que decir algo, que no podía seguir así, sin hablar.

—Juwain pudo haberse equivocado —dijo—. Quizá no había descubierto una nueva filosofía.

—Con esa idea —declaró Webster— tratamos de consolarnos. Pero es inverosímil. Juwain era un gran filósofo, quizá el más grande que conoció Marte. Si hubiera vivido, no hay duda de que hubiese desarrollado una nueva filosofía. Pero no vivió. No vivió porque mi abuelo no fue a Marte.

—No fue culpa de su abuelo —dijo Grant—. Trató de hacerlo. Ningún hombre puede luchar contra la agorafobia.

Webster sacudió una mano, como haciendo a un lado las palabras de Grant.

—Eso es asunto concluido. No es posible retroceder. Tenemos que aceptarlo y partir de ese punto. Y como se trataba de mi familia, como se trataba de mi abuelo...

Grant miró al hombre fijamente, sorprendido por la idea que acababa de ocurrírsele.

—Por eso...

—Sí, los perros —dijo Webster.

De muy lejos, del río distante, llegó un gemido mezclado con la voz del viento entre los árboles.

—Un coatí —dijo Webster—. Los perros lo oirán y querrán salir.

Volvió a oírse aquel grito, esta vez más cerca. Así parecía al menos.

Webster se había incorporado un poco, y ahora, inclinado hacia adelante, clavaba los ojos en las llamas.

—Al fin y al cabo, ¿por qué no? Un perro tiene una personalidad. Puede advertirlo en cualquiera de ellos. No hay dos iguales. Todos tienen inteligencia, en diferente

proporción. Y no se necesita nada más: una personalidad consciente y un poco de inteligencia.

“No disponían de muchos medios, eso es todo. Tenían dos impedimentos. No podían hablar y no podían caminar en dos patas, y por esto mismo no les era posible desarrollar un par de manos. Si no fuese por el lenguaje y las manos, los perros serían hombres, y los hombres, perros.

—Nunca se me ocurrió pensarlo así —le dijo Grant—. Sus perros como una raza inteligente...

—No —dijo Webster y había algo de amargura en sus palabras—. No se le ocurrió. Pensó en ellos como el resto del mundo. Como curiosidades, como animales de feria, como mascotas divertidas. Mascotas que pueden hablar con uno.

“Pero hay más, Grant. Se lo juro. Hasta ahora el hombre ha estado solo. Una raza inteligente, pensante, y solitaria. Piense cuánto más lejos, cuánto más rápido hubiese ido el hombre si hubiera habido en el mundo dos razas inteligentes. Si esas dos razas hubiesen trabajado juntas. Pues, verá usted, no hubieran pensado del mismo modo. Hubiesen completado y comparado sus pensamientos. Lo que no podía pensar uno, lo pensaría el otro. La vieja historia de las dos cabezas.

“Piense en eso, Grant. Una mente distinta de la mente humana, pero que trabajaría con ella. Que vería y entendería cosas que el hombre no puede ver ni entender. Que desarrollaría, si usted quiere, concepciones filosóficas de las que el hombre es incapaz.

Webster extendió las manos hacia el fuego. Tenía unos dedos largos y huesudos, de anchos nudillos.

—No podían hablar y los doté de lenguaje. No fue tarea sencilla, pues la lengua y la garganta de los perros no han sido diseñadas para hablar. Pero la cirugía lo logró... Un medio expeditivo al principio... cirugía e injertos... pero ahora... Ahora, empero, creo... Es demasiado pronto para afirmarlo.

Grant estaba echado hacia adelante, con el cuerpo en tensión.

—¿Quiere decir que los perros están transmitiendo los cambios que usted realizó? ¿Que hay muestras hereditarias de las correcciones quirúrgicas?

Webster sacudió la cabeza.

—Es demasiado pronto para afirmarlo. Dentro de veinte años podría decírselo con seguridad.

Alzó la botella de la mesa y se la extendió a Grant.

—Gracias —dijo Grant.

—Soy un anfitrión muy poco hábil —dijo Webster—. Debería haberse servido usted mismo —levantó el vaso contra el fuego—. Dispongo de buen material. Los perros son inteligentes. Más de lo que usted cree. El perro ordinario reconoce cincuenta palabras. Algunos llegan al centenar. Añada otras cien y ya tiene todo un vocabulario. Habrá notado, probablemente, las palabras simples que usa Nathaniel. Casi inglés básico. Grant hizo un signo afirmativo.

—Sí. Palabras cortas. Me dijo que había muchas que no podía decir.

—Todavía hay mucho que hacer —dijo Webster—. Mucho más. La lectura, por ejemplo. Un perro no ve como usted o yo. He estado experimentando con lentes. Corrigiéndoles la vista para que puedan ver como nosotros. Y si eso falla, hay aún otros medios. El hombre debe visualizar las imágenes que ve un perro. Debe aprender a imprimir libros que los perros puedan leer.

—¿Y qué piensan los perros de todo eso? —preguntó Grant.

—¿Los perros? —dijo Webster—. Créalo o no, Grant. Están divirtiéndose como nunca —clavó los ojos en el fuego—. Dios los bendiga.

Grant subió las escaleras que llevaban al dormitorio, detrás de Jenkins. Cuando pasaron ante una puerta entreabierta, una voz los llamó.

—¿Es usted, extranjero?

Grant se detuvo, mirando alrededor.

Jenkins dijo, en un murmullo:

—Es el viejo señor. A menudo no puede dormir.

—Sí —dijo Grant.

—Entre un rato —dijo el viejo.

Thomas Webster estaba sentado, metido en la cama, con un gorro rayado en la cabeza. Vio que Grant miraba fijamente el gorro.

—Me estoy quedando calvo —dijo—. No me siento cómodo si no me pongo algo en la cabeza. No puedo traerme el sombrero a la cama. ¿Qué haces ahí? —le gritó a Jenkins—. ¿No ves que el señor quiere beber algo?

—Sí, señor —dijo Jenkins, y desapareció.

—Siéntese —dijo Thomas Webster—. Siéntese y escúcheme un rato. Hablar me ayudará a conciliar el sueño. Y, por otra parte, no vemos caras nuevas todos los días.

Grant se sentó.

—¿Qué piensa usted de mi hijo? —preguntó el viejo.

Grant se sorprendió ante lo insólito de la pregunta.

—Cómo... Creo que es un hombre extraordinario. Las cosas que está haciendo con los perros...

El viejo lanzó una risita.

—¡Él y sus perros! ¿No le hablé de la vez en que Nathaniel se enredó con un zorrino? Pero por supuesto que no. No he cambiado más de dos palabras con usted.

Dejó correr las manos por la manta, tirando nerviosamente de los hilos con sus largos dedos.

—Tengo otro hijo, sabrá usted, Allen. Lo llamamos Al. Esta noche se encuentra a una distancia a la que no ha llegado ningún otro hombre. En camino hacia las estrellas.

Grant movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, ya sé. Lo he leído. La expedición a Alpha Centauri.

—Mi padre era cirujano —dijo Thomas Webster—. Quería que yo también lo fuese, como es natural. Casi le destruí el corazón, me imagino, cuando no quise seguir esa carrera. Pero si estuviese aquí, se sentiría orgulloso de nosotros esta noche.

—No debe preocuparse por su hijo. Él... —dijo Grant.

El viejo lo miró en silencio.

—Yo mismo construí esa nave. La diseñé, la vi crecer. Si se trata sólo de atravesar el espacio, llegará a la meta. Y el chico sabe lo que hace. Es capaz de pasar por entre las llamas del mismísimo infierno.

Thomas Webster se incorporó, golpeando con el gorro de dormir contra la pila de almohadas.

—Y hay otra razón que me hace creer que llegará a la meta, y que volverá. En un principio no lo pensé mucho, pero últimamente he estado recordando, reflexionando, preguntándome si eso no significaría... bueno, si no pudiera ser que... —se detuvo y respiró profundamente.—No crea que soy supersticioso.

—Claro que no —dijo Grant.

—Puede estar seguro —dijo Webster.

—Una especie de señal —sugirió Grant—. Una sensación, un presentimiento.

—No —declaró el viejo—. La certidumbre, casi, de que el destino me acompaña. De que yo debía construir una nave que haría ese viaje. Que alguien o algo decidió que había llegado la hora de que el hombre viajase a las estrellas y trató de ayudarlo.

—Habla usted como si se refiriese a un incidente real —dijo Grant—. Como si hubiera ocurrido algo que le hace pensar que la expedición será un éxito.

—Puede apostararlo —dijo Webster—. Eso es exactamente lo que quiero decir. Ocurrió veinte años atrás. Ahí, en el jardín de esta misma casa —se enderezó un poco más, jadeando—. Estaba en un callejón sin salida, ya me entiende. Mi sueño ya no existía. Años y años pasados en vano. El principio básico de la velocidad necesaria para ese vuelo era erróneo. Y lo peor era que yo sabía que casi había acertado. Yo sabía que sólo se trataba de algo muy pequeño, un pequeño cambio que había que efectuar en la teoría. Pero no podía descubrirlo.

“De modo que allí estaba yo, en el jardín, sintiendo pena de mí mismo, con un esbozo del plan en las manos. Vivía con él; lo llevaba a todas partes quizá sólo para mirarlo, imaginando quizá que si lo miraba continuamente el error se me aparecería de pronto. Ya sabe usted que eso da resultado, a veces.

Grant movió afirmativamente la cabeza.

—Y mientras estaba allí en el jardín, se me acercó un hombre. Uno de los vagabundos de los cerros. ¿Conoce usted a esos vagabundos?

—Naturalmente —dijo Grant.

—Bueno, este hombre se me acercó. Un joven desenfadado, que se movía como si en el mundo no hubiese problemas para él. Se detuvo, y miró por encima de mi hombro; me preguntó de qué se trataba.

“El motor de una nave del espacio”, le dije. El hombre se inclinó y tomó el proyecto, y yo le dejé. Al fin y al cabo, ¿para qué esconderlo? El hombre no podía entender nada, y de cualquier modo el plano no servía.

“Y al rato el hombre me devolvió el plano y señaló un punto con el dedo. “Ésta es su dificultad”, me dijo. Y luego dio media vuelta y se alejó. Y yo me quedé allí, mirando cómo se iba, demasiado sorprendido para decir una palabra o llamarlo.

El viejo, sentado en la cama, miraba fijamente la pared, con el gorro de dormir curiosamente torcido. Afuera el viento corría ululando por los aleros. Y en la habitación bien iluminada, parecía haber sombras, aunque Grant sabía que no las había.

—¿Logró encontrarlo alguna vez? —preguntó.

El viejo sacudió la cabeza.

—Desapareció sin dejar rastro —dijo.

Jenkins entró con un vaso y lo puso sobre la mesa de noche.

—Volveré, señor —le dijo a Grant—, para mostrarle su habitación.

—No es necesario —dijo Grant—. Dígame sólo cuál es.

—Como usted quiera, señor —dijo Jenkins—. La tercera hacia abajo. Encenderé las luces y entornaré la puerta.

Los hombres se quedaron escuchando los pasos del robot que bajaba al vestíbulo.

El viejo lanzó una ojeada al whisky y carraspeó.

—Ahora pienso —dijo— que me gustaría que Jenkins me hubiese traído uno.

—Pero eso tiene remedio —dijo Grant—. Tome éste. Realmente no lo necesito.

—¿De veras?

—En absoluto.

El viejo extendió la mano, bebió un sorbo, y suspiró satisfecho.

—Esto es lo que llamo un bebida bien hecha —dijo—. El doctor obliga a Jenkins a que me las sirva aguadas.

Había algo en la casa que se le metía a uno en los huesos. Algo que hacía que uno se sintiese un extraño, incómodo y desnudo ante el callado murmullo de las paredes.

Grant se sentó en el borde de la cama, se desató lentamente los zapatos, y los dejó caer sobre la alfombra.

Un robot que había servido a la familia durante cuatro generaciones, que hablaba de hombres de otros siglos como si ayer les hubiese servido un whisky. Un viejo que se preocupaba por una nave que estaba atravesando la oscuridad del espacio, más allá del sistema solar. Otro hombre que soñaba con una raza que le ofrecería su garra a la humanidad para acompañarla por el camino del destino.

Y sobre todo eso, casi secreta, y sin embargo inconfundiblemente, la sombra de Jerome A. Webster... el hombre que había traicionado a un amigo, el cirujano que había traicionado su profesión.

Juwain, el filósofo marciano, había muerto en vísperas de un gran descubrimiento porque Jerome A. Webster no había sido capaz de dejar su casa, pues la agorafobia lo ataba a unos pocos kilómetros cuadrados.

Grant cruzó en calcetines la habitación hasta la mesa donde Jenkins había puesto el equipaje. Desató las correas, lo abrió, y sacó un grueso portafolios. De vuelta en la cama, se sentó y comenzó a pasar con el pulgar unas hojas.

Formularios, centenares de hojas escritas. La historia de centenares de vidas humanas puestas en papel. No sólo lo que le habían dicho o las respuestas que le habían dado, sino también docenas de otras cosas, cosas que él había obtenido observando, esperando, mirando, viviendo con ellos una hora o un día.

Pues la gente que se había refugiado en las colinas lo aceptaba. Su tarea consistía precisamente en eso: en que lo aceptaran. Lo aceptaban porque llegaba a pie, con las ropas desgarradas por las malezas, fatigado, con el equipaje al hombro. No llevaba consigo nada moderno que lo señalara como un ser aparte, que hiciese que desconfiaran de él. Era algo fatigoso realizar un censo, pero éste era el único modo de obtener lo que el Comité Mundial quería... y necesitaba.

Pues en algún sitio, alguna vez, estudiando hojas como éstas, desparramadas sobre la cama, un hombre encontraría el primer indicio de una existencia que no seguía las normas. Alguna rareza de conducta que opondría una vida a todas las demás.

Las mutaciones humanas no eran raras, por supuesto. Muchas eran bien conocidas: hombres que ocupaban altas posiciones. La mayor parte de los miembros del Comité Mundial eran también mutantes; pero, como los otros, sus especiales cualidades y habilidades habían sido modificadas por las normas del mundo, y en un proceso inconsciente sus ideas y reacciones se habían amoldado a las de otros hombres.

Siempre había habido mutantes. De otro modo la raza no hubiese progresado. Pero hasta los últimos cien años no habían sido reconocidos como tales. Antes habían sido meramente grandes hombres de negocios, o grandes hombres de ciencia, o grandes tramposos. O excéntricos, quizá, que no habían recibido más que piedad o burlas de manos de una raza que no permitía que nadie escapase a las normas. Aquellos que habían tenido éxito se habían adaptado al mundo, habían hecho entrar sus grandes poderes en los límites de las acciones comunes. Y habían reducido así su utilidad, limitando sus capacidades, encerrando su inteligencia en restricciones destinadas a seres menos extraordinarios.

Aun hoy las habilidades de los mutantes conocidos estaban gobernadas, inconscientemente, por normas ya establecidas: los terribles engranajes de la lógica.

Pero en alguna parte del mundo había docenas, quizá centenares, de otros seres humanos que eran un poco más que humanos; personas cuyas vidas no habían sido rozadas por la rigidez y complejidad de otras vidas. Su inteligencia no había sido limitada; no habían caído en los terribles engranajes de aquella lógica.

Grant sacó del portafolios unos papeles (pocos, lamentablemente), y leyó el título en la primera de las hojas, casi con reverencia:

PROPOSICIÓN FILOSÓFICA INCONCLUSIVA Y NOTAS ORDENADAS DE JUWAIN.

Era necesaria una mente que no hubiese caído entre los engranajes de la lógica, una mente desembarazada de las normas establecidas por cuatro mil años de pensamiento humano, para alzar la antorcha que la mano muerta del marciano había dejado caer. Una antorcha que alumbraba un nuevo concepto de la vida, que mostraba un sendero más fácil y recto. Una filosofía que haría adelantar a la humanidad unos cien mil años en el corto espacio de dos generaciones.

Juwain había muerto, y en esta misma casa había vivido un hombre, obsesionado, escuchando la voz de su amigo muerto, acosado por la censura de una raza castigada.

Algo arañaba furtivamente la puerta. Con un sobresalto, Grant se incorporó y escuchó. Volvió a oírse aquel sonido. Luego un débil lloriqueo.

Grant metió otra vez rápidamente los papeles en el portafolios y se encaminó a la puerta. La abrió y Nathaniel se escurrió en la habitación, como una sombra.

—Oscar —dijo— no sabe que estoy aquí. Si supiese que estoy aquí me castigaría.

—¿Quién es Oscar?

—Oscar es el robot que se encarga de nosotros.

Grant sonrió al perro.

—¿Qué quieres, Nathaniel?

—Quiero hablar contigo —dijo Nathaniel—. Has hablado con todos. Con Bruce y el abuelo. Pero no has hablado conmigo, y yo te encontré.

—Muy bien —dijo Grant—. Adelante. Habla.

—Estás preocupado —dijo Nathaniel.

Grant arrugó el entrecejo.

—Sí. Quizá lo estoy. La raza humana está siempre preocupada. Tú ya deberías saberlo, Nathaniel.

—Estás preocupado por Juwain. Lo mismo que el abuelo.

—No, no preocupado —protestó Grant—. Reflexiono, nada más. Y espero.

—¿Qué pasa con Juwain? —preguntó Nathaniel—. Y quien es, y...

—No es nadie realmente —declaró Grant—. Es decir, fue alguien alguna vez, pero murió hace años. Ahora es sólo una idea. Un problema. Algo en que pensar.

—Yo puedo pensar —dijo Nathaniel triunfalmente—. Pienso mucho, a veces. Pero no debo pensar como los seres humanos. Eso me dice Bruce. Dice que debo tener

pensamientos de perro y dejar a un lado los pensamientos humanos. Dice que los pensamientos de los perros son tan buenos como los pensamientos de los hombres, quizá un poco mejores.

Grant movió afirmativamente y con seriedad la cabeza.

—Hay mucho de cierto en eso, Nathaniel. Al fin y al cabo, tus pensamientos no pueden ser los de un hombre. Tus pensamientos...

—Hay muchas cosas que conocen los perros y los hombres ignoran —se jactó Nathaniel—. Podemos ver cosas, y oír cosas, que los hombres no ven ni oyen. A veces aullamos de noche, y la gente nos maldice. Pero si pudiesen ver y oír como nosotros, se morirían de miedo. Bruce dice que somos...

—¿Psíquicos?

—Eso es —dijo Nathaniel—. No puedo recordar todas las palabras.

Grant tomó su pijama de la mesa.

—¿Qué te parece si pasas la noche conmigo, Nathaniel? Puedes dormir a los pies de la cama.

Nathaniel observó a Grant con los ojos muy abiertos.

—Oh, ¿lo dices de veras?

—Claro. Si vamos a ser compañeros, los perros y los hombres, es mejor que empecemos desde ahora.

—No te ensuciaré la cama —dijo Nathaniel—. Te lo prometo. Oscar me bañó esta noche —alzó una oreja—. Aunque me parece —añadió— que se ha olvidado una o dos pulgas.

Grant, perplejo, observó la pistola atómica. Era un objeto manejable, de utilidad muy diversa, que servía tanto de encendedor como de arma mortífera. Fabricada para durar mil años, estaba asegurada contra el mal uso, o por lo menos eso decía la propaganda. No se descomponía nunca... salvo ahora, que había dejado de funcionar.

Apuntó con el arma al suelo y la sacudió vigorosamente, pero aun así no funcionó. La golpeó suavemente contra una piedra. Sin resultado.

La oscuridad penetraba en las agrupadas colinas. En algún lugar del valle distante un búho rió irracionalmente. Las primeras estrellas, pequeñas e inmóviles, aparecían en el este, y en el oeste el resplandor verdoso que señalaba la desaparición del sol se disolvía en la noche.

La pila de leña descansaba entre unos pedruscos, y había otros troncos a mano para mantener encendido el fuego durante la noche. Pero si la pistola no funcionaba, no habría fuego.

Grant maldijo entre dientes, pensando en la noche helada y las raciones frías.

Volvió a golpear el arma contra una piedra, esta vez con más fuerza. Nada.

Una rama crujió en las sombras y Grant se incorporó de un salto.

Los árboles se alzaban como torres hacia el creciente crepúsculo. Detrás de uno de los troncos había una figura alta y delgada.

—Hola —dijo Grant.

—¿Algo anda mal, extranjero?

—Mi pistola... —replicó Grant, y se interrumpió de pronto. La sombría figura no tenía por qué saber que estaba desarmado.

El hombre dio un paso adelante, con la mano extendida.

—No funciona, ¿eh?

Grant sintió que le sacaban el arma de la mano.

El visitante se sentó en cuclillas. Parecía como si riese entre dientes. Grant trató de ver lo que estaba haciendo, pero en las sombras cada vez más densas las manos del hombre eran un borrón oscuro que se movía alrededor del arma brillante.

El metal restalló. El desconocido tomó aliento y lanzó una carcajada. El metal volvió a restallar, y el hombre se incorporó extendiéndole el arma a Grant.

—Arreglada —dijo—. Quizá mejor que antes.

Se oyó otra vez el crujido de unas ramas.

—¡Eh, espere! —gritó Grant, pero el hombre ya se había ido; un fantasma negro que se movía entre los troncos fantasmales.

Un frío que no era el de la noche se levantó del suelo e invadió lentamente el cuerpo de Grant. Un frío que le erizaba los cabellos, que le ponía la carne de gallina.

No había otro sonido que el del agua que murmuraba en la oscuridad, el arroyo que corría junto al campamento.

Estremeciéndose, se inclinó sobre la pila de leña y apretó el gatillo. Surgió una delgada llama azul y la leña estalló en llamas.

Grant encontró al viejo Dave Baxter encaramado en la valla. El humo surgía de la pipa de cabo corto oculta entre sus bigotes.

—Hola, extranjero —dijo Dave—. Súbase aquí a charlar un rato.

Grant trepó a la valla, y se quedó mirando el hacinado campo de trigo, alegre con el amarillo de los melones.

—¿Dando un paseo? —preguntó el viejo Dave— ¿O curioseando?

—Curioseando —dijo Grant.

Dave se sacó la pipa de la boca, escupió, y aspiró otra bocanada. Los bigotes se agitaban cariñosamente, y peligrosamente, alrededor de la pipa.

—¿Excavando? —preguntó el viejo.

—No —respondió Grant.

—Hubo un hombre aquí hace cuatro o cinco años —dijo Dave— que era peor que un perro conejero para excavar. Encontró un sitio donde antes había habido una ciudad y lo hizo volar en pedazos. Me cansó preguntándome acerca de esa ciudad. Mi abuelo me había mencionado el nombre de la ciudad, pero yo no me acordaba. Este hombre llevaba un montón de mapas a todas partes, y los estudiaba continuamente, tratando de averiguar qué había sido esto o aquello, pero me parece que nunca llegó a saberlo.

—En busca de antigüedades —dijo Grant.

—Quizá —dijo el viejo Dave—. Hice todo lo posible por mantenerme alejado. Pero este hombre no era peor que el que quería descubrir un camino que una vez atravesó estos lugares. Tenía mapas, también. Le dejé creer que lo había encontrado y me faltó coraje para decirle que aquello era un sendero abierto por las vacas —el viejo le hizo a Grant un guiño—. No estará usted buscando caminos, ¿no?

—No —dijo Grant—. Soy un censista.

—¿Un qué?

—Un censista. Un hombre que hace censos —explicó Grant—. Anoto su nombre y edad y el lugar donde vive.

—¿Para qué?

—El gobierno quiere saberlo.

—Nosotros no molestamos al gobierno —declaró el viejo Dave—. ¿Por qué el gobierno nos molesta a nosotros?

—El gobierno no quiere molestarlos —aseguró Grant—. Hasta creo que piensan pagarles algo algún día. Nunca se puede saber.

—En ese caso —dijo Dave— es diferente.

Siguieron encaramados en la valla, mirando a través de los campos. El humo se elevaba en rizos de una chimenea oculta en una hondonada soleada, amarilla por el brillo de los abedules. Un arroyo corría torcida y plácidamente por un prado coloreado por el otoño, y más allá se alzaban las colinas con hileras superpuestas de arcos dorados.

Inclinado hacia adelante, Grant sentía el sol otoñal que le calentaba la espalda, y aspiraba el aroma del campo de rastros.

Una buena vida, se dijo. Buenas cosechas, leña para quemar, caza abundante. Una vida feliz.

Miró de reojo al viejo sentado a su lado, vio las arrugas que una vejez amable le había dibujado en la cara, trató por un momento de imaginarse una vida como ésta, una vida simple, pastoril, similar a la de los viejos días en los campos del Oeste, con todas las compensaciones de esos campos y ninguno de sus peligros.

El viejo Dave se sacó la pipa de la boca y señaló con ella el paisaje.

—Todavía hay mucho que hacer —anunció—, y no sé cuándo se hará. Los muchachos carecen de medios. Cazán todo el día. Y pescan. La maquinaria se ha echado a perder. Joe no viene por aquí desde hace tiempo. Entiende mucho de máquinas, Joe.

—¿Joe es hijo suyo?

—No. Es un loco que vive en algún lugar de los bosques. Llega y arregla las cosas; luego se va. No habla casi nunca. No espera a que le den las gracias. Y así durante años. Mi abuelo me dijo que apareció aquí por primera vez cuando él era todavía un niño. Y viene todavía.

Grant retuvo el aliento.

—Espere. No puede ser el mismo hombre.

—Ése es el problema —dijo el viejo Dave—. No lo creerá, extranjero, pero no ha envejecido nada desde que lo vi por primera vez. Es raro. Se cuentan historias muy curiosas. Mi abuelo decía que lo que más le interesa son las hormigas.

—¡Las hormigas!

—Sí. Dicen que ha construido para ellas una casa de vidrio, y que en invierno la calienta. Eso decía mi abuelo por lo menos. Aseguraba que la había visto. Pero yo no creo una palabra. Mi abuelo era el mentiroso más grande de todo el país. Él mismo lo reconocía.

En la hondonada soleada donde humeaba la chimenea sonó una campana de bronce.

El viejo bajó de la valla y golpeó boca abajo su pipa, entrecerrando los ojos a la luz del sol.

La campana volvió a oírse en la quietud otoñal.

—Ésa es mi mujer —dijo el viejo Dave—. La comida está lista. Budín de ardilla, seguramente. Algo delicioso. Venga a probarlo.

Un loco que aparecía de pronto y arreglaba las cosas y no esperaba a que le diesen las gracias. Un hombre que parecía el mismo desde hacía cien años. Un hombre que construyó una casa de vidrio para las hormigas, y que la calentaba en invierno.

No tenía ningún sentido, y sin embargo el viejo Baxter no mentía. No se trataba de una de esas historias que suelen nacer en los bosques y corren luego de boca en boca hasta llegar a convertirse en verdaderas leyendas.

Todas las leyendas populares tienen algo familiar, una cierta similitud, un fondo ingenioso que las reduce a lo que realmente son. Pero no era así en este caso. No había nada de humorístico, aun para la mente de estos campesinos, en construir una casa y calentarla para las hormigas.

Grant se movió incómodo en el colchón de hojas de maíz, abrigándose el cuello con la pesada colcha.

Era curioso pensar en cuántos hogares diferentes dormía. Esta noche, un colchón de hojas de maíz; anoche, el aire libre; anteanoche, las mantas suaves y las sábanas limpias de la casa de los Webster.

Sopló el viento, se detuvo un instante para golpear una teja suelta, y volvió luego para golpearla otra vez. Una rata se escurrió en la oscuridad. De una cama vecina venía el sonido de dos respiraciones pausadas. Los hijos menores de Dave dormían allí.

Un hombre que aparecía y arreglaba cosas y no esperaba a que le diesen las gracias. Lo mismo había ocurrido con la pistola. Lo mismo había ocurrido durante años con la maquinaria de la granja de Baxter. Un joven loco llamado Joe, que no envejecía, y tenía una gran habilidad para toda clase de arreglos.

A Grant se le ocurrió algo; lo rechazó, trató de no pensar en eso. No había por qué tener esperanzas. Curiosear un poco, haz preguntas discretas, ten los ojos abiertos, Grant. No hagas preguntas demasiado precisas, o no te dirán nada.

Gente rara, estos vagabundos. Gente que no se interesaba por el progreso del país, que no quería intervenir en él. Gente que le había dado la espalda a la civilización, volviendo a una vida despreocupada, de caza y cultivos, soles y lluvias.

Había mucho espacio para ellos en la Tierra, había espacio para todos. La población terrestre había disminuido notablemente en los últimos doscientos años. Muchos se

habían ido a colonizar otros planetas, a dar a otros mundos la estructura económica de la humanidad.

Mucho espacio, y cultivos, y caza.

Quizás eso era lo mejor. Grant recordó que lo había pensado a menudo mientras recorría estas colinas. Lo había pensado en ocasiones como ésta, cuando sentía el abrigo de la manta hecha a mano, la áspera eficiencia de un colchón de hojas de maíz, el murmullo del viento en los techos. En ocasiones como la de aquella misma tarde, cuando se sentaba en un cercado y miraba los melones amarillos que holgazaneaban al sol.

Se oyó un crujido en la oscuridad, el crujido del colchón de hojas de maíz donde dormían los niños. Luego el sonido de unos pies descalzos que se acercaban silenciosamente.

—¿Duerme, señor? —dijo una voz.

—No. ¿Queréis acostaros conmigo?

Los niños se deslizaron bajo la manta, rozando con los pies desnudos el estómago de Grant.

—¿Le habló el abuelo de Joe?

Grant movió afirmativamente la cabeza, en la oscuridad.

—Dijo que hacía tiempo que no venía por aquí.

—¿Le habló de las hormigas?

—Sí. ¿Qué sabéis?

—Bill y yo descubrimos la casa hace poco. Pero es un secreto. No se lo hemos dicho a nadie. Pero tenemos que decírselo a usted, nos parece. Usted es del gobierno

—¿Hay de verdad una casa de vidrio?

—Sí, y... —la voz infantil se entrecortó, excitada— Y eso no es todo. Esas hormigas tienen unos carritos, y hay unas chimeneas, y sale humo de las chimeneas. Y... y...

—Sí, ¿qué más?

—No pudimos seguir mirando. Bill y yo nos asustamos mucho. Corrimos —el niño se apretó contra el colchón—. ¿Ha oído eso alguna vez? ¡Hormigas que tiran de carros!

Las hormigas estaban tirando de carros. Y había chimeneas, chimeneas que arrojaban unas bocanadas diminutas y acres de un humo que hacía pensar en metales fundidos.

Excitado, latiéndole las sienas, Grant se agachó junto al nido, con los ojos fijos en los carros que pasaban por los caminos abiertos entre las hierbas. Carros que iban vacíos, carros que volvían cargados, cargados con semillas y los cuerpos desmembrados de

algunos insectos. ¡Carros minúsculos que saltaban y traqueteaban tirados por unas hormigas con arneses!

La cúpula de vidrio que en otro tiempo había cubierto el nido estaba allí, pero rota. Y nadie había pensado en repararla. Era como si ya no tuviese ninguna utilidad, como si hubiera servido para algo que ya no existía.

El lugar estaba cubierto de malezas, y la tierra quebrada descendía hacia el río. En algunos lugares asomaban las hierbas; en otros se alzaban unos robles corpulentos. Un lugar apacible donde era difícil creer que hubiese sonado otra voz que la del viento en las cimas de los árboles y las vocecitas de los pequeños animales, que se arrastraban por senderos ocultos.

Un lugar en que las hormigas podían haber vivido tranquilas, sin ser molestadas por las rejas de los arados o por los pies de algún paseante. Habían llevado adelante aquel insensato destino durante millones de años, desde antes que existiera el hombre o algo parecido, desde antes que apareciese en la Tierra un solo pensamiento abstracto. Un destino cerrado e inmóvil que no tenía otro propósito que el de continuar la vida. Y ahora alguien había torcido el rumbo de ese destino, lo había encaminado por otro sendero, había dado a las hormigas el secreto de la rueda, el secreto de los metales. ¿Cuántos impedimentos habían sido suprimidos en esta colonia, abriendo un callejón sin salida?

La presión del hambre, quizá, ya no existía para estas hormigas. La abundancia de provisiones había dado ocio suficiente, tiempo para otras cosas.

Una nueva raza en camino hacia la grandeza, y con la base de un sistema social establecido mucho antes de que el hombre hubiese sentido sus primeras inquietudes.

¿Adónde llevaría ese camino? ¿Qué sería la hormiga dentro de otro millón de años? ¿Encontrarían las hormigas y el hombre... podrían encontrar un denominador común como el que descubrirían sin duda el hombre y el perro para realizar juntos un mismo destino?

Grant sacudió la cabeza. Había muchas posibilidades en contra. Por las venas del hombre y el perro corría una misma sangre, mientras que el hombre y las hormigas eran seres distintos, formas de vida que nunca podrían entenderse. No había base común, como aquella que en los días paleolíticos había unido al hombre y al perro alrededor de las hogueras, atentos a los ojos que acechaban en la noche.

Grant creyó sentir, antes que oír, unos pies que se arrastraban por la hierba, a sus espaldas. Se incorporó, dio media vuelta, y vio ante él al hombre delgado, de hombros anchos, y manos grandes, pero con unos dedos finos y sensibles, puntiagudos y muy blancos.

—¿Usted es Joe? —preguntó Grant.

El hombre hizo un signo afirmativo.

—Y usted es quien ha estado persiguiéndome.

Grant abrió la boca, sorprendido.

—Bueno, quizá sí. No a usted personalmente, quizá, pero a alguien como usted.

—A alguien diferente.

—¿Por qué se fue la otra noche? —le preguntó Grant—. ¿Por qué se escapó? Quería agradecerle el arreglo de la pistola.

Joe se quedó mirándolo, en silencio. Detrás de esos labios inmóviles Grant creyó advertir un signo de diversión, de una vasta y secreta diversión.

—¿Cómo diablos sabía —preguntó Grant— que el arma estaba rota? ¿Había estado espiándome?

—Le oí pensar que estaba rota.

—¿Me oyó pensar?

—Sí —dijo Joe—. Ahora mismo estoy oyéndolo.

Grant se rió, un poco incómodo. Era algo desconcertante, pero lógico. Era algo que podía esperarse... esto y mucho más. Señaló el hormiguero con un movimiento de cabeza.

—¿Estas hormigas son tuyas?

Joe movió afirmativamente la cabeza, y aquella diversión pareció bullir otra vez detrás de sus labios.

—¿De qué se ríe? —estalló Grant.

—No me río —dijo Joe, y de algún modo Grant se sintió rechazado, rechazado y pequeño, como un niño castigado por una falta de la que no ha sido totalmente consciente.

—Usted debe publicar sus notas —dijo Grant—. Podrían ser comparadas con las de Webster.

Joe se encogió de hombros.

—No tengo notas.

—¡No tiene notas!

El hombre delgado se acercó a la colonia de hormigas, y se detuvo cabizbajo ante ella.

—Quizá —declaró— se preguntó por qué hice esto.

Grant movió gravemente la cabeza.

—Sí, me lo he preguntado. Curiosidad experimental, me imagino. Quizá también compasión hacia una forma primitiva de vida. La idea, probablemente, de que aunque el hombre se haya lanzado a la carrera con ventaja, no tiene por qué monopolizar el progreso.

Joe entrecerró los ojos a la luz del sol.

—Curiosidad... es probable. No lo había pensado.

Joe se agachó junto a la colonia de hormigas.

—¿Se preguntó alguna vez por qué luego de avanzar tanto las hormigas se detuvieron? ¿Por qué luego de construir una organización social casi perfecta no trataron de seguir adelante? ¿Por qué se pararon a mitad de camino?

—La presión del hambre, por una parte —dijo Grant.

—Eso, y las invernadas —declaró el hombre delgado—. Los inviernos, sabrá usted, borran los recuerdos de una estación a otra. Todas las primaveras las hormigas comienzan de nuevo, comienzan otra vez a hacer palotes. No reciben ninguna enseñanza de los errores del pasado. No pueden acumular conocimientos.

—De modo que usted las alimentó...

—Y calenté el hormiguero. Suprimí de ese modo las invernadas. Y ahora no tienen que empezar otra vez al llegar la primavera.

—¿Y los carros?

—Construí un par de ellos, y los dejé aquí. Les llevó diez años, pero al fin comprendieron para qué servían.

Grant señaló en silencio las chimeneas.

—Las construyeron ellas —dijo Joe.

—¿Nada más?

Joe se encogió de hombros.

—¿Cómo podría saberlo?

—Pero, hombre, usted ha estado observándolas. Aunque no haya sacado notas, las ha observado.

Joe sacudió la cabeza.

—No he venido por aquí durante casi quince años. Vine hoy sólo porque lo oí a usted. Esas hormigas, compréndalo, ya no me divierten.

Grant abrió la boca, y en seguida volvió a cerrarla. Al fin dijo:

—De modo que ésa es la respuesta. Por eso lo hizo. Para divertirse.

No hubo vergüenza en el rostro de Joe; ningún gesto defensivo, sólo una expresión de cansancio que parecía decir que no deseaba seguir hablando del asunto.

—Claro, ¿para qué si no?

—¿Y mi pistola? Supongo que eso lo divirtió también.

—No la pistola —dijo Joe.

No la pistola, repitió la mente de Grant. Por supuesto, no la pistola, tonto, sino tú mismo. Tú eres quien lo divierte. Ahora mismo estás divirtiéndolo.

Arreglar la maquinaria de la granja de Baxter, y luego partir sin una palabra, era sin duda una broma graciosísima. Y probablemente había pasado varios días entretenido y alegre luego de haberle mostrado a Thomas Webster el error que había en los planos.

Como un niño travieso haciéndole jugarretas a un perrito.

La voz de Joe interrumpió esos pensamientos.

—Usted es un censista, ¿no? ¿Por qué no me hace algunas preguntas? Ahora que me ha encontrado no puede irse sin anotar algunas cosas. Mi edad, especialmente. Tengo ciento sesenta y tres años y apenas he entrado en la adolescencia. Me faltan mil años por lo menos —apretó las nudosas rodillas contra el pecho, y comenzó a balancearse lentamente hacia adelante y hacia atrás—. Otros mil años, y si me cuido un poco...

—Pero eso no es todo —dijo Grant tratando de que su voz no le traicionara—. Hay algo más. Algo que usted puede hacer por nosotros.

—¿Por nosotros?

—Por la sociedad —dijo Grant—. Por la raza humana.

—¿Por qué razón?

Grant lo miró fijamente.

—Eso quiere decir que no le importa.

Joe sacudió la cabeza, y en ese movimiento no había arrogancia, o desafío. Era sólo la admisión de ciertos hechos.

—¿Dinero? —sugirió Grant.

Joe señaló con un ademán las colinas de alrededor, y el valle del río.

—Tengo esto —dijo—. No necesito dinero.

—¿Fama quizá?

Joe no escupió, pero su cara era la misma que si lo hubiese hecho.

—¿La gratitud de la raza humana?

—Eso no dura —dijo Joe, y en sus palabras pareció advertirse un tono de broma, y detrás de sus labios, aquella diversión enorme.

—Oiga, Joe —dijo Grant, y aunque trataba de ocultarlo había algo de ruego en su voz—. Esto que le pido es muy importante... Muy importante para las generaciones venideras, importante para la raza humana, una piedra angular en nuestro destino.

—¿Y por qué tendría yo —dijo el hombre— que hacer algo por alguien que no ha nacido todavía? ¿Por qué debo preocuparme por años que no veré? Cuando yo muera, la gloria y los elogios, las banderas y clarines no tendrán significado para mí. Yo mismo no sabré si he tenido una vida muy rica o una muy pobre.

—La raza —dijo Grant.

Joe se rió; un torrente de carcajadas.

—La preservación de la raza, el progreso de la raza. A eso quiere ir. ¿Por qué tiene que importarle a usted? ¿O a mí? —Las arrugas que la risa le marcaba en la cara se le fueron borrando alrededor de la boca. Sacudió un dedo como en un signo de advertencia—. La preservación de la raza es un mito... un mito que los ayuda a vivir, algo sórdido que ha surgido de la estructura social. La raza muere todos los días. Cuando un hombre desaparece, la raza desaparece con él. En lo que a él concierne, ya no hay raza.

—Lo que ocurre es que a usted no le importa —dijo Grant.

—Eso —declaró Joe— es lo que he estado diciéndole—. Guiñó un ojo señalando con la cabeza el equipaje que estaba en el suelo y esbozó una sonrisa—. Quizá —sugirió— si eso me interesara...

Grant deshizo el equipaje y sacó el portafolios. Casi con pesar extrajo unas hojas y lanzó una ojeada. al título: —Proposición filosófica inconclusa...

Le alcanzó las hojas al hombre, observando cómo éste leía con rapidez. Y mientras lo miraba, la enfermiza seguridad del fracaso penetró en su cerebro.

Allá en la casa de Webster había imaginado una mente que no estuviese atada por los mecanismos de la lógica, una mente libre de cuatro mil años de pensamiento humano.

Y aquí estaba ahora. Pero aún no era suficiente. Faltaba algo. Algo en que nunca había pensado, algo que los hombres de Ginebra tampoco habían tenido en cuenta. Algo, una parte de las costumbres humanas que todos, hasta ese momento, habían aceptado sin analizar.

Las presiones sociales habían unido a los hombres durante milenios. Habían unido a los hombres así como la presión del hambre había atado a las hormigas a una estructura social.

Los hombres necesitaban de la aprobación de sus semejantes, rendían culto a una especie de compañerismo. Era una necesidad psicológica, o casi psicológica, de que los demás aprobasen la conducta y los actos propios. Una fuerza que había impedido que los hombres escapasen por tangentes antisociales, una fuerza que había contribuido, en gran medida, a la seguridad social y a la solidaridad humana.

Muchos hombres habían muerto buscando esa aprobación, o habían vivido buscando también esa aprobación. Pues sin ella el hombre vivía reducido a sí mismo, como un paria, un animal expulsado del rebaño.

Había tenido también como consecuencia cosas terribles: las reacciones de las multitudes, las persecuciones raciales, las atrocidades cometidas en nombre del patriotismo o la religión. Pero, del mismo modo, había sido el lazo de unión de los hombres, lo que desde un comienzo hiciera posible la existencia de la sociedad humana.

Y Joe ignoraba esa necesidad. A Joe no le interesaba. No le importaba lo que los demás pensarán de él. No le importaba si los otros lo aprobaban o lo desaprobaban.

Grant sintió el sol que le calentaba la espalda, escuchó el murmullo del viento que pasaba entre los árboles por encima de su cabeza. Y en algún matorral un pájaro inició su canción.

¿Las mutaciones llevaban pues a esto? ¿La desaparición del instinto básico que hacía de los hombres una raza?

¿Este hombre que estaba ante él, leyendo el legado de Juwain, había encontrado dentro de sí mismo, gracias a la mutación, una vida tan plena que podía prescindir de la aprobación de los otros hombres? ¿Había llegado él, al fin, a una etapa donde el hombre alcanzaba la independencia, desdeñando todo artificio social?

Joe alzó la vista.

—Muy interesante —dijo—. ¿Por qué el autor no terminó estas notas?

—Murió —dijo Grant.

Joe cloqueó.

—Estaba equivocado en una cosa —dijo. Pasó varias páginas y señaló un punto con el dedo—. Aquí está el error. Por eso no pudo terminar.

Grant tartamudeó.

—Pero... pero no pudo ser culpa de un error. Murió, eso es todo. Murió antes de terminar.

Joe dobló cuidadosamente el manuscrito y se lo metió en el bolsillo.

—Es igual —dijo—. Probablemente no hubiese podido seguir adelante.

—¿Entonces usted puede terminarlo? Usted...

No sabía, supo Grant, por qué seguir insistiendo. Leyó la respuesta en los ojos de Joe.

—¿Cree usted realmente —dijo Joe, y hablaba con una voz suave y medida— que yo haría eso por ustedes, llorones?

Grant se encogió de hombros, derrotado.

—Supongo que no. Supongo que debería saberlo. Un hombre como usted...

—Yo —dijo Joe— puedo hacer buen uso de esto.

Se incorporó lentamente, arrastrando perezosamente un pie, abriendo un canal en la colonia de hormigas, derribando las chimeneas, hundiendo en la tierra los atareados carros.

Grant dio un grito y se puso de pie, con una furia ciega, una furia que le guió la mano a la pistola.

—¡Deténgase! —gritó Joe.

El brazo de Grant se detuvo con el arma que apuntaba todavía al suelo.

—Tranquílcese, hombre —dijo Joe—. Sé que le gustaría matarme, pero no se lo puedo permitir. Pues yo también tengo mis planes. Y, al fin y al cabo, usted no me mataría por las razones que cree.

—¿Y qué importan esas razones? ¿Qué diferencia habría? —gruñó Grant—. Usted estaría muerto, ¿no es así? No podría liberarse con la filosofía de Juwain.

—Pero —dijo Joe suavemente— usted no me mataría por eso. Me mataría porque está enfadado conmigo por haber destruido la colonia de hormigas.

—Ésa puede haber sido la razón en el primer momento —dijo Grant— pero ahora...

—No lo intente —dijo Joe—. Antes de que haya apretado el gatillo, caerá usted.

Grant titubeó.

—Si cree que es una falsa amenaza —dijo Joe—, adelante.

Durante un rato los hombres se contemplaron mutuamente. El arma de Grant apuntaba todavía al suelo.

—¿Por qué no viene con nosotros? —dijo Grant—. Necesitamos un hombre como usted. Usted enseñó al viejo Thomas Webster a construir una nave interestelar. El trabajo que ha hecho con las hormigas...

Joe dio un paso adelante, rápidamente, y Grant levantó el arma. Vio el puño que venía hacia él, un puño similar a un martillo que se le acercaba silbando.

Un puño más rápido que la presión de su dedo en el gatillo.

Algo caliente y húmedo le rozaba la cara. Grant alzó una mano y trató de sacárselo de encima.

Pero aquello volvió a acariciarle la cara.

Abrió los ojos y se encontró con un Nathaniel muy agitado.

—Estás perfectamente —dijo Nathaniel—. Aunque tuve mucho miedo.

—¡Nathaniel! —exclamó Grant—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Me escapé —dijo el perro—. Quiero irme contigo.

Grant sacudió la cabeza.

—No puedes venir conmigo. Voy muy lejos. Tengo un trabajo que hacer.

Se puso de rodillas y apoyó las manos en el suelo. Sintió el contacto del metal, tomó el arma, y se la guardó en el bolsillo.

—Dejé que se escapara —dijo—, y no puedo dejarlo ir. Le he dado algo que pertenece a la humanidad. No puedo permitir que lo use.

—Yo puedo rastrear —dijo Nathaniel—. Rastreo ardillas o cualquier otra cosa.

—Tienes algo más importante que hacer —le dijo Grant al perro—. Pues verás, hoy descubrí una cosa. Vislumbré cierto camino, un camino que toda la humanidad podría seguir. Ni hoy ni mañana, ni dentro de mil años. Quizá nunca, pero no por eso podemos dejarlo de lado. Joe está un poco más lejos, quizá, que el resto de nosotros, y nosotros, quizá vayamos más rápido de lo que creemos. Podemos terminar todos como Joe. Y si eso es lo que ocurre, si todo termina en eso, vosotros los perros tendréis un trabajo que hacer.

Nathaniel clavaba los ojos en Grant, con unas arrugas de preocupación marcadas en la cara.

—No entiendo —dijo—. Hay palabras que no conozco.

—Oye, Nathaniel. Los hombres no serán siempre como ahora. Pueden cambiar. Y si eso ocurre, vosotros tendréis que seguir adelante. Tendréis que recoger nuestros sueños y mantenerlos vivos. Tendréis que pretender que sois hombres.

—Nosotros, los perros, lo haremos —prometió Nathaniel.

—No ocurrirá hasta después de miles y miles de años —dijo Grant—. Tenéis tiempo para prepararos. Pero tenéis que saberlo. Tenéis que decíroslo unos a otros. No lo olvidéis.

—Ya entiendo —dijo Nathaniel—. Nosotros, los perros, se lo diremos a los cachorros, y nuestros cachorros se lo dirán a sus cachorros.

—Eso es —dijo Grant.

Se puso de pie y le rascó la oreja a Nathaniel, y el perro, moviendo la cola cada vez más lentamente, se quedó mirando cómo Grant subía por la colina.

Notas al cuarto cuento

DE TODOS LOS CUENTOS éste es el que ha provocado mayor angustia entre los que quieren encontrar alguna explicación o significado en la leyenda.

Que no puede tratarse sino de un mito, y nada más, hasta Tige lo admite. Pero si es un mito, ¿qué significa? Si este cuento es de carácter mítico, ¿no lo serán también los demás?

Se supone que Júpiter, el lugar donde transcurre la acción, es uno de los mundos a los que se llega cruzando el espacio. La imposibilidad científica de la existencia de esos mundos ya ha sido citada en otra parte. Si aceptamos la teoría de Bounce de que esos otros mundos de que habla la leyenda no son sino nuestros propios mundos múltiples, parece razonable suponer que el aquí descrito ya tenía que haber sido descubierto. Nadie desconoce la clausura de algunos de los mundos de los duendes, pero la razón de esa clausura es también muy conocida, y ninguno de esos mundos ha sido clausurado a causa de las condiciones que se describen en este cuento.

Algunos eruditos opinan que esta cuarta historia es una interpolación, que no está relacionada con el resto, que ha sido introducida artificialmente en el cuerpo de la leyenda. Es difícil aceptar esta conclusión, ya que el cuento está íntimamente relacionado con los demás, y es uno de los principales pivotes sobre los que gira la unidad de la leyenda

El carácter de Towser en este relato ha sido citado a menudo como inconsistente y sin nada de la dignidad esencial de nuestra raza.

Sin embargo, aunque Towser pueda resultar desagradable a algunos lectores demasiado escrupulosos, sirve indudablemente como balanza del personaje humano del cuento. Es Towser, y no el hombre, el primero en aceptar la situación. Es Towser, no el hombre, el primero en entender. Y la mente de Towser, libre de toda dominación humana, demuestra ser igual a la del hombre.

Towser, aunque tenga sus lunares, es un personaje del que no hay por qué avergonzarse.

A pesar de su brevedad, la cuarta historia es, de las ocho, la que ofrece más recompensas al lector. Requiere sin duda una lectura reflexiva y cuidadosa.

Deserción

CUATRO HOMBRES, dos parejas, se habían lanzado al ululante torbellino que era Júpiter, y no habían vuelto. Habían caminado hacia la tormenta; es decir, se habían arrastrado hacia ella, con los vientres pegados al suelo, los cuerpos empapados y resplandecientes bajo la lluvia.

Pues habían tomado al irse una forma que no era la forma humana.

Ahora el quinto hombre estaba de pie ante el escritorio de Kent Fowler, jefe de la Cúpula N° 3, Comisión de Reconocimiento de Júpiter.

Bajo el escritorio de Fowler, el viejo Towser se rascó una pulga, y luego se echó a dormir otra vez.

Harold Allen —advirtió Fowler con una angustia repentina— era joven, demasiado joven. Tenía la fácil confianza de la juventud, el rostro de alguien que nunca ha sentido miedo. Y eso era extraño. Pues los hombres de las cúpulas de Júpiter conocían el miedo, el miedo y la humildad. Era difícil para los seres humanos armonizar su yo diminuto con las poderosas fuerzas del monstruoso planeta.

—Comprenderá usted —dijo Fowler— que no necesita hacerlo. Comprenderá que no tiene la obligación de ir.

Era una fórmula, naturalmente. Los otros cuatro habían oído lo mismo, pero habían ido. Este quinto, Fowler lo sabía, iría también. Pero tuvo de pronto la débil esperanza de que no fuese.

—¿Cuándo parto? —preguntó Allen.

En otro tiempo Fowler podría haber sentido un sencillo orgullo ante esa respuesta. Frunció levemente el entrecejo.

—Antes de una hora —dijo.

Allen se quedó esperando, en silencio.

—Han ido cuatro hombres y no han regresado —dijo Fowler—. Ya lo sabe usted, por supuesto. Queremos que usted vuelva. No se trata de que intente una heroica expedición de rescate. Lo más importante, lo único, es que regrese, que pruebe que un hombre puede vivir bajo una forma joviana. Vaya hasta la primera posta, no más allá, y vuelva. No corra riesgos. No investigue nada. Vuelva.

Allen hizo un signo afirmativo.

—Comprendo.

—La señorita Stanley manejará el conversor —continuó Fowler—. No tiene nada que temer. La conversión de los otros no trajo dificultades. Salieron de la máquina en un estado aparentemente perfecto. Estará usted en buenas manos. La señorita Stanley es la mejor operadora de conversores del sistema solar. Ha adquirido experiencia en la mayoría de los planetas. Por eso está aquí.

Allen sonrió a la mujer, mostrando los dientes, y Fowler vio algo que pasaba por la cara de la señorita Stanley; algo que podía ser piedad, o rabia, o simplemente miedo. Pero la mujer ya sonreía otra vez al joven. Sonreía con ese aire suyo de maestra de escuela, casi como si odiase tener que sonreír.

—Esperaré con ansia —dijo Allen— el instante de mi conversión.

Por el tono podría haber sido una broma, una broma plena de ironía. Pero no era una broma.

Era algo serio, mortalmente serio. De esas pruebas, como sabía Fowler, dependía el destino de los hombres en Júpiter. Si tenían éxito, los recursos del enorme planeta estarían al alcance de la mano. El hombre se adueñaría de Júpiter, como ya se había adueñado de los planetas más pequeños. Pero si las pruebas fracasaban...

Si fracasaban, el hombre seguiría atado a la terrible presión, a la enorme fuerza de gravedad, a las curiosas reacciones del planeta. Seguiría encerrado en las cúpulas, imposibilitado de poner el pie en el planeta; imposibilitado de ver directamente, sin ayuda; forzado a fiarse de los embarazosos tractores y el televisor, forzado a trabajar con herramientas y mecanismos de difícil manejo, o por medio de robots también de difícil manejo.

Pues el hombre, sin protección y bajo su forma natural, sería destrozado por la terrible presión de Júpiter. Tres toneladas por centímetro cuadrado: la presión de las profundidades submarinas de la Tierra era un vacío comparada con ésta.

Ni siquiera el metal más fuerte que los terrestres pudieran concebir, resistía esas presiones y esas lluvias alcalinas que barrían a Júpiter. Caían en pedruscos quebradizos, deshaciéndose luego como arcilla, y corrían como arroyuelos, y formaban charcos de sales de amoníaco. Sólo aumentando la dureza y resistencia de ese metal y su tensión

electrónica, podía éste soportar las toneladas de miles de gases, sofocantes y turbulentos, que formaban aquella atmósfera. Y aun entonces, había que recubrirlo todo con capas de cuarzo para que no entrase la lluvia... aquellos chaparrones de amoníaco.

Fowler escuchó el ruido de los motores instalados en el subsuelo, motores que funcionaban continuamente. Tenía que ser así, pues si se paraban, la energía que corría por las paredes, la tensión electrónica, se interrumpiría, y habría llegado el fin.

Towser se agitó bajo el escritorio y se rascó la picadura de otra pulga, golpeando la pata fuertemente contra el suelo.

—¿Hay algo más? —preguntó Allen.

Fowler sacudió la cabeza.

—Quizá quiera usted hacer algo —dijo—. Quizá quiera...

Iba a decir “escribir una carta”, pero calló a tiempo.

Allen miró el reloj.

—Iré a prepararme —dijo. Dio media vuelta y salió del cuarto.

Fowler sabía que la señorita Stanley estaba observándolo, y no quería volverse y encontrarse con sus ojos. Revolvió unas hojas que tenía delante.

—¿Cuánto tiempo piensa seguir con esto? —preguntó la señorita Stanley, como escupiendo con repugnancia las palabras.

Fowler dio media vuelta en su silla y se enfrentó con la mujer. Los labios de la señorita Stanley formaban una línea recta y delgada; el cabello, echado hacia atrás, parecía más tirante que nunca, y la cara tenía la apariencia de una mascarilla mortuoria.

Fowler trató de hablar con una voz calma y fría.

—Mientras haya necesidad —dijo—. Mientras haya esperanza.

—Es decir que seguirá sentenciándolos a muerte —comentó la mujer—. Seguirá enfrentándolos con Júpiter. Y mientras, usted se quedará en la cúpula, cómodamente sentado.

—El sentimentalismo está aquí de más, señorita Stanley —dijo Fowler, tratando de no perder la cabeza—. Usted sabe tan bien como yo por qué hacemos esto. Sabe muy bien que el hombre, tal como es, no puede desafiar a Júpiter. La única solución es convertir a los hombres en algo que se adapte al planeta. Hemos hecho lo mismo en otros mundos.

“Si mueren unos pocos hombres, pero al fin tenemos éxito, el precio no será excesivo. En todas las edades los hombres han dado la vida por cosas tontas, razones tontas. ¿Por qué habremos de titubear, entonces, ante algo tan grande?”

La señorita Stanley estaba sentada muy tiesa y derecha, con las manos dobladas en el regazo. Las canas le brillaban bajo la luz. Fowler la observaba tratando de adivinar qué imaginaba, qué sentía. No le tenía miedo, exactamente; pero no se sentía muy cómodo cuando la mujer lo miraba. Esos ojos azules y penetrantes sabían demasiado; esas manos parecían demasiado competentes. Podría haber sido la tía de alguien, sentada en una mecedora, con sus agujas de tejer. Pero no lo era. Era la operadora de conversores más hábil del sistema solar, y no aprobaba lo que él, Fowler, hacía.

—Algo anda mal, señor Fowler —dijo la mujer.

—Precisamente —convino Fowler—. Por eso envío a Allen. Para que averigüe qué pasa.

—¿Y si no lo averigua?

—Enviaré a otro.

La mujer se incorporó lentamente, dio un paso hacia la puerta, y se detuvo junto al escritorio.

—Algún día —dijo— usted será un gran hombre. No deja escapar ninguna oportunidad. Ésta es su oportunidad. Lo sabe usted desde que esta cúpula fue nombrada centro de experimentación. Si tiene éxito, ganará un punto o dos. No importa cuántos hombres mueran. Ganará un punto o dos.

—Señorita Stanley —dijo Fowler rudamente—, el joven Allen saldrá en seguida. Por favor, asegúrese de que su máquina...

—Mi máquina —dijo la mujer con frialdad— no tiene la culpa. Funciona de acuerdo con las coordenadas de los biólogos.

Fowler, inclinado hacia adelante, se quedó escuchando los pasos de la mujer que se alejaba por el corredor.

Lo que ella había dicho era cierto, indudablemente. Los biólogos habían establecido las coordenadas, pero podían equivocarse. Una diferencia del ancho de un cabello, un error mínimo, y del convertidor saldría algo que no era lo que debía salir. Un mutante que podía morir hecho pedazos, frágil como una brizna de paja, bajo condiciones totalmente desconocidas.

Pues los hombres poco sabían de Júpiter. Sólo lo que decían los instrumentos. Y las muestras de lo que ocurría allí afuera, proporcionadas por esos instrumentos y mecanismos, no eran más que eso: muestras. El tamaño de Júpiter era increíble, y las cúpulas muy escasas.

Los biólogos habían dedicado tres años al estudio de las formas de vida más evolucionadas del planeta, y dos años más a la experimentación. Un trabajo para el que hubiese bastado un mes en la Tierra. Pero un trabajo que no podía realizarse allá, pues no era posible llevar a la Tierra un habitante de Júpiter. Fuera del planeta no era posible

reproducir la presión de Júpiter, y a la temperatura y presión terrestres, los jovianos desaparecían, simplemente, convertidos en un poco de gas.

Sin embargo, era un trabajo indispensable si el hombre quería pasearse alguna vez por Júpiter. Pues antes que el conversor transformase al hombre en otro ser, era necesario conocer las características físicas de este último, en todos sus detalles, y con una precisión que eliminase toda posibilidad de error.

Allen no regresó. Los tractores recorrieron las regiones vecinas y no hallaron trazas de él, a no ser que la velluda criatura descrita por uno de los conductores fuese Allen transformado en joviano.

Los biólogos emitieron sus más académicos refunfuños cuando Fowler sugirió que las coordenadas podrían ser inexactas. Las coordenadas, señalaron, funcionaban. Cuando un hombre se introducía en el conversor, y éste se ponía en marcha, el hombre se convertía en un joviano. Dejaba el aparato y entraba, hasta perderse de vista, en la espesa atmósfera.

Algún detalle, sugirió Fowler, alguna diferencia con lo que un joviano debía ser, algún defecto minúsculo. Si se trataba de eso, dijeron los biólogos, tardarían años en descubrirlo.

De modo que eran cinco hombres ahora, en vez de cuatro, y Harold Allen se sabía adentrado en Júpiter inútilmente. No se había nada nuevo. Era lo mismo que si no hubiese ido.

Fowler se inclinó sobre el escritorio y tomó el registro de personal; unas pocas hojas cuidadosamente ordenadas. Era algo que temía, pero algo que tenía que hacer. Había que encontrar de algún modo el motivo de estas extrañas desapariciones. Y el único modo era enviar más hombres afuera.

Durante un instante se quedó escuchando el aullido del viento en la cúpula, la interminable y atronadora tormenta que barría el planeta con una furia hirviente y retorcida.

¿Había algún peligro allá afuera?, se preguntó. ¿Alguna desconocida amenaza? ¿Algo que acechaba y aguardaba a los jovianos sin distinguir a los auténticos de los que eran hombres? Para esas fieras no habría seguramente diferencia.

¿No se había cometido un error fundamental al seleccionar esa especie como la más adaptada a las condiciones del planeta? La evidente inteligencia de esos jovianos había decidido la elección. Pues si el ser en que el hombre iba a convertirse no era inteligente, éste no podría conservar su propia capacidad mental.

¿Habrían dado los biólogos demasiada importancia a ese factor, olvidando algún otro? No lo parecía. A pesar de su tozudez, los biólogos conocían su trabajo.

¿O era esa conversión imposible, y estaba condenada, desde un principio, al fracaso? La conversión a formas de vida diferentes había tenido éxito en otros planetas, pero eso no

significaba que lo mismo ocurriría en Júpiter. Quizá la inteligencia del hombre no podía funcionar correctamente con los sentidos proporcionados por esos seres. Quizá esos jovianos eran una forma de vida totalmente extraña, sin nada en común con los hombres.

O el motivo de ese fracaso podía residir en el mismo hombre, ser inherente a la raza humana. Alguna aberración mental, que ante ciertos estímulos exteriores impedía el regreso. Aunque quizá no fuera una aberración, no para los hombres. Quizás era sólo una peculiaridad mental, aceptada como cosa común en la Tierra, pero tan fuera de lugar en Júpiter que destruía toda cordura.

Unas patas rascaban y golpeaban el suelo del pasillo. Fowler escuchó y sonrió débilmente. Era Towser, que volvía de la cocina. Había ido a ver a su amigo el cocinero.

Towser entró en el cuarto, con un hueso en la boca. Movi6 la cola ante Fowler y se ech6 bajo el escritorio, con el hueso entre las patas. Clav6 largamente los viejos ojos en su amo, y Fowler se agach6 y le rasc6 una oreja arrugada.

—¿Todavía me quieres, Towser? —pregunt6 Fowler, y Towser sacudi6 la cola.

Fowler se enderez6 y mir6 el escritorio. Estir6 la mano y tom6 el registro de personal.

¿Bennet? A Bennet le esperaba una muchacha en la Tierra.

¿Andrews? Andrews planeaba volver al instituto tecnol6gico de Marte tan pronto como hubiese ganado lo suficiente para pasar all6 un a6o.

¿Olson? Olson estaba a punto de jubilarse. Se pasaba las horas hablando de su retiro y de que se dedicaría a cultivar rosas.

Cuidadosamente, Fowler puso el registro otra vez sobre la mesa.

Sentenciándolos a muerte. Lo había dicho la señorita Stanley, y los labios se habían movido apenas en aquella cara de pergamino. Los enviaba a la muerte mientras él, Fowler, se quedaba aquí cómodamente sentado.

Lo estaban comentando en toda la cúpula, seguramente, en especial desde que Allen no había vuelto. No se lo dirían en la cara. Ni siquiera los hombres que había llamado a la oficina y a quienes les había comunicado que serían los próximos en ir, llegaron a decírselo.

Pero Fowler había leído en sus ojos.

Recogió el registro. Bennet, Andrews, Olson. Había otros, pero era inútil seguir mirando.

Kent Fowler sabía que no podía hacerlo, que no podía enfrentarse con ellos, que no podía enviar a otros hombres a la muerte.

Se inclin6 hacia adelante y golpe6 con un dedo la llave del transmisor interno.

—Sí, señor Fowler.

—La señorita Stanley, por favor.

Esperó a la señorita Stanley, escuchando cómo Towser mordía débilmente el hueso. Towser ya no tenía muy buenos dientes.

—La señorita Stanley —dijo la voz de la señorita Stanley.

—Quería pedirle, señorita Stanley, que se preparara para enviar a otros dos.

—¿No teme —preguntó la señorita Stanley— terminar con todos? Si envía uno por vez durarán más, tendrá usted una doble satisfacción.

—Uno de ellos —dijo Fowler— será un perro.

—¡Un perro!

—Sí, Towser.

Fowler sintió la furia helada que había en la voz de la mujer.

—¡Su propio perro! Ha estado con usted durante años...

—Por eso mismo —dijo Fowler—. Se sentiría muy triste si yo lo dejara.

No era el mismo Júpiter que había visto en el televisor. Había esperado algo diferente. Había esperado un infierno de llamas amoniacales, y sofocantes humaredas, y el ruido ensordecedor del huracán. Había esperado torbellinos de vapores, y el mordiente resplandor de unos rayos monstruosos.

No había esperado que los látigos del agua quedasen reducidos a una leve niebla purpúrea que flotaba como una sombra sobre una tierra rojiza. No había ni siquiera sospechado que los rayos serpenteantes fuesen un resplandor estático en un cielo de color.

Mientras aguardaba a Towser, Fowler flexionó los músculos, asombrado ante aquella sensación de fuerza y bienestar. El cuerpo era en verdad excelente, y sonrió al recordar cómo había compadecido a los jovianos.

Había sido difícil imaginar un organismo adaptado al amoníaco y al hidrógeno, en vez del agua y el oxígeno. Había sido difícil creer que semejante forma de vida pudiese sentir una alegría de vivir similar a la de los hombres. Difícil concebir algo vivo en esta tormenta oscura que era Júpiter; difícil concebir que para unos ojos jovianos no hubiese tormentas oscuras.

El viento lo golpeaba como con dedos suaves, y Fowler recordó sorprendido que de acuerdo con las normas de la Tierra ese viento era un ciclón que corría a trescientos kilómetros por hora, cargado de gases mortíferos.

Unos suaves aromas le bañaban el cuerpo. Y apenas podían llamarse aromas, pues no eran percibidos por el olfato. Parecía que hubiese sumergido todo el cuerpo en agua de colonia, y sin embargo no era agua de colonia. Era algo inexpresable, el primero de una serie de enigmas terminológicos. Pues las palabras que él, Fowler, conocía, los símbolos de que se había servido en su vida terrestre, eran aquí totalmente inútiles.

Una puerta se abrió en un lado de la cúpula, y Towser salió tambaleándose. Por lo menos Fowler pensó que debía de ser Towser.

Trató de llamar al perro, modelando mentalmente las palabras que quería decir. Pero no pudo decírselas. No había cómo.

Durante un instante un tenebroso terror le nubló el cerebro, un terror ciego que lo asaltaba con pequeñas olas de pánico.

¿Cómo hablan los jovianos? Cómo...

De pronto tuvo conciencia de Towser, intensa conciencia del cariño tenaz de aquel animal envejecido que lo había seguido a todos los planetas. Como si el ser que era Towser hubiese salido de sí mismo y se le hubiera instalado en el cerebro.

Y junto con aquella calurosa bienvenida, llegaban las palabras: —Hola, amigo.

No palabras realmente. Algo mejor, símbolos de pensamientos, símbolos con matices que nunca podrían tener las palabras.

—Hola, Towser —dijo Fowler.

—Me siento muy bien —dijo Towser—. Como cuando era cachorro. Ultimamente me encontraba bastante inservible. Se me doblaban las piernas y se me estropeaban los dientes. Apenas podía morder un hueso. Además, las pulgas me hacían la vida negra. En otro tiempo no les hacía caso. Un par de pulgas más o menos no significaba mucho entonces.

—Pero... pero... —los pensamientos se le confundían a Fowler— ¡Me estás hablando!

—Claro —dijo Towser—. Siempre he hablado. Pero usted no me oía. Trataba de decirle cosas, pero no lo lograba.

—Te entendía a veces —dijo Fowler.

—No mucho —replicó Towser—. Usted sabía cuándo yo quería comer, o beber, o salir. Pero nada más.

—Lo siento —dijo Fowler.

—Olvídelo —le dijo Towser—. Le echo una carrera hasta el acantilado.

Fowler vio por vez primera el acantilado. A muchos miles de kilómetros, aparentemente, pero con una rara y cristalina belleza que resplandecía a la sombra de unas nubes coloreadas.

Fowler titubeó.

—Está muy lejos.

—Oh, vamos —dijo Towser, y aún estaba diciéndolo cuando echó a correr.

Fowler lo siguió, probando sus piernas, probando la fuerza de este cuerpo nuevo, un poco desconfiado al principio, asombrado en seguida, corriendo luego con una alegría vivaz que parecía identificarse con la tierra purpúrea y roja, y el humo flotante de la llanura.

Mientras corría, tuvo conciencia de la música que venía hacia él, una música que le golpeaba en el interior del cuerpo, que se alzaba en su interior, que le daba alas de plata. Una música que parecía descender del campanario de una colina en una soleada primavera.

A medida que se acercaba al acantilado, la música crecía y crecía, y llenaba el universo con un rocío de sonidos. Y Fowler sintió que la música venía de la cascada del acantilado.

Aunque no era agua lo que caía, sino amoníaco; y el acantilado blanco era de oxígeno sólido.

Se detuvo de pronto, junto a Towser. La cascada estalló en un arco iris de cientos de colores. Cientos, sí, literalmente; pues no se trataba solamente de los colores primarios y sus matices, sino de una precisa selectividad que dividía el prisma hasta sus últimas posibilidades.

—La música —dijo Towser.

—Sí, ¿qué pasa?

—La música —dijo Towser—. Las vibraciones. Vibraciones producidas por el agua al caer.

—Pero, Towser, tú no sabes nada de vibraciones.

—Sí, sé —replicó Towser—. Acabo de saberlo.

Fowler abrió mentalmente la boca.

—¡Acabas de saberlo!

Y de pronto, en el interior de su propia cabeza, encontró una fórmula. La fórmula para un proceso que haría que el metal pudiese resistir la presión de Júpiter.

Miró, asombrado, la cascada; y su mente, con rapidez, clasificó los distintos colores y los colocó en su lugar exacto en el espectro. Así. Nada más. De la nada. Pues nada sabía de metales o colores.

—¡Towser! —gritó—. ¡Towser, algo nos está pasando!

—Sí, ya sé —dijo Towser.

—En nuestros cerebros —dijo Fowler—. Los estamos utilizando totalmente, hasta el último rincón. Descubrimos cosas que ya sabíamos. Quizá los cerebros terrestres son lentos, nebulosos. Quizá somos los retardados del universo. Quizá está en nosotros tener que hacer las cosas del modo más difícil.

Y, en la nueva claridad mental que parecía apoderarse de él, Fowler supo que no había sólo una cascada de colores, o metales capaces de resistir la presión de Júpiter. Sintió otras cosas, cosas todavía no muy claras. Un vago murmullo que se refería a algo más grande, a misterios que sobrepasaban el pensamiento humano, y hasta la imaginación humana. Misterios, hechos, lógica basada en el razonamiento; cosas que cualquier mente podría captar si usase todo su poder.

—Todavía somos, en parte, criaturas terrestres —dijo—. Estamos empezando a aprender algunas cosas. Cosas que no sabíamos como seres humanos, precisamente porque éramos seres humanos. Pues nuestros cuerpos de antes eran unos pobres cuerpos. Pobremente equipados para pensar, pobremente equipados en sentidos. Quizá hasta nos faltaba algún sentido esencial para el verdadero conocimiento.

Se volvió y clavó los ojos en la cúpula lejana: una manchita oscura.

Allá quedaban unos hombres que no podían ver la belleza de Júpiter. Hombres que creían que unos torbellinos de nubes y unas lluvias penetrantes oscurecían la superficie del planeta. Ojos humanos que no podían ver. Pobres ojos. Ojos que ignoraban la belleza de las nubes, que no podían ver a través de la tormenta. Cuerpos incapaces de sentir el estremecimiento de aquella música del agua al quebrarse.

Hombres que andaban solos, en una terrible soledad, y hablaban como niños exploradores intercambiando sus mensajes con banderitas. Incapaces de establecer una verdadera comunicación como la de él y Towser. Alejados para siempre de todo contacto íntimo y personal con otros.

Él, Fowler, había creído que iba a sentir terror; había creído que iba a retroceder ante la amenaza de cosas desconocidas; se había endurecido para poder aguantar una situación extraña.

Pero he aquí que se encontraba ante algo cuya grandeza había ignorado siempre. Un cuerpo más fuerte y ligero. Una sensación de alegría, un sentimiento más profundo de la

existencia. Una mente más aguda. Un mundo de belleza que los terrestres no habían logrado concebir ni siquiera en sueños.

—Sigamos —pidió Towser.

—¿A dónde quieres ir?

—A cualquier parte —dijo Towser—. Sigamos a ver qué descubrimos. Tengo una sensación de... bueno, una sensación...

—Sí, ya sé —dijo Fowler.

Pues él también la sentía. La sensación de algo distinto. Una cierta sensación de grandeza. La conciencia de que en alguna parte, más allá del horizonte, esperaba la aventura, y algo más importante que la aventura.

Aquellos otros cinco habían sentido lo mismo. La urgencia de ir, y ver, la persistente sensación de que allí había una vida plena de sabiduría y riquezas.

Por eso no habían vuelto.

—No volveré —dijo Towser.

—No podemos abandonarlos —dijo Fowler.

Dio un paso o dos hacia la cúpula, y se detuvo.

Regresar a la cúpula. Regresar a aquel cuerpo dolorido e intoxicado. No parecía doler entonces, pero ahora sabían que sí.

Regresar al nublado cerebro. A aquellos razonamientos enmarañados. A las bocas móviles de las que surgían señales que otros podían entender. A aquellos ojos, lo que ahora parecía peor que ser ciego. A la debilidad, la abyección, la ignorancia.

—Quizá algún día —murmuró Fowler.

—Tenemos mucho que hacer y mucho que ver —dijo Towser—. Tenemos mucho que aprender. Descubriremos cosas.

Sí, descubriremos cosas. Civilizaciones, quizá. Civilizaciones que harían que la civilización humana pareciese ridícula. Belleza, y, lo que era más importante, conocimiento de esa belleza. Y una camaradería que nadie había experimentado antes, ni los hombres ni los perros.

Y vida. Una vida intensa luego de una existencia adormilada.

—No puedo volver —dijo Towser.

—Ni yo —dijo Fowler.

—Harían de mí otra vez un perro —dijo Towser.

—Y de mí un hombre —dijo Fowler.

Notas al quinto cuento

POCO A POCO, a medida que se desenvuelve la leyenda, el lector adquiere una visión más clara de la raza humana. Poco a poco nace la convicción de que esa raza no puede ser sino producto de la fantasía. Una raza semejante nunca pudo haberse alzado desde los humildes comienzos a las eminencias de la cultura que esta leyenda le atribuye. Su naturaleza es esencialmente pobre.

Del mismo modo, su falta de estabilidad es un hecho evidente. Que haya vivido preocupada por la idea de una civilización mecánica y no por una cultura basada en conceptos más valiosos y sólidos, indica falta de carácter.

Y ahora, en este cuento, advertimos que sus medios de comunicación eran muy limitados. Situación que no favorecía ciertamente al progreso. La incapacidad del hombre para comprender y apreciar las ideas y los puntos de vista de sus semejantes tendría que haber sido un obstáculo invencible que ningún aumento de la capacidad mecánica podría derruir.

La prueba de que el hombre mismo sabía esto, es su ansiedad por conocer la filosofía de Juwain; pero nótese que no deseaba este conocimiento por la sabiduría que podría obtener, sino por el poder y la gloria que esa filosofía haría posibles. Esa filosofía era para el hombre un medio con el que podría progresar cien mil años en el espacio de dos generaciones.

Es evidente en estos cuentos que el hombre estaba corriendo una carrera, si no consigo mismo, con algún competidor invisible que le rozaba los talones. El hombre corría locamente detrás del poder y el conocimiento, pero no hay en ninguna parte señal alguna que indique qué haría una vez que los hubiese alcanzado.

Según la leyenda el hombre había dejado las cavernas un millón de años atrás. Y sólo doscientos años antes del tiempo en que se desarrolla esta quinta historia, había logrado eliminar el asesinato como parte fundamental de sus costumbres. Así pues, puede verse hasta dónde llegaba su salvajismo. Después de un millón de años, logra librarse del asesinato; y lo considera una gran hazaña.

Para la mayoría de los lectores será fácil, tras la lectura de este cuento, aceptar la teoría de Rover de que el hombre ha sido concebido deliberadamente como la antítesis del perro: una especie de criatura simbólica, una fábula social.

Subrayan todo esto las pruebas repetidas de la desorientación del hombre, su ir de acá para allá, su obstinación por crear un modo de vivir que continuamente lo elude, quizá porque él mismo no sabe exactamente qué quiere.

Paraíso

LA CUPULA era una forma aplastada y extraña que no armonizaba con las nieblas purpúreas de Júpiter, una estructura que parecía encogerse, asustada, en el planeta macizo.

La criatura que había sido Kent Fowler se detuvo, tiesamente.

Un objeto extraño, pensó. Porque he pasado tanto tiempo lejos de los hombres. Pero no es nada extraño. Es el lugar en que he soñado, proyectado, vivido. Es el lugar de donde salí, con miedo. Y el lugar al que vuelvo, forzado, y con miedo.

Forzado por los recuerdos de los que eran como yo, antes de que yo fuera lo que soy, antes de que conociese la intensidad de la vida, y la armonía y el placer posibles si uno no es un ser humano.

Towser se agitó junto a él, y Fowler sintió el cariño del que otrora había sido un perro, el cariño expresado, y la camaradería y el amor que habían sentido siempre, quizá, pero no habían conocido cuando eran perro y hombre.

Los pensamientos del perro entraron en el cerebro de Fowler.

—No puedes hacerlo, compañero —dijo Towser. La respuesta de Fowler fue casi un gemido.

—Pero tengo que hacerlo, Towser. Para eso salí de aquí. Para descubrir cómo es Júpiter realmente. Y ahora ya lo sé, ahora puedo decirlo.

Pudiste haberlo hecho hace mucho, dijo una voz dentro de Fowler, una voz humana, que venía de lejos, y que trataba de invadir su ser joviano. Pero eras un cobarde, y no lo hiciste. No lo hiciste. Escapaste porque temías volver. Temías volver, y ser otra vez un hombre.

—Me sentiré muy solo —dijo Towser. Pero no lo dijo de veras. Por lo menos no había palabras. Se trataba más bien de una sensación de soledad, un llanto de despedida. Como si, por un instante, Fowler hubiese entrado en la mente del perro.

Fowler guardaba silencio, mientras la repulsión crecía en él. Repulsión ante la idea de ser transformado otra vez en un hombre, en eso tan inadecuado que eran la mente y el cuerpo humanos.

—Te he acompañado hasta aquí —dijo Towser—, pero no lo soporto más. Prefiero morir antes que volver. Yo ya estaba casi acabado, acuérdate. Era un viejo comido por las pulgas. Tenía los dientes estropeados y mis digestiones eran atroces. Y me consumían las pesadillas. Cuando era cachorro yo solía cazar conejos, pero últimamente los conejos me cazaban a mí.

—Espérame —dijo Fowler—. Volveré.

Si por lo menos logro que entiendan, pensó. Si por lo menos logro eso. Si logro explicarlo.

Alzó la maciza cabeza y miró las cimas de las montañas envueltas en la niebla rosada y purpúrea. Un relámpago serpenteó en el cielo, y las nubes y vapores se encendieron en un fuego estático.

Fowler se adelantó lentamente, con repugnancia. Un vaho de aroma bajó con la brisa, y Fowler bañó su cuerpo en él. Y sin embargo aquello no era un aroma, pero no había otra palabra con que designarlo. En los años venideros la raza humana desarrollaría una nueva terminología.

Cómo podía uno, se preguntó, explicar aquellas nieblas que flotaban sobre la tierra y aquel delicioso aroma. Entenderían otras cosas. El hecho de que no tuviesen que comer ni dormir, de que la gama de neurosis depresivas que parecían alimentar al hombre hubiesen terminado para siempre. Comprenderían estas cosas que podían explicarse con términos muy simples, con el vocabulario común.

¿Pero qué ocurriría con las otras cosas, los factores que exigían un lenguaje nuevo? Emociones que el hombre no había conocido nunca. Capacidades que no había soñado. La claridad mental, y la comprensión; la posibilidad de utilizar todo el cerebro. Cosas que uno conocía y podía hacer instintivamente, y que los hombres ignoraban puesto que sus cuerpos carecían de muchos sentidos.

—Las escribiré —se dijo—. Lo pensaré y las escribiré.

Pero la palabra escrita, reflexionó, era una pobre herramienta.

La lente de una cámara de televisión surgió de la cúpula, y Fowler se adelantó, vacilante. Unos hilos de niebla condensada corrían por el lente. Fowler se enderezó para mirar directamente el cristal.

No es que pudiese ver algo, pero los hombres de la cúpula lo veían a él. Los hombres que se pasaban las horas mirando, los ojos clavados en la brutalidad de Júpiter, las ráfagas rugientes y las llamas de amoníaco, las nubes de metano mortal que cruzaban el cielo. Pues así veían los hombres a Júpiter.

Alzó una pata y escribió rápidamente en la humedad del lente: con letras invertidas.

Tenían que saber quién era, para que no se cometiesen errores. Tenían que saber cómo usar las coordenadas. De otro modo le darían un cuerpo equivocado, utilizando una matriz equivocada, y se convertiría en algún otro: el joven Allen, por ejemplo, o Smith, o Pelletier. Y eso podía ser fatal.

La lluvia de amoníaco corrió sobre la lente emborronando el nombre, y lo hizo desaparecer. Fowler volvió a escribir.

Entenderían. Sabrían que uno de los hombres transformados en jovianos había regresado.

Dio media vuelta enfrentándose con la puerta que conducía a la cámara de conversión. La puerta se movió lentamente, abriéndose hacia afuera.

—Adiós, Towser —dijo Fowler, suavemente.

Un grito de advertencia le resonó en el cerebro:

—No es demasiado tarde. No estás dentro todavía. Puedes cambiar de idea. Aún puedes volverte y escapar.

Siguió adelante, decidido, apretando mentalmente los dientes. Sintió el suelo de metal bajo sus pies, sintió que la puerta se cerraba a sus espaldas. Percibió un último pensamiento fragmentario de Towser, y luego no hubo más que oscuridad.

La cámara de conversión se encontraba ante él, y Fowler subió por la rampa.

Un hombre y un perro, pensó, habían salido de allí, y ahora un hombre volvía.

La conferencia de prensa había llegado a buen término. Había cosas satisfactorias que informar.

Sí, Tyler Webster les dijo a los periodistas, las dificultades en Venus se han solucionado. Bastó con que las partes se decidiesen a hablar. Los experimentos biológicos en los fríos laboratorios de Plutón progresaban. La expedición a Centauri saldría muy pronto tal como se había convenido, y a pesar de los rumores. La comisión de comercio lanzaría nuevas normas monetarias para varios productos, anulando unas pocas diferencias.

Nada sensacional. Nada para grandes titulares. Nada.

—Y John Culver me pidió —dijo Webster—que os recuerde, caballeros, que hoy se celebra el centésimo vigésimo quinto aniversario del último crimen cometido en el sistema solar. Ciento veinticinco años sin una muerte violenta y premeditada.

Se inclinó en la silla y sonrió mostrando los dientes, ocultando sus temores, pues sabía que la pregunta no tardaría en llegar.

Pero todavía no estaban preparados para hacer preguntas. Lo observaban. Y Webster estaba acostumbrado a que los otros observaran. Agradablemente acostumbrado.

El corpulento Stephen Andrews, jefe de prensa de Noticias Interplanetarias, carraspeó como si fuese a hacer un importante anuncio, y preguntó con lo que parecía ser una gravedad mortal:

—¿Y cómo está el muchacho?

Una sonrisa estalló en el rostro de Webster.

—Iré a pasar el fin de semana a casa —dijo—. Le llevo un juguete —se inclinó hacia adelante y alzó el tubito del escritorio—. Un juguete antiguo. De antigüedad garantizada. Una compañía acaba de lanzarlos al mercado. Se mira dentro de él, se lo hace girar y se ven unas bonitas figuras. Vidrios de colores que cambian de posición. Se llama...

—Calidoscopio —interrumpió rápidamente un periodista—. He leído algo acerca de eso. En una vieja historia sobre los usos y costumbres de comienzos del siglo veinte.

—¿Lo ha probado usted, señor secretario? —preguntó Andrews.

—No —dijo Webster—. A decir verdad, no lo he hecho. Lo he comprado esta tarde y he estado demasiado ocupado.

—¿Dónde lo consiguió, señor secretario? —preguntó una voz—. Quiero llevarle uno a mi hijo.

—En la tienda de la esquina. La juguetería. Los recibieron hoy.

Ahora, se dijo Webster, había llegado el momento de que se fueran. Un poco de charla amable y se levantarían para irse.

Pero no se irían. Webster sabía que no. Lo supo al oír un susurro repentino y en seguida el crujido de unos papeles.

Y en seguida Stephen Andrews hizo la pregunta que Webster estaba temiendo. Durante un instante Webster se alegró de que fuese Andrews el que preguntaba. Andrews había sido siempre un hombre amable, y Noticias Interplanetarias daba una información objetiva, sin esas disimuladas tergiversaciones a que eran aficionados algunos periodistas.

—Señor secretario —dijo Andrews—, nos han dicho que un hombre que fue convertido en Júpiter ha vuelto a la Tierra. Queremos preguntarle si la noticia es cierta.

—Es cierta —dijo Webster secamente.

Los periodistas esperaban, y Webster esperaba, inmóvil.

—¿Desea hacer algún comentario? —preguntó Andrews al fin.

—No —dijo Webster.

Recorrió con la vista la habitación, examinando las caras. Eran caras en tensión, que adivinaban en parte la verdad detrás de su clara negativa a discutir el asunto. Caras divertidas que ya estaban pensando cómo podrían alterar las pocas palabras que había dicho. Caras de enojo de hombres que escribirían ultrajados comentarios acerca del derecho de información.

—Lo siento, caballeros —dijo.

Andrews se incorporó lentamente.

—Gracias, señor secretario.

Webster se sentó y los miró un rato mientras se iban, y cuando se quedó solo sintió la frialdad y el vacío de la sala.

Me crucificarán, pensó. Me colgarán en la plaza pública y nadie podrá salvarme. Nadie.

Se levantó, cruzó la habitación, se asomó a la ventana y miró el jardín a la luz de la tarde.

¡El paraíso! ¡El cielo al alcance de todos! ¡Y el fin de la humanidad! El fin de todos los ideales y sueños humanos, el fin de la raza misma.

Una luz verde brilló y chispeó sobre el escritorio y Webster volvió a cruzar el cuarto.

—¿Qué pasa? —preguntó.

La pantalla se encendió y apareció una cara.

—Los perros acaban de informar, señor, que Joe, el mutante, fue a su casa y Jenkins lo dejó entrar.

—¡Joe! ¿Estás seguro?

—Eso dijeron los perros. Y los perros nunca se equivocan.

La cara desapareció y Webster se sentó pesadamente.

Buscó con dedos entumecidos en el panel, y movió una llave.

La casa se alzó en la pantalla, la casa erigida en lo alto de la colina barrida por el viento. Un edificio que tenía casi mil años. Un sitio donde varias generaciones de Webster habían vivido, y soñado, y muerto.

Todo estaba bien, o así parecía. La casa dormitaba a la luz de la mañana, y en el jardín se alzaba la estatua de aquel lejano antepasado que había desaparecido camino de las estrellas. Allen Webster, el primero en salir del sistema solar, en viaje hacia Centauri. La expedición ahora en Marte partiría dentro de un día o dos.

Nada se movía en los cuartos y corredores de la casa, nada parecía moverse.

Webster extendió una mano y tocó la llavecita. La pantalla se apagó.

Jenkins es hábil, pensó Webster. Quizá más hábil que un hombre. Al fin y al cabo ha almacenado en su coraza metálica mil años de sabiduría. No tardará en llamar y me lo contará todo.

Volvió a alargar la mano, y movió la llave.

Esperó varios segundos antes de que la cara apareciese en la pantalla.

—¿Qué pasa, Tyler? —preguntó la cara.

—Acaban de informarme que Joe...

John Culver hizo un signo afirmativo.

—A mí también. Estoy investigando.

—¿Cuál es tu opinión?

En el rostro del jefe de Seguridad Mundial apareció una mueca estrambótica.

—Se están ablandando quizá. Hemos sometido a Joe y los otros mutantes a una presión bastante dura. Los perros han hecho un trabajo magnífico.

—Pero no había nada que hiciese esperar esto —protestó Webster—. Nada permitía prever este cambio.

—Escuche —dijo Culver—. En los últimos cien años no han hecho nada que nosotros no hayamos sabido. En nuestros archivos está todo, en blanco y negro. Hemos interceptado todos sus movimientos. Al principio pudieron creer que era mala suerte, pero hoy ya no. Quizás han terminado por comprender y han decidido aceptar la derrota.

—No estoy seguro —dijo Webster, solemnemente—. Será mejor que usted no se descuide.

—Estaré atento —dijo Culver—. Y le tendré al tanto.

La pantalla se apagó transformándose en un cuadro de vidrio. Webster se quedó mirándolo, pensativamente.

Los mutantes no estaban derrotados, de ningún modo. Él lo sabía, y Culver también. Y sin embargo...

¿Por qué Joe se había dirigido a Jenkins? ¿Por qué no se había comunicado con el gobierno, aquí en Ginebra? Por no dar la cara, quizá. Por eso había tratado con un robot. Al fin y al cabo Joe conocía a Jenkins desde hacía muchísimo tiempo.

De pronto, Webster sintió una oleada de orgullo. Orgullo de que fuera así. De que Joe buscara a Jenkins. Pues Jenkins, a pesar de su coraza metálica, era también un Webster.

Orgullo, pensó Webster. Éxitos y errores. Pero siempre algo de valor. Todos, a lo largo de los años. Jenkins que hizo perder al mundo la filosofía de Juwain. Y Thomas, que había dado al mundo el principio de la nave interestelar, principio que acababa de ser perfeccionado. Y el hijo de Thomas, Allen, que había tratado de ir a las estrellas, sin éxito.

Y Bruce, que había concebido las civilizaciones gemelas del perro y el hombre. Y ahora, finalmente, él mismo, Tyler Webster, secretario del Comité Mundial.

Se sentó al escritorio. Juntó las manos, y miró la luz de la tarde que entraba por la ventana.

Esperaba, reconoció. Esperaba la señal que diría que Jenkins estaba llamando para hablarle de Joe...

A no ser que pudiera llegarse a un entendimiento. Si por lo menos hombres y mutantes pudiesen trabajar juntos. Si pudiesen olvidar por lo menos esta guerra fratricida. Podrían ir muy lejos, los tres unidos: hombres, perros, y mutantes.

Webster sacudió la cabeza. Era mucho esperar. La diferencia era excesiva. Las sospechas del hombre y la divertida tolerancia de los mutantes los mantendría apartados. Pues los mutantes eran otra raza, un vástago que había ido demasiado lejos. Hombres que se habían transformado en verdaderos individuos, que no necesitaban de la vida social, de la aprobación de los hombres, que carecían de ese instinto de rebaño que había unido a la raza.

Y a causa de los mutantes humanos el grupito de perros mutantes había sido hasta ahora de escaso valor para sus viejos hermanos, los hombres. Pues los perros, durante este último siglo, no habían hecho más que vigilar a los mutantes, se habían convertido en una fuerza policial.

Webster echó hacia atrás la silla, abrió un cajón del escritorio, y sacó unos papeles.

Sin quitar la vista de la pantalla del televisor, golpeó con un dedo una llave y llamó a su secretaria.

—Sí, señor Webster.

—Voy a llamar al señor Fowler —dijo Webster—. Si recibo otra llamada...

La voz de la secretaria tembló levemente.

—Si, señor. En ese caso me pondré en contacto con usted.

—Gracias —dijo Webster.

Volvió a golpear la llave.

Ya lo saben, pensó. Todos en este edificio están ansiosos, esperando las noticias.

Kent Fowler estaba echado en una silla observando el pequeño terrier que cavaba furiosamente en el jardín persiguiendo a un presunto conejo.

—Vamos, Rover —dijo Fowler—. No trates de engañarme.

El perro dejó de cavar, miró por encima del hombro con una amplia sonrisa, y ladró excitado. Luego volvió a cavar.

—Te vas a equivocar un día de estos —le dijo Fowler—, y dirás una palabra o dos, y ya te arreglaré entonces.

Zorrito del diablo, pensó Fowler. Más listo que una avispa. Webster lo ha azuzado contra mí, y él ha interpretado muy bien su papel. Busca conejos, no respeta los árboles, y se rasca las pulgas. La imagen perfecta de un perro perfecto. Pero no me engaña. Ninguno de ellos me engaña.

Se oyó una pisada en el césped y Fowler alzó la vista.

—Buenas tardes —dijo Tyler Webster.

—Me he estado preguntando cuándo vendría —dijo Fowler, cortante—. Siéntese y dígamelo rápido. No me cree, ¿no es así?

Webster se instaló en la segunda silla y puso sobre sus piernas los papeles que traía en la mano.

—No puedo entender cómo se siente —dijo.

—No creo que pueda —comentó Fowler—. Vine con noticias que me parecían muy importantes. Ignora usted el precio de ese informe —se inclinó hacia adelante— ¿No comprende que cada hora que paso como ser humano es una tortura mental?

—Lo siento —dijo Webster—. Pero tenemos que estar seguros. Tenemos que examinar su informe.

—¿Y hacer ciertas pruebas?

Webster hizo un signo afirmativo.

—¿Como Rover, aquí presente?

—No se llama Rover —dijo Webster con suavidad—. Si ha estado llamándolo así, lo ha ofendido. Todos los perros tienen nombres humanos. El de éste es Elmer.

Elmer había dejado de cavar y venía hacia ellos. Se sentó junto a la silla de Webster y se pasó por los sucios bigotes una pata cubierta de barro.

—¿Qué hay de nuevo, amigo Elmer?—preguntó Webster.

—Es un ser humano, sí —dijo el perro—; pero no humano del todo. Tampoco un mutante. Otra cosa.

—Era de esperar —dijo Fowler—. He sido un joviano cinco años.

Webster movió afirmativamente la cabeza.

—Ha retenido usted parte de su personalidad anterior. Es comprensible. Y el perro lo siente. Son muy sensibles a esas cosas. Psíquicos, acaso. Por eso vigilan a los mutantes. Pueden olfatearlos no importa dónde estén.

—¿Me cree entonces?

Los papeles crujieron en las rodillas de Webster y éste los alisó con cuidado.

—Temo que sí.

—¿Por qué lo teme?

—Porque —dijo Webster— es usted la mayor amenaza que haya tenido hasta hoy la humanidad.

—¡Amenaza! ¿Pero no entiende? Le estoy ofreciendo... le estoy ofreciendo...

—Sí, ya sé —dijo Webster—, el paraíso.

—¿Y tiene miedo de eso?

—Terror —dijo Webster—. Trate sólo de imaginar qué ocurriría si se lo dijéramos a la gente y la gente lo creyera. Todos querrían ir a Júpiter y convertirse en jovianos. El solo hecho de que los jovianos vivan miles de años bastaría. Y aún hay otras razones.

“Todos nos pedirían que los enviásemos en seguida a Júpiter. Nadie querría ser hombre. Y al fin no habría hombres. Todos serían jovianos. ¿Ha pensado en eso?”

Fowler se pasó nerviosamente la lengua por los labios.

—Claro que sí. Lo esperaba.

—La raza humana desaparecería —dijo Webster, con lentitud—. Desaparecería de todo. El progreso alcanzado después de miles de años no tendría sentido. Y eso ocurriría en el umbral de nuestras mejores posibilidades.

—Pero usted no sabe —protestó Fowler—. No puede saber. Nunca ha sido un joviano. Yo sí —se golpeó el pecho—. Sé lo que es.

Webster sacudió la cabeza.

—No lo discuto. Estoy dispuesto a reconocer que es mejor ser joviano que hombre. Pero no admito que eso justifique la muerte de la raza humana, que debemos cambiar lo que hemos hecho y deseado por lo que ellos son. La raza humana tiene grandes destinos. Quizá no tan agradables ni tan brillantes como el de sus jovianos. Pero creo que a la larga iremos más lejos. Tenemos una herencia racial que defender, y un destino racial que no podemos olvidar.

Fowler se inclinó hacia adelante.

—Escúcheme —dijo—. He sido honesto. He venido directamente aquí, al Comité Mundial. Pude haberlo dicho a la prensa y la radio, y obligarlo a tomar una decisión. Pero no lo hice.

—Quiere decirme —sugirió Webster— que el Comité Mundial no tiene el derecho de decidir. Sugiere usted que el pueblo debe dar su opinión.

Fowler, con los labios muy apretados, hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Francamente —dijo Webster—. No creo en el pueblo. Obtendría usted reacciones de rebaño. Respuestas egoístas. No pensarán en la raza, sino en sí mismos.

—¿Me está usted diciendo que tengo razón —preguntó Fowler— pero que no puedo hacer nada?

—No exactamente. Tenemos que arreglarlo de algún modo. Quizá Júpiter pueda ser una especie de asilo de ancianos. Cuando un hombre ha vivido una existencia útil...

Fowler lanzó un bufido.

—Un premio —dijo—. Como llevar un caballo viejo al campo. El paraíso como concesión especial.

—De ese modo —apuntó Webster—, salvaríamos a la raza humana y no perderíamos a Júpiter.

Fowler se puso de pie, con rapidez y brusquedad.

—Estoy harto de esto —gritó—. Le he traído a usted algo que quería saber. Algo en que se han gastado billones de dólares, y centenares de vidas. Instaló usted en Júpiter docenas de estaciones de conversión y de allí salieron docenas de hombres que no regresaron y usted pensó que habían muerto, y sin embargo envió a otros. Y ninguno regresó, porque no querían regresar, porque no soportaban la idea de volver a ser hombres. Yo regresé, ¿y de qué me ha servido? Mucha charla elevada, muchas averiguaciones, muchas dudas y preguntas. Luego, al fin, dicen que tengo razón, pero que he cometido el error de volver —dejó caer los brazos y echó los hombros hacia adelante—. Soy libre, supongo. No tengo por qué quedarme aquí.

Webster movió afirmativamente y con lentitud la cabeza.

—Claro que es libre. Siempre lo ha sido. Sólo le pedí que se quedara para examinarlo.

—¿Puedo volver a Júpiter?

—En vista de la situación —dijo Webster— sería una buena idea.

—Me sorprende que no me lo haya sugerido usted —dijo Fowler amargamente—. Sería una solución. Podrían archivar el informe, olvidarlo, y seguir dirigiendo el sistema solar, como niños que juegan en el piso de la sala. Su familia ha estado cometiendo error tras error, durante siglos, y la gente permitió que volviese uno de ustedes a seguir equivocándose. Un antepasado suyo privó al mundo de la filosofía de Juwain, y otro bloqueó los esfuerzos de los hombres para cooperar con los mutantes...

Webster lo interrumpió bruscamente.

—¡No meta a mi familia en esto, Fowler! Se trata de algo más importante que...

Pero Fowler gritaba ahora cubriendo las palabras del secretario.

—Y no voy a permitir que lo estropee. El mundo ya ha tenido bastante de ustedes, los Webster. Hay que cambiar eso. Voy a hablarles a las gentes de Júpiter. Hablaré a la prensa y la radio. Lo gritaré desde los techos de las casas...

Se le quebró la voz y le temblaron los hombros.

Webster habló fríamente, con una ira repentina.

—Lucharé contra usted, Fowler. Lo golpearé. No puedo permitir que haga una cosa semejante.

Fowler había dado media vuelta y se dirigía ya hacia la puerta del Jardín.

Webster, helado en su silla, sintió la pata que le rascaba la pierna.

—¿Lo alcanzo, amo? —preguntó Elmer—. ¿Voy y lo alcanzo?

Webster sacudió la cabeza.

—Déjalo ir —dijo—. Tiene tanto derecho como yo a hacer lo que quiera.

Un viento frío atravesó el cercado del jardín y movió la capa con que Webster se cubría los hombros.

Unas palabras le resonaban en la cabeza. Palabras que habían sido dichas aquí, en el jardín, pocos segundos antes, pero palabras que venían de siglos atrás. Un antepasado suyo privó al mundo de la filosofía de Juwain. Un antepasado suyo...

Webster apretó los puños hasta que las uñas se le clavaron en las palmas.

Un mal de ojo, pensó. Eso somos. Un mal de ojo para la humanidad. La filosofía de Juwain. Y los mutantes. Pero los mutantes han tenido esa filosofía, durante siglos, y no la han utilizado.

Quizá, pensó Webster, tratando de consolarse, esa filosofía no era importante. Si lo fuera, los mutantes la habrían utilizado. O quizá, sólo quizá, los mutantes han estado alardeando sin motivo. Quizá no saben más de esa filosofía que nosotros.

Una voz metálica carraspeó suavemente y Webster alzó la vista. Un pequeño robot gris se había detenido en la puerta.

—La llamada, señor —dijo el robot—. La llamada que usted esperaba.

La cara de Jenkins apareció en la pantalla, una cara vieja, fea, y pasada de moda. No esa cara lisa y animada de los últimos robots.

—Lamento molestarlo, señor —dijo Jenkins—, pero se trata de algo insólito. Joe vino aquí y me pidió el televisor para llamarlo a usted. No me quiso decir qué quería, señor. Dijo que era sólo una charla con un viejo vecino.

—Llámallo —dijo Webster.

—Algo insólito, señor —insistió Jenkins—. Vino, se sentó, y charló conmigo durante una hora o dos antes de hablarme del televisor. Le diré, señor, si me lo permite, que todo esto es muy raro.

—Ya sé —dijo Webster—. Joe tiene muchas cosas raras.

La cara de Jenkins desapareció de la pantalla y apareció otra cara: la de Joe, el mutante. Era una cara dura, de piel arrugada y correosa, y ojos parpadeantes de color gris azulado. En las sienes aparecían las primeras canas.

—Jenkins no me tiene confianza, Tyler —dijo Joe, y Webster sintió que la risa que acechaba detrás de las palabras le erizaba la piel.

—En cuanto a eso —replicó secamente—, yo tampoco.

Joe chasqueó la lengua.

—Pero cómo, Tyler. Nunca le hemos molestado. Ni un solo minuto. Ninguno de nosotros. Nos ha vigilado usted, y se ha preocupado por nosotros, pero nunca le causamos dificultades. Nos hizo espiar por tantos perros que tropezábamos con ellos cada vez que nos dábamos la vuelta, y organizó archivos para clasificarnos, y nos estudió y habló hasta aburrirse.

—Los conocemos —dijo Webster, torvamente—. Sabemos acerca de ustedes más que ustedes mismos. Sabemos cuántos son, y los conocemos personalmente a todos. ¿Quiere saber qué hacía alguno de ustedes en cualquier momento de estos últimos cien años? Pregúntemelo a mí.

Un trozo de manteca no se hubiese derretido en la boca de Joe.

—Y durante todo ese tiempo —dijo— hemos estado pensando amistosamente en ustedes. Pensando en cómo podríamos ayudarlos.

—¿Y por qué no lo hicieron? —estalló Webster—. Al principio estábamos dispuestos a trabajar con ustedes. Aun después de que usted le robara a Grant la filosofía de Juwain..

—¿Robar? —preguntó Joe—. Creo, Tyler, que le han informado mal. Me la llevé para corregirla. En su estado original era inservible.

—Y eso se le ocurrió seguramente tan pronto como puso las manos en ella —dijo Webster, inexpresivo—. ¿Qué estaba esperando? Si nos la hubieran ofrecido, habríamos comprendido en seguida que ustedes estaban con nosotros, y hubiésemos cooperado. Habríamos retirado los perros, y los hubiéramos aceptado.

—Es gracioso —dijo Joe—. Nunca pareció preocuparnos que nos aceptasen o no.

Y volvió a oírse aquella risa, la risa de un hombre que se bastaba a sí mismo, para quien los esfuerzos de la comunidad humana eran una broma increíble. Un hombre que andaba voluntariamente solo, que veía en la raza humana algo divertido, quizá un poco peligroso, y más divertido aún porque era peligroso. Un hombre que no necesitaba la hermandad de los hombres, que rechazaba toda hermandad como algo gracioso, patético, similar a las sociedades de fomento del siglo veinte.

—Muy bien —dijo Webster con un tono cortante—. Tenía la esperanza de que nos ofreciese usted alguna especie de pacto, la posibilidad de una conciliación. No nos gustan las cosas tal como están. Al contrario, nos gustaría que cambiasen. Pero depende de ustedes.

—Vamos, Tyler —protestó Joe— no pierda los estribos. Creía que le gustaría conocer la filosofía de Juwain. Quizá lo haya olvidado, pero hubo un tiempo en que todo el sistema solar vivía pendiente de ella.

—Muy bien —dijo Webster—, explíquemela.

El tono de su voz parecía decir que sabía que Joe no iba a hacerlo.

—Esencialmente —dijo Joe— ustedes los humanos viven solos. Nunca conocen a sus semejantes. No pueden conocerlos; carecen de puntos comunes. Cultivan amistades, pero basadas en simples emociones, nunca en una comprensión real. Persiguen fines similares, es cierto. Pero más por tolerancia que por afinidad. Abordan los problemas de mutuo acuerdo; un acuerdo aparente que es sólo el triunfo de los más fuertes sobre la oposición de los más débiles.

—¿Y qué se pierde con eso?

—Pero, cómo. Todo —dijo Joe—. Con la filosofía de Juwain podrían entenderse.

—¿Telepatía? —preguntó Webster.

—No exactamente —dijo Joe—. Nosotros, los mutantes, conocemos la telepatía. Esto es algo distinto. La filosofía de Juwain hace posible ponerse en el punto de vista de otro. No

sólo se sabe de qué está hablando el otro, sino también qué siente. En la filosofía de Juwain se acepta la validez de las ideas ajenas. No sólo las palabras, sino el pensamiento que esconden esas mismas palabras.

—¿Semántica? —dijo Webster.

—Si le gusta a usted el término —dijo Joe—. Pero no sólo se entiende el significado intrínseco, sino también el implícito. Casi telepatía, pero no del todo. Algo casi mejor.

—Joe, ¿qué han asimilado ustedes de todo eso? ¿Qué...?

Volvió a oírse aquella risa.

—Piénselo un poco, Tyler. Piense cuánto lo necesita. Luego quizá podamos hablar.

—Como mercaderes.

Joe hizo un signo afirmativo.

—Un señuelo también, imagino —continuó diciendo Webster.

—Un par de ellos —dijo Joe—. Cuando los descubra, hablaremos de eso también.

—¿Qué pedirían ustedes?

—Muchas cosas —dijo Joe—. Pero quizá valga la pena.

La pantalla se apagó y Webster se quedó mirándola sin ver. ¿Un señuelo? Claro que sí. Un señuelo evidente.

Webster apretó los ojos y sintió la sangre que le golpeaba el cerebro.

¿Qué se había atribuido a la filosofía de Juwain en aquellos lejanos días? Que haría adelantar a la humanidad cien mil años en el espacio de dos generaciones. Algo parecido.

Quizá se la había sobrestimado un poco. Una pequeña exageración, pero justificada. Nada más.

Los hombres se entenderían, aceptarían todas las ideas. Todos verían el sentido oculto detrás de las palabras. Verían las cosas como las veían los demás, y aceptarían los conceptos ajenos como propios.

Harían suyos esos conceptos y podrían aplicarlos al problema más inmediato. No más incompreensión, prejuicios, engaños, tergiversaciones, sino una aprehensión completa de distintos ángulos del problema. Podría aplicarse a todo, a cualquier tipo de conducta humana. A la sociología, la psicología, la ingeniería: todas las facetas de la civilización. No más discusiones, no más peleas, sino una apreciación sincera y honesta de ideas y hechos.

¿Cien mil años en dos generaciones? Quizá no tanto.

¿Un señuelo? ¿Querían realmente los mutantes hacer partícipes a los hombres de esa filosofía? ¿A cualquier precio? Quizá un cebo que bailaba ante los ojos de los hombres mientras los mutantes, escondidos, se retorcían de risa. Los mutantes no habían recurrido a eso. Naturalmente, pues no lo necesitaban. La telepatía bastaba para sus propósitos. Seres individualistas no tenían por qué servirse de algo para entenderse, pues no les interesaba entenderse o no. Si se agrupaban y toleraban ciertos contactos era sólo para salvaguardar sus intereses. Pero nada más. Trabajaban juntos para conservar el pellejo, pero no encontraban en eso ningún placer.

¿Una oferta honesta? ¿Un cebo, un reclamo para atraer la atención del hombre hacia determinado lugar mientras en otro se preparaba una trampa? ¿Una simple broma? ¿O un regalo envenenado?

Webster sacudió la cabeza. No era posible saberlo. No había manera de entender la conducta de un mutante.

Caía la noche y una luz suave bañaba las paredes y techos del estudio. Y la luz automática y oculta crecía a medida que aumentaba la oscuridad exterior. Webster echó un vistazo por la ventana: un cuadrilátero de oscuridad, matizado por los pocos anuncios que brillaban y chispeaban en el cielo.

Webster se incorporó, movió una llave y habló con la secretaria.

—Siento haberla retenido. Perdí la noción de la hora.

—No es nada señor —dijo la mujer—. Hay alguien aquí que quiere verlo. El señor Fowler.

—¿Fowler?

—Sí, el señor de Júpiter.

—Ya sé —dijo Webster cansadamente—. Hágalo entrar.

Casi había olvidado a Fowler y sus amenazas.

Miró distraídamente el escritorio, y vio el calidoscopio. Un curioso juguete, pensó. Bonita idea. Algo simple para las mentes simples de antes. Pero el chico enloquecerá de alegría.

Alargó una mano. Alzó el calidoscopio y se lo llevó a un ojo. La luz dibujaba unas figuras de curiosos colores, una pesadilla geométrica. Hizo girar el tubo y la figura cambió. Y otra vez...

Sintió de pronto que algo le apretaba el cerebro, y el color de las figuras ardió en el interior de su cabeza como una tortura angustiosa.

El tubo cayó ruidosamente sobre el escritorio. Webster se aferró con ambas manos al borde del mueble y se incorporó con lentitud.

Y en su mente nació una idea horrible. ¡Qué juguete para un chico!

La molestia se desvaneció, y Webster volvió a sentarse, rígidamente, respirando otra vez con regularidad.

—Que raro, pensó. Qué raro que cause un efecto semejante. ¿O pudo haber sido otra cosa y no el calidoscopio? Un malestar físico. Algo del corazón quizá.

Se abrió la puerta, y Webster alzó la vista.

Fowler cruzó lentamente la habitación y se detuvo ante el escritorio.

—¿Sí, Fowler?

—Me he enfadado —dijo Fowler—, y no quería hacerlo. Usted debió haber entendido, pero no entendió. Me sentí trastornado, compréndame. Llegué de Júpiter, sintiendo que todos los años pasados en las cúpulas estaban al fin justificados, que toda la angustia que había sentido al ver salir a los hombres, estaba pagada. Traía noticias, entiéndalo, noticias que el mundo aguardaba con ansiedad. Yo creía que no podía haber nada más maravilloso. Pensaba que la gente se daría cuenta. Era como si les estuviese diciendo que el paraíso estaba al otro lado de la calle. Pues se trata de eso, Webster —Fowler apoyó las manos abiertas en el escritorio y se inclinó hacia adelante, murmurando:— Usted entiende, ¿no es cierto, Webster? Usted entiende un poco.

A Webster le temblaban las manos y las dejó caer en las rodillas, apretándolas hasta dolerle los dedos.

—Sí —susurró—. Sí, creo entender.

Pues entendía.

Entendía más allá de las palabras. Sabía de la angustia, y los anhelos, y el amargo desengaño que había detrás de las palabras. Era como si él mismo hubiese dicho esas palabras. Casi como si él fuese Fowler.

La voz de Fowler estalló alarmada:

—¿Qué pasa, Webster? ¿Qué ocurre?

Webster trató de hablar y las palabras tenían la sequedad del polvo. La garganta se le hizo un nudo de dolor.

Trató de hablar otra vez y las palabras surgieron débilmente y forzadas.

—Dígame, Fowler. Aprendió muchas cosas allá. Cosas que los hombres conocen de un modo imperfecto. Como telepatía, quizá, o...

—Sí —dijo Fowler—, muchas cosas. Pero no las traje conmigo. Cuando volví a ser hombre, fui sólo eso. Un hombre. Nada me quedó. Sólo unos pocos recuerdos borrosos y... bueno, podría decirse una nostalgia.

—¿Quiere decir que carece de las habilidades de los jovianos?

—Exactamente.

—No puede entonces hacerme entender algo que quiere que yo entienda. Hacerme sentir como usted se sentía.

—No, no puedo —dijo Fowler.

Webster alargó una mano, y empujó suavemente el calidoscopio con un dedo. El tubo rodó sobre el escritorio y se detuvo.

—¿Por qué ha vuelto? —preguntó Webster.

—Para reconciliarme con usted —dijo Fowler—. Para decirle que no estaba enfadado realmente. Se trataba sólo de una diferencia de opinión, eso es todo. Pensé que por lo menos nos despediríamos dándonos la mano.

—Ya veo. ¿Y está aún decidido a hablarle a la gente?

Fowler movió afirmativamente la cabeza.

—Es necesario, Webster. Usted tenía que entenderlo. Es para mí... como una religión. Algo en que creo. Tengo que decirles a todos que hay un mundo y una vida mejores. Tengo que mostrarles el camino.

—Un mesías —dijo Webster.

Fowler se endureció.

—Me lo temía. Burlarse no...

—No me burlaba —dijo Webster, casi con gentileza.

Recogió el calidoscopio y frotó el tubo con la palma de la mano, reflexionando. No todavía, pensó. No todavía. ¿Pretenderé que me entienda tan bien como yo lo entiendo a él?

—Escúcheme, Fowler —dijo—. Deje pasar un día o dos. Luego hablaremos.

—Ya he esperado demasiado.

—Pero quiero que piense en esto: Hace un millón de años apareció el hombre, un simple animal. Desde entonces ha ascendido escalón por escalón. Poco a poco, trabajosamente, desarrolló sus costumbres, una técnica, una filosofía. Ascendió en progresión geométrica.

Hoy es más que ayer. Mañana será más que hoy. Por primera vez en la historia humana el hombre se encamina realmente a acertar. Acaba de iniciar el camino. Adelantará mucho más en el futuro próximo que en todo el pasado.

“Quizá nuestra vida tenga poco valor comparada con la de Júpiter. Pero es la vida del hombre. Es su lucha. Es lo que ha hecho de sí mismo. Es el destino que ha forjado.

“Odio pensar, Fowler, que ahora que estamos bien encaminados vayamos a cambiar nuestro destino por uno que no conocemos, y del que no podemos estar seguros.

—Esperaré —dijo Fowler—. Sólo uno o dos días. Pero se lo advierto. No cambiaré de parecer.

—No le pido más que eso —dijo Webster. Se incorporó y extendió una mano—. ¿Amigos?

Pero mientras estrechaba aún la mano de Fowler, Webster supo ya que todo sería inútil. Con o sin la filosofía de Juwain, la humanidad iba a ajustarse las cuentas. Y sería peor, quizá, a causa de esa filosofía. Pues los mutantes no hacían inversiones vanas. Si esto era una broma, si esto era un modo de librarse de los hombres, no descuidarían ningún detalle. A la mañana siguiente hombres, mujeres y niños habrían mirado un calidoscopio. O alguna otra cosa. Nadie podía saber qué.

Observó a Fowler hasta que éste cerró la puerta. Luego cruzó la habitación y miró por la ventana. En el cielo brillaba un anuncio nuevo, que nunca había estado allí. Un anuncio muy raro que lanzaba figuras de colores a la noche. Figuras que aparecían y desaparecían como si alguien hiciese girar un calidoscopio.

Webster lo miró con los labios apretados.

Debía haberlo supuesto.

Pensó en Joe con una furia creciente. Aquella llamada había sido como un chisme susurrado al oído, un ademán cómplice para hacerle saber al hombre de qué se trataba, para hacerle saber que la meta era inaccesible, y que nada se podía hacer.

Debimos haberlos matado a todos, pensó Webster, y se sorprendió ante la calma fría de su pensamiento. Debimos librarnos de ellos como de una enfermedad peligrosa.

Pero el hombre había olvidado la violencia. Durante los últimos ciento veinticinco años nadie había luchado violentamente contra nadie.

Cuando Joe me llamó, la filosofía de Juwain estaba ahí, en el escritorio. Sólo tenía que extender la mano para tocarla, pensó Webster.

Se endureció al comprenderlo. Sólo tenía que extender la mano. ¡Y eso es lo que había hecho, justamente!

Algo más que telepatía, más que adivinación. Joe sabía que tomaría el calidoscopio. Tenía que haberlo sabido. Precognición... la capacidad de ver el futuro. Sólo una hora o dos, quizá, pero eso bastaba.

Joe, y los otros mutantes, por supuesto, habían sabido de Fowler. Con las sondas de sus mentes telepáticas podían enterarse de cualquier cosa. Pero esto era algo distinto.

Miró, a través de los vidrios, el anuncio luminoso. Miles de personas, lo sabía, estaban mirándolo. Mirándolo, y sintiendo ese impacto súbito y enfermizo.

Webster frunció el entrecejo, preguntándose de que modo absorberían los hombres aquellas figuras. Un choque psicológico contra ciertos centros cerebrales, quizá. Un sector del cerebro que no había sido hasta ahora utilizado, y que en su debido momento, en el curso de la evolución humana, debería entrar naturalmente en funciones. Una función que ahora aparecía artificialmente.

La filosofía de Juwain, ¡al fin! Algo que los hombres habían deseado durante siglos, y que ahora al fin se revelaba. Llegaba a las manos del hombre en el momento más inoportuno.

Fowler había escrito en su informe: "No puedo decirlo todo, pues no hay palabras para ciertas cosas". Todavía carecía de esas palabras, naturalmente, pero tenía algo mejor: un auditorio capaz de entender la verdad y la grandeza ocultas detrás de las palabras. Un auditorio capaz de entender algo de lo que Fowler quería decir.

Joe lo había planeado todo. Había esperado este momento. En sus manos la filosofía de Juwain había sido un arma contra la humanidad.

Pues con la ayuda de la filosofía de Juwain, el hombre iría a Júpiter. Contra toda la lógica del mundo, iría a Júpiter. Para mejor o para peor, iría a Júpiter.

La única posibilidad de triunfo había sido la incapacidad de Fowler de describir lo que había visto, decir lo que había sentido, comunicar a sus semejantes lo que pensaba. Con el simple lenguaje humano el mensaje de Fowler hubiera sido algo vago y borroso. Las gentes lo habrían aceptado, quizás, en un principio, pero luego, sacudidas en su fe, hubieran atendido a otros argumentos.

Pero ahora esa posibilidad ya no existía, pues las palabras ya no eran vagas y borrosas. La gente sabría, con tanta claridad como Fowler, cómo era Júpiter.

La gente iría a Júpiter, iniciaría otra vida.

Y el sistema solar, todo el sistema solar, con excepción de Júpiter, quedaría a merced de los mutantes, que podrían desarrollar cualquier clase de cultura... una cultura muy alejada de las normas humanas.

Webster se apartó bruscamente de la ventana, y volvió al escritorio. Abrió un cajón, buscó en su interior, y sacó algo que nunca había soñado usar... una reliquia, una pieza de museo que había guardado años antes.

Con un pañuelo frotó el metal del arma, y probó el mecanismo con dedos temblorosos.

Fowler era la clave. Si Fowler moría...

Si Fowler moría y se cerraban las estaciones de Júpiter, los mutantes serían derrotados. Los hombres retendrían la filosofía de Juwain, y su destino. La expedición a Centauri partiría a las estrellas. Los experimentos biológicos continuarían en Plutón. El hombre seguiría la ruta que se había trazado a sí mismo.

Más rápido que nunca. Con una rapidez inimaginable.

Dos fuerzas. La renuncia a la violencia... La comprensión que nacía de la filosofía de Juwain... Dos fuerzas que acelerarían la marcha del hombre, cualquiera que fuese la meta.

La renuncia a la violencia y...

Webster miró el arma que tenía en la mano y oyó algo así como un viento que rugía en su cabeza.

Dos grandes fuerzas. Y ya había decidido acabar con la primera.

Durante ciento veinticinco años ningún hombre había matado a otro. Durante mil años el asesinato no había sido factor determinante de los asuntos humanos.

Mil años de paz y una sola muerte lo destrozaría todo. Un tiro en la noche derribaría la estructura, haría retroceder al hombre a su pasado animal.

Webster mató, ¿por qué no hacer lo mismo? Al fin y al cabo hay hombres a los que habría que matar. Webster hizo lo que debía, pero no hay por qué detenerse. ¿Van a colgarlo? Deberían darle una medalla. Comencemos con los mutantes. Si no hubiese sido por ellos...

Así hablarían los hombres.

Eso, pensó Webster, es el viento que ruge en mi cabeza.

El resplandor del anuncio de raros colores se reflejaba fantásticamente en el techo y las paredes.

Fowler lo está viendo, pensó Webster. Lo está viendo, y si no, aún tengo el calidoscopio.

Lo invitaré y nos pondremos a charlar. Hablaremos.

Volvió a guardar el arma en el escritorio, y fue hacia la puerta.

Notas al sexto cuento

SI HAY DUDAS acerca del origen de los otros cuentos, no puede haberlas acerca de éste. El sexto cuento tiene las características inconfundibles de nuestras narraciones: los profundos valores emocionales y el interés por la ética comunes a todos los mitos perrunos.

Y sin embargo, lo que no deja de ser curioso, en esta historia precisamente encuentra Tige las pruebas más firmes acerca de la realidad de la raza humana. Aquí, apunta Tige, se demuestra que los perros contaban estas mismas historias junto al fuego cuando hablaban del hombre enterrado en Ginebra o los que habían ido a Júpiter. Aquí, dice, se nos narra la primera expedición de los perros a los mundos de los duendes, su primer paso hacia el desarrollo de una fraternidad animal.

Aquí también, piensa Tige, se nos muestra que el hombre era una raza que descendió por el sendero de la cultura en parte acompañado por los perros. Si el desastre de que se habla en esta historia es o no el que sufrió el hombre, es difícil saberlo, afirma Tige. Admite que la historia pudo haber sido embellecida y adornada a lo largo de los siglos. Pero aún así ella prueba, sostiene Tige, que alguna desgracia cayó sobre los hombres. Rover, quien no admite lo que Tige llama hechos evidentes, cree que el narrador da a la cultura creada por el hombre su conclusión lógica Sin grandes propósitos, sin cierta estabilidad natural, ninguna cultura puede sobrevivir, y ésta sería la moraleja del cuento.

En esta historia se describe al hombre con una rara ternura Es, a la vez, una criatura solitaria y digna de compasión, pero no desprovista, sin embargo, de cierta gloria. No deja de ser enteramente típico que al fin adopte una actitud de nobleza, ganando asila divinidad por autoinmolación.

Sin embargo, en la adoración que le manifiesta Ebenezer hay ciertos ecos perturbadores que se han convertido —entre los estudiosos de la leyenda— en fuente de disputas particularmente amargas.

Bounce, en su libro El mito del hombre, se pregunta en un momento: ¿Si el hombre hubiese tomado otro camino, hubiese llegado a alcanzar con los años la grandeza del perro?

Es una pregunta, quizá, que muchos lectores han dejado de hacerse.

Entretenimientos

EL CONEJO ESQUIVÓ un arbusto, y el perrito negro corrió tras él y se detuvo resbalando sobre las patas traseras. En el sendero había un lobo, y el cuerpo ensangrentado y retorcido del conejo le colgaba de la boca.

Ebenezer, inmóvil, jadeaba con la lengua fuera. Se sentía un poco débil y enfermo ante aquel espectáculo.

¡Había sido un conejo tan bonito!

En el sendero, detrás de Ebenezer, se oyeron unas pisadas, y Sombra apareció a un lado del arbusto.

El lobo paseó su mirada del perro al pequeño robot, y luego otra vez al perro. La luz amarilla del salvajismo se le apagó lentamente en los ojos.

—No debías haber hecho eso, lobo —dijo Ebenezer, suavemente—. El conejo sabía que no le haría daño y que todo era una broma. Pero corría derecho hacia ti y aprovechaste la ocasión.

—Es inútil que le hables —dijo Sombra torciendo la boca—. No entiende una palabra. Lo primero que hará, será comerte a ti.

—No mientras tú estés cerca —dijo Ebenezer—, y además me conoce. Recuerda el último invierno. Pertenece al rebaño que alimentamos.

El lobo se adelantó lenta y cautelosamente, paso a paso, hasta que entre él y el perro no hubo más de medio metro. Luego puso el conejo en el suelo y lo empujó hacia adelante con el hocico.

Sombra emitió un ruidito entrecortado.

—¡Te lo está ofreciendo!

—Ya sé —dijo Ebenezer con calma—. Ya te he dicho que me recuerda. Es el que tenía una oreja helada. Jenkins lo curó.

El perro dio un paso adelante, moviendo la cola, con el hocico levantado. El lobo se endureció un momento. Luego bajó la fea cabeza y aspiró por la nariz. Durante un segundo se frotaron los dos hocicos. En seguida el lobo retrocedió.

—Vámonos —urgió Sombra—. Tú camina delante y yo cubriré la retirada. Si el lobo intenta algo...

—No lo intentará —dijo Ebenezer—. Es amigo nuestro. Lo del conejo no es culpa suya. No comprende. Es su modo de vivir. Para él un conejo es sólo un trozo de carne.

De la misma manera, pensó, fue una vez para nosotros. Como fue para nosotros antes que el perro se echase por primera vez junto al hombre, al lado de un hogar. Y como aún fue después, durante un tiempo. Aún ahora, a veces...

Moviéndose lentamente, casi disculpándose, el lobo se adelantó otra vez y alzó el conejo sacudiendo la cola. No era precisamente un saludo, pero casi.

—¡Ya ves! —exclamó Ebenezer, y el lobo desapareció convirtiéndose en una mancha gris entre los árboles, una sombra que flotaba en el bosque.

—Se lo ha llevado —dijo Sombra—. El sucio...

—Pero me lo ofreció antes —dijo Ebenezer triunfalmente—. Sólo que tenía tanta hambre que no pudo resistirse. Ha hecho lo que un lobo nunca hizo. Durante un momento fue más que un animal.

—Se lleva los regalos —protestó Sombra.

Ebenezer sacudió la cabeza.

—Sintió vergüenza cuando se lo llevó. Ya viste que movía la cola. Trataba de explicarme... de explicarme que tenía hambre y lo necesitaba. Más que yo.

El perro miró las verdes bóvedas del bosque encantado, respiró el aroma de las hojas marchitas, el pesado perfume de las hepáticas, las sanguinarias, las anémonas y los árboles de la primavera temprana.

—Quizás algún día... —dijo.

—Sí, ya sé —dijo Sombra—. Quizás algún día los lobos se civilicen también. Y los conejos y las ardillas y los otros animales salvajes. Vosotros, los perros, desvariáis.

—No es desvarío —dijo Ebenezer—. Un sueño quizá. Los hombres amaban los sueños. Solían sentarse y pensar. Así aparecimos nosotros. Nos concibió un hombre llamado Webster. Nos cambió algunas cosas. Nos arregló las gargantas para que pudiésemos hablar. Nos proporcionó lentes para que pudiésemos leer. Nos...

—No sacaron mucho los hombres de todos sus sueños —dijo Sombra, malhumorado.

Eso, pensó Ebenezer, es una solemne verdad. Quedan pocos hombres. Sólo los mutantes recogidos en sus casas, haciendo no se sabe qué, y la pequeña colonia de hombres leales que aún viven en Ginebra. Los demás, ya hace mucho, se fueron a Júpiter. Se fueron a Júpiter y dejaron de ser hombres.

Lentamente, arrastrando la cola, Ebenezer dio media vuelta, y subió por el sendero.

Lástima, pensó. Era un conejo tan bonito. Corría tan bien. Y no estaba realmente asustado. Lo había perseguido muchas veces y sabía que todo era un juego.

Pero no podía acusar al lobo. Para un lobo un conejo no era algo divertido. Pues un lobo no apacentaba rebaños para proveerse de leche y carne, ni cultivaba trigo para elaborar bizcochos de perro.

—Tendría que decirle a Jenkins que te escapaste —gruñó el obstinado Sombra pisándole los talones—. Sabes muy bien que tendrías que estar escuchando.

Ebenezer no respondió. Lo que Sombra decía era cierto. En vez de perseguir conejos debería estar en casa de Webster escuchando... escuchando las cosas que le llegaban a uno... sonidos, y olores, y la conciencia de algo próximo. Como escuchar con la oreja pegada a la pared cosas que ocurren del otro lado. Pero estas cosas eran débiles, lejanas, y difíciles de oír. Y más difíciles, a veces, de comprender.

Es el animal que persiste en mí, pensó Ebenezer. El viejo rascador de pulgas, el triturador de huesos, el perro-topo que no me deja en paz, que me impulsa a perseguir conejos cuando debería estar escuchando, a correr por el bosque cuando debería estar leyendo los viejos libros que adornan las paredes del estudio.

Demasiada rapidez, se dijo. Hemos crecido con demasiada rapidez. Tuvimos que crecer con demasiada rapidez.

El hombre tardó miles de años en transformar sus gruñidos en rudimentos de lenguaje. Miles de años en descubrir el fuego, y muchos más en inventar la flecha y el arco... Miles de años en aprender a cultivar la tierra, miles de años en olvidar las cavernas y construir una casa.

Y los perros, sólo mil años después de aprender a hablar, fuimos dueños de nosotros mismos. A no ser, es decir, por Jenkins.

El bosque se hizo menos espeso, convirtiéndose en unos pocos robles retorcidos, desparramados por la colina como viejos achacosos que estuviesen paseándose fuera del sendero.

La casa se alzaba en lo alto de la colina, una apretada estructura que se había enraizado en la tierra y parecía aplastarse contra ella. Era tan vieja que tenía el color de las cosas del alrededor; las hierbas, las flores, los árboles, el cielo y el viento... Una casa construida por hombres que la habían amado tanto como a aquellas tierras, como ahora la amaban los perros. Construida y habitada y abandonada por una legendaria familia que había dejado una estela meteórica a través de los siglos. Hombres que habían prestado sus sombras a los cuentos narrados alrededor de los brillantes hogares en las noches tormentosas. Cuentos acerca de Bruce Webster y el primer perro, Nathaniel; de un hombre llamado Grant que había dado a Nathaniel un mensaje para que lo transmitiese a los cachorros; de otro hombre que había tratado de llegar a las estrellas y de un viejo que lo esperaba sentado en una silla de ruedas, en su jardín. Y otros cuentos acerca de los monstruosos mutantes que los perros habían vigilado durante años.

Y ahora el hombre había desaparecido, y la familia era solamente un nombre, y los perros se transmitían el mensaje tal como Grant se lo había pedido a Nathaniel.

Como si vosotros fueseis hombres, como si el perro fuese un hombre. Ésas eran las palabras que habían pasado de generación en generación durante diez siglos... Y al fin había llegado el momento.

Los perros habían hecho de la casa su hogar al desaparecer el último hombre, habían venido de los lugares más lejanos de la Tierra al lugar donde el primer perro había pronunciado la primera palabra y había leído la primera línea impresa. Habían venido a la casa de los Webster, donde un hombre, hacía mucho tiempo, había soñado con una civilización dual: hombres y perros caminando juntos a través de las edades.

—Hemos hecho lo que hemos podido —dijo Ebenezer casi como si estuviese hablándole a alguien—. Todavía estamos haciéndolo.

Del otro lado de la colina llegó el tintineo de un cencerro; luego un estallido de ladridos. Los cachorros estaban metiendo las vacas en el corral. Había llegado la hora de ordeñarlas.

El polvo de los siglos yacía en el interior de la bóveda, un polvo gris que no era un elemento extraño sino parte de la bóveda misma, la parte que había muerto con el paso de los siglos.

Jon Webster olió el acre aroma del polvo que se abría paso a través del olor del moho, y escuchó el zumbido del silencio como una canción que sonaba en el interior de su cabeza. Una pálida válvula de radio brillaba sobre el panel provisto de un interruptor, un volante y media docena de perillas. Temeroso de perturbar el dormido silencio, Webster se adelantó lentamente, algo angustiado por el peso del tiempo que parecía descender del techo. Extendió un dedo y tocó el interruptor, como si esperara que no estuviese allí, como si tuviera que sentir la presión del metal en su dedo para saber que estaba allí.

Y estaba allí. Y también el volante, y las perillas, y la luz allá en lo alto. Y eso era todo. No había más. En aquella pequeña bóveda desnuda no había ninguna otra cosa.

Exactamente como decía el viejo mapa.

Jon Webster sacudió la cabeza, pensando. Debía haber sabido que la bóveda estaba aquí. El mapa tenía razón. El mapa recordaba. Sólo nosotros olvidamos; olvidamos, o nunca sabemos, o no nos importa. Y comprendió que esto último era la explicación más exacta. Nunca les había importado. Aunque era posible que unos pocos conociesen la existencia de la bóveda. Sólo unos pocos. Mejor así. Que no se la hubiese usado nunca, no tenía relación alguna con el secreto. Podía haber ocurrido...

Contempló fijamente el panel. Inseguro, lentamente, extendió la mano y en seguida la volvió atrás. Mejor no, se dijo, mejor no. Pues el mapa no indicaba el propósito de la bóveda, ni el funcionamiento del interruptor.

“Defensa”, decía el mapa. Y eso era todo.

¡Defensa! Por supuesto, tenían que haber habido medios de defensa mil años atrás. Una defensa que nunca había sido necesaria, pero una defensa que tenía que existir, una defensa contra el peligro de la incertidumbre. Pues la hermandad de los pueblos era entonces algo inestable que cualquier acto o palabra podía echar abajo. Aun después de diez siglos de paz, el recuerdo de la guerra era algo vivo, una posibilidad siempre actual para las mentes del Comité, algo que había que prever, y para lo que había que estar preparado.

Webster, muy tieso y derecho, escuchó los latidos de la historia que resonaban en la habitación. La historia había seguido su curso y había concluido. Había llegado a un punto muerto, como una corriente de agua reducida de pronto al fútil remolino de unos

pocos centenares de vidas humanas. Ahora era sólo un charco donde se habían posado las luchas y hazañas de los hombres.

Volvió a extender una mano y puso la palma sobre el muro, sintiendo el frío húmedo, la aspereza del polvo contra la piel.

Los cimientos del imperio. El subsótano del imperio. La piedra fundamental de la elevada estructura que se alzaba con una fuerza orgullosa allá en la lejana superficie. Un enorme edificio que en otros tiempos había bullido con los asuntos del sistema solar. Un imperio, no en el sentido de la conquista. Un imperio de ordenadas relaciones humanas basadas en el respeto mutuo y en la comprensión tolerante.

El asiento del gobierno humano, dotado de una fácil confianza gracias al factor psicológico de una defensa adecuada y segura. Pues tenía que haber existido esa defensa. No podía ser de otro modo. Los hombres de aquellos tiempos no se arriesgaban, no dejaban de lado ninguna posibilidad. Habían sido educados en una misma escuela, y sabían cuál era el camino.

Lentamente, Webster dio media vuelta y miró las huellas que sus pies habían dejado en el polvo. En silencio, caminando con cuidado, siguió esas huellas, salió de la bóveda y cerró la puerta maciza.

Mientras subía las escaleras, pensó: Ahora puedo escribir mi historia. He reunido ya mis notas y sé cómo continuar. Será algo brillante y exhaustivo, y resultará interesante para quien lo lea.

Pero sabía que nadie lo leería. Nadie se tomaría ese trabajo.

Durante un rato, Webster se detuvo en los anchos escalones de mármol de la fachada de su casa, mirando la calle. Una calle hermosa, se dijo, la calle más hermosa de Ginebra, con sus árboles, sus cuidados macizos de flores y las aceras brillantes gracias a los cepillos y pulidoras de los incansables robots.

La calle estaba desierta, y no era raro. Aquella mañana los robots habían terminado temprano sus tareas, y había poca gente.

En la copa de algún árbol cantó un pájaro, y la canción se confundió con el sol y las flores. Era una canción de alegría que parecía querer quebrar la ardiente garganta, una canción que saltaba y corría dichosamente.

Una calle limpia, soñolienta, y una orgullosa ciudad que había perdido su sentido. Una calle que debería estar colmada de risas de niños, murmullos de enamorados, y ancianos al sol. Una ciudad, la última ciudad de la Tierra, que debería estar llena de ruidos.

Un pájaro cantaba, y un hombre, desde unos escalones, miraba los tulipanes que cabeceaban pacíficamente movidos por la brisa fragante que corría calle abajo.

Webster se volvió hacia la puerta, la abrió, y entró en la casa.

En el cuarto había silencio y solemnidad. Parecía una catedral, con sus vidrios de colores, y sus blandas alfombras. En las viejas maderas se veía la pátina del tiempo, y en la plata y los bronces se reflejaba brevemente la luz que entraba por las estrechas ventanas. Sobre la chimenea colgaba el cuadro —de gran tamaño, de apagados colores— de una casa en una colina: una casa que se había enraizado en la tierra y aplastado contra ella con garras avarientas. De la chimenea salía humo; un humo tenue, golpeado por el viento, que atravesaba un cielo gris.

Webster cruzó la habitación y sus pasos no hicieron ruido. Las alfombras, pensó, las alfombras protegen el silencio del lugar. Randall también quería reconstruir este cuarto, pero yo no lo dejé, y me alegra. Un hombre debe conservar algo viejo; algo a lo que pueda atarse; algo que sea a la vez una herencia, un legado y una promesa.

Llegó al escritorio, movió con el dedo una llave, y la luz descendió del techo. Lentamente, se sentó en una silla y tomó un cuaderno de notas. Abrió el cuaderno y se quedó mirando la página del título:

ESTUDIO SOBRE EL DESARROLLO FUNCIONAL DE LA CIUDAD DE GINEBRA

Un título hermoso. Digno y erudito. Y un gran trabajo. Veinte años de trabajo. Veinte años de investigaciones en los viejos archivos, de lectura y comparaciones, de evaluar la autoridad y las palabras de gente desaparecida. Veinte años de escudriñar y rechazar y analizar hechos, estudiando no sólo la historia de la ciudad sino también la de los hombres. Ningún héroe, ninguna leyenda, sólo hechos.

Algo crujió. No había sido el ruido de una pisada, sino un crujido, y la sensación de que había algo allí cerca. Webster se volvió en su silla. En el borde exterior del círculo de luz del escritorio, se alzaba la figura de un robot.

—Perdón, señor —dijo el robot—, no quería molestarlo. La señorita Sara le espera en la costa.

Webster se sobresaltó ligeramente.

—¿La señorita Sara? Hace mucho que no viene por aquí.

—Sí, señor —dijo el robot—. Parece casi que estuviésemos en los viejos tiempos.

—Gracias, Oscar, por haberme avisado —dijo Webster—. Saldré en seguida. Lleva algunas bebidas.

—La señorita trajo sus propias bebidas, señor —dijo Oscar—. Un regalo del señor Ballantree.

—¡Ballantree! —exclamó Webster—. Espero que no sea veneno.

—Me he fijado, señor —dijo Oscar—. La señorita las ha estado bebiendo y todavía se encuentra bien.

Webster se incorporó, cruzó la habitación y bajó al vestíbulo. Abrió una puerta y a sus oídos llegó el ruido de las aguas. Parpadeó ante la luz de las cálidas arenas que iban de horizonte a horizonte. Las aguas se extendían ante él como una llanura azul bañada por el sol y salpicada de espumas.

La arena crujió bajo los pies de Webster mientras se adelantaba ajustando sus ojos a la luz del sol.

Sara, observó, estaba sentada en una de las brillantes sillas de lona, bajo las palmeras, y a su lado había una jarra de barro con formas de mujer.

El aire tenía un aroma salino, y la brisa que venía del agua refrescaba la playa caldeada por el sol.

La mujer oyó a Webster, se incorporó, y le esperó con las manos extendidas. Webster se apresuró, tomó las manos de la mujer, y la miró a la cara.

—Ni un minuto más vieja —dijo—. Tan hermosa como cuando te conocí.

La mujer sonrió, con los ojos brillantes.

—Y tú, Jon. Unas pocas canas en las sienes. Un poco más atractivo. Eso es todo.

Webster se rió.

—Tengo casi sesenta años, Sara. La madurez se me viene encima.

—Traje algo —le dijo Sara—. Una de las últimas obras maestras de Ballantree. Te quitará treinta años.

Webster lanzó un gruñido.

—Me sorprende que Ballantree no haya matado a media Ginebra con sus bebidas.

—Ésta es realmente buena.

Lo era. Era suave y tenía un gusto raro, dulce y metálico a la vez.

Webster acercó otra silla a la de Sara, se sentó y la miró.

—Es tan hermoso este lugar —le dijo Sara—. Lo construyó Randall, ¿no?

Webster asintió.

—Se divirtió más que con un circo. Tuve que echarlo a palos. ¡Y sus robots! Están más locos que él.

—Pero hace cosas maravillosas. Le construyó una habitación marciana a Quentin que es realmente de otro mundo.

—Ya sé —dijo Webster—. Quería construirme una cámara del espacio aquí mismo. Decía que no hay sitio mejor para meditar. Se enojó conmigo porque no se lo permití.

Webster se frotó el dorso de la mano izquierda con el pulgar derecho clavando los ojos en la niebla azul que se elevaba por encima del océano. Sara se inclinó hacia adelante, tomándole el pulgar.

—Todavía tienes las verrugas —dijo.

Webster sonrió mostrando los dientes.

—Sí. Pude habérmelas sacado, pero nunca llegué a hacerlo. Demasiadas ocupaciones, quizá. Ahora ya son parte de mí.

Sara le soltó el pulgar, y Webster volvió a frotarse distraídamente las verrugas.

—Has estado ocupado —dijo la mujer—. No te he visto mucho últimamente. ¿Cómo anda el libro?

—Listo para ser escrito —dijo Webster—. Estoy esbozando los capítulos ahora. Hoy examiné lo único que me faltaba. Tenía que estar seguro. Un lugar escondido bajo el edificio de la vieja Administración Solar. Una especie de instalación defensiva. Se empuja una palanca y...

—¿Y qué?

—No sé —dijo Webster—. Algo efectivo, supongo. Podría averiguarlo, pero me falta ánimo. En estos últimos veinte años he revuelto demasiado en el polvo.

—Pareces cansado, Jon. No tienes motivos. Tendrías que pasear un poco. ¿Quieres otra copa?

Webster sacudió la cabeza.

—No, Sara, gracias. Estoy desganado. Sara... tengo miedo.

—¿Miedo?

—Este cuarto —dijo Webster—. Ilusión. Espejos que te dan una ilusión de distancia. Abanicos que se mueven sobre una capa de sal; bombas que mueven las olas. Un sol sintético, y si no me gusta el sol no tengo más que mover una llave y tendré la luna.

—Una ilusión —dijo Sara.

—Eso es —dijo Webster—. Eso es todo lo que tenemos. Ningún trabajo real. Nada que hacer. Ningún lugar a donde ir. He trabajado veinte años, escribiré un libro, y no lo leerá nadie. Sólo necesitarían, para leerlo, un poco de tiempo, pero no se lo tomarán. No les importa. Bastaría con que vinieran a verme y me pidieran un ejemplar. Yo mismo les llevaría el libro. Me alegraría tanto que alguien quisiese leerlo... Pero irá a parar a los

estantes con todos los otros libros. ¿Y qué quedará de él? Espera, te lo diré. Veinte años de trabajo, veinte años de entretenimiento, veinte años de cordura.

—Ya lo sé —dijo Sara—. Ya lo sé, Jon. Los tres últimos cuadros... Webster levantó rápidamente los ojos.

—Pero, Sara...

La mujer sacudió la cabeza.

—No, Jon. Nadie los quiso. Son anticuados. El naturalismo ha pasado de moda. Hoy se estila el impresionismo. Borrzones de color...

—Somos demasiado ricos —dijo Webster—. Tenemos demasiado. Nos dejaron todo... todo, y nada. Cuando la humanidad se fue a Júpiter, los pocos que quedaron aquí heredaron la Tierra. Y ésta era demasiado grande para ellos. No podían manejarla. Creían ser sus señores, pero eran en realidad sus esclavos. Esclavos de las cosas viejas, y angustiados por esas mismas cosas.

Sara se inclinó extendiendo una mano y tocó el brazo de Webster.

—Pobre Jon —dijo.

—No podemos escapar —dijo Webster—. Un día, alguno de nosotros tendrá que afrontar la verdad, tendrá que empezar de nuevo, desde los palotes.

—Yo...

—Sí, ¿qué pasa, Sara?

—He venido a despedirme.

—¿Despedirte?

—Voy a tomar el Sueño.

Webster se incorporó, rápidamente, horrorizado.

—¡No, Sara!

La mujer se rió, con una risa forzada.

—¿Por qué no vienes conmigo, Jon? Unos pocos siglos. Quizá al despertar todo sea diferente.

—Y sólo porque nadie quiere tus cuadros. Sólo porque...

—Por lo que has dicho. Ilusión, Jon. La conozco, la siento, y no puedo olvidarla.

—Pero el Sueño es una ilusión también.

—Ya lo sé, pero uno no sabe que es una ilusión. Te parece que es algo real. No tienes inhibiciones ni temores, salvo los que aceptas deliberadamente. Es natural, Jon... más natural que la vida. Fui al Templo y me lo explicaron todo.

—¿Y cuando te despiertas?

—Te adaptan. Te adaptan a la clase de vida, cualquiera que sea, de la época en que despiertas, cualquiera que sea. Casi como si pertenecieras a ella desde un principio. Y quizás esa vida sea mejor. ¿Quién sabe? Puede ser mejor.

—No lo será —dijo Webster, sombrío—. Y la gente que busca refugio en el Sueño no va a animarse a sí misma —Sara se hundió en su silla de lona y Webster se sintió avergonzado—. Lo siento, Sara. No me refería a ti. Ni a nadie en particular. A todos nosotros.

Las palmeras susurraban ásperamente, entrechocando sus hojas. Los charquitos de agua dejados por la marea brillaban al sol.

—No intentaré disuadirte —dijo Webster—. Lo has pensado, y sabrás lo que quieres.

Siempre le ha ocurrido lo mismo a la raza humana, pensó. Hubo un día, mil años atrás, en que un hombre pudo haber sostenido algo semejante. Pero el juwainismo terminó con todas las tontas querellas. El juwainismo terminó con muchas cosas.

—Siempre pensé —dijo Sara suavemente— que podríamos ir juntos...

Webster hizo un ademán de impaciencia.

—También eso lo hemos perdido. La raza humana lo dejó escapar. Piénsalo, hemos perdido tantas cosas. Los lazos humanos, los negocios, el trabajo, el sentido de la vida —se volvió hacia la mujer—. Si quieres regresar, Sara...

Sara sacudió la cabeza.

—No serviría, Jon. Han pasado muchos años.

Webster hizo un signo afirmativo. Era inútil discutirlo.

Sara se levantó y extendió una mano.

—Si te decides a tomar el Sueño, averigua la fecha de mi despertar. Haré que te reserven un lugar a mi lado.

—No creo que lo haga —dijo Webster.

—Muy bien. Entonces, adiós, Jon.

—Espera un segundo, Sara. No has dicho una palabra acerca de nuestro hijo. En otro tiempo lo veía a menudo, pero...

Sara se rió.

—Tom es ahora todo un hombre, Jon. Y, cosa rara... Tom...

—No lo veo desde hace mucho —dijo Webster.

—No me sorprende. Apenas viene a la ciudad. A causa de esa afición. Algo que heredó de ti, supongo. Exploraciones, en cierto modo. No sé qué otro nombre podría tener...

—Te refieres a alguna investigación nueva. Algo insólito.

—Insólito, sí; pero no una investigación. Anda por los bosques y vive por sus propios medios. Él y algunos amigos. Un saco de sal, arco y flechas... Sí, es raro —admitió Sara— pero se divierte. Asegura que está aprendiendo cosas. Y tiene buen aspecto. Como un lobo. Fuerte, delgado, y con una mirada brillante.

—Te acompañaré a la puerta —dijo Webster.

Sara sacudió la cabeza.

—No. Preferiría que no.

—Te olvidas la jarra.

—Guárdatela. No la necesito en el lugar adonde voy.

Webster se puso en la cabeza el “casco pensante” y movió el botón de la máquina de escribir.

Capítulo veintiséis, pensó, y la máquina emitió un crujido, tosió y escribió: Capítulo Veintiséis.

Durante unos instantes, Webster ordenó su mente, recordando hechos relacionados entre sí. Luego pensó otra vez. La máquina crujió, farfulló y comenzó a escribir con un tranquilo susurro:

Las máquinas siguen funcionando atendidas por los robots, como antes, y producen todo lo que antes producían. Y los robots trabajan como es su derecho, su deber y su derecho, haciendo las cosas que se les han asignado.

Las máquinas continúan funcionando, y los robots también continúan funcionando, produciendo bienestar, como si aún existiesen hombres para disfrutarlo, como si aún existiesen millones de hombres, y no sólo cinco mil.

Y los cinco mil hombres que se quedaron o que fueron dejados aquí, se encontraron de pronto dueños y señores de un mundo destinado a millones, dueños del

bienestar y los servicios públicos que sólo meses antes habían pertenecido a millones.

No hay gobierno, pero tampoco hay necesidad de gobierno, pues todos los abusos y crímenes que los gobernantes debían impedir, fueron evitados con la misma eficacia por el bienestar repentino que estos cinco mil hombres heredaron. Ningún hombre siente deseos de robar cuando puede apoderarse de lo que se le antoje sin que lo acusen de ladrón. Ningún hombre intenta privar a otro de sus bienes cuando todo el mundo es un bien al alcance de todos. La propiedad privada pasó a ser, casi de un día para otro, una frase sin sentido en un mundo donde todo sobra.

Los crímenes y la violencia fueron virtualmente eliminados hace ya mucho tiempo, y ahora que el bienestar económico ha llegado a un punto tal que la posesión de bienes materiales no puede ser causa de fricción, no hay necesidad de gobierno. No hay necesidad, realmente, de todas esas costumbres y convenciones establecidas por la sociedad humana desde su iniciación. No hay necesidad de dinero, pues el intercambio ha dejado de tener sentido en un mundo en que para tener algo basta con pedirlo. Libre de presiones económicas, el hombre se libró también de presiones sociales. No es necesario ya admitir las normas y costumbres comerciales que tuvieron tanta importancia en el mundo prejobiano.

La religión, que había estado perdiendo terreno durante siglos, ha desaparecido del todo. La unidad de la familia, sostenida por la tradición y la necesidad económica de un proveedor o protector, se ha hecho pedazos. Hombres y mujeres viven juntos si así lo desean, y se separan cuando quieren. Pues no hay razones económicas, ni sociales, para que así no lo hagan.

Webster puso su mente en blanco y la máquina resopló suavemente. Levantó las manos, se sacó el casco y releyó el último párrafo de su borrador.

Esto, pensó, es la raíz de todo. Si las familias se hubiesen mantenido unidas... Si Sara y yo hubiésemos seguido juntos...

Se frotó las verrugas del dorso de la mano, preguntándose: Me gustaría saber si Tom lleva mi apellido o el de Sara. Comúnmente suelen tomar el apellido de la madre. Yo hice lo mismo, hasta que mi madre me pidió que lo cambiara. Me dijo que complacería a mi padre: a ella le daba igual. Me dijo que estaba orgullosa del nombre de mi padre, y que yo era el único hijo de él. Ella tenía otros.

Si por lo menos hubiésemos seguidos juntos. Entonces habría algo por qué vivir. Si hubiésemos seguido juntos, Sara no tomaría el Sueño, no yacería en un tanque de fluido, en animación suspendida, con la cabeza cubierta por el "casco de los sueños".

¿Qué clase de sueños habrá elegido? ¿Qué clase de vida sintética querrá vivir? Me hubiese gustado preguntárselo, pero no me atreví. Al fin y al cabo no es una de esas cosas que uno puede preguntar.

Webster extendió la mano, recogió el casco y volvió a colocárselo en la cabeza, y puso en marcha otra vez sus pensamientos. La máquina se animó de pronto:

El hombre se sintió perdido. Pero no por mucho tiempo. El hombre trató de hacer un esfuerzo. Pero no por mucho tiempo.

Pues cinco mil hombres no bastaban para continuar el trabajo abandonado por los millones que habían ido a Júpiter a vivir una nueva vida en cuerpos mejores. Esos cinco mil carecían de la capacidad mecánica necesaria, y de sueños, y de incentivos.

Y habría que contar además con los factores psicológicos. El factor psicológico de la tradición que tanto pesaba sobre la mente de los que habían quedado en la Tierra. El factor psicológico del juwainismo, que obligaba a los hombres a ser enteramente sinceros, que los forzaba a darse cuenta de la inutilidad de sus empresas. El juwainismo no dejaba lugar para el falso coraje. Y un falso coraje que ignorase la existencia de obstáculos era lo que aquellos cinco mil hombres más necesitaban.

Lo que estaban haciendo no podía compararse con lo que se había hecho antes, y al fin comprendieron que los sueños alimentados por millones de hombres superaban las posibilidades de cinco mil.

La vida era fácil. ¿Por qué preocuparse más? Había comida, y ropas, y vivienda en abundancia, y compañía humana, e hijos y entretenimientos... Todo lo que podía desearse.

El hombre dejó de luchar. Comenzó a tratar de divertirse. Los triunfos dejaron de tener validez, y la vida se transformó en un paraíso sin sentido.

Webster volvió a sacarse el casco, extendió una mano y apagó la máquina.

Si alguien, pensó, uno solo, lo leyese alguna vez, me sentiría satisfecho. Si alguien lo leyera y entendiese. Si alguien comprendiera adónde va el hombre. Podría decirlo, por supuesto. Podría ir por las casas y decírselo a todos, uno por uno. Y me entenderían, pues el juwainismo permite entender. Pero no me prestarían atención. Lo guardarían en algún rincón de la cabeza, para uso futuro, y nunca tendrían tiempo o ganas de sacarlo a la luz.

Están haciendo esas tonterías, dedicándose a esos entretenimientos sin pies ni cabeza que reemplazan hoy al trabajo. Randall, con su rebaño de enloquecidos robots, corre de un lado a otro ofreciendo remodelar las casas de sus vecinos. Ballantree se pasa las horas imaginando nuevas mezclas alcohólicas. Sí, y Jon Webster, que investigó durante veinte años para desenterrar la historia de una sola ciudad.

Una puerta crujió débilmente y Webster se volvió. El robot entró de puntillas en el cuarto.

—Sí, ¿qué pasa, Oscar?

El robot se detuvo. Una figura pálida a la media luz del cuarto crepuscular.

—Es la hora de la cena, señor. He venido a ver...

—... qué puedes hacer —dijo Webster—. Enciende el fuego.

—En seguida, señor.

Oscar cruzó la habitación y se inclinó ante la chimenea. El fuego se reflejó en su mano.

Webster, reclinado en su silla, miró las llamas que devoraban la leña, escuchó sus primeros y débiles gruñidos, el murmullo de succión que emitía la garganta de la chimenea.

—Es hermoso, señor —dijo Oscar.

—¿A ti también te gusta?

—Mucho, de veras.

—Memoria ancestral —dijo Webster, gravemente—. Recuerdo de la forja donde naciste.

—¿Le parece, señor? —preguntó Oscar.

—No, Oscar. Bromeaba. Anacronismos, eso somos tú y yo. Poca gente usa hoy chimeneas. No las necesitan. Sin embargo, tienen algo, algo de limpio y cómodo.

Miró el cuadro sobre la chimenea, iluminado ahora por el fuego. Oscar vio su mirada.

—Siento lo de la señorita Sara, señor.

Webster sacudió la cabeza.

—No, Oscar. Ella lo quiso así. Es como apagar una vida y comenzar otra. Estará ahí, en el Templo, dormida durante años, y vivirá una nueva vida. Y la suya, Oscar, será una vida feliz. Pues ella así lo habrá planeado —recordó otros días en esta misma habitación—. La señorita Sara pintó este cuadro, Oscar. Le dedicó mucho tiempo, tratando con mucho cuidado de expresar lo que quería. Solía reírse de mí y decir que yo también estaba en el cuadro.

—No lo veo a usted, señor —dijo Oscar.

—No, no estoy. Y sin embargo quizá estoy. O parte de mí. Parte de ese lugar de donde vengo. Esa casa del cuadro, Oscar, es la mansión de los Webster en Norteamérica. Y yo soy un Webster. Pero estoy muy lejos de esa casa, muy lejos de los hombres que la construyeron.

—Norteamérica no está tan lejos, señor.

—No —dijo Webster—. No tan lejos en kilómetros. Pero lejos en otros sentidos.

Webster sintió el calor del fuego de la chimenea, que llegaba hasta él.

Lejos, demasiado lejos, y en el peor sentido.

El robot se movió suavemente, casi resbalando sobre la alfombra, y dejó la habitación.

Sara había dedicado mucho tiempo al cuadro, esforzándose por expresar lo que sentía.

¿Y qué sentía? Nunca se lo había preguntado a Sara, y ésta nunca se lo había dicho. Había pensado, recordó, que se trataba de la dirección del humo, golpeado por el viento; el modo en que la casa se apretaba contra la tierra, confundiéndose con hierbas y árboles, protegiéndose de la tormenta que amenazaba la región.

Pero podía ser otra cosa. Algún simbolismo. Algo que emparentaba la casa con los hombres que la habían edificado.

Webster se incorporó y se acercó a la tela, parándose junto al fuego con la cabeza erguida. Veía ahora los trazos de pincel, y el cuadro parecía menos un cuadro que cuando se lo miraba desde lejos. Cuestión de técnica probablemente. Los trazos del pincel y las sombras contribuían a crear la ilusión óptica.

Seguridad. Había seguridad en la forma y solidez de la casa. Había tenacidad en esa fusión con la tierra. Seriedad, terquedad, y una cierta frialdad de espíritu.

Sara había pasado días y días, sentada aquí, ante el visor que enfocaba la casa, dibujando con cuidado, pintando lentamente, a menudo observando sin hacer nada. Había visto perros y robots, pero no había querido ponerlos en la tela, pues sólo la casa le importaba. Una de las pocas casas campestres todavía en pie. Después de siglos y siglos de descuido y negligencia, las otras casas se habían derrumbado, habían dado paso a la maleza.

Pero había perros y robots en el cuadro. Un robot de gran tamaño, había dicho Sara, y muchos robots pequeños.

Webster no se había fijado... Las ocupaciones no se lo habían permitido.

Se volvió y regresó al escritorio.

Cosa rara, de veras. Perros y robots que vivían juntos. Un Webster había trabajado alguna vez con perros, tratando de que creasen una cultura propia, de que se desarrollase una civilización dual de hombres y perros.

Webster comenzó a recordar. Menudos fragmentos, recordados a medias, de leyendas que concernían a la casa de los Webster. Se hablaba de un robot llamado Jenkins que había servido a la familia desde un principio. Se hablaba de un anciano en una silla de ruedas, en su jardín, que observaba los astros esperando el regreso de un hijo que nunca había vuelto. Y de una maldición que había caído sobre la casa, una maldición por haber perdido para el mundo la filosofía de Juwain.

El visor se alzaba en un rincón del cuarto, un mueble casi olvidado, algo que apenas se usaba. No había necesidad. El mundo se había reducido a Ginebra.

Webster se incorporó, se acercó al visor, se detuvo junto a él, y pensó. Había una guía para enfocar los distintos lugares del mundo. ¿Pero dónde estaba esa guía? Seguramente en el escritorio.

Volvió al escritorio y comenzó a buscar en los cajones. Excitado ahora, escarbó furiosamente, como un perro que busca un hueso.

Jenkins, el viejo robot, se rascó la barbilla metálica con sus dedos metálicos. Era algo que acostumbraba hacer cuando se sumergía en sus pensamientos, un ademán irritante y sin sentido que procedía de su larga convivencia con la raza humana.

Volvió los ojos al perrito negro sentado en el suelo.

—Así que el lobo se mostró amable. Te ofreció un conejo.

Ebenezer se movió excitado, frotando los cuartos traseros contra el piso.

—Era uno de los que alimentamos el último invierno. La manada que se acercó a la casa y que queríamos domesticar.

—¿Reconocerías otra vez al lobo?

Ebenezer movió la cabeza afirmativamente.

—Recuerdo el olor.

Sombra golpeó con el pie en el suelo.

—Escucha, Jenkins, ¿no vas a castigarlo? Tenía que estar escuchando y se escapó. No era momento de cazar conejos.

Jenkins habló seriamente.

—Tendría que castigarte a ti, Sombra. Por tu actitud. Te hemos asignado a Ebenezer, debes ser parte de él. No eres un individuo, sino las manos de Ebenezer. Si Ebenezer tuviese manos no te necesitaría. No eres su mentor, ni su conciencia. Sólo sus manos, no lo olvides.

Sombra volvió a golpear con el pie en el suelo, rebelde.

—Me escaparé —dijo.

—Te unirás a los robots salvajes, supongo —dijo Jenkins.

Sombra hizo un signo afirmativo.

—Me recibirán con alegría. Están haciendo cosas. Necesitan toda la ayuda posible.

—Te convertirán en chatarra —le dijo Jenkins con acritud—. No tienes entrenamiento, ni ninguna habilidad especial —se volvió hacia Ebenezer—. Tenemos otros robots.

Ebenezer sacudió la cabeza.

—Sombra está muy bien. Puedo manejarlo. Nos conocemos. Me impide caer en la ociosidad; me tiene sobre ascuas.

—Magnífico —dijo Jenkins—. Entonces seguiréis juntos. Y si vuelves a cazar conejos, Ebenezer, y te encuentras otra vez con ese lobo, intenta educarlo.

Los rayos del sol poniente entraban por la ventana dando a la vieja habitación la tibieza de la tarde primaveral.

Jenkins, sentado, en silencio, escuchaba los ruidos que venían de afuera: los cencerros de las vacas, los ladridos de los cachorros, el golpe seco de un hacha que cortaba la leña.

Pobre criatura, pensó Jenkins. Corrió detrás de un conejo cuando debía estar escuchando. Demasiado lejos... demasiado rápido. Hay que vigilar eso. Hay que impedir que se derrumbe. Cuando llegue el otoño nos tomaremos una semana o dos de vacaciones y cazaremos coatíes. Les hará mucho bien.

Aunque llegará un día en que no habrá caza de coatíes, ni persecución de conejos. El día en que los perros lo hayan domesticado todo, y todas las cosas vivas piensen, hablen, y trabajen. Un sueño increíble y lejano, pero, pensó Jenkins, no más increíble y lejano que algunos sueños de los hombres.

Quizá mejor que los sueños de los hombres, pues no habrá en ellos esa crueldad y brutalidad mecánicas que la raza humana difundió por el mundo.

Una nueva civilización, un nuevo modo de pensar. Místico, quizá, y visionario. Como el del hombre en otro tiempo. Los perros sondearán los misterios que el hombre consideró fuera de época, las supersticiones sin base científica.

Cosas que aparecen en la noche. Cosas que se acercan a las casas. Los perros se incorporan y gruñen, y no hay huellas en la nieve. Y esas muertes, que los perros reciben con aullidos.

Los perros conocen muchas cosas. Las han conocido antes de poder hablar, de poder leer. Su historia no es tan antigua como la de los hombres; no son cínicos y escépticos. Creen en lo que sienten. No inventan supersticiones para satisfacer sus propios deseos, como escudos contra fenómenos invisibles.

Jenkins se volvió hacia la mesa, tomó una pluma, y se inclinó sobre el cuaderno de notas. La pluma susurró mientras escribía: "Ebenezer dice haber encontrado un lobo amable. Se

recomienda al Consejo libre a Ebenezer de sus lecciones para que se ponga en contacto con el lobo”.

Los lobos, musitó Jenkins, pueden ser buenos amigos. Serían excelentes exploradores. Mejores que los perros. Más ligeros, solapados. Podrían vigilar a los robots salvajes del otro lado del río y reemplazar a los perros. Podrían observar a los mutantes.

Jenkins sacudió la cabeza. No se puede creer a nadie en estos días. Los robots parecían tan honestos. Eran amables, venían a visitarnos de vez en cuando, y nos prestaban ayuda. Eran verdaderos vecinos, pero nunca se puede estar seguro. Y ahora están fabricando máquinas.

Los mutantes nunca molestaron a nadie, apenas se los ve. Pero también hay que vigilarlos. No se sabe qué diablura pueden preparar. Recuérdese lo que le hicieron al hombre. Esa trampa del juwainismo, que apareció para destruir la raza.

Los hombres. Eran dioses para nosotros, y se han ido. Nos dejaron librados a nuestros propios medios. Quedan unos pocos en Ginebra, es cierto, pero no es posible pedirles nada, no les interesamos.

Jenkins, envuelto en la luz de la tarde, pensó en los whiskys que había servido, en los vagabundos que había echado, en los días en que los Webster vivían y morían entre aquellos muros.

Y ahora... padre confesor de los perros. Diablillos diligentes y traviesos... que hacían lo que podían.

Una campanilla sonó débilmente. Jenkins se sentó muy quieto. Volvió a oírse el mismo sonido y una luz verde parpadeó en el televisor. Jenkins se incorporó, incrédulo, con los ojos clavados en la luz parpadeante.

¡Una llamada!

¡Una llamada después de casi mil años!

Se adelantó tambaleante, se dejó caer en la silla, y movió el interruptor con dedos temblorosos.

La pared de enfrente se disolvió y un hombre apareció del otro lado del escritorio. Detrás del hombre unas llamas iluminaban un cuarto de ventanales de colores.

—Tú eres Jenkins —dijo el hombre, y había algo en su cara que arrancó un grito a Jenkins.

—Usted... usted...

—Yo soy Jon Webster —dijo el hombre.

Jenkins se apoyó en la parte superior del televisor, muy tieso y erguido, temeroso de las emociones —tan poco propias de un robot— que bullían en su ser metálico.

—Le hubiese reconocido en cualquier parte —dijo Jenkins—. Tiene la misma mirada. He trabajado tanto para ustedes, los Webster. Serví bebidas, y...

—Sí, ya sé —dijo Webster—. Tu nombre ha venido con nosotros. No te hemos olvidado.

—¿Está usted en Ginebra, Jon? —Y en seguida Jenkins recordó:— Quiero decir, señor.

—No es necesario —dijo Webster—. Prefiero que me llames Jon. Sí, estoy en Ginebra. Pero me gustaría verte. Me pregunto si podría.

—¿Quiere decir venir aquí?

Webster movió afirmativamente la cabeza.

—Pero la casa está llena de perros, señor.

Webster sonrió mostrando los dientes.

—¿Los perros parlantes? —preguntó.

—Sí —dijo Jenkins—, y les gustaría verlo. Conocen toda la historia de la familia. Se reúnen de noche y se cuentan historias viejas... y... y...

—¿Qué te pasa, Jenkins?

—Me encantaría verle. ¡Me he sentido tan solo!

Dios había llegado.

Ebenezer se estremeció, acurrucándose en la oscuridad. Si Jenkins supiese que estoy aquí, pensó, me daría una buena paliza. Nos dijo que lo dejáramos solo, al menos por un rato.

Se arrastró en silencio y olfateó la puerta del estudio. ¡Y la puerta se abrió sin hacer el menor ruido!

Se echó en el suelo, y escuchó. No se oía nada, pero se sentía un aroma penetrante y raro que le erizó rápidamente la piel, en un éxtasis casi insoportable.

Miró rápidamente por encima del hombro, pero nada se movía. Jenkins estaba en la sala explicándoles a los perros cómo debían portarse, y Sombra estaba afuera, ocupado en algún asunto de robots.

Suave, cuidadosamente, Ebenezer empujó con el hocico, y la puerta se abrió un poco más. Otro empujón, y quedó medio abierta.

El hombre estaba sentado frente a la chimenea, en un sillón, cruzado de piernas, las manos juntas sobre el estomago.

Ebenezer se apretó todavía más contra el suelo, y dejó escapar, involuntariamente, un débil quejido.

Jon Webster se incorporó con rapidez.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

Ebenezer, helado, se apretó contra la puerta, con el corazón en la boca.

—¿Quién anda ahí? —repitió Webster, y entonces vio al perro. Cuando volvió a hablar su voz era más suave.

—Adelante, amigo. Adelante.

Ebenezer no se movió.

Webster chasqueó los dedos.

—No te haré daño. Acércate. ¿Dónde están los otros?

Ebenezer trató de levantarse, trató de arrastrarse por el piso, pero tenía los huesos como de goma, y en vez de sangre, agua. Y el hombre estaba acercándose, a grandes pasos.

Vio cómo se inclinaba hacia él, sintió unas manos fuertes bajo su cuerpo, comprendió que lo levantaban. Y el aroma que había sentido desde la puerta —el aroma todopoderoso y divino— era más fuerte aún.

Las manos lo apretaron contra el curioso tejido artificial que el hombre llevaba en vez de piel, y una voz le cantó. No eran palabras, pero tranquilizaban.

—Así que has venido a verme —dijo luego Jon Webster—. Te escapaste y has venido a verme.

Ebenezer afirmó débilmente con la cabeza.

—No está enfadado, ¿no? No se lo va a decir a Jenkins.

Webster sacudió la cabeza.

—No, no se lo diré a Jenkins.

Se sentó, y Ebenezer se tumbó en su regazo, mirándole la cara, una cara de líneas fuertes que el resplandor de las llamas hacía más profundas.

La mano de Webster se alzó y frotó la cabeza de Ebenezer, y Ebenezer se estremeció de felicidad perruna.

—Es como volver al hogar —dijo Webster, que no le hablaba al perro—. Es como haber estado lejos, mucho, mucho tiempo, y luego volver al hogar. Ha pasado tanto tiempo que apenas se lo reconoce. Ya no se acuerda uno de los muebles, ni de los dibujos del suelo. Pero uno siente que es un sitio familiar y se alegra de haber vuelto.

—Me gusta estar aquí —dijo Ebenezer, refiriéndose al regazo de Webster; pero el hombre no lo entendió.

—Claro, es natural —dijo—. La casa es tan tuya como mía. Es más tuya, en realidad, pues te quedaste aquí y la cuidaste, y en cambio yo la había olvidado —acarició la cabeza de Ebenezer y le tiró de las orejas—. ¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Ebenezer.

—¿Y qué haces tú, Ebenezer?

—Escucho.

—¿Escuchas?

—Sí, ése es mi trabajo. Escucho a los duendes.

—¿Y los oyes?

—A veces. No sirvo mucho para eso. Me distraigo pensando en los conejos y no presto atención.

—¿Y qué hacen los duendes?

—Muchas cosas. A veces se pasean, y otras tropiezan unos con otros. Y de vez en cuando hablan. Pero casi siempre piensan.

—Óyeme, Ebenezer, no sé cómo ubicar a esos duendes.

—No viven en ninguna parte. Por lo menos no en esta tierra.

—No entiendo.

—Es como el interior de una casa muy grande —dijo Ebenezer—, con muchos cuartos. Y puertas entre los cuartos. Y si uno está en un cuarto, puede oír lo que pasa en los otros, pero no entrar en ellos.

—Cómo no vas a poder —dijo Webster—. Basta con que abras la puerta.

—Pero no se puede abrir la puerta —dijo Ebenezer—. Ni siquiera se sabe dónde está. Se piensa que el cuarto donde uno se halla es el único cuarto de la casa, y aunque se sepa dónde está la puerta, no se la puede abrir.

—Estás hablando de dimensiones.

Ebenezer frunció el entrecejo, preocupado.

—No conozco esa palabra, dimensiones. He repetido lo que nos dice Jenkins. Nos dice que no es realmente una casa, y que no hay realmente cuartos, y que las cosas que oímos no son quizá como nosotros.

Jon asintió con un movimiento de cabeza. Así había que hacerlo. Había que facilitarles el camino. Ir despacio. No confundirlos con palabras difíciles. Darles primero la idea, y luego la terminología más científica y exacta. Además había que inventar términos nuevos. Por ahora serviría esa palabra: duendes, las cosas del otro lado de la pared que uno oye y no puede identificar: los ocupantes del cuarto de al lado.

Duendes.

Te llevarán los duendes si no prestas atención.

Así dirían los hombres. No entiendes nada. No ves nada. No experimentas nada. Muy bien, no está ahí. No existe. Es un fantasma, un aparecido, un duende.

Te llevarán los duendes si...

Es más simple así, más cómodo. ¿Miedo? Naturalmente, pero a la luz uno se olvida. Y no te acosa, ni te persigue. Conviértelo en una idea difícil, y desearás no pensar más. Conviértelo en un fantasma, un duende, y te pondrás a reír... a la luz del día.

Una lengua caliente y húmeda acarició la mejilla de Webster, y Ebenezer se retorció de placer.

—Me gusta usted —dijo Ebenezer—. Jenkins nunca me tiene así. Nadie me ha tenido así, nunca.

—Jenkins tiene mucho trabajo —dijo Webster.

—Ya lo sé —convino Ebenezer—. Escribe cosas en un cuaderno. Cosas que oímos los perros cuando escuchamos a los duendes, y cosas que debemos hacer.

—¿Has oído hablar de los Webster? —preguntó el hombre.

—Claro. Los conocemos muy bien. Usted es un Webster. Creíamos que no había más Webster.

—Sí, hay más —dijo Webster—. Ha habido uno aquí todo el tiempo. Jenkins es un Webster.

—Nunca nos lo dijo.

—No ha querido.

El fuego había disminuido, y la habitación estaba ahora en sombras. Las llamas se reflejaban débilmente en los muros y el techo.

Y había otra cosa. Unos suaves susurros, unos suaves murmullos, como si las mismas paredes estuviesen hablando. Una casa muy vieja con viejos recuerdos y mucha vida almacenada en sus paredes. Dos mil años de vida. Había sido construida para durar y había durado. Había sido construida para ser un hogar, y lo era aún: un sitio sólido que lo abrazaba a uno y lo apretaba cálida, posesivamente.

Webster oyó en el interior de su cabeza unas pisadas, unas pisadas que venían de muy lejos, pisadas que habían sido silenciadas para siempre siglos atrás. Las pisadas de los Webster. De los que le habían precedido, los que Jenkins había atendido el día de su cumpleaños, y el día de su muerte.

Historia. Había historia aquí. Historia que se agitaba en las cortinas, y que se arrastraba por el suelo y se acurrucaba en los rincones, y observaba desde los muros. Historia viva que un hombre podía sentir en los huesos y en las espaldas. El impacto de ojos muertos hacía mucho y que volvían de la noche.

Otro Webster, ¿eh? No nos gusta mucho. Un inútil. La decadencia de la sangre. No éramos así en nuestros días. Y éste es el último.

Jon Webster se agitó.

—No, no el último —dijo—. Tengo un hijo.

Bueno, eso casi ni importa. Dice que tiene un hijo. Pero no puede llegar a mucho.

Webster se puso de pie. Ebenezer cayó al suelo.

—No es cierto —exclamó Webster—. Mi hijo...

Y volvió a sentarse.

Su hijo en los bosques, con arco y flechas, jugaba, se divertía.

Un entretenimiento. Sara lo había dicho antes de subir a la colina para soñar durante doscientos años.

Un entretenimiento. No un trabajo. No un modo de vivir. No una necesidad.

Un entretenimiento.

Algo artificial. Algo que no tenía principio ni fin. Algo que podía abandonarse en cualquier momento, sin que nadie se diese cuenta.

Como preparar recetas de bebidas.

Como pintar cuadros para nadie.

Como pasearse con una tropa de robots y rogar a la gente que permita que le remodelen la casa.

Como escribir una historia que no le interesaba a nadie.

Como jugar a los indios, o a los hombres prehistóricos, o al colonizador con arcos y flechas.

Como soñar durante doscientos años para huir de una vida monótona y sin sueños.

El hombre sentado en la silla miraba la nada que se extendía ante sus ojos, la nada terrible y horrorosa que era el futuro.

Distraído, juntó las manos, y con el pulgar derecho comenzó a frotarse el dorso de la mano izquierda.

Ebenezer salió de las sombras matizadas por la luz del fuego, puso las patas en las rodillas del hombre y lo miró a la cara.

—¿Se lastimó la mano?

—¿Eh?

—¿Se lastimó la mano? Se la frota.

Webster rió brevemente.

—No. Son las verrugas.

Se las mostró al perro.

—¡Zas! ¡Verrugas! —le dijo Ebenezer—. No las quiere, ¿no es cierto?

—No —Webster titubeó—. No. Creo que no. Nunca me decidí a quitármelas.

Ebenezer pasó el hocico por el dorso de la mano de Webster.

—Ya está —anunció triunfalmente.

—¿Ya está qué?

—Mire las verrugas —invitó Ebenezer.

Un leño cayó en el fuego y Webster alzó la mano mirándosela a la luz.

Las verrugas habían desaparecido. La piel era lisa y suave.

Jenkins, de pie en la oscuridad, escuchaba el silencio, el suave y adormilado silencio que abandonaba la casa a las sombras, las pisadas olvidadas, las frases pronunciadas hacía ya mucho tiempo, las lenguas que murmuraban en las paredes y susurraban en las cortinas.

Con sólo quererlo, la noche hubiese sido semejante al día. Habría bastado con ajustar los lentes, pero el viejo robot no alteró sus ojos. Lo prefería así. Ésta era la hora de la meditación, del tiempo atesorado, cuando el presente se desvanecía y el pasado volvía a animarse.

Los otros dormían, pero Jenkins no. Pues los robots nunca dormían. Dos mil años de conciencia. Veinte siglos ininterrumpidos sin un solo momento de distracción.

Mucho tiempo, pensó Jenkins. Mucho tiempo aun para un robot. Pues cuando el hombre se fue a Júpiter la mayoría de los viejos robots fueron destruidos, fueron enviados a la muerte en beneficio de los modelos más nuevos. Los modelos más nuevos, más parecidos al hombre, de superficie más lisa, y más livianos, con un mejor lenguaje, y respuestas más rápidas.

Pero Jenkins había seguido funcionando, pues era un sirviente viejo y fiel, y la casa de los Webster no hubiese sido un hogar sin su presencia.

—Me querían —se dijo Jenkins. Y esas dos palabras lo calmaron profundamente. Era aquél un mundo donde había poca calma, un mundo donde un sirviente se había convertido en señor, y deseaba ser sirviente otra vez.

De pie, junto a la ventana, miró al otro lado del patio los grupos de robles, oscurecidos por la noche, que ocupaban la falda de la colina. Oscuridad. No había luces. En otro tiempo siempre había alguna luz. Ventanas que brillaban como faros amistosos en las tierras que se extendían más allá del río.

Pero el hombre se había ido, y no había más luces. Los robots no las necesitaban, pues podían ver en la oscuridad, como Jenkins ahora si lo hubiese deseado. Y los castillos de los mutantes eran tan oscuros de noche como temibles durante el día.

Ahora el hombre había vuelto. Un hombre. Había vuelto, pero probablemente se iría otra vez. Había dormido unas pocas noches en el dormitorio principal del segundo piso, y pronto volvería a Ginebra. Había paseado por las viejas y olvidadas hectáreas del otro lado del río y había rumiado los libros que cubrían las paredes del estudio. Y pronto volvería a irse.

Jenkins dio media vuelta. Tengo que ver cómo está. Tengo que averiguar si necesita algo. Quizá quiera una bebida, aunque temo que el whisky esté estropeado. Mil años son muchos para una botella de whisky.

El robot cruzó la habitación y una cálida paz descendió sobre él, la paz íntima de los viejos tiempos, cuando corría, feliz como un cachorro, a cumplir con sus deberes.

Mientras iba hacia la escalera canturreó, en una clave menor, una canción.

Miraría, y si Jon Webster estaba dormido, se iría en seguida, pero si no lo estaba, preguntaría entonces: “¿Está cómodo, señor? ¿Desea algo? ¿Un chocolate caliente, quizá?”.

Jenkins subió los escalones de dos en dos.

Estaba trabajando otra vez para los Webster.

Jon Webster se había metido en la cama, con las almohadas apiladas en la cabecera. La cama era dura e incómoda, y el cuarto poco ventilado y sofocante, muy distinto de su dormitorio de la ciudad. Allí uno se acostaba en la orilla cubierta de hierbas de un arroyo susurrante, y veía las estrellas artificiales que brillaban en el cielo artificial. Y respiraba el aroma artificial de las lilas artificiales, flores de vida más larga que la del hombre. Aquí no murmuraba ninguna cascada oculta, ni brillaban las luciérnagas: sólo una cama y un cuarto funcionales.

Webster puso las manos abiertas sobre sus piernas, cubiertas por la manta, y flexionó los dedos, meditando.

Ebenezer había rozado apenas las verrugas, y éstas habían desaparecido. Y no había sido casualidad, sino algo intencional. No había sido un milagro, sino obra de un poder consciente. Pues los milagros a veces no se producen, y Ebenezer no había dudado un momento.

Un poder, quizá, que provenía del “cuarto de al lado”. Un poder que había sido robado a los “duendes”.

Imposición de las manos, poder de curación que no implicaba drogas, ni operaciones quirúrgicas, sino un cierto conocimiento, un conocimiento muy especial.

En las edades oscuras algunos hombres habían afirmado que podían curar las verrugas, comprándolas por unas monedas o cambiándolas por alguna otra cosa. O recitando fórmulas mágicas. Y a su debido tiempo, a veces, las verrugas desaparecían.

¿Estos hombres habían escuchado también a los duendes?

La puerta crujió un poco y Webster se incorporó con rapidez.

Una voz surgió de la oscuridad.

—¿Está usted cómodo, señor? ¿Desea algo?

—¿Jenkins? —dijo Webster.

—Sí, señor —respondió Jenkins.

La forma oscura entró silenciosamente.

—Sí, deseo algo —dijo Webster—. Hablar contigo —miró la figura negra y metálica que se alzaba a un lado de la cama—. Acerca de los perros —añadió.

—Trabajan tanto —dijo Jenkins—. Y les resulta difícil. Pues verá usted, no tienen a nadie. Ni un alma.

—Te tienen a ti.

Jenkins sacudió la cabeza.

—Pero yo no basto. Soy sólo... bueno, una especie de mentor. Y ellos necesitan hombres. La necesidad de hombres no ha cambiado en ellos. Durante miles de años hombres y perros vivieron juntos protegiéndose contra enemigos comunes. El perro vigilaba mientras el hombre dormía, y el hombre dividía su último trozo de pan, quedándose con hambre, para que el perro comiese.

Webster movió afirmativamente la cabeza.

—Sí, supongo que era así.

—Hablan del hombre todas las noches —dijo Jenkins—, antes de irse a la cama. Se reúnen, y uno de los más viejos cuenta alguna historia que ha pasado de boca en boca. Y los perros escuchan inmóviles con curiosidad y esperanza.

—¿Pero adónde van? ¿Qué quieren? ¿Cuáles son sus proyectos?

—Conozco uno —dijo Jenkins—. Al menos lo que puede ser la débil chispa de un mañana. Son psíquicos. Siempre lo han sido. No tienen talento para la mecánica, lo que es comprensible, pues carecen de manos. Así como los hombres fueron a la conquista de los metales, los perros irán a la conquista de los fantasmas.

—¿Los fantasmas?

—Lo que ustedes llaman fantasmas. Pero no son fantasmas. Estoy seguro. Hay algo en el cuarto de al lado. Alguna forma de vida, en otra dimensión.

—¿Quieres decir que puede haber varios planos de vida que coexisten simultáneamente en la Tierra?

—Empiezo a creerlo, señor. Tengo un cuaderno lleno de notas acerca de las cosas que han visto y oído los perros. Y hoy, después de tantos años, comienzan a tener sentido... Puedo equivocarme, señor. Ya sabe usted que no estoy preparado para esto. No he sido más que un sirviente. Otro robot me ayuda a fabricar los robots pequeños para los perros,

y ahora éstos producen a sus semejantes en las fábricas cuando se necesitan algunos más.

—Pero, ¿y los perros? Escuchan, y eso es todo.

—Oh no, señor. Hacen muchas cosas. Tratan de entablar amistad con los animales y vigilan a los robots salvajes y a los mutantes...

—¿Los robots salvajes? ¿Hay muchos?

Jenkins afirmó con la cabeza.

—Muchos, señor. Desparramados por todo el mundo, en campamentos. Son los que quedaron en la Tierra. Los que no tenían utilidad en Júpiter. Se han juntado y trabajan...

—Trabajan. ¿En qué?

—No lo sé, señor. Ante todo construyen máquinas. Me pregunto qué harán con todas las máquinas que tienen. En qué piensan usarlas.

—Lo mismo digo —comentó Webster.

Y con los ojos clavados en la oscuridad, pensó. Pensó en cómo los hombres, agrupados en Ginebra, habían perdido todo contacto con el mundo. Cómo no sabían nada de los perros, ni de los campamentos de robots, ni de los refugios de los temidos y odiados mutantes.

Perdimos todo contacto, pensó. Nos encerramos con llave y dejamos el mundo fuera. Nos hicimos una cuevita y nos metimos dentro... en la última ciudad del mundo. Y no sabíamos qué ocurría fuera de la ciudad. Pudimos haberlo sabido, debimos haberlo sabido, pero no nos preocupamos.

Es hora de que volvamos a intervenir.

Nos sentíamos angustiados y perdidos. Al principio intentamos hacer un esfuerzo, pero luego abandonamos.

Los pocos que habían quedado comprendieron por primera vez la grandeza de la raza; por primera vez vieron las obras realizadas por el hombre. Y trataron de continuarlas, y no pudieron, y racionalizaron. Como suele hacer el hombre con casi todas las cosas. Se engañaron a sí mismos diciéndose que los fantasmas no existían, dando a las cosas que se aparecían de noche el nombre más suave e inexpresivo que les vino a la cabeza.

No pudimos continuar las obras de los hombres, y racionalizamos. Buscamos refugio detrás de una pantalla de palabras, y el juwainismo nos ayudó. No nos faltó mucho para que adorásemos a nuestros antecesores. Queríamos glorificar a la raza humana. No podíamos continuar la obra del hombre, e intentamos entonces glorificarla, intentamos entronizar a su autor. Y lo mismo hicimos con todas las otras cosas que iban muriendo.

Nos convertimos en una raza de historiadores. Excavamos con dedos agusanados las ruinas de la raza, llevándonos al pecho, como si se tratara de una preciosa joya, el hecho más insignificante. Y ésta fue la primera parte, el entretenimiento que acabó por aburrirnos cuando comprendimos qué éramos realmente: las heces en la copa vacía de la humanidad.

Pero nos sobrepusimos. Oh, sí, nos sobrepusimos. Bastó una generación. El hombre es una criatura adaptable. ¿De modo que no podíamos construir naves del espacio? ¿De modo que no podíamos ir a las estrellas? ¿Ni resolver el enigma de la vida? ¿Y eso qué?

Éramos los herederos, teníamos un legado. Ninguna raza podía compararse a la nuestra, ni por lo que había sido, ni por lo que podía ser. Así que racionalizamos una vez más y olvidamos la gloria de la raza; pues aunque espléndida, era también pesada y humillante.

—Jenkins —dijo Webster muy serio—. Hemos malgastado diez siglos.

—No malgastado, señor —dijo Jenkins—. Ha sido un descanso, quizá. Pero ahora pueden ponerse en camino otra vez. Pueden volver a nosotros.

—¿Vosotros nos queréis?

—Los perros los necesitan —dijo Jenkins—. Y también los robots. Pues ambos no fueron nunca sino los sirvientes del hombre. Están perdidos sin vosotros. Los perros están levantando una civilización, es cierto, pero con demasiada lentitud.

—Quizá resulte una civilización mejor que la nuestra —dijo Webster—. Una civilización más eficaz. La nuestra no lo fue.

—Una civilización más bondadosa —admitió Jenkins—, pero no muy práctica. Una civilización basada en la fraternidad de los animales, en el entendimiento psíquico, y quizá en una eventual comunicación por medio de palabras. Una civilización de la mente y la inteligencia, pero no muy positiva. Sin metas reales, con una técnica limitada. Sólo una búsqueda de la verdad, y la búsqueda de la verdad nunca ha interesado mucho al hombre.

—¿Y crees que el hombre podría ayudar?

—Podría dirigirnos.

—¿Lo haría bien?

—Es difícil saberlo.

Webster, acostado en la oscuridad, se frotó las manos, de pronto sudorosas, en las mantas que le cubrían el cuerpo.

—Dime la verdad —dijo, y su voz era sombría—. El hombre podría dirigiros como tú dices. Pero el hombre podría intentar imponerse otra vez. Podría rechazar las cosas que hacen los perros como poco prácticas. Podría reunir a los robots y utilizar sus habilidades

mecánicas para volver al pasado. Tanto los perros como los robots tendrían que arrodillarse ante el hombre.

—Claro —dijo Jenkins—. Ya fueron sirvientes una vez. Pero el hombre es sabio. El hombre conoce mejor las cosas.

—Gracias, Jenkins —dijo Webster—. Muchas gracias.

Cerró los ojos, y la verdad estaba escrita allí en la oscuridad.

Las huellas de sus pies se veían todavía en el piso, y el olor del polvo llenaba el aire. La lámpara de radio brillaba sobre el panel; y el interruptor, el volante y las perillas estaban esperando, esperando que no llegase el día en que se los necesitara.

Webster se detuvo en el umbral, percibiendo en la amarga sequedad del aire, la humedad de la piedra.

Defensa, pensó mirando el interruptor. Algo para apartarnos, un dispositivo para sellar un lugar contra todas las armas, imaginarias o reales, que pueda traer un enemigo hipotético.

E, indudablemente, la defensa que deja al enemigo afuera, dejará al defensor adentro. No necesariamente, claro, pero...

Cruzó el cuarto, se detuvo ante el interruptor, y extendió la mano, y lo tomó. Comenzó a moverlo, lentamente, y supo que funcionaría.

En seguida movió el brazo, con rapidez, y conectó el interruptor. De allá abajo, muy lejos, vino un zumbido grave: las máquinas se ponían en marcha. Las agujas del panel oscilaron.

Webster tocó el volante con dedos temblorosos, lo hizo girar, y las agujas oscilaron de nuevo en sus cajas de vidrio. Con mano rápida y segura movió el volante y las agujas chocaron con sus topes.

Se volvió, rápidamente, salió de la bóveda, cerró la puerta y subió por los gastados escalones.

Si por lo menos funcionase, pensó. Si por lo menos funcionase.

Subió con mayor rapidez y la sangre le golpeó en las sienes.

Si por lo menos funcionase...

Recordó el zumbido de las máquinas, allá abajo, al mover el interruptor. Eso significaba que el mecanismo defensivo, o por lo menos parte del mecanismo, se conservaba en buen estado.

Pero aunque así fuera, ¿serviría de verdad? ¿Qué ocurriría si dejaba fuera al enemigo, pero no encerraba a los hombres?

Qué ocurriría si...

Cuando llegó a la calle, vio que el cielo había cambiado. Una superficie gris y metálica ocultaba el sol. En la ciudad reinaba una luz crepuscular, matizada por las lámparas automáticas de la calle. Una débil brisa le acarició la cara.

Las cenizas grises y frágiles del mapa y los cuadernos de notas descansaban aún en la chimenea. Webster atravesó el cuarto, tomó el atizador y removió las cenizas hasta que ya no se pudo saber que habían estado allí.

Desaparecidas, pensó. El último indicio ha desaparecido. Sin el mapa, sin los conocimientos que le habían llevado veinte años de vida, nadie podría encontrar el cuarto secreto con el interruptor, el panel y las perillas bajo la lámpara de radio.

Nadie sabría exactamente qué había ocurrido. Y aun cuando alguien lo sospechase, nadie podría estar seguro. Y aunque alguien estuviese seguro, nada podría hacer.

Mil años antes no habría ocurrido así. Pues en aquellos días le bastaba al hombre un mínimo indicio para ponerse a resolver cualquier problema.

Pero el hombre había cambiado. Había perdido sus viejos conocimientos y sus viejas habilidades. Su mente se había convertido en una cosa flácida. Pero conservaba, en cambio, sus viejos vicios; los vicios que se habían convertido en virtudes —desde su propio punto de vista—, y con los que había creído elevarse a sí mismo. Conservaba aún la inmovible creencia de que su especie y su vida eran las únicas que importaban... el egoísmo y la presunción con que se había designado a sí mismo rey de la creación.

Unos pasos apresurados sonaron en la calle, fuera de la casa, y Webster, de pie ante la chimenea, se volvió y miró los paneles opacos de las ventanas altas y estrechas.

Los he sacado a la calle, pensó. Los he hecho correr. Se preguntan qué pasa. Están excitados. Durante siglos no salieron de la ciudad, y ahora que no pueden salir, están rabiosos.

Su sonrisa se hizo más amplia.

Y si consiguieran salir... bueno, estarían en todo su derecho. Si consiguieran salir habrían ganado el derecho de dominar otra vez el mundo.

Cruzó la habitación y se detuvo unos instantes en la puerta, mirando el cuadro sobre la chimenea. Torpemente, alzó una mano, como en un desmañado saludo, un trasnochado adiós. Luego salió a la calle y se dirigió a la colina por el camino que Sara había recorrido unos días antes.

Los robots del Templo eran amables y considerados, dignos y de suave andar. Lo llevaron al lugar donde yacía Sara, y le mostraron la cámara próxima que la mujer había reservado para él.

—Querrá escoger un sueño —dijo el secretario de los robots—. Tenemos muchas muestras. Podríamos mezclar varios a su gusto. Podríamos...

—Gracias —dijo Webster—, no quiero sueños.

El robot movió afirmativamente la cabeza, comprendiendo.

—Entiendo, señor. Sólo quiere esperar, que el tiempo pase.

—Sí —dijo Webster—. Algo parecido.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Cuánto?

—Sí. ¿Cuánto tiempo quiere esperar?

—Oh —dijo Webster—. Ya veo. ¿Qué le parece para siempre?

—¡Para siempre!

—Sí, creo que se dice así —dijo Webster—. Pude haber dicho una eternidad, pero no cambiaría mucho. No vamos a discutir por unas palabras que significan lo mismo.

—Como usted quiera, señor —dijo el robot.

No había por qué discutir. No, naturalmente que no. Pero no quería correr riesgos. Podía haber dicho mil años; pero entonces, al despertar, quizá se arrepintiese y bajase a la bóveda a mover el interruptor.

Y eso no debía ocurrir. Los perros tenían que tener su posibilidad. Tenían que vivir tranquilos e intentar el éxito allí donde el hombre no lo había logrado. Y mientras hubiese un elemento humano los perros no podrían tener éxito. Pues el hombre querría volver a dominarlo todo, estropearía las cosas, se reiría de los duendes que hablaban en el otro cuarto, objetaría que se domase y civilizase a todos los animales.

Normas nuevas, un nuevo modo de pensar y vivir, una nueva aproximación a los problemas sociales. Y no había que manchar todo eso con el pesado aliento del hombre.

Los perros se reunirían en las noches, después del trabajo, y hablarían del hombre. Contarían, una y otra vez, las viejísimas historias, y el hombre sería un dios.

Y así sería mejor.

Pues un dios no puede obrar mal.

Notas al séptimo cuento

HACE VARIOS AÑOS salió a la luz un viejo texto literario. En un tiempo, aparentemente, tuvo una mayor extensión, y aunque sólo una parte ha llegado hasta nosotros, los pocos cuentos que en él figuran bastan para indicar que se trataba de una colección de fábulas que concernían a los diversos miembros de la confraternidad animal. Los cuentos son muy antiguos y sus puntos de vista y su técnica narrativa parecen hoy singularmente extraños. Algunos de los eruditos que han estudiado este fragmento opinan, con Tige, que muy bien puede ser de origen no perruno.

El título general de los cuentos es Esopo. El título de esta historia es también Esopo, y tanto el uno como la otra parecen haber llegado intactos hasta nosotros desde la más remota antigüedad.

¿Qué significa esto?, se preguntan los eruditos. Tige, como es natural, cree que Esopo añade un nuevo eslabón a su teoría de que la leyenda es de origen humano. La mayor parte de los otros eruditos no está de acuerdo, pero no han dado hasta ahora una explicación más satisfactoria.

Tige señala, además, que el séptimo cuento prueba que si no hay evidencia histórica de la existencia del hombre, ello se debe a que este ser fue deliberadamente olvidado, borrado de la memoria de los perros para asegurar la continuidad de la cultura canina en sus formas más puras.

En la historia, los perros han olvidado al hombre. En los pocos miembros de la raza humana que aún viven entre ellos no reconocen al hombre y llaman a esas raras criaturas con el viejo apellido Webster. Pero este nombre propio, Webster, ha pasado a ser un sustantivo común. Los perros se refieren a los hombres como websters mientras que para Jenkins el nombre tiene una W mayúscula.

¿Qué es un hombre? —preguntó el lobo; y el oso, cuando trató de explicarlo, no pudo.

Jenkins dice, en el cuento, que los perros no deben recordar al hombre. Y nos indica las medidas que tomó para que olvidáramos.

Las viejas historias contadas junto al fuego, ya no existen, dice Jenkins. Y Tige ve aquí un intento deliberado de que olvidemos (quizá no tan altruistamente como Jenkins supone) para salvar la dignidad perruna. Las historias han desaparecido, dice Jenkins, y no deben volver. Pero parece que no desaparecieron. En alguna parte, en algún lejano rincón del mundo, siguieron contándose, y por ese motivo llegaron a nosotros.

Pero si los cuentos persistían, el hombre, en cambio, había desaparecido, o casi. Había aún robots salvajes; pero hasta ellos, si fueron más que pura imaginación, ya no existen hoy. Los mutantes han desaparecido también y forman una sola pieza con el hombre. Si el hombre existió, también existieron los mutantes.

Todas las controversias que giran alrededor de estos cuentos pueden ser reducidas a una única pregunta: ¿Existe el hombre? Si al leer estas historias el lector no sabe qué pensar, está en buena compañía. Pues los mismos expertos y eruditos que se pasaron la vida estudiando la leyenda tampoco saben qué pensar.

ESOPO

LA SOMBRA GRIS se escurrió a lo largo del borde de piedra, encaminándose a su guarida, lloriqueando por el fracaso y la amarga desilusión... pues las Palabras habían fallado.

El sol sesgado del atardecer dibujó una cara, una cabeza y un cuerpo indistintos y lóbregos, como la niebla matinal que se levanta de un abismo.

El sendero se interrumpió de pronto, y la sombra se detuvo, sorprendida, recostándose contra el muro de piedra. Pues la guarida había desaparecido. ¡El sendero se interrumpía antes de llegar a la guarida!

Dio media vuelta, como un látigo restallante, y miró por encima del valle. El río había cambiado. Corría más cerca de los riscos que anteriormente. Había un nido de golondrinas en la pared de piedra, donde nunca había habido uno.

La sombra se endureció, y sobre sus orejas se alzaron unos tentáculos que examinaron el aire.

¡Había vida! El olor de la vida flotaba débilmente en aquella atmósfera; de las hondonadas venía una sensación de vida.

La sombra se movió, enderezándose, y se arrastró a lo largo del camino de piedra.

La guarida había desaparecido, y el río era distinto, y había un nido de golondrinas en la roca.

La sombra se estremeció, babeando mentalmente.

Las Palabras habían resultado exactas, no habían fallado. Éste era un mundo distinto.

Un mundo distinto, de muy diversos modos. Un mundo tan pleno de vida que ésta zumbaba en el aire. Vida quizá que no podía correr muy rápidamente, ni esconderse con mucha eficacia.

El lobo y el oso se encontraron bajo el roble gigantesco y se pusieron a charlar.

—He oído —dijo el lobo— que siguen las muertes.

El oso lanzó un gruñido.

—Unas muertes muy raras, hermano. Muertes que no dan de comer.

—Muertes simbólicas —dijo el lobo.

El oso sacudió la cabeza.

—No hay muertes simbólicas. Esta nueva psicología que enseñan los perros exagera un poco. Cuando se mata a alguien, es por hambre o por odio. No me verás matar a alguien que no voy a comer —se apresuró a aclarar sus palabras:— No es que mate a alguien. Lo sabes bien, hermano.

—Claro que no —dijo el lobo.

El oso cerró los ojitos, los abrió y parpadeó.

—Es cierto que de vez en cuando doy vuelta a una piedra y lamo una hormiga o dos.

—No creo que los perros llamen a eso matar —dijo el lobo gravemente—. Los insectos no son lo mismo que los animales y los pájaros. Nadie nos dijo nunca que no matáramos insectos.

—En eso te equivocas —dijo el oso—. Los Cánones lo dicen muy claramente. No debes destruir la vida. No debes privar a nadie de la vida.

—Sí, imagino que así será —admitió el lobo santurrónamente—. Imagino que en eso tienes razón. Pero los perros tampoco hacen muchos remilgos con los insectos. Pues sabrás que están tratando de obtener un polvo mejor contra las pulgas. ¿Y para qué sirve un polvo contra las pulgas, pregunto? Pues para matar pulgas. Para eso. Y las pulgas son vida. Las pulgas son seres vivos.

El oso lanzó un manotazo a una mosquita verde que le pasó zumbando por la nariz.

—Voy a bajar al puesto de comidas —dijo el lobo—. Quizá quieras venir conmigo.

—No tengo hambre —dijo el oso—. Y además es demasiado temprano. No es hora todavía de comer.

El lobo se pasó la lengua por el hocico.

—A veces caigo por allí como casualmente y el webster encargado del puesto me da algo extra.

—Está estudiándote —dijo el oso—. No te va a dar más comida por nada. Se trae algo escondido. No confío en los websters.

—Éste es bueno —declaró el lobo—. Se encarga del puesto de comida sin necesidad. Cualquier robot podría ocupar su lugar. Pero él mismo pidió el trabajo. Estaba cansado de ir de un lado a otro sin tener nada que hacer. Y ahí, en el puesto, se ríe y habla como cualquiera de nosotros.

El oso resopló.

—Uno de los perros me dijo que Jenkins asegura que no se llaman websters. Dice que no son websters, que son hombres.

—¿Y qué son los hombres?

—Bueno, te lo estaba diciendo. Es lo que dice Jenkins...

—Jenkins —afirmó el lobo— está tan viejo que lo confunde todo. Recuerda demasiadas cosas. Debe de tener mil años.

—Siete mil —dijo el oso—. Los perros están preparando una gran fiesta de cumpleaños. Le van a regalar un cuerpo nuevo. El viejo está muy gastado. Cada dos o tres meses va al taller de reparaciones —movió de un lado a otro la cabeza con aire de sabiduría—. Y al fin y al cabo, lobo, los perros han hecho mucho por nosotros. Han instalado esos puestos de comidas, y nos han enviado médicos robots, y otras cosas. El año pasado, por ejemplo, me dolían terriblemente los dientes y...

—Pero los puestos de comidas podrían ser mejores —interrumpió el lobo—. Dicen que esas pastas son lo mismo que carne, que tienen el mismo valor alimenticio y todo, pero no saben a carne.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el oso.

El balbuceo del lobo duró una fracción de segundo.

—Porque... porque me lo dijo mi abuelo. Era un viejo sinvergüenza, mi abuelo. Se conseguía algún venado de cuando en cuando. Me dijo cómo sabía la carne. Pero en aquel tiempo no había tantos guardias como hoy.

El oso cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—A veces me pregunto a qué sabrá el pescado. Hay un banco de truchas allá abajo en el arroyo del Pino. He estado observándolas. Es fácil cazar de un zarpazo un par de ellas... Claro que nunca lo he hecho —añadió rápidamente.

—Claro que no—dijo el lobo.

Un mundo, y después otro, unidos como los eslabones de una cadena. Un mundo que le pisaba los talones a otro. Un mundo hoy, otro mañana. Y ayer es mañana, y mañana, pasado.

Aunque no había pasado. Sólo ese recuerdo fantasmal que flotaba como un ser nocturno en la sombra de la mente. No había pasado real. No había cuadros pintados en el muro del tiempo. No había filmes que uno pudiese hacer retroceder para ver cómo había sido antes.

Joshua se incorporó, sacudiéndose, se sentó y se rascó una pulga. Ichabod estaba sentado a la mesa, muy tieso, tamborileando mentalmente los dedos.

—Es definitivo —dijo el robot—. No hay nada que hacer. No podemos viajar al pasado.

—No —dijo Joshua.

—Pero —dijo Ichabod—sabemos dónde están los duendes.

—Sí —dijo Joshua—. Sabemos dónde están los duendes Y quizá podamos llegar a ellos. Sabemos qué camino hay que tomar.

Había un camino abierto, pero el otro estaba cerrado. No cerrado en realidad, pues nunca había existido el tal camino. Pues no había pasado, nunca lo hubo, no había cuartos para él. Donde debía estar el pasado, había otro mundo.

Como dos perros, cada uno de los cuales sigue las huellas del otro. Un perro sale y otro perro entra. Como una larga, interminable fila de bolillas de cojinete que corren por un surco, tocándose casi, pero no del todo. Como los eslabones de una cadena infinita que corre sobre una rueda de billones de billones de dientes.

—Estamos retrasados —dijo Ichabod mirando el reloj—. Tenemos que prepararnos para la fiesta de Jenkins.

Joshua volvió a sacudirse.

—Sí, supongo que sí. Un gran día para Jenkins, Ichabod. Piénsalo un poco, siete mil años...

—Tengo todo preparado —dijo Ichabod orgullosamente—. Me he ilustrado esta mañana. Pero tú deberías peinarte un poco. Tienes el pelo todo revuelto.

—Siete mil años —dijo Joshua—. No me gustaría vivir tanto.

Siete mil años y siete mil mundos, cada uno de los cuales sigue las huellas de los otros. Aunque era más que eso. Un mundo por día. Trescientas sesenta y cinco veces siete mil. O quizás un mundo por minuto. O quizás un mundo por segundo. Un segundo es tiempo suficiente para separar dos mundos. Trescientas sesenta y cinco veces siete mil veinticuatro veces sesenta veces sesenta...

Tiempo suficiente, y final. Pues no había pasado. No era posible retroceder. No era posible retroceder y observar las cosas de que hablaba Jenkins... Las cosas que podían ser ciertas o sólo recuerdos deformados por siete mil años. No era posible volver y verificar las nebulosas leyendas en que se hablaba de una casa y una familia de websters y una cúpula cerrada de nada que se alzaba entre unos montes, del otro lado del mar.

Ichabod se acercó con un peine y un cepillo y Joshua se apartó.

—Vamos, quieto —dijo Ichabod—. No te haré dano.

—La vez pasada —dijo Joshua— casi me despellejas vivo. Ten cuidado con los granos.

El lobo había entrado en el puesto esperando recibir una ración extra, pero no le habían dado nada y era demasiado educado para pedir. Ahora estaba sentado, con la peluda cola entre las patas, observando cómo Peter trabajaba en una varita con un cuchillo.

Una ardilla, que había bajado de las ramas del árbol más próximo, descansaba en el hombro de Peter.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó la ardilla.

—Una vara, para arrojarla.

—Cualquier vara sirve para eso —dijo el lobo—. No necesitas una vara especial. Basta con que tomes una cualquiera y la tires.

—Esto es algo nuevo —dijo Peter—. Algo que he pensado. Aunque no sé realmente qué es.

—¿No tiene nombre? —preguntó la ardilla.

—No todavía —dijo Peter—. Tengo que buscarle uno.

—Pero —insistió el lobo— puedes tirar cualquier vara. La que más te guste.

—No tan lejos —dijo Peter—. No con tanta fuerza.

Peter hizo girar la varita entre los dedos, apreciando su lisura y redondez, alzándola y mirándola de punta para asegurarse de que era bien recta.

—No la voy a tirar con la mano —dijo Peter—. La voy a tirar con otra vara y una cuerda.

Se inclinó y recogió el objeto apoyado contra un árbol.

—Lo que no me imagino —dijo la ardilla— es para qué quieres tirar la vara.

—No sé —dijo Peter—. Es una especie de juego.

—Vosotros los websters —dijo el lobo— sois animales muy raros. A veces me pregunto si tenéis sentido común.

—Puedes darle con esto a lo que quieras —dijo Peter—. Basta con que la vara sea recta y la cuerda resistente. No puedes usar cualquier vara, tienes que buscar y buscar...

—Enséñame —dijo la ardilla.

—Así —dijo Peter alzando la rama de nogal—. Es dura, como veis. Y flexible. Se dobla y vuelve a su forma primitiva. En esta cuerda que une las dos puntas apoyo la vara que voy a arrojar. Y luego tiro así de la cuerda...

—Dijiste que puedes darle a cualquier cosa —dijo el lobo—. Enséñanos.

—¿A qué queréis que le dé? —dijo Peter—. Elegid algo...

La ardilla apuntó excitada:

—A ese petirrojo que está en el árbol.

Peter alzó rápidamente las manos, tiró de la cuerda y la rama se arqueó. La vara silbó en el aire. El petirrojo cayó del árbol como una lluvia de plumas. Golpeó el suelo con un ruido blando y grave, y se quedó allí, boca arriba, diminuto, desamparado, con unas garras recogidas que apuntaban a las copas de los árboles. La sangre que le brotó del pico fue a manchar la hoja en que apoyaba la cabeza.

La ardilla se endureció en el hombro de Peter, y el lobo se puso de pie. Había calma en el aire; la calma de las hojas inmóviles, de las nubes que flotaban en el mediodía azul.

El horror hizo temblar la voz de la ardilla.

—¡Lo mataste! ¡Está muerto! ¡Lo mataste!

Peter protestó inmovilizado por el miedo.

—No sabía. Nunca traté de acertarle a algo vivo. Apuntaba sólo a las cosas.

—Pero lo mataste. Y no se debe matar.

—Ya sé —dijo Peter—. Ya sé que no. Pero me dijiste que le acertara. Me lo enseñaste. Me...

—Nunca dije que lo mataras —chilló la ardilla—. Pensé que ibas a golpearlo, nada más. Que lo asustarías. Era tan gordo y tímido...

—Te dije que la vara salía con fuerza.

El webster parecía clavado en el suelo.

Lejos y con fuerza, pensó. Lejos y con fuerza... y rápido.

—Tranquilízate, compañero —dijo la suave voz del lobo—. Ya sabemos que no lo hiciste a propósito. Que quede entre los tres. Nunca diremos una palabra.

La ardilla saltó del hombro de Peter y chilló desde la rama de un árbol.

—Yo voy a contarle. Se lo diré a Jenkins.

El lobo lanzó un gruñido con ojos enrojecidos por la cólera.

—Sucia charlatana. Cuentera tramposa.

—Lo contaré —chilló la ardilla—. Esperad y veréis. Se lo voy a decir a Jenkins.

Subió zigzagueando por el árbol, corrió por una rama y saltó a otro árbol vecino.

El lobo se movió rápidamente.

—Espera —dijo Peter, cortante.

—No podrá ir de árbol en árbol —dijo el lobo—. Tendrá que bajar para cruzar la pradera. No tienes por qué preocuparte.

—No —dijo Peter—. No más muertes. Una basta y sobra.

—Lo va a contar, lo sabes.

Peter movió la cabeza de arriba abajo.

—Sí, lo sé.

—Puedo impedirselo —dijo el lobo.

—Alguien te verá e irá a denunciarte —dijo Peter—. No, no quiero que lo hagas.

—Entonces, escapemos —dijo el lobo—. Conozco un lugar donde podrías esconderte. Nunca te encontrarán, ni aunque te busquen mil años.

—No podría —dijo Peter—. Hay ojos en los bosques. Demasiados. Dirían dónde estoy. Ha pasado esa época en que uno podía esconderse.

—Creo que tienes razón —dijo lentamente el lobo—. Sí, creo que tienes razón.

Dio media vuelta y clavó la vista en el petirrojo.

—¿Qué te parece si eliminamos las pruebas?

—¿Las pruebas...?

—Sí, eso mismo.

El lobo se adelantó rápidamente y bajó la cabeza. Se oyó un crujido. El lobo se lamió los bigotes, se sentó y se envolvió los pies con la cola.

—Tú y yo nos entendemos —dijo—. Sí, señor, estoy seguro. Somos muy parecidos.

Una pluma acusadora se le había pegado en la punta de la nariz.

El cuerpo era una joya.

Un martillazo no podía abollarlo, y no se oxidaría nunca. Y tenía un número inimaginable de aparatos.

Era el regalo de cumpleaños de Jenkins. El grabado en el pecho decía: A Jenkins, de los perros.

Pero nunca lo usaré, se dijo Jenkins. Es demasiado hermoso para mí, demasiado adorno para un robot tan viejo como yo. Me sentiría fuera de lugar en una cosa como ésta.

Se balanceó lentamente hacia adelante y hacia atrás en la silla mecedora, escuchando el murmullo del viento en los aleros.

Tienen buenas intenciones, pensó. Y no quisiera lastimarlos de ningún modo. Tendré que ponérmelo por lo menos una vez, aunque sea para aparentar. Para complacer a los perros. No estaría bien que no me lo pusiese. Trabajaron mucho. Pero no lo usaré todos los días. Sólo en las grandes ocasiones.

Quizás en el picnic de los Webster. Quisiera tener buena apariencia en ese picnic. Es muy importante. Día en que todos los Webster del mundo, todos los que todavía viven, se dan cita. Y quieren que yo también vaya. Ah, sí, siempre quieren que vaya. Pues yo soy un robot Webster. Sí, señor, siempre lo he sido y siempre lo seré.

Dejó caer la cabeza y balbuceó unas palabras que fueron como un susurro en el cuarto. Palabras que él y el cuarto recordaban. Palabras de hacía mucho tiempo.

La mecedora crujió y el ruido se confundió con la existencia de ese cuarto teñido de tiempo. Se confundió con el viento en los aleros y los gruñidos del cañón de la chimenea.

Fuego, pensó Jenkins. Hace mucho que no encendemos el fuego. A los hombres les gustaba el fuego. Les gustaba sentarse ante él e imaginar escenas en las llamas. Y soñar...

Pero los sueños de los hombres, se dijo Jenkins, se han ido. Se han ido a Júpiter y están enterrados en Ginebra, y a veces brotan muy débilmente en los Webster de hoy.

El pasado, dijo, el pasado es demasiado para mí. Y me ha inutilizado. Tengo tanto que recordar... tanto que las cosas que hay que hacer son siempre menos importantes. Estoy viviendo en el pasado, y así no se puede vivir.

Pues Joshua dice que el pasado no existe, y Joshua debe de tener razón. De todos los perros debe de ser el más enterado. Pues se ha esforzado por retroceder en el tiempo y verificar las cosas que le he dicho. Cree que me falla el cerebro, y que al contar viejas historias de robots, mitad verdad, mitad fantasía, me dejó llevar por la imaginación.

No lo admitirá públicamente, pero es lo que el sinvergüenza cree. Piensa que no me doy cuenta.

No puede engañarme, dijo Jenkins con una risita. Ninguno de ellos puede engañarme. Los conozco desde que empezaron a cambiar. Sé muy bien con qué música bailan. Le ayudé a Bruce Webster con el primero de ellos. Oí sus primeras palabras. Y si ellos olvidaron, yo no... ni una palabra, ni un gesto.

Quizás es natural que hayan olvidado. Han hecho grandes cosas. He tratado de no molestarlos, y es mejor así. Eso me dijo Jon Webster aquella noche. Por eso Jon Webster hizo lo que había que hacer para cerrar la ciudad de Ginebra. Pues fue Jon Webster. Tuvo que haber sido él. No pudo haber sido otro.

Jon pensó que encerraba a la raza humana y dejaba en libertad a los perros. Pero olvidó algo. Oh, sí, pensó Jenkins, olvidó algo. Olvidó a su propio hijo, y a la pequeña banda armada de arcos y flechas que había salido aquella mañana a jugar a los hombres de las cavernas... y a las mujeres de las cavernas.

Y el juego, pensó Jenkins, se convirtió en algo tristemente real que duró mil años. Hasta que los descubrimos y los trajimos de vuelta a casa. De vuelta a la casa de los Webster, de vuelta al lugar donde empezó todo.

Jenkins juntó las manos en el regazo, inclinó la cabeza y la balanceó lentamente. La mecedora crujía y el viento corría por los aleros y en alguna parte se golpeó una ventana. La garganta de la chimenea hablaba huecamente, hablaba de otros seres y otros días, y otros vientos.

El pasado, pensó Jenkins, no tiene pies ni cabeza. Es algo que se atraviesa en el camino, cuando hay tanto que hacer. Tantos problemas que aún esperan solución.

La superpoblación, por ejemplo. Hemos pensado mucho en eso, lo hemos discutido hasta hartarnos. Demasiados conejos, pues los zorros y lobos no pueden perseguirlos. Demasiados ciervos, pues los leones y lobos no deben matarlos. Demasiadas marmotas, demasiados gatos, demasiados ratones. Demasiadas ardillas, demasiados puercos espines, demasiados osos.

Suprímase la valla de las muertes violentas y se tendrá un número excesivo de vidas. Cúrense las enfermedades y las lesiones con un servicio médico de rápidos robots y habrá desaparecido otra valla.

El hombre se había encargado de eso. Sí, el hombre se había encargado de eso. El hombre mataba todas las cosas que se le cruzaban en el camino. Ya fuesen otros hombres u otros animales.

El hombre nunca había concebido una gran sociedad animal, nunca había soñado con que las marmotas y los coatíes y los osos recorriesen juntos el camino de la vida, haciendo planes comunes, ayudándose mutuamente, dejando de lado toda diferencia natural.

Pero los perros sí. Los perros lo habían hecho.

Como en los cuentos infantiles de la antigüedad, pensó Jenkins. Como en la historia del león y el cordero que dormían juntos. Como en las películas de Walt Disney. Pero esas películas nunca habían parecido reales, pues estaban basadas en la filosofía humana.

La puerta se abrió con un crujido y se oyó el ruido de unos pasos. Jenkins se volvió en su silla.

—Hola, Joshua —dijo—. Hola, Ichabod. ¿Por qué no entráis? Estaba meciéndome y pensando.

—Pasábamos —dijo Joshua— y vimos luz.

—Pensaba en las luces —dijo Jenkins—. Pensaba en la noche (hace ya quinientos años) en que Jon Webster llegó de Ginebra. Era el primer hombre que venía aquí desde hacía siglos. Y estaba arriba, acostado, y todos los perros dormían y yo miraba por la ventana, más allá del río. Y no había luces. Ninguna luz. Sólo una gran oscuridad. Y yo estaba allí recordando los días con luces, y preguntándome si las luces volverían.

—Hay luces ahora —dijo Joshua con suavidad—. Hay luces en todo el mundo esta noche. Aun en las cuevas y guaridas.

—Sí, ya sé —dijo Jenkins—. Aún más que antes.

Ichabod se acercó al brillante cuerpo metálico que se alzaba en un rincón, extendió una mano y golpeó la armadura, casi tiernamente.

—Los perros han sido muy amables —dijo Jenkins— al regalarme el cuerpo. Pero no era necesario. Con unos pocos parches aquí y allá, éste hubiese servido aún.

—Pero te queremos —dijo Joshua—, y es lo menos que podíamos hacer. Hemos tratado de hacer otras cosas por ti, pero nunca nos dejaste. Queríamos construirte una nueva casa, moderna, con las comodidades más recientes.

Jenkins sacudió la cabeza.

—Hubiese sido inútil, pues yo no la habría ocupado. Pues veréis, mi hogar es esta casa. Siempre lo ha sido. Reparadla como mi cuerpo, y seré feliz con ella.

—Pero aquí estás solo.

—No, no lo estoy —dijo Jenkins—. La casa está repleta de gente.

—¿Repleta? —preguntó Joshua.

—Gente que he conocido.

—¡Pero qué cuerpo! —dijo Ichabod—. Me gustaría probármelo.

—¡Ichabod! —aulló Joshua—. Ven aquí. Quita las manos de ese cuerpo.

—Deja hacer a los jóvenes —dijo Jenkins—. Si viene por aquí en algún momento en que no esté muy ocupado...

—No —dijo Joshua.

Una rama golpeó el alero y tamborileó en la ventana. Se oyó el ruido de una teja y el viento corrió por el techo con pasos rápidos y traviosos.

—Me alegra que hayas venido —dijo Jenkins—. Quería hablarte —se balanceó un rato y la mecedora crujió—. No viviré eternamente. Nunca creí que llegaría a los siete mil años.

—Con el cuerpo nuevo —dijo Joshua— vivirás tres veces siete mil años.

Jenkins sacudió la cabeza.

—No es el cuerpo lo que me preocupa, sino el cerebro. Está bien hecho, como para durar mucho, pero no eternamente. Alguna vez algo andará mal, y el cerebro se hará pedazos —en el silencio de la habitación sonó otra vez el crujido de la mecedora—. Y eso será la muerte. Me habrá llegado el fin... Y está bien que así sea. Serví, sí, en otro tiempo.

—Te necesitaremos siempre —dijo Joshua con voz muy suave—. No podremos seguir sin ti.

Pero Jenkins continuó como si no hubiese oído.

—Quiero hablarte de los Webster. Quiero hablarte de ellos. Quiero que entiendas.

—Trataré —dijo Joshua.

—Vosotros los perros los llamáis websters, y está bien —dijo Jenkins—. Hubo una familia que se llamaba así. Y fueron los que os hicieron eso tan magnífico.

—¿Hicieron qué? —preguntó Joshua.

Jenkins hizo girar la silla y dejó de balancearse.

—Me olvido —murmuró—. Me olvido tan fácilmente. Lo confundo todo.

—Estabas hablando de algo magnífico que nos hicieron los websters.

—Ah, sí —dijo Jenkins—. Sí. Tienes que vigilarlos. Tienes que cuidarlos y vigilarlos. Especialmente tienes que vigilarlos.

Se balanceó suavemente y los pensamientos fluyeron por su cerebro, pensamientos espaciados por el crujido de la silla mecedora.

Casi lo dices, pensó. Casi estropeas el sueño.

Pero me acordé a tiempo. Sí, Jon Webster, me paré a tiempo. No me traicioné, Jon Webster.

No le dije a Joshua que los perros fueron una vez mascotas del hombre, que los hombres los llevaron al lugar que ahora ocupan. Pues los perros no deben saberlo. Tienen que mantener erguida la cabeza. Tienen que proseguir su labor. Los viejos cuentos han desaparecido, y es mejor así. Aunque me gustaría decirlo. El Señor sabe que me gustaría. Ponerlos en guardia contra algo. Decirles cómo arrancamos de raíz las viejas ideas a los cavernícolas que trajimos de Europa. Cómo les hicimos olvidar todo lo que sabían. Cómo les borramos todo recuerdo de armas. Cómo les enseñamos la paz y el amor.

Y cómo debemos vigilarlos para impedir que un día vuelvan esas tendencias... el viejo modo de pensar de los hombres.

—Pero dijiste... —insistió Joshua.

Jenkins negó con una mano.

—No era nada, Joshua. Estoy un poco chocho. A veces se me nubla el cerebro y digo cosas sin sentido. Pienso tanto en el pasado... y tú dices que no hay pasado.

Ichabod se sentó en el suelo y miró a Jenkins.

—Seguro que no lo hay —dijo—. Lo verificamos todo. De cuarenta modos, y todos los factores lo confirman. No hay pasado.

—No hay ningún cuarto —dijo Joshua—. Uno viaja hacia atrás por la línea del tiempo y no encuentra el pasado, sino otro mundo, otro paréntesis de conciencia. La Tierra puede ser la misma, con los mismos árboles, ríos y colinas, pero no es el mundo que conocemos. Como ha tenido una vida distinta, se ha desarrollado también de un modo distinto. El segundo que está detrás de nosotros no es realmente el segundo que queda atrás, sino otro segundo, un sector totalmente independiente de tiempo. Vivimos siempre en el mismo segundo. Nos movemos en el interior del paréntesis formado por ese segundo, esa minúscula parcela de tiempo que nos ha sido asignada.

—El modo en que medimos el tiempo es un grave error —dijo Ichabod—. Nos impide pensar en su esencia. Pensamos continuamente que atravesamos el tiempo, pero no es así. Nos movemos con el tiempo. Decimos: ha pasado otro segundo, otro minuto, otra hora, otro día, cuando, en realidad, el segundo, el minuto, la hora no han pasado nunca. Fueron siempre los mismos. Se han movido, nada más, y nosotros nos movimos con ellos.

Jenkins hizo un signo afirmativo.

—Comprendo. Como una madera que flota en un río. Se mueve con el río. Y a lo largo de la orilla cambian las escenas, pero el agua es siempre la misma.

—Podría explicarse así —admitió Joshua—. Pero el tiempo es una corriente rígida, y los mundos diferentes están más fijos en el tiempo que la madera en el río.

—¿Y los duendes viven en esos otros mundos?

Joshua movió afirmativamente la cabeza.

—Estoy seguro.

—Y ahora —dijo Jenkins— imagino que tratas de descubrir cómo llegar a esos mundos.

Joshua se rascó suavemente una pulga.

—Eso es —dijo Ichabod—. Necesitamos espacio.

—Pero los duendes...

—Los duendes pueden no ocupar todos los mundos —dijo Joshua—. Puede haber mundos vacíos. Los necesitamos. Si no encontramos espacio, nos veremos en aprietos. La superpoblación traerá consigo una ola de crímenes. Y esa ola nos haría retroceder al punto de partida.

—Ya hay algunos crímenes —dijo Jenkins. Joshua frunció el entrecejo y echó hacia atrás las orejas—. Crímenes raros. Muertos que nadie devora. Sin sangre. Como si cayeran redondos. Nuestros técnicos médicos están enloquecidos. Nada malo. No hay motivo para esas muertes.

—Pero ocurren —dijo Ichabod.

Joshua se inclinó hacia adelante y bajó la voz.

—Temo, Jenkins... temo que...

—No hay nada que temer.

—Sí, me lo dijo Angus. Temo que uno de los duendes... que uno de los duendes haya atravesado el muro.

Una ráfaga sopló en el interior de la chimenea y jugueteó en los aleros. Otra ráfaga ululó en algún rincón cercano y oscuro. Y el miedo vino y corrió subrepticia y pesadamente por el techo de tejas, hacia arriba y hacia abajo.

Jenkins se estremeció, y se puso rígido, luchando contra otro estremecimiento. Cuando habló lo hizo con una voz áspera.

—Nadie ha visto un duende.

—Los duendes no se pueden ver.

—No —dijo Jenkins—. No se pueden ver.

Eso era lo que decía el hombre. Los fantasmas no se ven, pero uno siente que están ahí. Pues el grifo del agua sigue goteando a pesar de que uno lo ha cerrado bien. Y unos dedos arañan la puerta, y los perros aúllan a algo en la noche, y no quedan huellas en la nieve.

Y unos dedos arañaron la puerta...

Joshua se puso de pie y se endureció; la estatua de un perro: la pata levantada, la boca entreabierta como en el comienzo de un gruñido.

Los arañazos volvieron a oírse.

—Abre la puerta —le dijo Jenkins a Ichabod—. Alguien quiere entrar.

Ichabod atravesó el silencio de la habitación. La puerta crujió bajo sus dedos. Mientras la abría, la ardilla entró de un salto, como un rayo gris, y fue a posarse en el regazo de Jenkins.

—Cómo, la ardilla —dijo Jenkins.

Joshua se sentó otra vez y cerró la boca. Ichabod mostraba una tonta sonrisa metálica.

—Lo vi —chilló la ardilla—. Vi cómo mataba al petirrojo. Con una vara. Y las plumas volaron. Y había sangre en la hoja.

—Calma —dijo Jenkins, suavemente—. No te apresures y explícame bien. Estás demasiado excitada. Viste que alguien mataba al petirrojo.

La ardilla tomó aliento. Le rechinaban los dientes.

—Fue Peter —dijo.

—¿Peter?

—Peter, el webster.

—¿Dices que con una vara?

—La arrojó con otra vara. Había unido las puntas con una cuerda, tiró de la cuerda y la vara se dobló...

—Ya lo sé —dijo Jenkins—. Ya lo sé.

—¡Ya lo sabes!—gritó la ardilla—. ¿Lo sabes todo?

—Sí —dijo Jenkins—. Lo sé todo. Era un arco y una flecha.

Y había algo en su voz que hizo que los otros tres guardaran silencio. La habitación pareció más grande y vacía, y el tamborileo de la rama en los vidrios venía ahora de muy lejos, era como una voz hueca y dura que se quejaba sin esperanza.

—¿Un arco y una flecha? —preguntó Joshua al fin—. ¿Qué son un arco y una flecha?

¿Qué es eso, por cierto?, pensó Jenkins.

¿Qué son un arco y una flecha?

Es el comienzo del fin. Es el sendero ventoso que crece hasta convertirse en el camino huracanado de la guerra.

Es un juguete y un arma, y el triunfo de la habilidad del hombre.

Es el símbolo de un modo de vivir.

Y es una línea en una canción de cuna.

¿Quién mató al petirrojo? Yo, dijo el gorrión. Con mi arco y mi flecha, yo maté al petirrojo.

Y era algo olvidado. Y algo vuelto a aprender.

Era lo que había estado temiendo.

Jenkins se enderezó en su silla y se incorporó lentamente.

—Ichabod —dijo—, necesito tu ayuda.

—Muy bien —dijo Ichabod—. Lo que tú quieras.

—El cuerpo —dijo Jenkins—. Quiero ponerme el cuerpo nuevo. Tendrás que atornillar la caja del cerebro y...

Ichabod afirmó con la cabeza.

—Sé cómo se hace, Jenkins.

—¿Qué pasa, Jenkins? —preguntó Joshua con una voz afinada por el miedo—. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a ver a los mutantes —dijo Jenkins lentamente—. Después de tantos años voy a pedirles ayuda.

La sombra descendió furtivamente por la colina, evitando los claros iluminados por la luna. Su cuerpo brillaba a la luz, y no quería que lo viesen. No debía estropear la caza a aquellos que lo seguirían.

Pues vendrían otros. No vendrían atropellándose, como en un alud, por supuesto, sino con mucho orden. Uno cada vez, y bien separados entre sí para que la vida que poblaba este mundo asombroso no se alarmase.

Una vez que cundiera la alarma, el fin estaría próximo.

La sombra se acurrucó en la oscuridad, apretándose contra el suelo, y sondeó la noche con nervios tensos y contraídos. Separó las distintas sensaciones y las catalogó en su cerebro, afilado como un cuchillo, clasificándolas con cuidado.

Y conocía algunas, y otras eran un misterio, y otras una sospecha. Pero había una que lo aterrorizaba.

Se apretó aún más contra el suelo y alzó la fea cabeza, recta y chata, y cerró sus sentidos a los estímulos de la noche, concentrándose en lo que estaba subiendo por la colina.

Eran dos y distintos. Un gruñido le nació en la mente, y le burbujeó en la garganta, y el cuerpo tenue se le puso en tensión ante lo que era mitad esperanza y mitad terror desconocido.

Se alzó del suelo y flotó colina abajo, tratando solapadamente de interceptar el camino de los dos que subían.

Jenkins era joven otra vez, joven y fuerte y ligero, ligero de cuerpo y de mente. Ligero para caminar entre las colinas nocturnas, barridas por el viento. Ligero para oír la charla de las hojas y el soñoliento piar de los pájaros... y más aún.

Sí, mucho más, reconoció.

El cuerpo era una joya. Un martillazo no podía abollarlo, y no se oxidaría nunca. Pero eso no era todo.

Nunca me figuré que un cuerpo nuevo representase tantas diferencias, pensó. No me daba cuenta de lo estropeado y gastado que estaba el cuerpo viejo. No era muy bueno realmente, aunque en aquellos días no se podía hacer nada mejor. La técnica es algo maravilloso. Cuántas posibilidades encierra.

Habían sido los robots, por supuesto. Los robots salvajes. Los perros les habían pedido que hiciesen el cuerpo. No los trataban mucho. No los molestaban tampoco. Pero los robots no interferían en los asuntos de los demás, no eran entrometidos.

Un conejo se movía en su madriguera... y Jenkins lo sabía. Un coatí hacía un paseo nocturno. Y Jenkins también lo sabía. Percibía claramente la encendida curiosidad que animaba el cerebro del animal, detrás de aquellos ojos que lo miraban desde el macizo de arbustos. Y a la izquierda, encogido bajo un árbol, dormía un oso, y soñaba, soñaba glotonamente con un panal de miel, y los peces del arroyo y las hormigas bajo una piedra.

Era sorprendente, pero natural. Tan natural como levantar un pie para dar un paso, tan natural como oír. Pero esto no era oír, ni ver. Ni siquiera imaginar. Pues Jenkins sabía con una certeza fría e indiscutible que el conejo estaba en su madriguera, y el coatí entre los arbustos, y el oso bajo un árbol, durmiendo y soñando.

Y como éste, pensó, son los cuerpos de los robots salvajes. Pues es indudable que si pueden fabricar uno para mí pueden también fabricarlo para ellos.

Habían andado mucho, en siete mil años; tanto como los perros desde el éxodo del hombre. Pero no les prestamos atención, y era natural que así fuese. Los robots seguían su camino y los perros el suyo, y ninguno de ellos se preocupaba ni se interesaba por lo que hacía el otro. Mientras los robots construían naves del espacio y se lanzaban hacia las estrellas, mientras trabajaban con la matemática y la mecánica, los perros se ocupaban de los animales, forjaban la hermandad de las criaturas salvajes y las criaturas perseguidas en los días del hombre... Escuchaban a los duendes, e intentaban sondear los abismos del tiempo para descubrir que no había tiempo.

Y ciertamente, si los robots habían adelantado tanto, los mutantes tenían que haber ido más lejos. Y me escucharán, tendrán que escucharme, pues les traigo un problema que les concierne directamente. Los mutantes son hombres; a pesar de todo son los hijos del hombre. No pueden tener ya ningún rencor, pues el recuerdo del hombre es hoy sólo polvo que se lleva el viento, un murmullo de hojas en un día de verano... y nada más.

Por otra parte no los he molestado durante siete mil años. En realidad no los molesté nunca. Joe era amigo mío, o todo lo amigo que puede ser un mutante. Hablaba conmigo en épocas en que no quería hablar con los hombres. Me escucharán, me dirán qué debo hacer, y no se reirán de mí.

Pues esto no es nada risible. Se trata sólo de un arco y una flecha, pero no es risible. Pudo haberlo sido en otro tiempo, pero la historia destruyó la comicidad de muchas cosas. Si el arco es un chiste, también lo es entonces la bomba atómica y lo mismo el polvo pestífero que barrió ciudades enteras, y lo mismo el cohete sibilante que se eleva y cae a quince mil kilómetros de distancia matando a un millón de personas.

Aunque ahora ya no hay un millón de personas.

Sólo unos pocos centenares, aproximadamente, que viven en casas construidas por los perros cuando éstos sabían aún qué eran los seres humanos, y conocían la relación que los unía a ellos, y los consideraban dioses. Creían, sí, que los hombres eran dioses, y contaban viejas historias delante del fuego, en las noches invernales, y se preparaban para el día en que el hombre volviese y dijera, golpeándoles amigablemente la cabeza: "Bien hecho, sirviente bueno y fiel".

Y eso no era correcto, dijo Jenkins, caminando a grandes zancadas colina abajo. No era correcto de ningún modo. Pues los hombres no merecían esa adoración, no merecían la divinidad. El Señor sabe que los quise bien. Aún los quiero, pero no por su condición de hombres, sino por el valor de algunos.

No estaba bien que los perros hubiesen construido casas para el hombre. Pues estaban comportándose mejor que el hombre. Así que borré todo recuerdo de estos seres, lenta y trabajosamente. Durante muchos años suprimí las leyendas y nublé los recuerdos, y ahora llaman websters a los hombres y creen que eso es lo que son.

Me pregunto si hice bien. Me siento a veces como un traidor, y paso muchas noches amargas en mi mecedora cuando el mundo duerme y el viento gime en las tejas. Pues quizá no tenía derecho. Quizá a los Webster no les hubiese gustado. Pues ése fue el sello que me impusieron y que conservo aún: que para siempre siga preguntándome, cuando hago algo, si a ellos, los Webster, les gustaría.

Pero ahora sé que no me he equivocado. El arco y la flecha lo demuestran. Alguna vez pensé que el hombre pudo haberse equivocado de ruta, que en algún momento del salvajismo oscuro que fue su iniciación y su cuna, pudo haber dado un mal paso, pudo haber tomado el mal camino. Pero veo ahora que no fue así. Hay un solo y único camino para el hombre: el camino del arco y la flecha.

Hice lo que pude. El Señor lo sabe.

Cuando rodeamos a los vagabundos y los trajimos a casa, a la casa de los Webster, les quité las armas, no sólo de las manos, sino también de las mentes. Reedité los libros que podían ser reeditados y quemé el resto. Les enseñé otra vez a leer y cantar y pensar. Y en los libros no había huellas de guerra o armas, ni de odio o historia. Pues la historia es odio. Nada de batallas, hechos heroicos o trompetas. Pero fue tiempo perdido, se dijo Jenkins. Sé ahora que fue tiempo perdido. Pues un hombre inventará necesariamente el arco y la flecha, no importa lo que haga.

Había descendido la mayor de las colinas y había cruzado el arroyo que corría serpenteando hacia el río. Y ahora subía otra vez, en medio de la oscuridad, por la colina de los acantilados.

Se oían unos leves susurros, y el cuerpo nuevo le decía a la mente que eran ratones, ratones que se escurrían por sus túneles, bajo la hierba. Y durante un instante sintió la pequeña felicidad de los ratoncitos traviosos; los pequeños pensamientos informes y blandos de los felices ratoncitos.

Una comadreja se irguió un momento en un tronco caído, y en la mente del animal había maldad, maldad al pensar en los ratones, al recordar los viejos días cuando las comadrejas se alimentaban de ratones. Sed de sangre, y miedo. Miedo de lo que harían los perros si mataba a un ratón, miedo de los mil ojos que vigilaban la reaparición del crimen.

Pero un hombre había matado. Una comadreja no se atrevía a matar. Y un hombre había matado. Sin intención, quizá sin malicia. Pero había matado y los Cánones decían que no había que matar.

En el pasado otros habían matado y habían sufrido su castigo. Y el hombre tenía que ser castigado también. Pero eso no bastaba. El castigo solo no ayudaría a encontrar la respuesta. Ésta no tenía relación con un solo hombre, sino con todos los hombres, la raza entera. Pues lo que uno de ellos había hecho, podían hacerlo todos. Y no sólo podían,

sino que se verían arrastrados a hacerlo, pues eran hombres, y los hombres habían matado antes, y volverían a matar.

El castillo de los mutantes se alzaba oscuramente contra el cielo. Era tan oscuro que brillaba a la luz de la luna. No se veía en él ninguna luz, como siempre. Nunca tampoco, hasta donde uno podía saberlo, se había abierto una puerta al mundo exterior. Y los mutantes habían levantado esos castillos por todo el mundo, y se habían metido dentro, y ése había sido el fin. Se habían entrometido antes en los asuntos de los hombres, habían librado una especie de guerra burlona contra la raza humana, y cuando ésta desapareció, ellos también desaparecieron.

Jenkins había llegado al pie de los anchos escalones de piedra que subían hasta la puerta, y se detuvo. Con la cabeza echada hacia atrás, miró el edificio que se alzaba hacia el cielo.

Supongo que Joe ha muerto, se dijo a sí mismo. Joe era un longevo, pero no inmortal. No iba a vivir siempre. Y sería raro encontrarse con otro mutante y saber que no era Joe.

Comenzó a subir por los escalones, muy lentamente, con los resortes tensos, esperando la primera señal de humor burlón que caería sobre él.

Pero nada ocurrió.

Subió los escalones, se detuvo ante la puerta, y buscó algo con que pudiera anunciar a los mutantes su llegada.

Pero no había campanilla. Ni timbre. Ni aldaba. La puerta era lisa, con un simple pestillo. Y nada más.

Titubeando, alzó un puño y golpeó, varias veces. Luego esperó. No hubo respuesta. La puerta seguía en silencio, e inmóvil.

Golpeó otra vez, más fuerte. No respondió nadie. Lenta, cautelosamente, alargó una mano, tomó el pestillo y lo apretó con un dedo. El pestillo cedió, la puerta se abrió de par en par, y Jenkins entró en el castillo.

—No sabes lo que dices —dijo el lobo—. Haré que vengan y me vean. Y luego echaré a correr. Los dejaré con la lengua afuera, te lo aseguro.

Peter negó con la cabeza.

—Puedes hacerlo así si quieres y quizá esté bien para ti. Pero no para mí. Los websters nunca huyen.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el lobo implacable—. Hablas sólo por ti mismo. Ningún webster ha tenido que huir hasta ahora, pero cómo sabes...

—Oh, cállate —dijo Peter.

Siguieron subiendo en silencio por el sendero de piedra.

—Alguien nos sigue el rastro —dijo el lobo.

—¿Estás imaginando cosas? —dijo Peter—. ¿Qué puede seguirnos?

—No sé, pero...

—¿Hueles algo?

—Bueno, no.

—¿Oyes algo o ves algo?

—No, nada, pero...

—Entonces nadie nos sigue —declaró Peter—. En estos tiempos nadie sigue el rastro a nadie.

La luz de la luna se filtraba entre las copas de los árboles, transformando la floresta en un paisaje moteado de negro y plata. Del valle del río venían las apagadas voces de unos patos en una discusión de medianoche. Una brisa suave corría por la colina, arrastrando consigo un poco de niebla.

Peter se detuvo. El arco se le había enganchado en un matorral. Mientras sacaba el arco se le cayeron algunas flechas.

—Será mejor que inventes algo para llevar esas cosas —gruñó el lobo—. Se te enganchan continuamente y se te caen y...

—He estado pensándolo —dijo Peter—. Quizá una especie de saco para echarme a la espalda.

Siguieron colina arriba.

—¿Qué vas a hacer cuando llegues a la casa de los Webster? —preguntó el lobo.

—Veré a Jenkins —dijo Peter—. Le contaré lo que he hecho.

—Ya se lo habrá contado la ardilla.

—Pero quizá se lo contó mal. Quizá no le describió exactamente los hechos. La ardilla estaba excitada.

—Y con pensamientos torcidos también —dijo el lobo.

Cruzaron un claro iluminado por la luna y entraron en un oscuro sendero.

—Me estoy poniendo nervioso—dijo el lobo—. Voy a regresar. Lo que quieres hacer es una locura. Había decidido acompañarte, pero...

—Regresa, entonces —dijo Peter con amargura—. Yo no estoy nervioso, yo...

Se volvió rápidamente, con los pelos de punta.

Algo estaba mal. Algo en el aire, en su mente. Una rara y perturbadora sensación de peligro, y, más que de peligro, de una cosa que le corría por la espalda con un millón de pies puntiagudos.

—¡Lobo! —gritó—. ¡Lobo!

Un matorral se agitó violentamente y Peter echó a correr. Esquivó un arbusto y se detuvo. Alzó el arco y con un solo movimiento sacó una flecha y la apoyó en la cuerda.

El lobo estaba tendido en el suelo, mitad en la sombra y mitad a la luz de la luna. El hocico recogido dejaba ver las encías. Una pata se agitaba aún débilmente.

Sobre el cuerpo del lobo se alzaba una forma. Una forma, nada más. Una forma que babeaba y gruñía, una corriente de irritado sonido que entraba en el cerebro de Peter. El viento movió la rama de un árbol, la luz de la luna se filtró entre las hojas y Peter vio el contorno de la cara: un contorno débil, como líneas de tiza, semiborradas, en una pizarra polvorienta. Un rostro de calavera, con una boca que emitía un maullido, ojos hendidos, y orejas cubiertas de tentáculos.

El arco zumbó y la flecha se hundió en la cara, se hundió y pasó al otro lado, cayendo al suelo. Y la cara siguió allí, maullando.

Otra flecha se apoyó en la cuerda y ésta se tendió hacia atrás, muy atrás, casi hasta la oreja de Peter. Era una flecha impulsada por la fuerza de un nogal bien estacionado; por el odio, el temor y la repugnancia del hombre que tiraba de la cuerda.

La flecha chocó contra las líneas borrosas de la cara, se detuvo, tembló y cayó al suelo.

Otra flecha, y la cuerda tendida. Más atrás esta vez. Más atrás en busca de fuerza para matar eso que no moría cuando lo atravesaba una flecha. Eso que sólo retardaba el movimiento de la flecha que temblaba y pasaba al otro lado.

Más y más. Y de pronto ocurrió

El arco se quebró en dos.

Durante un instante Peter se quedó inmóvil, con el arma inútil colgada de una mano y la flecha inútil en la otra, mirando a unos pocos pasos aquella sombra horrorosa junto al cuerpo gris del lobo.

Y no tuvo miedo. Ningún temor, aunque ya no pudiese recurrir al arma. Sólo un odio inflamado que le sacudía y una voz que le golpeaba el cerebro con un solo grito:

¡Mata! ¡Mata! ¡Mata!

Arrojó el arco a un costado y se adelantó con las manos plegadas, como garras diminutas.

La sombra retrocedió. Retrocedió hundida de pronto en un agua de terror que le entraba en el cerebro, terror y horror ante el odio encendido con que se adelantaba aquel ser. Un odio que se apoderaba de él y le retorció las entrañas. Un miedo y un horror que nunca había conocido antes. Miedo, horror, y una resignación perturbadora. Pero también había aquí algo nuevo. Había aquí una tortura que caía como latigazos lastimándole los nervios, que le quemaba la mente.

Era el odio.

La sombra gimió, gimió y maulló retrocediendo y buscando con frenéticas manos mentales los símbolos de la huida en su confuso cerebro.

El viejo cuarto estaba vacío, vacío y lleno de ecos. Era un cuarto que recogía el rechinar de la puerta y lo llevaba a apagadas lejanías y lo devolvía como un grito. Un cuarto cubierto por el polvo del abandono, con el silencio reflexivo de siglos sin objeto.

Jenkins, inmóvil, con el pestillo en la mano, sondeó delicadamente con la maquinaria nueva que era su cuerpo los rincones y las cámaras oscuras. No había más que silencio, polvo y oscuridad. Ni el más leve temblor de un residuo de pensamiento, ni huellas en el suelo, ni huellas digitales en la mesa.

Una vieja canción, una canción, increíblemente vieja... una canción que ya era vieja cuando lo habían forjado, se alzó de algún rincón de su cerebro. Y le sorprendió que estuviese todavía allí, que la hubiese conocido alguna vez, y se angustió ante el torbellino de siglos que había conjurado, con el recuerdo de las casas blancas y ordenadas que se habían alzado en un millón de colinas, ante el pensamiento de los hombres que habían amado sus hectáreas y se habían paseado por ellas con tranquila seguridad de propietarios.

Anita ya no vive aquí.

Es tonto, se dijo Jenkins. Es tonto que la cancioncita absurda de una raza desaparecida se me aparezca ahora y me angustie. Es tonto.

Anita ya no vive aquí.

¿Quién mató al petirrojo? Yo, dijo el gorrión...

Cerró la puerta y cruzó el cuarto.

Muebles cubiertos de polvo todavía esperaban al hombre que no había vuelto. Aparatos y herramientas cubiertos de polvo descansaban sobre las mesas. Hileras de libros cubiertos de polvo llenaban la biblioteca maciza.

Se han ido, dijo Jenkins, hablándose a sí mismo. Y nadie conoce la hora o la causa. Ni tampoco cuándo volverán. Se escabulleron en la noche y no dijeron a nadie que se iban. Y aun ahora, algunas veces, se reirán entre dientes al pensar que creemos que todavía están aquí, se reirán al pensar que estamos esperando que salgan.

Había otras puertas, y Jenkins se encaminó hacia una de ellas, y con la mano en el pestillo reflexionó sobre la futilidad de abrirla, la futilidad de continuar buscando. Como este cuarto, viejo y vacío, serían los otros.

Apretó el pestillo con el pulgar y la puerta se abrió. Se sintió una oleada de calor, pero no había otro cuarto. Más allá de la puerta se extendía un desierto, un desierto amarillo hasta un horizonte calcinado por un enorme sol azul.

Una criatura que podía ser un lagarto, pero que era otra cosa, se deslizó por las arenas como un rayo de luz, emitiendo un fantástico silbido.

Jenkins cerró ruidosamente la puerta, con el cuerpo y la mente helados.

Un desierto. Un desierto, y algo que se deslizaba por la arena. No otro cuarto, no un vestíbulo, ni siquiera un porche, sino un desierto.

Y el sol era azul, azul y ardiente.

Lenta, cautelosamente, abrió otra vez la puerta, primero una rendija, luego un poco más.

El desierto seguía allí.

Jenkins cerró otra vez, rápidamente, y se apoyó de espaldas en la puerta, como si fuera necesaria toda la fuerza de su cuerpo metálico para impedir que el desierto entrase en la habitación, para evitar las implicaciones de la puerta y el desierto.

Eran inteligentes, se dijo. Inteligentes y de gran rapidez mental. Demasiado rápidos y demasiado inteligentes, comparados con los hombres comunes. Nunca sabremos hasta qué punto eran inteligentes. Pero sé ahora que no habíamos llegado a imaginar cuánto lo eran.

El cuarto es sólo la antesala de otros mundos, un pasillo que cruza espacios insospechables y llega a otros planetas que giran alrededor de soles desconocidos. Un camino para dejar esta tierra sin salir de ella. Un camino para atravesar el vacío sin cruzar el umbral.

Había otras puertas. Jenkins las miró fijamente y sacudió la cabeza.

Lentamente, cruzó la habitación dirigiéndose hacia la puerta de entrada. Con cuidado, no queriendo quebrar el silencio de la polvorienta habitación, levantó el pestillo, abrió la

puerta, y se encontró otra vez en el mundo familiar. El mundo de la luna y las estrellas, de la niebla del río entre las colinas, de las copas de los árboles que se hablaban unas a otras.

Los ratones corrían todavía por sus senderos en la hierba, con felices pensamientos ratoniles que apenas eran pensamientos. Un búho meditaba en una rama sus criminales reflexiones.

Tan cerca aún, pensó Jenkins. Tan cerca aún de la vieja sed de sangre, el odio carnicero. Pero estamos ofreciéndoles un comienzo superior al que tuvo el hombre. Aunque probablemente otro comienzo no hubiese representado para la humanidad ninguna diferencia. Y aquí están otra vez: la vieja codicia criminal del hombre, el anhelo de ser distintos y más fuertes, de imponer su voluntad de dominio mediante invenciones. Invenciones que dan al brazo una fuerza que no tiene ningún otro brazo o garra, gracias a las cuales los dientes penetran a mayor profundidad que cualquier colmillo y es posible atravesar distancias que no están al alcance de la mano.

Pensé que podía obtener ayuda. Por eso vine aquí. Y no hay ayuda.

Ninguna ayuda. Pues los mutantes eran los únicos hombres que hubiesen podido ayudarlo, y habían desaparecido.

Depende ahora de ti, dijo Jenkins bajando las escaleras. La humanidad depende de ti. Tienes que detenerlos de algún modo. No puedes permitirles que se metan en el trabajo de los perros. No puedes permitirles que vuelvan a transformar la Tierra en un mundo de flechas y arcos.

Atravesó la sombría arboleda del valle y sintió el aroma de las hojas marchitas del otoño sobre el verde de las plantas nuevas. Y aquello era algo, se dijo, que no había conocido antes.

Su cuerpo anterior carecía del sentido del olfato.

Olfato, mejor vista, y la sensación de conocer los pensamientos ajenos, leer el pensamiento de los coatíes, sospechar los pensamientos de los ratones, sentir el crimen en los cerebros de los búhos y las comadrejas.

Y algo más. Un odio débil que traía el viento, un extraño grito de terror.

Pasó como una centella por su cerebro e hizo que se detuviera. En seguida echó a correr, colina arriba, no como pudiera correr un hombre entre las sombras, sino como corre un robot que ve en la oscuridad, y con la fuerza de un cuerpo metálico que no conoce el cansancio de los pulmones ni la falta de aliento.

Odio, y un odio semejante sólo podía nacer en cierta criatura.

La sensación creció y se ahondó mientras subía corriendo por el sendero. Su mente gemía amedrentada por lo que podía encontrar.

Llegó a un grupo de arbustos y se detuvo de pronto.

El hombre se adelantaba con los dedos crispados como garras, y a un lado, en la hierba, yacía el arco roto. El cuerpo gris del lobo estaba tendido, mitad en la oscuridad y mitad a la luz de la luna, y una cosa sombría que era mitad luz, mitad sombra, se alejaba del lobo. Se la veía, pero nunca claramente, como la criatura fantasmal de un sueño.

—¡Peter! —gritó Jenkins, pero las palabras no le brotaron de la boca.

Pues sintió el terror que dominaba la mente de aquella criatura apenas visible, un terror que se abría paso a través del odio del hombre que se adelantaba hacia la babeante burbuja de sombra. Era un terror agazapado y una necesidad imperiosa, la necesidad de encontrar, de recordar.

El hombre alcanzaba casi a la sombra, caminando muy tieso y erguido, un hombre con un cuerpo diminuto y puños ridículos, y coraje. Coraje, pensó Jenkins, como para desafiar al mismo infierno, como para lanzarse de cabeza a los abismos y gritarle una broma obscena y fantástica al guardián de los condenados. De pronto la criatura encontró, encontró lo que buscaba, supo qué tenía que hacer. Jenkins sintió la marea de alivio que inundaba a la criatura, escuchó aquello, en parte palabras, en parte símbolos, en parte pensamientos. Como un encantamiento, como una fórmula mágica, pero no del todo. Un ejercicio mental, un pensamiento que gobernaba el cuerpo. Eso era quizá.

Pues dio resultado.

La criatura desapareció, salió del mundo.

No dejó rastros. No quedaron ni las vibraciones de su ser. Como si nunca hubiese existido.

¿Y lo que había dicho? ¿Lo que había pensado? Era algo así, algo así...

Jenkins dio un salto, estremeciéndose. Estaba grabado en su mente, y él lo recordaba, recordaba las palabras y el pensamiento, y la inflexión correcta. Pero no debía usarlo, debía olvidarlo, debía mantenerlo oculto.

Pues había dado resultado con aquel duende. Y daría resultado con él mismo.

El hombre había dado media vuelta, y ahora estaba allí, débil, con las manos caídas, con los ojos clavados en Jenkins.

En la mancha blanca de la cara se le movieron los labios:

—Tú... tú...

—Soy Jenkins —dijo el robot—. Éste es mi cuerpo nuevo.

—Había algo ahí.

—Era un duende —dijo Jenkins—. Joshua me dijo que uno había atravesado la pared.

—Mató al lobo —dijo Peter.

Jenkins afirmó con la cabeza.

—Sí, mató al lobo. Y a muchos más. Es el causante de todas esas muertes últimas.

—Y yo lo maté —dijo Peter—. Lo maté... o lo alejé... o algo.

—Lo asustaste y se marchó —dijo Jenkins—. Eras más fuerte que él. Te temía. Lo asustaste y volvió a su mundo.

—Podía haberlo matado —dijo Peter—. Pero la cuerda se rompió.

—La próxima vez harás cuerdas más fuertes. Te mostraré cómo. Y le pondrás una punta de acero a tu flecha.

—¿A mi qué?

—A tu flecha. La vara que se arroja es una flecha. La otra vara con la cuerda se llama arco. Todo junto es un arco y una flecha.

Los hombros de Peter se doblaron hacia adelante.

—Entonces esto ya se conocía. No he sido el primero.

Jenkins sacudió la cabeza.

—No, no fuiste el primero.

Jenkins se adelantó por la hierba y puso una mano en el hombro de Peter.

—Ven a casa conmigo, Peter.

Peter negó con la cabeza.

—No. Me quedaré aquí con el lobo hasta el alba. Y luego llamaré a sus amigos y lo enterraremos —alzó la vista y miró de frente a Jenkins—. Era un gran amigo mío, Jenkins. Un gran amigo.

—Sí, lo creo —dijo Jenkins—. Pero irás al picnic.

—Oh, sí —dijo Peter—. Iré al picnic. El picnic de los websters. Dentro de una semana.

—Así es —dijo Jenkins muy lentamente, pesando las palabras—. Así es. Te veré allí.

Dio media vuelta y se alejó, despacio, colina arriba.

Peter se sentó junto al lobo muerto, esperando el alba. Una o dos veces alzó una mano para frotarse las mejillas.

Estaban sentados en semicírculo y escuchaban con atención a Jenkins.

—Escuchad bien —dijo Jenkins—. Esto es muy importante. Tenéis que prestar atención, pensar de veras y no separaros de las cosas que veis aquí: las cestas, el arco, las flechas, y lo demás.

Una de las jóvenes lanzó una risita.

—¿Es un juego nuevo, Jenkins?

—Sí —dijo Jenkins—, o algo parecido. Quizá sea eso .. un juego nuevo. Y muy excitante. Realmente excitante.

Alguien dijo:

—Jenkins siempre inventa juegos nuevos para el picnic de los websters.

—Atended —dijo Jenkins—. Tenéis que mirarme y tratar de imaginar lo que estoy pensando.

—Es un juego de adivinanzas —dijo la muchacha de la risita—. Me gustan mucho las adivinanzas.

Jenkins dio a su boca la forma de una sonrisa.

—Tienes razón —dijo—. Eso es, exactamente. Un juego de adivinanzas. Bueno, si ahora prestáis atención y me miráis...

—Yo quería probar estos arcos y flechas —dijo uno de los hombres—. Cuando esto termine los probaremos, ¿no es cierto, Jenkins?

—Sí —dijo Jenkins pacientemente—. Cuando esto termine los probaremos.

Cerró los ojos e hizo que su mente tocara a todos, uno a uno, y sintió la expectación estremecida de las mentes que se abrían a la suya, y los dedos mentales que le sondeaban el cerebro.

—Más fuerte —pensó Jenkins—. ¡Más fuerte! ¡Más fuerte!

Sintió que un temblor le sacudía el cerebro y lo hizo rápidamente a un lado. No era hipnotismo, tampoco telepatía, pero no lo podía hacer mejor. Un acercamiento, una unión de mentes... un juego.

Con lentitud, con cuidado, sacó a la superficie el símbolo escondido, las palabras, el pensamiento y la inflexión. Y luego los introdujo en su mente, como si estuviese hablándole a un niño, tratando de enseñarle el tono exacto, el modo de mover los labios, la lengua.

Los dejó allí un momento, y sintió que las otras mentes lo tocaban. Y entonces lo pensó abiertamente, como lo había hecho la criatura.

Y no ocurrió nada. Absolutamente nada. Nada cambió en su mente. Ninguna sensación de caída, ningún vértigo. Nada.

De modo que había fracasado. No había más que hacer. El juego había concluido.

Abrió los ojos y la colina era la misma. El sol brillaba aún, y el cielo era un huevo de petirrojo.

Inmóvil, tieso, en silencio, sintió que los otros lo miraban.

Todo era como antes.

Excepto...

Había una margarita donde antes asomaba una florecilla roja de té. A un lado se extendía una pradera. Y antes de cerrar los ojos no había praderas.

—¿Eso es todo? —preguntó la joven de la risita, claramente desilusionada.

—Eso es todo —dijo Jenkins.

—Ahora podremos probar los arcos y flechas —dijo uno de los jóvenes.

—Sí —dijo Jenkins—, pero tened cuidado. No os apuntéis entre vosotros. Es peligroso. Peter os enseñará.

—Desempaquetaremos el almuerzo —dijo una de las mujeres—. ¿Has traído tu cesta, Jenkins?

—Sí —dijo Jenkins—. La tiene Esther. La tenía en sus brazos mientras jugábamos.

—Magnífico —dijo la mujer—. Nos sorprendes todos los años con las cosas que traes.

Y se sorprenderán este año, pensó Jenkins. Se sorprenderán al ver los paquetes de semillas, bien clasificadas.

Pues necesitaremos semillas. Semillas para nuevos jardines y nuevas huertas. Y arcos y flechas para obtener carne. Y lanzas y cuchillos para el pescado.

Ahora comenzaba a ver otras cosas que eran distintas. La inclinación de un arbusto en los límites del prado. Y una curva nueva en el río.

Jenkins, tranquilamente sentado al sol, escuchaba los gritos de los hombres y jóvenes que probaban los arcos, y las conversaciones de las mujeres mientras extendían los manteles y desempaquetaban los almuerzos.

Tendré que decirlo pronto, pensó. Tendré que advertirles que no malgasten la comida, que no la devoren de una sola vez. Pues necesitaremos esa comida para mantenernos un día o dos hasta que encontremos plantas comestibles, peces y frutas.

Sí, muy pronto tendré que llamarlos y anunciarles la novedad. Decirles que dependen de ellos mismos. Explicarles por qué. Animarles a que sigan adelante y hagan lo que más desean. Pues éste es un mundo nuevo.

Prevenirlos contra los duendes.

Aunque esto es menos importante. El hombre tiene sus métodos propios para estos casos. Métodos un tanto rudos. Y que aplica a cualquier cosa que se le cruce en el camino.

Jenkins suspiró.

El Señor ampare a los duendes, dijo.

ALGUNOS SOSPECHAN que el octavo y último cuento puede ser un fraude, que no corresponde al ciclo de la antigua leyenda, que es una historia más reciente preparada por algún cuentista hambriento de notoriedad.

En su estructura, es aceptable; pero no se advierte en él la habilidad narrativa de las otras historias. Hay que añadir, además, que es demasiado visiblemente un cuento. La referencia a distintos hechos es demasiado inteligente, y une distintos aspectos de la leyenda de un modo artificial.

Y sin embargo, mientras que en los otros cuentos —indudablemente legendarios— no puede encontrarse ninguna base histórica, esa base existe en éste.

Ya se sabe que uno de los mundos cerrados es un mundo de hormigas. Lo es hoy, y lo ha sido durante innumerables generaciones.

No hay prueba de que el mundo de las hormigas sea la patria de los perros, pero nada prueba tampoco lo contrario. El hecho de que distintas investigaciones no hayan descubierto hasta ahora ningún mundo que pueda considerarse el mundo original, parece indicar que el mundo de las hormigas es realmente el llamado Tierra. Si es así, toda esperanza de encontrar mayores pruebas sobre el origen de la leyenda debe considerarse perdida. Pues sólo en ese primer mundo puede haber artefactos que revelen, más allá de toda duda, el origen de la leyenda. Solo allí podría encontrarse respuesta al problema básico de la existencia, o no existencia, del hombre. Si el mundo de las hormigas es la Tierra, entonces la ciudad cerrada de Ginebra y la casa en la colina de los Webster están perdidas para siempre.

El modo más simple

ARCHIE, EL PEQUEÑO coatí renegado, se agazapó en la falda de la colina, tratando de cazar una de esas cosas huidizas y diminutas que corrían por el pasto.

Rufus, el robot de Archie, trataba de hablarle, pero el coatí estaba demasiado ocupado y no le prestaba atención.

Homer hizo algo que ningún perro había hecho hasta entonces. Cruzó el río y se metió en el campamento de los robots salvajes. Sentía miedo, pues no se podía saber qué harían los robots cuando lo viesan. Pero su preocupación era mayor que su miedo, de modo que no vaciló.

En lo hondo de un nido secreto, las hormigas soñaban y proyectaban un mundo incomprendible. Y luchaban con la esperanza de que ocurriera lo mejor, encaminándose a una meta que ningún perro, ningún robot ni ningún hombre podrían entender.

En Ginebra, Jon Webster se acercaba a los diez mil años de animación suspendida y dormía profundamente. En la calle, afuera, una brisa ociosa arrastraba las hojas que susurraban sobre el pavimento, pero nadie las veía ni las oía. Jenkins cruzó la colina sin mirar ni a la derecha ni a la izquierda, pues había allí muchas cosas que no deseaba ver. Había un árbol que se alzaba en el sitio donde en otro mundo crecía un árbol similar. Llevaba ese suelo en el cerebro, y en él había un billón de pisadas impresas a lo largo de diez mil años.

Y si uno escuchaba con atención, podía oírse una risa que resonaba a lo largo de las edades... la risa sardónica de un hombre llamado Joe.

Archie logró cazar al fin una de aquellas cosas escurridizas y cerró con fuerza la garra. Alzó luego la garra con cuidado, la abrió, y la cosa estaba allí, corriendo locamente, tratando de escapar.

—Archie —dijo Rufus—, no me estás escuchando.

La cosa escurridiza se metió en la piel de Archie y le subió por el antebrazo.

—Quizá sea una pulga —dijo Archie. Se sentó y se rascó el vientre—. Una nueva especie. Aunque espero que no. La especie conocida ya era bastante mala.

—No estás escuchando —dijo Rufus.

—Estoy ocupado —dijo Archie—. La hierba está llena de estas cositas. Quiero averiguar qué son.

—Me voy, Archie.

—¿Te qué?

—Me voy —dijo Rufus—. Me voy al Edificio.

—Estás loco —dijo Archie—. No puedes hacerme eso. Desvarías un poco desde que te caíste en aquel hormiguero.

—He recibido la llamada —dijo Rufus—. Me voy.

—He sido bueno contigo —dijo el coatí—. Nunca te di demasiado trabajo. Has sido para mí más un compañero que un robot. Te he tratado siempre como a un animal.

Rufus sacudió la cabeza porfiadamente.

—No puedes hacerme quedar. He recibido la llamada y tengo que irme.

—Ya sabes que no podría conseguir otro robot —continuó Archie—. Me quitaron mi número y me escapé. Soy un desertor, y tú lo sabes. Sabes que no podré conseguir otro robot. Los guardias me vigilan.

Rufus guardó silencio, inmóvil.

—Te necesito —dijo Archie—. Tienes que quedarte y ayudarme. No puedo acercarme a ninguno de los puestos de comida, pues los guardias caerían sobre mí y me llevarían de vuelta a la casa de los Webster. Tienes que ayudarme a cavar una madriguera. Se acerca el invierno y la voy a necesitar. No tendrá luz ni calor, pero la necesitaré. Y tú tienes que...

Rufus había dado media vuelta y estaba alejándose colina abajo, hacia el río. Hacia el río... hacia la sombra oscura que se alzaba en el lejano horizonte.

Archie se agazapó de espaldas al viento que le rizaba el pelo y le enrollaba la cola alrededor de los pies. En el viento había algo helado, algo helado que una hora antes no existía. Y ese hielo no tenía relación con la temperatura, sino con otras cosas.

Sus ojos, de cuentas brillantes, recorrieron la colina. No había huellas de Rufus.

Sin comida, sin madriguera, sin robot. Perseguido por los guardias. Devorado por las pulgas.

Y el Edificio, una mancha que se alzaba contra las colinas más lejanas, al otro lado del río.

Cien años antes, decían los Archivos, el Edificio no era más grande que la casa de los Webster.

Pero había crecido desde entonces... y no se completaba nunca. Al principio había cubierto una hectárea. Luego más de un kilómetro cuadrado. Ahora era una ciudad. Y crecía aún, extendiéndose y elevándose.

Una mancha contra las colinas y un nebuloso terror para los pequeños y supersticiosos habitantes del bosque. Una palabra que inmovilizaba de miedo a crías y cachorros.

Pues en el Edificio reinaba el mal... el mal de lo desconocido, un mal presentido e imaginado antes que visto u oído. Un mal que se adivinaba especialmente de noche,

cuando se apagaban las luces y el viento gemía en la boca de las madrigueras, y los otros animales dormían y uno despertaba y escuchaba los latidos de esa otra cosa que cantaba entre los mundos.

Archie parpadeó al sol otoñal y se rascó furtivamente un costado.

Quizás algún día, se dijo, alguien encontrará un modo de librarse de las pulgas. Algo para rascarse la piel y que las aleje. O un modo de razonar con ellas, llegar a ellas y hablarles. Quizá podría instalárselas en una reserva, donde se les daría de comer y no molestarían a otros animales. O algo parecido.

Por ahora no había mucho que hacer. A veces el robot se encargaba de pescarlas. Aunque el robot sacaba a veces más pelos que pulgas. Otras, uno se revolcaba por la arena o el polvo. O se tiraba al río y ahogaba a algunas... bueno, no las ahogaba en realidad. Uno sólo se las sacaba de encima, y si algunas se ahogaban era porque tenían mala suerte.

A veces las pescaba el robot... pero ahora no había robot.

Sin robot para eliminar las pulgas.

Sin robot para conseguir comida.

Pero, recordó Archie, había un árbol de bayas a orillas del río, y la escarcha de la noche anterior quizá no había tocado los frutos. Se pasó la lengua por el hocico pensando en las bayas. Y había un campo de maíz, junto a la colina. Si uno se apresuraba, no perdía tiempo, y lograba no ser visto, podía conseguirse una espiga. Y en el peor de los casos, siempre podría recurrir a las raíces, las bellotas, y las uvas silvestres que crecían en el banco de arena.

Que Rufus se vaya, si quiere, murmuró Archie para sí mismo. Que los perros se guarden sus puestos de comida. Que los guardias sigan vigilando.

Iba a vivir su propia vida. Comería fruta y raíces, y se metería a hurtadillas en los campos de maíz, como habían hecho sus antecesores.

Viviría como habían vivido los otros coatíes antes que apareciesen los perros con esa idea de la Hermandad de las Bestias. Como habían vivido los animales antes que pudiesen hablar con palabras, antes que pudiesen leer los libros que les prestaban los perros, antes que hubiese robots para que sirviesen de manos, antes que hubiese luz y calefacción en las madrigueras.

Sí, y antes que hubiese una lotería que le dijese a uno si se quedaba en la Tierra o se iba a otro mundo.

Los perros, recordó Archie, habían tratado de mostrarse persuasivos acerca de esto, razonables y suaves. Algunos animales, habían dicho, tenían que ir a otros mundos, o habría demasiados animales en la Tierra. La Tierra no era bastante grande para contener a todos. Y una lotería, señalaron, era lo mejor para decidir quién debía irse.

Y al fin y al cabo, habían dicho, los otros mundos eran muy similares a la Tierra. Pues eran nada más que extensiones de la Tierra. Otros mundos que seguían las huellas de la Tierra. No eran exactamente iguales, quizá, pero sí bastante parecidos. Sólo unas pocas diferencias mínimas. Quizá ningún árbol donde aquí había un árbol. Quizás un roble donde aquí había un castaño. Quizás un manantial de agua fresca donde aquí no había ningún manantial.

Quizá, le habían dicho a Homer con un entusiasmo creciente, el mundo que le había tocado era mucho mejor que la Tierra.

Archie se acurrucó contra la colina, sintiendo el sol tibio del otoño que se escurría entre el frío del viento. Pensó en las bayas negras. Quizá eran blandas y pulposas, y algunas, quizá, habían caído al suelo. Podía comer las que estaban caídas, y luego subir al árbol y recoger algunas más, y luego bajar y comer las que se habían desprendido mientras estaba en el árbol.

Podía comerlas y sostenerlas entre las patas y hasta pasárselas por el rostro. Hasta podía revolcarse en ellas.

Vio otra vez, de reojo, las cositas que se deslizaban por la hierba. Como hormigas, pensó, sólo que no eran hormigas. Por lo menos no como las hormigas que había visto otras veces.

Pulgas quizá. Una nueva especie de pulgas.

Extendió una pata y cazó una. Sintió cómo le corría por la palma. Abrió la garra, la vio correr, y volvió a cerrar la garra.

Se llevó la garra a la oreja y escuchó.

¡La cosita que había cazado hacía ruido!

El campamento de los robots salvajes no era exactamente como Homer se lo había imaginado. No había edificios. Sólo rampas y tres naves del espacio y una docena de robots que trabajaban en una de las naves.

Aunque si bien se pensaba, se dijo Homer, uno tendría que saber que en un campamento de robots no había edificios. Pues los robots no necesitaban refugios, y eso eran en verdad los edificios.

Homer sentía miedo, pero trató de no demostrarlo. Alzó la cola, y con la cabeza levantada y las orejas echadas hacia adelante, se acercó sin titubear al grupo de robots. Cuando llegó junto a ellos, se sentó, sacó la lengua y esperó a que alguno le dirigiera la palabra.

Pero como ninguno lo hizo, sacó fuerzas de flaqueza y les habló él mismo:

—Me llamo Homer, y represento a los perros. Si tenéis un robot jefe me gustaría hablar con él.

Los robots siguieron trabajando un minuto, y al fin uno de ellos se dio vuelta, se acercó y se agachó junto a Homer de modo que su cabeza estaba a la misma altura que la cabeza del perro. Los otros robots siguieron trabajando como si nada hubiese ocurrido.

—Me llamo Andrew —dijo el robot— y no soy lo que tú llamas un robot jefe, pues no existen semejantes títulos entre nosotros. Pero puedo hablar contigo.

—He venido a verlo a propósito del Edificio —dijo Homer.

—Imagino —dijo el robot— que estás hablando de la estructura que se alza en el nordeste. La que se ve desde aquí si te das la vuelta.

—Esa misma —dijo Homer—. Queremos saber para qué la construisteis.

—Pero nosotros no la construimos —dijo Andrew.

—Hemos visto robots que trabajan allí.

—Sí, allí trabajan robots. Pero no la construimos nosotros.

—¿Estáis ayudando a alguien? —preguntó Homer.

Andrew sacudió la cabeza.

—Algunos recibieron una llamada... una llamada para que fuesen a trabajar allí. El resto no trató de detenerlos, pues somos libres.

—¿Pero quién la construye entonces? —preguntó Homer.

—Las hormigas —dijo Andrew.

Homer abrió la boca.

—¿Las hormigas? ¿Se refiere a los insectos? ¿A los que viven en los hormigueros?

—Precisamente —dijo Andrew. Hizo correr los dedos de una mano sobre la arena y trazó algo parecido a un camino de hormigas.

—Pero no pueden construir una cosa como ésa —protestó Homer—. Son estúpidas.

—Ya no —dijo Andrew.

Homer estaba clavado en la arena, y un helado estremecimiento de terror le corría por los nervios.

—Ya no —dijo Andrew hablando para sí mismo—. Ya no son estúpidas. Hubo una vez un hombre llamado Joe...

—¿Un hombre? ¿Qué es eso? —preguntó Homer.

El robot cloqueó como si reprendiera suavemente a Homer.

—Los hombres eran animales —dijo—. Animales que caminaban en dos patas. Se parecían mucho a nosotros, pero ellos eran de carne y nosotros somos de metal.

—Se refiere sin duda a los websters —dijo Homer—. Conocemos seres parecidos, pero los llamamos websters.

El robot movió afirmativamente la cabeza, con lentitud.

—Sí, los websters pueden ser hombres. Había una familia de ellos que se llamaba así. Vivía del otro lado del río.

—Hay un lugar que se llama casa de los Webster —dijo Homer—. Se alza en la colina Webster.

—Ése es el lugar —dijo Andrew.

—La conservamos tal como era antiguamente —dijo Homer—. Es un santuario para nosotros, aunque no sabemos por qué. La recomendación ha pasado de generación en generación... hay que conservar la casa Webster.

—Los websters —dijo Andrew— fueron los que enseñaron a hablar a los perros.

Homer se endureció.

—Nadie nos enseñó a hablar. Aprendimos nosotros mismos. Desarrollamos el sentido del lenguaje en el curso de muchos años. Y enseñamos a otros animales.

Andrew, el robot, sentado en cuclillas al sol, movía afirmativamente la cabeza como siguiendo el curso de sus propios pensamientos.

—Diez mil años —dijo—. No, creo que nos acercamos a los doce mil. Once mil, quizá.

Homer esperó, y mientras esperaba sintió el peso de los años sobre las colinas... los años del río y el sol, de la arena, el viento y el cielo.

Y los años de Andrew.

—Es usted muy viejo —dijo—. ¿Puede recordar cosas tan lejanas?

—Sí —dijo Andrew—. Aunque soy uno de los últimos robots construidos por el hombre. Me hicieron unos pocos años antes que salieran para Júpiter.

Homer, silencioso, sentía un torbellino en la cabeza.

Hombre... una palabra nueva.

Un animal que caminaba en dos patas.

Un animal que había construido los robots, que había enseñado a hablar a los perros.

Y, como si adivinase el pensamiento de Homer, Andrew dijo:

—No debíais haberos apartado de nosotros. Debimos haber trabajado juntos. Trabajamos juntos una vez. Ambos habríamos ganado si hubiésemos trabajado juntos.

—Teníamos miedo de vosotros —dijo Homer—. Yo aún tengo miedo de ti.

—Sí —dijo Andrew—. Sí, supongo que sí. Supongo que Jenkins hizo que nos temierais. Jenkins era inteligente. Sabía que vosotros teníais que empezar desde el principio. Sabía que no debíais cargar con el recuerdo del hombre como un peso muerto.

Homer calló.

—Y nosotros —dijo el robot— no somos más que el recuerdo del hombre. Hacemos lo que él hacía, aunque más científicamente, pues como somos máquinas tenemos que ser científicos. Más pacientes también que el hombre, pues disponemos de mucho tiempo, y él sólo tenía unos pocos años de vida.

Andrew dibujó dos líneas en la arena, y las cruzó con otras dos. Marcó con una X el extremo superior izquierdo.

—Creerás que estoy loco —dijo—. Piensas que estoy hablando sin ton ni son.

Homer hundió las ancas en la arena.

—No sé qué pensar —dijo—. Durante todos estos años...

Andrew dibujó una O con el dedo en el cuadrado central de la figura trazada en la arena.

—Ya sé —dijo—. Durante todos estos años habéis vivido con un sueño. La idea de que los perros fueron los iniciadores. Y cuesta admitir los hechos, cuesta bastante comprenderlos. Tal vez fuese mejor que olvidases todo lo que te he dicho. Los hechos son dolorosos a veces. Un robot tiene que trabajar con ellos, pues no tiene otra cosa. No podemos soñar, ya lo sabes. Únicamente disponemos de hechos.

—Superamos hace mucho los hechos —dijo Homer—. Eso no significa que no los usemos. Pero trabajamos con otras herramientas. Escuchamos, intuimos.

—Vosotros no sois mecánicos —dijo Andrew—. Para vosotros dos y dos no son siempre cuatro. Para nosotros debe ser cuatro. Y a veces me pregunto si la tradición no nos engeuece. A veces me pregunto si dos y dos no pueden ser más o menos que cuatro.

Agachados, en silencio, miraron el río: una corriente de plata fundida que recorría a saltos una tierra coloreada.

Andrew dibujó una X en el ángulo superior derecho de la figura, una O en el espacio superior central, y una X en el espacio inferior central. Con la palma de la mano alisó la arena.

—Nunca gano —dijo—. Soy demasiado listo para mí mismo.

—Me hablaba usted de las hormigas —dijo Homer—. De que ya no eran estúpidas.

—Oh, sí —dijo Andrew—. Te hablaba de un hombre llamado Joe...

Jenkins cruzó la colina sin mirar ni a la derecha ni a la izquierda, pues había cosas que no quería ver, cosas que le golpeaban con demasiada fuerza la memoria. Había un árbol en el mismo lugar donde en otro mundo se alzaba otro árbol. En el suelo había un billón de pisadas impresas a lo largo de diez mil años.

El débil sol invernal de la tarde oscilaba allá arriba, oscilaba como una vela movida por el viento, y cuando dejaba de moverse y de oscilar, brillaba la luz de la luna, y ya no la luz del sol.

Jenkins apresuró el paso y dio media vuelta. La casa estaba allí... echada en el suelo, reclinada en la colina, como algo joven y soñoliento que se apretaba contra la madre tierra.

Jenkins dio un paso titubeante, y al moverse su cuerpo metálico resplandeció y reflejó la luz lunar que un momento antes había sido la luz del sol.

Del valle del río llegó la voz quejosa de un pájaro nocturno, y un coatí gemía en un campo de maíz junto a la colina.

Dio otro paso y rogó que la casa no se moviese... aunque sabía que no podía, pues no estaba allí. Pues ésta era una colina desierta donde nunca se había alzado una casa. Éste era otro mundo, donde esa casa no había existido.

La casa siguió allí, oscura y silenciosa, con su chimenea sin humo, sin luz en las ventanas, pero con ciertas características que no permitían el error.

Jenkins se movió lenta, cuidadosamente, temiendo que la casa desapareciese, temiendo que pudiera asustarla y que se escapase.

Pero la casa continuó en su sitio. Y había más. El árbol de la esquina había sido un álamo y ahora era un roble, como antes. En el cielo había una luna otoñal, y no un sol de invierno. La brisa soplaba del oeste, y no del norte.

Algo ha ocurrido, pensó Jenkins. Eso que ha estado creciendo en mí, y no puedo entender. ¿Una nueva habilidad? ¿O un nuevo sentido que alcanza al fin la madurez? O un poder nunca soñado.

El poder de ir de un mundo a otro a voluntad. El poder de ir a donde quiera por el camino más corto que las retorcidas líneas de la fuerza y la casualidad puedan ofrecerme.

Caminó con menos cuidado y la casa siguió allí, sin moverse, sólida y substancial.

Cruzó el patio cubierto de hierbas y se detuvo ante la puerta.

Titubeando, alargó una mano y tocó el pestillo. Y el pestillo seguía allí. No era un objeto fantasmagórico. Era algo concreto, metálico.

Alzó lentamente el pestillo y la puerta se abrió. Jenkins cruzó el umbral.

Después de cinco mil años, Jenkins volvía a su casa, a la casa de los Webster.

De modo que había habido un hombre llamado Joe. No un webster, sino un hombre. Pues un webster era un hombre. Y los perros no habían sido los primeros.

Homer estaba echado ante el fuego (un flexible montón de piel, huesos y músculos) con la cabeza apoyada en las patas. Con ojos entrecerrados miraba el fuego y las sombras, y el calor de los leños ardientes le suavizaba el pelo.

Pero en su interior veía la arena y el robot en cuclillas y las colinas aplastadas por los años.

Andrew se había agachado en la arena y había hablado mientras el sol del otoño se reflejaba en sus espaldas. Había hablado de hombres, perros y hormigas. De algo que había ocurrido cuando vivía Nathaniel. Algo muy remoto, pues Nathaniel había sido el primer perro.

Había existido un hombre llamado Joe, un mutante, un más que hombre... Joe se había preocupado por las hormigas doce mil años atrás. Se había preguntado por qué las hormigas habían progresado tanto y luego se habían detenido, por qué habían llegado aparentemente a un callejón sin salida.

El hambre, quizás, había razonado Joe... La continua necesidad de acumular comida para poder sobrevivir. Las invernadas, quizá, el estancamiento del sueño invernal. La cadena de los recuerdos se rompía, había que comenzar de nuevo. Todos los años eran un génesis para las hormigas.

De modo que (había dicho Andrew, la cabeza calva brillante bajo el sol) Joe eligió un hormiguero, y se convirtió a sí mismo en un dios que cambiaría el destino de las hormigas. Las alimentó para que no tuvieran que luchar contra el hambre. Encerró la

colonia en una cúpula de vidrio e instaló un servicio de calefacción para que no tuviesen que invernar.

Y la idea dio resultado. Las hormigas comenzaron a progresar. Fabricaron carritos y fundieron minerales. Esto era por lo menos lo que se veía, pues los carritos corrían por la superficie y el humo surgía de unas diminutas chimeneas. Qué otras cosas hacían, qué otras cosas aprendían allá en lo hondo de sus túneles, era imposible saberlo.

Joe estaba loco, había dicho Andrew... y sin embargo quizá no estaba tan loco.

Pues un día destrozó la cúpula de vidrio y aplastó el hormiguero. Y luego dio media vuelta y se alejó, no preocupándose más por lo que había ocurrido con las hormigas.

Pero las hormigas se preocuparon.

La mano que había roto la cúpula, el pie que había aplastado el hormiguero habían impulsado a las hormigas por el camino de la grandeza. Las habían obligado a luchar... a luchar para conservar sus bienes, a luchar para no volver a encontrarse en un callejón sin salida.

Un puntapié en las posaderas, había dicho Andrew. Un buen puntapié. Un puntapié bien dirigido.

Doce mil años atrás, un hormiguero aplastado.

Hoy, un enorme edificio que crecía continuamente. Un edificio que había llegado a tener el tamaño de una ciudad en sólo un siglo. Un edificio que ocuparía un día toda la Tierra. La Tierra, que pertenecía no a las hormigas sino a los animales.

Un edificio... Aunque se lo había llamado así desde un comienzo, no era eso exactamente. Pues un edificio era un refugio, un lugar donde protegerse de las tormentas y el frío. Las hormigas no lo necesitaban, pues tenían sus túneles.

¿Con qué propósito construirían las hormigas algo que había alcanzado en un siglo tales proporciones y que seguía creciendo? ¿Qué posible uso podían encontrarle las hormigas?

Homer hundió el hocico entre las patas y emitió un gruñido sordo.

No había modo de averiguarlo. Ante todo había que saber cómo pensaba una hormiga. Había que conocer sus proyectos y ambiciones. Había que sondear sus conocimientos.

Doce mil años de conocimiento. Doce mil años de evolución a partir de un punto ignorado.

Pero había que averiguarlo. Tenía que haber un modo.

Pues el Edificio se extendía sin cesar. Primero un kilómetro, luego diez y después cien. Cien kilómetros, y luego otros cien, y por fin el mundo.

Una retirada, pensó Homer. Tendremos que pensar en una retirada. Podemos emigrar a otros mundos, los mundos que nos siguen en la corriente del tiempo, los mundos que nos pisan los talones. Podemos dejar la Tierra a las hormigas y aún sobraré espacio para nosotros.

Pero éste es nuestro hogar. Aquí se desarrollaron los perros. Aquí enseñamos a los animales a hablar y actuar juntos. Aquí creamos la Hermandad de las Bestias.

Pues no importa quién fue el primero... el perro o el webster. Nuestro hogar está aquí. Y es nuestro tanto como de los websters. Nuestro tanto como de las hormigas.

Y hay que detener a las hormigas.

Tiene que haber un modo de detenerlas. Un modo de hablarles, de descubrir lo que quieren. Un modo de entenderse con ellas. Alguna base para negociar. Algún posible acuerdo.

Homer, inmóvil y echado ante la chimenea, escuchó los murmullos que corrían por la casa, las suaves y lejanas pisadas de los robots en sus recorridas habituales, las voces apagadas de los perros en las habitaciones del primer piso, los gruñidos de las llamas mientras devoraban los leños.

Una buena vida, murmuró Homer. Una buena vida, y una vida que creamos nosotros. Aunque Andrew dice que no. Dice que no hemos añadido una coma a la habilidad y lógica mecánicas que fueron nuestra herencia... y que, al contrario, hemos perdido mucho. Me habló de química y trató de explicarme qué era eso, pero yo no pude entender. El estudio de los elementos, me dijo, y cosas como moléculas y átomos. Y la electrónica... aunque reconoció que logramos hacer ciertas cosas sin la ayuda de esta ciencia, y con más eficacia que la que lograría el hombre con todos sus conocimientos. Uno podría estudiar electrónica durante un millón de años y nunca llegaría a esos otros mundos, no sabría que están ahí... Y nosotros lo hicimos, hicimos una cosa que para un webster es algo imposible.

Porque pensamos de otro modo que los websters. Es decir, los hombres.

Y nuestros robots. Nuestros robots no son mejores que los que nos dejaron los hombres. Unas pocas modificaciones sin importancia, unos cambios obviamente necesarios, pero ningún progreso real.

¿Pero a quién se le ocurrió soñar alguna vez con un robot mejor?

Una espiga de maíz mejor, eso sí. O un castaño mejor. O un arroz con grano de mayor tamaño. O un modo de mejorar la pasta con que reemplazamos la carne.

Pero un robot mejor... Un robot hace todo lo que queremos. ¿Para qué mejorarlo?

Y no obstante... Los robots reciben una llamada y se van a trabajar al Edificio, a construir algo que nos expulsará de la Tierra.

No lo entendemos. Naturalmente, no podemos entenderlo. Entenderíamos si conociésemos mejor a nuestros robots. Entonces podríamos evitar que los robots recibiesen la llamada, o, si lo recibiesen, lograr que no lo atendieran.

Y ésa, por supuesto, sería una solución. Sin el trabajo de los robots no habría Edificio. Pues las hormigas nada podrían hacer sin ayuda ajena.

Aunque quizás Andrew se equivoca, pensó. Nosotros tenemos nuestra leyenda acerca de la aparición de la Hermandad de las Bestias, y los robots salvajes tienen la suya acerca de la caída del hombre. ¿Quién puede por ahora decidir de qué parte está la verdad?

Pero en la historia de Andrew no hay contradicciones. Hubo perros y hubo robots, y cuando los hombres desaparecieron, perros y robots tomaron caminos diferentes. Nosotros nos quedamos con algunos de esos robots para que nos sirviesen como manos. Algunos robots se quedaron con nosotros, pero ningún perro se quedó con los robots.

Una tardía mosca otoñal salió zumbando de un rincón del cuarto, aturdida por el resplandor del hogar. Voló alrededor de la cabeza de Homer y se le posó en el hocico. Homer la miró fijamente y la mosca alzó las patas y sacudió las alas con insolencia. Homer sacudió una pata y la mosca voló.

Alguien golpeó la puerta.

Homer alzó la cabeza, parpadeando.

—Adelante —dijo finalmente.

Era el robot Hezekiah.

—Han cazado a Archie —dijo.

—¿Archie?

—Archie, el coatí.

-Oh, sí —dijo Homer—. El que se escapó.

—Lo tienen ahí afuera —dijo Hezekiah—. ¿Quiere verlo?

—Hazlo entrar.

Hezekiah hizo una seña con un dedo, y Archie cruzó la puerta. Tenía la piel manchada de barro y arrastraba la cola. Detrás de él caminaban dos robots guardianes.

—Trató de robar un poco de maíz —dijo uno de los guardias—. Lo rodeamos, pero nos costó que no escapara.

Homer, tiesamente sentado, clavó los ojos en Archie. Archie le devolvió la mirada.

—No me hubieran apresado nunca si Rufus se hubiese quedado conmigo —dijo Archie—. Rufus era mi robot y me habría avisado a tiempo.

—¿Y dónde está Rufus ahora?

—Recibió la llamada —dijo Archie— y se fue al Edificio.

—Dime —dijo Homer—. ¿Le ocurrió algo a Rufus antes que se marchase? ¿Algo insólito? ¿Fuera de lo común?

—Nada —dijo Archie—. Excepto que cayó en una colonia de hormigas. Era un robot bastante torpe. Siempre aturdido, confundiendo con las cosas. Sus coordenadas no funcionaban bien. Le faltaba algún tornillo.

Algo negro y diminuto saltó de la nariz de Archie y corrió por el suelo de la habitación. La pata de Archie se adelantó como un rayo y apresó la cosita negra.

—Será mejor que no se acerque —le advirtió Hezekiah a Homer—. Este animal está soltando pulgas.

—No es una pulga —dijo Archie, resoplando de indignación—. Es otra cosa. La cacé esta tarde.

La cosita negra se deslizó entre las garras de Archie y cayó al suelo, de pie. Echó a correr, esquivó a Archie y como un rayo llegó junto a Hezekiah y comenzó a subir por la pierna del robot.

Homer se incorporó con rapidez, comprendiendo de pronto.

—¡Rápido! ¡Cazadla! ¡Cazadla! No dejéis que...

Pero la cosita había desaparecido.

Homer se sentó otra vez, con lentitud. Habló serenamente ahora, serena e implacablemente.

—Guardias —dijo—, llevaos a Hezekiah bajo custodia. No lo dejéis solo un minuto, no permitáis que se escape. Informadme de todo lo que haga.

Hezekiah retrocedió.

—Pero yo no he hecho nada...

—No —dijo Homer suavemente—, no has hecho nada, aún. Pero lo harás. Recibirás la llamada y querrás escapar e ir al Edificio. Y antes tenemos que averiguar qué te impulsa a hacerlo. Qué es y cómo funciona —dio media vuelta, mostrando los dientes con una sonrisa perruna—. Y ahora, Archie...

Pero Archie no estaba.

Había una ventana abierta. Y Archie había desaparecido.

Homer se agitó en su lecho de paja, sin poder despertar del todo, con un gruñido atravesado en la garganta.

Me estoy poniendo viejo, pensó. Pesan demasiados años sobre mí, como sobre las colinas. En otra época, cuando llamaba alguien, saltaba en seguida de la cama, todavía con un poco de paja en los pies y el pelo, ladrando con todas mis fuerzas para que oyeran los robots.

Volvieron a oírse aquellos golpes y Homer se incorporó.

—Adelante —dijo—. Basta de golpes y adelante.

Se abrió la puerta y apareció un robot, pero más grande que todos los que Homer había visto hasta entonces. Un robot brillante, alto y macizo, con un cuerpo pulido que brillaba como un fuego débil en la oscuridad. Y encaramado en uno de los hombros del robot estaba Archie, el coatí.

—Soy Jenkins —dijo el robot—. He vuelto esta noche.

Homer tragó saliva y volvió a sentarse.

—Jenkins —dijo—. Hay cuentos... leyendas... de hace mucho tiempo.

—¿Nada más que leyendas? —preguntó Jenkins.

—Nada más —dijo Homer—. Leyendas acerca de un robot que nos cuidaba. Andrew me habló de él como si lo hubiese conocido. Y se cuenta que los perros le regalaron un cuerpo maravilloso, y...

La voz de Homer bajó hasta dejar de oírse. Pues el cuerpo del robot que estaba ante él con el coatí en el hombro... no podía ser sino aquel regalo de cumpleaños.

—¿Y la casa de los Webster? —preguntó Jenkins—. ¿La cuidáis todavía?

—La cuidamos —dijo Homer—. Está como siempre. Es uno de nuestros deberes.

—¿Y los websters?

—No hay websters.

Jenkins movió afirmativamente la cabeza. Su cuerpo tan sensible ya le había dicho que allí no había websters. No había vibraciones de websters. No había pensamientos de websters en las mentes que había sondeado.

Y así debía ser.

Cruzó lentamente la habitación, con pisadas suaves como las de un gato a pesar de su peso. Y Homer sintió el afecto y la bondad de aquella criatura metálica, la protección que suponía aquella fuerza.

Jenkins se agachó junto a él.

—Estás en dificultades —dijo.

Homer lo miró fijamente.

—Las hormigas —prosiguió Jenkins—. Archie me lo dijo. Me dijo que tenéis dificultades con las hormigas.

—Fui a la casa de los Webster a esconderme —dijo Archie—. Temía que me apresaran otra vez y pensé que esa casa...

—Cállate, Archie —le dijo Jenkins—. No sabes nada de eso. Me dijiste que no sabías nada. Sólo que los perros estaban en dificultades con las hormigas —miró a Homer y añadió: —Me imagino que serán las hormigas de Joe.

—Así que usted conoció a Joe —dijo Homer—. Así que hubo un hombre llamado Joe.

Jenkins se rió entre dientes.

—Sí, se complacía en enredar las cosas. Pero era simpático a veces. Tenía el diablo en el cuerpo.

—Están construyendo —dijo Homer—. Están construyendo un edificio. Y llaman a los robots para que trabajen para ellas.

—Bueno —dijo Jenkins—. También las hormigas tienen derecho a construir edificios.

—Pero están construyendo con demasiada rapidez. Nos arrojarán de la Tierra. Otros mil años y habrán cubierto toda la superficie de la Tierra.

—¿Y no tenéis adónde ir? ¿Es eso lo que os preocupa?

—Sí, tenemos a donde ir. Sobran lugares. Todos los otros mundos. Los mundos de los duendes.

Jenkins movió la cabeza de arriba abajo, con gravedad.

—Estuve en uno de esos mundos. El primero después de éste. Llevé allí a algunos websters hace cinco mil años. Acabo de regresar. Y sé cómo te sientes. Ningún otro mundo es la casa de uno. Durante esos cinco mil años, sentí nostalgia de la Tierra, casi todos los días. Regresé a la casa de los Webster y encontré allí a Archie. Me contó lo de las hormigas, así que vine para acá. Espero no molestaros.

—Nos alegra mucho que haya vuelto —dijo Homer.

—Esas hormigas —dijo Jenkins—. Me imagino que queréis contenerlas.

Homer afirmó con la cabeza.

—Hay un modo —dijo Jenkins—. Sé que hay un modo. Los websters tenían un modo de contenerlas. Pero no puedo recordarlo. Ha pasado tanto tiempo. Y es un modo muy simple. Muy simple.

Alzó una mano y se rascó la barbilla.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Archie.

—¿Eh?

—¿Por qué se rasca la cara de ese modo? ¿Para qué lo hace?

Jenkins dejó caer la mano.

—Es sólo una costumbre, Archie. Algo que hacían los websters. Así pensaban. Lo aprendí de ellos.

—¿Le ayuda eso a pensar?

—Bueno, quizá. Quizá no. Parecía que a los websters les ayudaba. Bueno, ¿qué haría un webster en un caso como éste? Los websters podrían ayudarnos. Sé que podrían.

—Los websters en el mundo de los duendes —dijo Homer.

Jenkins sacudió la cabeza.

—Ya no hay más websters allí.

—Pero usted dijo que se llevó a algunos.

—Sí. Pero ya no hay más ahora. He estado solo en ese mundo durante casi cuatro mil años.

—Entonces ya no hay más websters en ninguna parte. Andrew me dijo que el resto se fue a Júpiter. ¿Dónde está Júpiter, Jenkins?

—Sí, aún hay algunos —dijo Jenkins—. Algunos websters se quedaron. En Ginebra.

—No será nada fácil. Ni siquiera para un webster —dijo Homer—. Esas hormigas son listas. Archie le habrá contado lo de esa pulga que encontró.

—No era una pulga —dijo Archie.

—Sí, me lo contó —dijo Jenkins—. Me dijo que había saltado sobre Hezekiah.

—No saltó sobre él —dijo Homer—. Se metió dentro. No era una pulga. Era un robot. Un robot minúsculo. Abrió un agujero en la armadura de Hezekiah y se le metió en el cerebro. Luego cerró el agujero desde el interior.

—¿Y qué hace Hezekiah ahora?

—Nada —dijo Homer—. Pero estamos seguros de que lo hará tan pronto como ese robot de las hormigas haya terminado su trabajo. Oirá la llamada. Oirá la llamada y se irá a trabajar al Edificio.

Jenkins movió afirmativamente la cabeza.

—Se los llevan —dijo—. No pueden hacer solas ese trabajo, de modo que se apoderan de los robots —alzó otra vez la mano y volvió a rascarse la barbilla—. Me pregunto si Joe sabía lo que hacía cuando se puso a representar el papel de dios.

Pero era ridículo. Joe no podía haberlo sabido. Ni siquiera un mutante podía saber lo que ocurriría doce mil años después.

Había pasado tanto tiempo, pensó Jenkins. Habían ocurrido tantas cosas. Bruce Webster estaba comenzando a experimentar con los perros. Soñaba sólo en hacerlos hablar, pensar, para que recorrieran junto con el hombre el camino del destino. Sin imaginar siquiera que unos pocos siglos más tarde el hombre se esparciría por los cuatro vientos de la eternidad y dejaría la Tierra a los robots y los perros. Sin siquiera imaginar que hasta el nombre de esos seres sería sepultado por el polvo de los años, que la raza sería conocida por el apellido de una familia.

Y sin embargo, pensó Jenkins, ninguna familia más indicada para dejar así su nombre que la de los Webster. Puedo recordarlos como si fuera ayer. En aquellos días yo mismo me consideraba un Webster.

El Señor sabe que traté de serlo. Hice lo que pude. Cuando la raza del hombre desapareció, cuidé los perros de los Webster, y al fin llevé los últimos sobrevivientes de esa raza a otro mundo para que no estorbaran a los perros. Para que los perros pudiesen modelar a su gusto la Tierra.

Y ahora hasta estos últimos sobrevivientes habían desaparecido. Se habían ido a alguna parte, quién sabe adónde. Me gustaría saberlo. Escaparon a algún mundo de la fantasía humana. Y los hombres de Júpiter no son ni siquiera hombres, sino otra cosa. Y Ginebra está cerrada al mundo.

Aunque no puede estar más cerrada, ni más distante, que el mundo de donde vengo. Si pudiese recordar cómo dejé el mundo de los duendes y fui a casa de los Webster... entonces, quizá, podría entrar en Ginebra.

Un poder nuevo, se dijo a sí mismo. Una nueva habilidad. Algo que se ha estado desarrollando en mí, sin que yo lo supiese. Algo que cualquier hombre, cualquier robot... y hasta quizá cualquier perro... podría hacer si conociese el camino.

Aunque quizá sea mi cuerpo lo que hace posible esos viajes. Este cuerpo que los perros me regalaron cuando cumplí siete mil años. Un cuerpo que es más que un cuerpo de carne. Un cuerpo que puede penetrar en los pensamientos de un oso o los sueños de un zorro, que puede adivinar los felices pensamientos de un ratoncito que corre por la hierba.

Los deseos cumplidos. Eso puede ser. La respuesta a ese anhelo raro e ilógico de cosas que no pueden ser, o que raramente son. Pero que son en verdad posibles si uno conoce el camino, si uno puede dirigir la mente y el cuerpo de tal modo que cualquier deseo pueda cumplirse.

Paseé por las colinas mil veces, recordó. Paseé por allí porque no podía irme, porque la nostalgia era demasiado fuerte, un poco metido en mí mismo pues había allí cosas, diferencias, que no quería ver.

Caminé por allí un millón de veces y fue necesario todo ese tiempo para que el poder tomase en mí suficiente fuerza y me permitiera volver.

Pues había caído en una trampa. La palabra, el pensamiento, el concepto que me habían llevado a ese mundo servían para ir, aunque no para volver. Pero había un modo de regresar. Un modo que yo no conocía. Que todavía no conozco.

—Decía usted que hay un modo —dijo Homer.

—¿Un modo?

—Sí, un modo de detener a las hormigas.

Jenkins hizo un signo afirmativo.

—Voy a descubrirlo. Voy a Ginebra.

Jon Webster despertó.

Y esto es raro, pensó, pues yo dije para siempre.

Iba a dormir por toda la eternidad, y la eternidad no tiene fin.

Todo lo demás era niebla, y olvido, pero esto en cambio brillaba claramente en su cerebro. Para siempre, y esto no era para siempre. Una palabra le entró en la mente, como si alguien golpeará con suavidad una puerta muy lejana.

Escuchó, acostado, esos golpes, y la palabra se convirtió en dos palabras...

—Jon Webster. . . Jon Webster. . .

Una y otra vez, una, una y otra vez. Dos palabras que le golpeaban el cerebro.

—Jon Webster. Jon Webster.

—Sí —dijo el cerebro de Webster, y las palabras dejaron de oírse.

Silencio, y las nieblas del olvido. Y la picazón de los recuerdos que comenzaban a volver. Uno a uno.

Había una ciudad, y el nombre de la ciudad era Ginebra.

Unos hombres vivían en la ciudad, pero sus vidas no tenían sentido.

Los perros vivían fuera de la ciudad... en todo el mundo, fuera de la ciudad. La vida de los perros tenía sentido. Los perros alimentaban un sueño.

Sara había subido por la colina en busca de un siglo de sueños.

Y yo... yo, pensó Jon Webster, subí por la colina en busca de eternidad. Y esto no es la eternidad.

—Soy Jenkins, Jon Webster.

—Sí, Jenkins —dijo Jon Webster, y sin embargo no lo dijo, no con los labios, la garganta y el pecho, pues sentía el fluido que envolvía su cuerpo. El fluido que lo alimentaba e impedía que se deshidratara. Un fluido que le sellaba los labios, los ojos, y los oídos.

—Sí, Jenkins —dijo Webster mentalmente—. Te recuerdo. Te recuerdo ahora. Estuviste con la familia desde un principio. Nos ayudaste a educar a los perros. Seguiste con ellos cuando la familia ya no existía.

—Sigo todavía con ellos —dijo Jenkins.

—Busqué la eternidad —dijo Webster—. Cerré la ciudad y busqué la eternidad.

—Nos preguntamos muchas veces —dijo Jenkins— por qué habría cerrado Ginebra.

—Los perros —dijo la mente de Webster—. Los perros debían tener su posibilidad. El hombre había echado a perder la suya.

—Los perros se están comportando bien —dijo Jenkins.

—¿Pero la ciudad está abierta ahora?

—No, la ciudad está todavía cerrada.

—Pero tú estás aquí.

—Sí, pero soy el único que conoce el camino. Y no vendrán otros. Por lo menos durante algún tiempo.

—Tiempo —dijo Webster—. Me olvidé del tiempo. ¿Cuánto tiempo ha pasado, Jenkins?

—¿Desde que cerró la ciudad? Diez mil años, aproximadamente.

—¿Y hay otros hombres?

—Sí, pero están durmiendo.

—¿Y los robots? ¿Los robots todavía montan guardia?

—Los robots todavía montan guardia.

Webster sintió que una paz le invadía la mente. La ciudad estaba cerrada, y los últimos hombres estaban durmiendo. Los perros se estaban comportando bien, y los robots montaban guardia.

—No debiste haberme despertado —dijo—. Tendrías que haberme dejado dormir.

—Hay algo que quiero saber —dijo Jenkins—. Lo sabía en otro tiempo, pero lo he olvidado. Es algo muy simple. Muy simple y terriblemente importante.

Webster se rió en el interior de su cerebro.

—¿Qué es, Jenkins?

—Acerca de las hormigas —dijo Jenkins—. Las hormigas solían molestar al hombre. ¿Qué hacíais vosotros?

—Pero cómo, las envenenábamos.

Jenkins ahogó un grito.

—¡Las envenenaban!

—Sí —dijo Webster—, de un modo muy simple. Usábamos una base de azúcar para atraerlas. Y poníamos veneno en el azúcar, un veneno mortal para las hormigas. Pero no bastante como para matarlas en seguida. Un veneno lento, para que tuviesen tiempo de llevarlo al nido. Así matábamos a muchas, y no a dos o tres.

En la cabeza de Webster zumbó el silencio... Un silencio sin pensamientos, sin palabras.

—Jenkins —dijo—. Jenkins, ¿estás todavía ahí?

—Sí, Jon Webster, estoy aquí.

—¿Eso es todo lo que querías?

—Eso es todo.

—Puedo dormirme otra vez entonces.

—Sí, Jon Webster. Vuelve a dormirte.

Jenkins se detuvo en la cima de la colina y sintió las primeras ráfagas de los vientos invernales que cruzaban la región. Bajo sus pies, la falda que descendía hacia el río estaba atravesada por rayas blancas y negras: los esqueléticos árboles sin hojas.

Hacia el nordeste se alzaba aquella forma sombría, aquella nube de malignidad que llamaban Edificio. Algo que crecía, concebido por las hormigas, construido con un propósito y con un fin que sólo una hormiga podía conocer.

Pero había un modo de detener a las hormigas.

El modo humano.

El modo que le había explicado Jon Webster después de diez mil años de sueño. Un modo simple, sencillo, pero eficiente. Un poco de azúcar, que les gusta tanto a las hormigas, y un poco de veneno. Un veneno lento que no actúe con excesiva rapidez. El modo más simple. El veneno, pensó Jenkins.

Pero eso requería conocimientos químicos, y los perros no sabían nada de química.

Pero eso era un crimen, y ya no había crímenes.

No se mataba ni siquiera a las pulgas, y eso que los perros estaban bastante apestados de pulgas. Ni siquiera a las hormigas... y las hormigas amenazaban con arrojar de sus hogares a los animales del mundo.

No había habido un solo crimen durante cinco mil años o más. La idea del crimen había desaparecido de todas las mentes.

Y es mejor así, se dijo Jenkins. Mejor perder un mundo que caer otra vez en el crimen.

Se volvió lentamente y descendió por la colina. Homer se sentiría desilusionado, se dijo. Terriblemente desilusionado cuando supiera que los websters no sabían cómo tratar con las hormigas.

FIN